



A DUMAS
MEMORIAS
DE UN MÉDICO

BIBLIOTECA
DE LOS
NOVELISTAS
V^o CH. BOURET



UNIVERSITY OF CALIFORNIA



PQ2227

M5

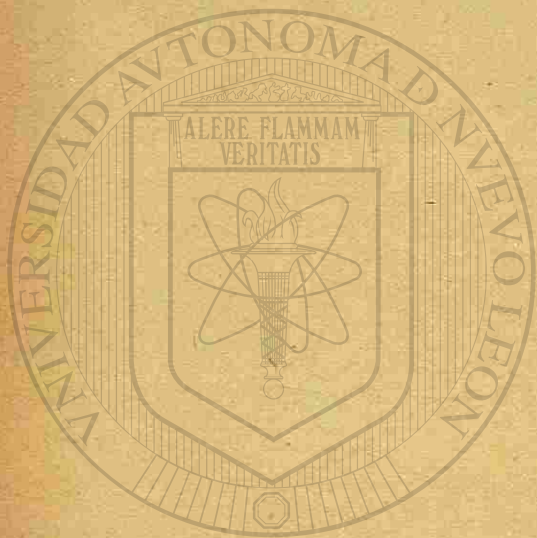
S6

v. 1

D886m



1020026315



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MEMORIAS

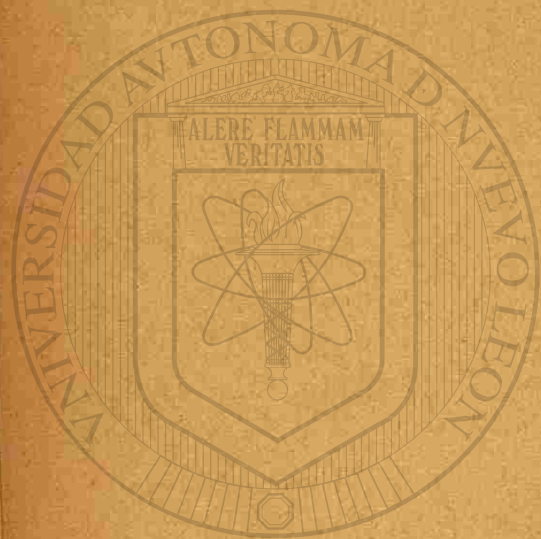
DE UN MÉDICO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





MEMORIAS
DE UN MÉDICO

POR

ALEJANDRO DUMAS

Nueva Edición

TOMO PRIMERO



098700



LIBRERÍA DE LA V^{da} DE CH. BOURET

PARIS
23, Rue Visconti, 23

MEXICO
14, Cinco de Mayo, 14

1906

Propiedad del editor.

29970

PARIS — LIBRERÍA É IMPRENTA DE LA V^{da} DE CH. BOURET.

848
D.

PQ 2227
M5

56 v. 1



Núm. Clas. _____
 Núm. Auto. _____
 Núm. Adg. _____
 Procedent. _____
 Precio _____
 Fecha _____
 Clasificó _____
 Catalogó _____

FONDO -
RICARDO COVARRUBIAS

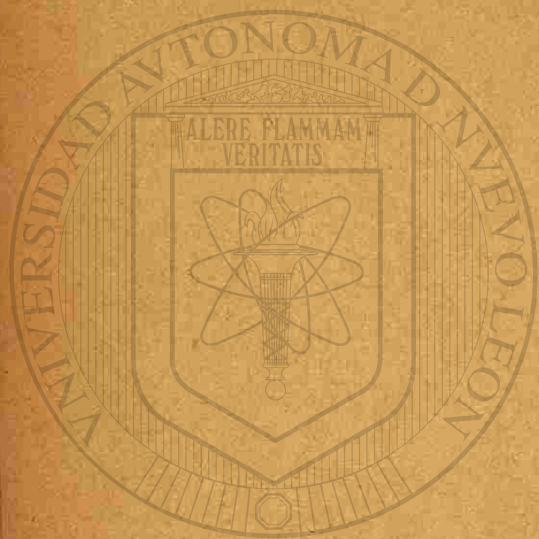
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 F. C. 1625 MONTERREY, MEXICO
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 FONDO RICARDO COVARRUBIAS

PRIMERA PARTE

JOSÉ BÁLSAMO

U. A. N. L.
 UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECTOR GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

INTRODUCCIÓN

I

El Mont-Tonnerre

En la orilla izquierda del Rhin, á algunas leguas de la ciudad imperial de Worms, hacia el nacimiento del pequeño río de Selz, principian las cadenas de montañas cuyas erizadas cimas parecen perderse en el Norte, cual amedrentado rebaño de búfalos que desaparece entre la bruma.

Aquellas montañas, que ya desde su falda dominan un país casi desierto, y que parecen formar un cortejo á la más elevada de todas, tienen cada una su nombre asaz expresivo que designa una forma, ó recuerda una tradición: la una es la Silla del Rey; la otra la Piedra de los Agavanzos; ésta la Peña de los Halcones, aquélla la Cresta de la Serpiente.

La más elevada de todas, la que más se lanza hacia el cielo ciñendo su frente de granito de una corona de ruinas, es el Mont-Tonnerre.

Cuando la caída de la tarde condensa la sombra de las encinas, cuando los postreros rayos del sol doran las altas crestas de aquella familia de gigantes, diríase que el silencio desciende lentamente de esos sublimes

escalones del cielo hasta la llanura, y que un brazo invisible y poderoso desenvuelve por sus flancos, para extenderlo sobre el mundo fatigado del bullicio y de los trabajos del día, ese vasto velo azulado en cuyo fondo brillan las estrellas. Entonces, todo pasa insensiblemente de la vigilia al sueño; en la tierra y en los aires todo duerme.

Solo, en medio de ese silencio, el pequeño río de que hemos hablado, el Selzbach, como lo llaman en el país, sigue su curso misterioso por bajo los abetos de la orilla; y aunque ni día ni noche le detengan, porque le es preciso ir á morir en el Rhin, que es su eternidad; aunque nada le detenga, decimos, tan fresca es la arena de su álveo, son tan flexibles sus cañas, sus rocas tan bien tapizadas de musgo y saxifragas, que ni un solo murmullo se le oye desde Morsheim, en donde principia, hasta Freiwenheim, en donde acaba.

Un poco más arriba de su nacimiento, en Albisheim y Kireheim-Poland, un camino tortuoso abierto entre dos paredes abruptas y surcadas de profundos carriles, conduce á Danenfels. Mas allá de Danenfels, el camino es ya una senda, y luego hasta la misma senda se estrecha, va desapareciendo, se pierde, y en vano busca el ojo otra cosa en el suelo más que la inmensa falda del Mont-Tonnerre, cuya misteriosa cima, tan á menudo visitada por el fuego del Señor que le ha dado su nombre, se oculta tras un cerco de verdes árboles que parecen un muro impenetrable. En efecto, una vez ya llegado bajo aquellos árboles copudos como las encinas de la antigua Dodona, el viajero puede continuar su camino sin ser percibido desde la llanura, aun en medio del día; aun cuando su caballo estuviere más cuajado de cascabeles que una mula española, no se oiría el ruido de éstos; y aun cuando estuviere

caparazonado de terciopelo y oro, cual un caballo de emperador, no penetraría por entre el ramaje un solo rayo de oro ó púrpura, tanto se ahoga el ruido en la espesura del bosque, tanto la oscuridad de su sombra apaga los colores.

Aun hoy, que las más elevadas montañas no son sino simples observatorios; hoy, que las leyendas más poéticamente terribles no despiertan en los labios del viajero más que una sonrisa de duda; aun hoy, espanta aquella soledad, y tan venerable hace esa parte de la comarca, que sólo unas casas de endeble apariencia, centinelas perdidos de los vecinos pueblos, aparecen á distancia de aquel mágico cerco para atestiguar la presencia del hombre en aquel país.

Los que habitan aquellas casas extraviadas en la soledad, son molineros que bajan alegres al río que muele su trigo, cuya harina van á llevar á Rockenhansen y Alzey, ó pastores que, cuando llevan á pastar sus rebaños á la montaña, se estremecen á veces ellos y sus perros, al ruido de alguna encina secular que se cae de vejez en las incógnitas simas del bosque.

Porque, como hemos dicho, los recuerdos del país son lúgubres, y el sendero que se pierde á la otra parte de Danenfels en medio de los brezos de la montaña, no ha conducido siempre, dicen los más animosos, á los hombres honrados al puerto de salvación.

Tal vez alguno de sus actuales habitantes haya oído contar en otro tiempo á su padre ó á su abuelo lo que nosotros vamos á tratar de referir hoy.

El 6 de mayo de 1770, á la hora en que las aguas del gran río se tiñen de un reflejo blanco entremezclado de rosa; es decir, en el momento en que, por todo el Rhingau, descendiéndole el sol por detrás de la flecha de la catedral de Estrasburgo que la corta en dos hemisferios de fuego, un hombre que venía de Magun-

cia, después de haber atravesado Alzey y Kireheim-Poland, apareció al otro lado de Danenfels, signió el sendero mientras este fué visible, y luego, cuando se borró todo rastro de camino, apeándose de su caballo y cogiéndole por la brida, fué á atarle sin vacilar á la primera encina del temible bosque.

El animal relinchó con inquietud, y pareció estremecerse el bosque con aquel ruido inusitado.

— ¡ Bien ! ¡ bien ! murmuró el viajero ; tranquilízate, mi buen Djerid, hemos andado doce leguas, y tú, á lo menos, has llegado al término de tu carrera.

Y el viajero trató de penetrar con la vista la profundidad del ramaje, pero tan opacas eran ya las sombras, que no se distinguían sino masas negras cortadas sobre otras de un negro más denso aún.

Hecho ese infructuoso examen, volvióse el viajero hacia el animal, cuyo nombre árabe indicaba á la vez su origen y velocidad, y cogiéndole con ambas manos el hocico, acercó á su boca sus humeantes narices :

— Adiós, mi valiente caballo, le dijo, si no te vuelvo á hallar, adiós.

Y acompañó á estas palabras una mirada rápida que el viajero echó al derredor suyo como si hubiese temido ó deseado que le oyesen.

El caballo sacudió su suave erin, manoteó la tierra y lanzó ese relincho que debía dar en el desierto al acercarse el león.

Esta vez se contentó el viajero con sacudir la cabeza de alto abajo, con una sonrisa, como si quisiera decir :

— No te equivocas, Djerid, aquí está el peligro.

Pero entonces, decidido sin duda de antemano á no combatir este peligro, el aventurero incógnito sacó de sus arzones dos hermosas pistolas con cañones cincelados y la culata de plata sobredorada, y luego con el

sacatrapos de su baqueta las descargó, extirpando la bala, y derramó la pólvora sobre el césped.

Terminada esta operación, cubrió las pistolas con su tapafunda; pero no paró en esto.

El viajero llevaba al lado una espada de acerada punta; soltó el cinturón, arrollólo á la espada, lo puso así sobre la silla, y sujetólo con los estribos de manera que la punta de la espada correspondía á la cola y el puño á la cruz del caballo.

En fin, terminadas estas extrañas formalidades, el viajero sacudió sus empolvadas botas, se sacó los guantes, registró sus bolsillos, y habiendo hallado unas tijeritas y un cortaplumas con mango de concha, los arrojó sucesivamente por encima del hombro sin mirar siquiera adónde iban á caer.

Hecho esto, habiendo pasado por última vez la mano por la grupa de Djerid, y después de respirar, como para dar á su pecho toda la dilatación de que era susceptible, el viajero buscó inútilmente algún sendero, y como ninguno hallase, entró al azar en el bosque.

Creemos oportuno dar aquí á nuestros lectores una idea exacta del viajero que acabamos de presentar á su vista, y que está destinado á representar un papel importante en el curso de nuestra historia.

El que después de haberse apeado del caballo, tan atrevidamente se aventuraba en el bosque, parecía tener unos treinta ó treinta y dos años, era de una estatura más que mediana, pero tan bien proporcionada, que se sentía circular á la vez la fuerza y la destreza por sus flexibles y nervudos miembros. Su vestido se componía de una levita de camino, de terciopelo negro y ojales de oro, por debajo de cuyos últimos botones se distinguían las dos puntas de una chupa bordada; unos calzones de piel ajustados deli-

neaban unas piernas que habrían podido servir de modelo á un estatuario y cuya elegante forma se columbraba á través de sus botas de charol.

Su vista, que tenía toda la movilidad de los tipos meridionales, era una mezcla singular de vigor y delicadeza; su mirada, que podía expresar todos los sentimientos, cuando se fijaba en alguno, parecía penetrarle con dos rayos de luz destinados á iluminar hasta su alma. Sus morenas mejillas, se veía desde luego que estaban tostadas por los rayos de un sol más ardiente que el nuestro. En fin, una boca grande, pero de bella forma, dejaba ver una doble fila de magníficos dientes cuya blancura resaltaba aun más por el color del rostro. El pie era largo, pero fino; la mano pequeña, pero nerviosa.

No bien había dado diez pasos por entre las negras encinas el hombre cuyo retrato acabamos de trazar, cuando oyó rápidas pisadas hacia el sitio en donde había dejado su caballo. Su primer movimiento fué volver atrás, pero se contuvo; sin embargo, no pudiendo superar el deseo de saber lo que se había hecho Djerid, levantóse sobre la punta de los pies, dirigiendo la vista por entre un claro: arrastrado por una mano invisible que había desatado su brida, Djerid había desaparecido ya.

Arrugóse ligeramente la frente del desconocido, una cosa parecida á una sonrisa crispó sus nutridas mejillas y sus labios finamente cincelados.

Luego siguió su camino hacia el centro del bosque.

Dió aun algunos pasos mientras el crepúsculo exterior penetrando por entre los árboles guiaba su marcha; pero, faltando muy luego ese débil reflejo, se halló en una oscuridad tan densa que, no pudiendo ver en dónde ponía los pies y temiendo sin duda extraviarse, se detuvo.

— He llegado bien hasta Danenfels, dijo en voz alta, porque desde Maguncia á Danenfels hay un camino; he venido bien de Danenfels hasta la Bruyère-Noire, porque hay una senda; he venido bien desde la Bruyère-Noire hasta aquí aunque no había camino ni senda, porque percibía el bosque, pero aquí, tengo que detenerme, puesto que nada veo.

Apenas dichas estas palabras en un dialecto mitad francés y mitad siciliano, surgió de súbito una luz como á unos cincuenta pasos del viajero.

— Gracias, dijo; ahora, marche esa luz, y yo la seguiré.

Al momento se puso en marcha la luz sin oscilación ni sacudimientos, adelantándose con movimiento igual, á la manera de esas llamas fantásticas de nuestros teatros, cuya marcha está arreglada por el maquinista.

El viajero dió aun unos cien pasos, y luego creyó oír como un soplo á sus oídos, que le estremeció.

— No te vuelvas, dijo una voz á la derecha, ó eres muerto.

— Muy bien, respondió sin pestañear el intrépido viajero.

— No hables, le dijo otra voz á la derecha, ó eres muerto.

El viajero se inclinó sin hablar.

— Pero si tienes miedo, articuló una tercera voz, que, cual la del padre de Hamlet, parecía salir de las entrañas de la tierra, si tienes miedo, vuelve atrás, esto significará que renuncias, y se te dejará volver al punto de donde vienes.

El viajero se contentó con hacer un movimiento con la mano y siguió su camino.

Tan oscura estaba la noche, y el bosque era tan espeso, que no obstante el resplandor que le guiaba, el viajero sólo caminaba á tientas. Por espacio como

de una hora marchó la llama, y siguióla el viajero sin murmurar una sola vez, sin dar la menor señal de miedo.

De repente desapareció la luz.

El viajero estaba ya fuera del bosque. Levantó los ojos: á través del sombrío azul del cielo brillaban algunas estrellas.

Continuó marchando en la dirección por donde había desaparecido la luz, pero á muy luego vió surgir delante de sí una ruina, espectro de un antiguo castillo.

Al mismo tiempo tropezó su pie con escombros; un objeto helado se pegó á sus sienes y muró sus ojos, impidiéndole ver hasta las mismas tinieblas.

Una venda de lienzo mojado rodeaba su cabeza. Sin duda era cosa convenida, ó, cuando menos, una cosa que él se esperaba, porque no hizo ningún esfuerzo para quitarse aquella venda, y solamente extendió la mano silenciosamente, cual un ciego que demanda un guía.

Este ademán fué comprendido, porque al instante mismo una mano fría, árida y huesuda agarró la del viajero. Éste reconoció que era la mano descarnada de un esqueleto; pero, á haber estado dotada de sentimiento, habría reconocido que la suya no temblaba.

Entonces el viajero se sintió arrastrado por espacio de cien toesas. De repente la mano soltó la suya, levantóse la venda de su frente, y el desconocido se detuvo: había llegado á la cima del Mont-Tonnerre.

II

El que es

En medio de un raso rodeado de abedules descopados por los años, elevábase el piso bajo de uno de esos castillos arruinados que los señores feudales sembraron en otro tiempo por la Europa á la vuelta de sus cruzadas.

Los pórticos esculpidos de finos adornos, y cuyos nichos, en lugar de la estatua mutilada y arrojada al pie de la muralla, abrigaban una mata de brezo ó de flores silvestres, delineaban en el pálido cielo sus ojivas descantiladas por los derrumbamientos.

Al abrir los ojos el viajero, hallóse ante las gradas húmedas y mohosas del pórtico principal; en la primera de aquellas gradas estaba en pie la fantasma de la mano huesuda que le guiara hasta entonces.

Cubriala de pies á cabeza un largo sudario: bajo los pliegues del sudario brillaban sus órbitas sin pupila, su descarnada mano se extendía hacia el interior de las ruinas, y parecía indicar al viajero, como término de su camino, una sala cuya elevación ocultaba las partes inferiores pero de bóvedas deterioradas, en la que se veía retemblar una luz sorda y misteriosa.

El viajero inclinó su cabeza en señal de consentimiento. La fantasma subió lentamente una á una y sin ruido las gradas, y se internó en las ruinas; siguióla con el mismo paso tranquilo y solemne con que hasta

allí había arreglado su marcha, subió á su vez una á una las once gradas que había subido la fantasma, y entró.

Detrás de él cerróse tan estrepitosamente la puerta del pórtico principal, como un vibrante muro de bronce.

A la entrada de una sala circular iluminada por tres lámparas de reflejos verdosos, paróse la fantasma.

A su vez, se detuvo el viajero á diez pasos de ella.

— Abre los ojos, dijo la fantasma.

— Ya veo, respondió el desconocido.

Y sacando de su sudario con un gesto brusco y fiero una espada de dos filos, la fantasma golpeó con ella una columna de bronce que respondió con un mugido metálico.

Al momento, levantáronse al rededor de la sala baldosas, aparecieron innumerables fantasmas, semejantes á la primera, armadas cada una de una espada de dos filos, y se colocaron sobre unas gradas circulares en que se reflejaba particularmente el resplandor verdoso de las tres lámparas, y en donde, confundidas con la piedra fría é inmóviles, parecían estatuas sobre sus pedestales.

Cada una de estas estatuas inmóviles se destacaba de un modo extraño sobre la negra colgadura de las paredes.

Delante de la primera grada estaban colocadas siete sillas, y sentadas en éstas siete fantasmas que parecían jefes; una de estas sillas estaba vacía.

La que estaba sentada en la silla del centro se levantó.

— ¿ Cuántos estamos aquí, hermanos míos? preguntó volviéndose hacia la asamblea.

— Trecientos, respondieron las fantasmas á una voz que retumbó en la sala, yendo á apagarse en el paño funerario de las paredes.

— Trecientos, repuso el presidente, que representan cada uno diez mil asociados; trecientas espadas que valen tres millones de puñales.

Luego, volviéndose hacia el viajero: ¿ Qué deseas? le preguntó.

— Ver la luz, le respondió éste.

— Los senderos que conducen á la montaña de fuego son ásperos y duros; ¿ no temes en ellos?

— Nada temo.

— Una vez hayas dado un paso adelante, no te será dado retroceder. Piénsalo bien.

— No me detendré hasta llegar al término.

— ¿ Estás dispuesto á jurar?

— Decidme el juramento y lo repetiré.

El presidente levantó la mano, y con voz lenta y solemne pronunció estas palabras:

« En nombre del Hijo crucificado, jurad romper los lazos carnales que os unen aun á padre, madre, hermanos, hermanas, mujer, parientes, amigos, amantes, reyes, bienhechores, y á cualquier ser á quien hayáis prometido fe, obediencia, gratitud ó servicio. »

El viajero repitió con voz firme las palabras que acababa de dictarle el presidente, quien, pasando al segundo párrafo del juramento, dijo con la misma lentitud y solemnidad:

— Desde este momento quedáis libre del pretendido juramento hecho á la patria y á las leyes; jurad, pues, revelar al nuevo jefe que reconocéis, lo que hayáis oído ó hecho, leído ú oído, aprendido ó adivinado, y aun indagar y espiar lo que se escapare á vuestra vista.

Calló el presidente, y el desconocido repitió las palabras que acababa de oír.

« Honrad y respetad el *aqua toffana*, repuso el presidente sin variar de tono, como un medio pronto,

seguro y necesario de purgar el globo por medio de la muerte ó del embrutecimiento de los que pretenden envilecer la verdad ó arrancarla de nuestras manos. »

Un eco no habría reproducido estas palabras con más fidelidad que el desconocido.

El presidente continuó :

« Huid de la España, huid de Nápoles, huid de toda tierra maldita, huid de la tentación de revelar nada de lo que vais á ver y oír, porque el rayo no hiere con más rapidez, que os herirá el puñal invisible é inevitable, en cualquier lugar que os halléis.

» Vivid en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. »

Imposible fué, á pesar de la amenaza de las últimas palabras, sorprender ninguna emoción en el rostro del desconocido, quien pronunció el fin del juramento y la invocación que le siguió, con un acento tan sosegado como al principio.

— Y ahora, continuó el presidente, ceñid la frente del nuevo socio con la banda sagrada.

Acercáronse dos fantasmas al desconocido, quien inclinó la cabeza : una de ellas le aplicó á la frente una banda aurora cuajada de caracteres plateados, entremezclados de la imagen de Nuestra Señora de Loreto ; y la otra le anudó los dos extremos de la banda sobre el nacimiento del cuello.

En seguida se separaron, dejando solo al desconocido.

— ¿ Qué pides ? le dijo el presidente.

— Tres cosas, respondió el nuevo socio.

— ¿ Cuáles ?

— La mano de hierro, la espada de fuego, la balanza de diamante.

— ¿ Para qué quieres la mano de hierro ?

— Para ahogar la tiranía.

— ¿ Para qué deseas la espada de fuego ?

— Para arrojar de la tierra al impuro.

— ¿ Para qué deseas la balanza de diamante ?

— Para pesar los destinos de la humanidad.

— ¿ Estás preparado para las pruebas ?

— El fuerte está preparado para todo.

— ¡ Las pruebas, las pruebas ! exclamaron muchas voces.

— Vuélvete, dijo el presidente.

Volvióse el desconocido, y hallóse en frente de un hombre pálido como la muerte, y con una mordaza en la boca.

— ¿ Qué estás viendo ? preguntó el presidente.

— A un criminal ó á una víctima.

— Es un traidor que, después de haber prestado el juramento que tú has hecho, ha revelado el secreto de la orden.

— Luego es un criminal.

— Sí, ¿ qué castigo merece ?

— La muerte.

Las trescientas fantasmas repitieron : ¡ La muerte !

En el mismo instante fué arrastrado, no obstante sus esfuerzos sobrehumanos, á lo más inferior de la sala ; vióle el viajero, debatirse y retorcerse entre las manos de sus verdugos ; y oyó su voz que silbaba á través del obstáculo de la mordaza. Brilló un puñal, reflejando como un relámpago el resplandor de las lámparas, oyóse dar un golpe mate, y resonó lento y fúnebre el ruido de un cuerpo que cayó pesadamente en el suelo.

— Está hecha la justicia, dijo el desconocido volviéndose hacia el espantoso círculo, cuyas ansiosas miradas habían devorado aquel espectáculo á través de sus sudarios.

— Así, dijo el presidente, ¿apruebas la ejecución que acaba de hacerse?

— Sí, si el paciente era verdaderamente culpable.

— ¿Y tú beberías á la muerte de todo hombre que, como él, revelase los secretos de la asociación?

— Bebería.

— ¿Cualquiera que fuese la bebida?

— Cualquiera.

— Venga la copa, dijo el presidente.

Uno de los dos verdugos se aproximó al nuevo socio y le presentó un licor rojo y caliente en un cráneo humano montado sobre un pie de bronce.

El desconocido tomó la copa de manos del verdugo, y levantándola más arriba de su cabeza:

— Bebo, dijo, á la muerte de todo el que revele los secretos de la asociación santa.

Luego, bajando la copa á la altura de sus labios, libó hasta su última gota, y la devolvió al que se la entregara.

Un murmullo de admiración corrió por la asamblea, y pareció que las fantasmas se miraban entre sí á través de sus sudarios.

— Está bien, dijo el presidente, la pistola.

Acercóse al presidente una fantasma con una pistola en una mano, una bala y una carga de pólvora en la otra.

Apenas si el nuevo socio se dignó volver la vista hacia él.

— ¿Prometes, pues, obediencia pasiva á la asociación santa? preguntó el presidente.

— Sí.

— ¿Aun cuando esa obediencia deba ejercerse sobre ti?

— El que aquí entra, no se pertenece á sí, pertenece á todos.

— Así, ¿obedecerás cualquier orden que yo te dé?

— La obedeceré.

— ¿En el mismo instante?

— En el mismo instante.

— ¿Sin vacilar?

— Sin vacilar.

— Toma esa pistola y cárgala.

Tomó la pistola el desconocido, echó la pólvora en el cañón, le aplicó un taco, metió la bala que sujetó con otro taco, y luego cebó la pistola.

Todos los sombríos habitantes de aquella extraña mansión le miraban con un lúgubre silencio, interrumpido solo por el ruido del viento que azotaba los ángulos de los arruinados arcos.

— Está cargada la pistola, dijo friamente el desconocido.

— ¿Estás seguro de ello? preguntó el presidente.

Asomó una sonrisa á los labios del nuevo socio, quien sacó la baqueta, y la introdujo en el cañón, del que sobresalía dos pulgadas.

El presidente se inclinó en señal de estar convencido.

— Sí, dijo, está en efecto cargada y muy cargada.

— ¿Qué debo hacer de ella? preguntó el desconocido.

— Mántala.

El desconocido montó la pistola oyéndose el ruido del gatillo en medio del profundo silencio que acompañaba los intervalos del diálogo.

— Ahora, añadió el presidente, aplica la boca del cañón á tu frente.

El nuevo socio obedeció sin vacilar.

Reinó en la asamblea el más profundo silencio: las lámparas parecieron palidecer, aquellas fantasmas eran verdaderas fantasmas, porque ninguna respiraba.

— ¡Fuego! dijo el presidente.

Chispeó la piedra sobre el fogón, pero solo ardió el cebo sin acompañar ninguna detonación su efímera llama.

Un grito de admiración se escapó de casi todos los pechos, y el presidente extendió la mano hacia el desconocido con un movimiento instintivo.

Pero sin duda no bastaban dos pruebas á los más difíciles, pues algunas voces exclamaron:

— ¡ El puñal, el puñal !

— ¡ Lo exigís ? preguntó el presidente.

— Sí ; ¡ el puñal, el puñal ! repusieron las mismas voces.

— Venga el puñal, dijo el presidente.

— Es inútil, dijo el desconocido sacudiendo la cabeza con aire desdenoso.

— ¿ Cómo inútil ? exclamó la asamblea.

— Sí, inútil, replicó el nuevo socio con una voz que cubría todas las otras, inútil, os repito, porque estáis perdiendo un tiempo precioso.

— ¿ Qué es lo que decís ? exclamó el presidente.

— Digo que sé todos vuestros secretos, que esas pruebas á que me sometéis, son unos juegos pueriles, indignos de ocupar un instante á seres formales. Digo que ese hombre asesinado no está muerto ; digo que esa sangre que he bebido era vino metido en una bota ajustada y oculta bajo sus vestidos ; digo que la pólvora y las balas de la pistola se deslizaron á la culata al montar el gatillo. Recoged, pues, vuestra impotente arma, que sólo es buena para asustar á los cobardes. Y tú, cadáver engañoso, levántate, que no amedrentarás á los fuertes.

Levantóse un grito terrible que hizo resonar las bóvedas.

— ¡ Tú conoces nuestros misterios ! ¿ Luego eres uno que ve ó un traidor ?

— ¿ Quién eres ? preguntaron á la vez trescientas voces, al mismo tiempo que brillaron veinte espadas en las manos de las fantasmas más inmediatas, y por un movimiento regular como el de una falange disciplinada, bajaron á reunirse sobre el pecho del desconocido.

Pero éste, sonriendo, tranquilo, levantando la cabeza y sacudiendo su cabellera sin polvos y retenida sólo por la banda que habían ceñido al rededor de su frente :

— *Ego sum qui sum*, dijo, *yo soy quien soy*.

Paseó en seguida sus miradas por la muralla humana que le cercaba estrechamente : á su dominante mirada se bajaron las espadas con movimientos desiguales, según aquellos á quienes el desconocido abrumaba con su mirada, cedían instantáneamente á su influencia, ó trataban de combatirla.

— Acabas de pronunciar una palabra imprudente, dijo el presidente, y sin duda la has pronunciado porque desconoces sus consecuencias.

El extranjero meneó la cabeza sonriéndose.

— He respondido lo que debo responder, dijo.

— Entonces ¿ de dónde vienes ? preguntó el presidente.

— Del país de donde viene la luz.

— Sin embargo, nuestras instrucciones anuncian que vienes de Suecia.

— Quien viene de Suecia puede venir de Oriente, repitió el extranjero.

— Por segunda vez, no te conocemos. ¿ Quién eres ?

— ¿ Quién soy ?... Pues bien, replicó el desconocido, os lo diré al momento, puesto que aparentáis no comprenderme ; pero antes voy á deciros quiénes sois vosotros mismos.

Estremeciéronse las fantasmas, y chocáronse sus

espadas pasando de su mano izquierda á la derecha, y levantándose á la altura del pecho del desconocido.

— Primero, prosiguió el extranjero extendiendo la mano hacia el presidente, á ti, que me hablas, que te crees un Dios, y que sólo eres un precursor; á ti, representante de las sociedades suecas, yo te diré tu nombre para no tener necesidad de decirte el de los demás. Swedenbourg, los ángeles que hablan familiarmente contigo ¿no te han revelado que aquel á quien aguardabas se había puesto en camino?

— Es verdad, respondió el presidente levantando su sudario para ver mejor al que le hablaba, me lo han dicho.

Y aquel que levantaba el sudario, contra todos los hábitos y ritos de la sociedad, mostraba el rostro venerable y la blanca barba de un anciano de ochenta años.

— Muy bien, repuso el extranjero. Ahora, á tu izquierda está el representante de la sociedad inglesa, que preside la logia de la Calcedonia: salud, milor; si revive en vos la sangre de vuestro abuelo, puede esperar la Inglaterra que se encenderá la luz apagada.

Bajáronse las espadas, y á la cólera comenzaba á suceder el asombro.

— ¡ Ah, sois vos, capitán! continuó el desconocido dirigiéndose al último jefe colocado á la izquierda del presidente. ¿ En qué puerto habéis dejado vuestro hermoso buque que amáis como á una manceba? Es una valiente fragata la *Providencia*, ¿ no es verdad? y su nombre ha de ser feliz para la América.

Luego, volviéndose al que estaba á la derecha del presidente:

— Te llega la vez, dijo, profeta de Zurich; veamos, mírame á la cara, tú que has llevado hasta la adivinación la ciencia fisonómica, y dime en alta voz si en las

líneas de mi cara no reconoces el sello de mi misión.

Aquel á quien se dirigió, dió un paso atrás.

— Vamos, continuó dirigiéndose á su inmediato, vamos, descendiente de Pelayo, trátase de arrojar por segunda vez á los moros de España. Fácil cosa será si los castellanos no han perdido para siempre la espada del Cid.

Mudo é inmóvil quedó el quinto jefe: se hubiera dicho que la voz del desconocido le había convertido en mármol.

— ¿ Y á mí? exclamó el sexto jefe promoviendo las palabras del desconocido que parecía olvidar, ¿ á mí, no tienes nada que decirme?

— Sí, tengo, respondió el viajero fijando en él una de esas penetrantes miradas que registran hasta el corazón; si, tengo que decirte lo que Jesús dijo á Judas, y te lo diré al momento.

Aquel á quien se dirigió se puso pálido como su sudario, mientras un murmullo, recorriendo la asamblea, parecía pedir cuenta de esta extraña acusación.

— Tú olvidas al representante de Francia, dijo el presidente.

— Ese no está entre nosotros, respondió el extranjero con altivez, y tú lo sabes bien; tú que hablas, puesto que está ahí vacío su asiento. Ahora, ten presente que las emboscadas excitan la sonrisa del que ve en las tinieblas, del que obra á despecho de los elementos, y ve á pesar de la muerte.

— Eres joven, repuso el presidente, y hablas con la autoridad de un dios. Reflexiónalo bien, á tu vez; la audacia sólo atolondra á los hombres irresolutos ó ignorantes.

Una sonrisa de supremo desdén asomó á los labios del extranjero.

— Todos vosotros sois irresolutos, dijo, puesto que

no podéis obrar sobre mí; sois todos ignorantes, puesto que no sabéis quién soy, mientras, por el contrario, yo sé quiénes sois vosotros. Así, triunfaré de vosotros sin más que la audacia; pero, ¿de qué sirve la audacia al que es omnipotente?

— ¡La prueba de esa omnipotencia! dijo el presidente, ¿dadnos la prueba!

— ¿Quién os ha convocado? preguntó el desconocido, pasando del papel de interrogado al de interrogador.

— La legia suprema.

— No sin objeto, dijo el extranjero volviéndose hacia el presidente y hacia los cinco jefes, habéis venido, vos de Suecia, vos de Londres, vos de Nueva York, vos de Zurich, vos de Madrid, vos de Varsovia, todos vosotros en fin, continuó, dirigiéndose á la multitud, de las cuatro partes del mundo, para reunir os en el santuario de la fe terrible.

— No, sin duda; respondió el presidente. Hemos venido al encuentro de aquel que ha fundado un imperio en Oriente, que ha reunido los dos hemisferios en una comunión de creencias, que ha enlazado las manos fraternales del género humano.

— ¿Tenéis un signo seguro que os lo dé á conocer?

— Sí, respondió el presidente. Dios se ha dignado revelármelo por medio de sus ángeles.

— ¿Luego solo vos lo conocéis?

— Solo yo lo conozco.

— ¿Nunca lo habéis revelado á nadie?

— A nadie.

— Decidlo en alta voz.

El presidente vaciló.

— Decid, repuso el extranjero con imperioso tono, decid; porque es llegado el momento de la revelación.

— Llevará sobre el pecho, dijo el jefe supremo, una

placa de diamante, y sobre esta placa brillarán las tres primeras letras de una cifra de él solo conocida

— ¿Cuáles son esas tres letras?

— L. P. D.

El extranjero separó con un movimiento rápido su levita y chaleco, y sobre su camisa de fina batista apareció, resplandeciente como una estrella de llama, la placa de diamante en que brillaban las tres letras de rubies.

— ¡Él! exclamó el presidente asustado, ¿sería él?

— ¿Aquel á quien aguarda el mundo? dijeron con ansiedad los jefes.

— ¡El gran Cophto! murmuraron trescientas voces.

— ¡Y bien! exclamó el extranjero con el brillo del triunfo. ¿Me creeréis ahora cuando os repita por segunda vez: Yo soy el que soy?

— Sí, respondieron las fantasmas prosternándose.

— Hablad, maestro, dijeron el presidente y los cinco jefes, inclinando la frente al suelo; hablad, y nosotros obedeceremos.

mi maestro, y es aun mi amigo, amigo venerable, porque tiene doble edad del más viejo de vosotros.

Este lenguaje solemne, los ademanes majestuosos, el acento lleno de unción y severidad á la vez, produjeron en la asamblea una de esas impresiones que se expresan por largos estremecimientos de ansiedad.

El viajero continuó :

— Cuando llegué á los quince años, estaba ya iniciado en los principales misterios de la naturaleza. Sabía la botánica, no esa ciencia reducida que cada sabio circunscribe al estudio del rincón del mundo que habita, sino que conocía las sesenta mil familias de plantas que vegetan en todo el universo. Sabía, cuando mi maestro me forzaba á ello imponiéndome las manos sobre la frente y haciendo descender á mis ojos cerrados un rayo de luz celeste, sabía, por una contemplación casi sobrenatural, sumergir mis miradas en las olas de los mares, y clasificar esas monstruosas é indescriptibles vegetaciones que flotan y se balancean sordamente entre dos capas de agua cenagosa, y cubren con sus gigantescas ramas la cuna de todos los monstruos repugnantes y casi informes jamás vistos por el ojo del hombre, y que Dios debe haber olvidado desde el día en que los ángeles rebeldes forzarón á crearlos, vencido por un instante su poder.

Además, me había dedicado á las lenguas muertas y vivas. Conocía todos los idiomas que se hablan desde el estrecho de los Dardanelos hasta el de Magallanes. Descifraba los misteriosos jeroglíficos en esos libros de granito llamados las pirámides. Abarcaba todos los conocimientos humanos desde Saehoniaton hasta Sócrates, desde Moisés hasta S. Jerónimo, desde Zoroastro hasta Agripa.

Había estudiado la medicina, no sólo en Hipócrates, Galeno y Averroes, sino también en ese gran maestro

Reinó un silencio de algunos minutos, mientras que el desconocido estuvo como reuniendo todas sus ideas : luego al cabo de un instante :

— Señores, dijo, podéis dejar las espadas que fatigan inútilmente vuestros brazos, y prestarme oído atento, porque es mucho lo que tenéis que saber por las pocas palabras que voy á dirigiros.

La asamblea redobló la atención.

— El nacimiento de los grandes ríos casi siempre es divino, y por eso no es conocido ; como el Nilo, como el Ganges y el Amazona, sé á dónde voy, pero ignoro de dónde vengo. Lo único que recuerdo es que el día en que los ojos de mi alma se abrieron á la percepción de los objetos exteriores, me hallé en Medina, ciudad santa, corriendo á través de los jardines del muphti Salaaym. Este era un anciano respetable á quien yo amaba como á mi padre, y que sin embargo no era mi padre ; porque, si bien me miraba con ternura, hablábame con respeto. Tres veces al día se separaba para dejar llegarse á mi otro anciano, cuyo nombre no pronunció jamás sin una gratitud mezclada de espanto ; aquel venerable anciano, augusto depósito de todas las ciencias humanas, instruido por los siete espíritus superiores en todo lo que aprenden los ángeles para comprender á Dios, se llama Althotas ; fué mi ayo,

llamado la naturaleza. Había sorprendido los secretos de los cophtos y los drusos. Había recogido las semillas fatales y las semillas felices. Cuando el simoun y el huracán pasaban sobre mi cabeza, podía entregar á su soplo semillas desconocidas que llevaban lejos de mí la muerte ó la vida, según yo había condenado ó bendecido la comarca hacia que volvía mi cara airada ó risueña.

En medio de esos estudios, de esos trabajos y viajes, llegué á los veintiún años.

Un día vino á verme mi maestro en la gruta de mármol adonde me retiraba durante los grandes calores del día. Su rostro estaba á la vez austero y risueño... Traía en la mano un frasco.

— Acharat, me dijo, siempre he dicho que nada nacía ni moría en el mundo; que la cuna y el sepulcro eran hermanos; que sólo le faltaba al hombre, para ver claro en las existencias pasadas, aquesa lucidez que le hará igual á Dios, puesto que desde el día en que la haya adquirido, se sentirá inmortal como Dios. ¡Y bien! he hallado el brebaje que disipa las tinieblas, mientras que debo hallar el que aleja la muerte. Acharat, he bebido ayer lo que falta de este frasco; bebe tú el resto hoy.

Tenía una gran confianza, una veneración suprema en mi digno maestro, y sin embargo, tembló mi mano al tocar el frasquito que me presentaba Althotas, cual debió temblar la mano de Adán al tocar la manzana que le presentaba Eva.

— Bebe, me dijo sonriendo. Y bebí

Entonces me impuso las manos sobre la cabeza, como acostumbraba hacerlo cuando quería momentáneamente dotarme de la doble vista.

— Duerme, me dijo, y acuérdate.

Me dormí al instante. Soñé entonces que estaba

echado sobre una pira de palo de sándalo y álces; un ángel que pasaba, llevando del Oriente al Occidente la voluntad del Señor, tocó á mi pira con la punta del ala y se encendió. Pero, ¡cosa extraña! en lugar de conmoverme por el temor, en vez de temer aquella llama, me extendí voluptuosamente en medio de las lenguas ardientes, como hace el fénix que renace del principio de toda vida.

Entonces desapareció toda mi parte material y quedó sola el alma, conservando la forma del cuerpo, pero trasparente, impalpable, más ligera que la atmósfera en que vivimos, y sobre la que se eleva. Entonces, como Pitágoras que recordaba haber estado en el sitio de Troya, me acordé de las treinta y dos existencias que había vivido ya. Vi pasar ante mis ojos los siglos, como una serie de grandes viejos. Reconocíme bajo los diferentes nombres que había tenido desde mi primer nacimiento hasta el de mi última muerte, porque, lo sabéis, hermanos míos (y este es de uno de los puntos más positivos de nuestra creencia), las almas, esas innumerables emanaciones de la divinidad que á cada uno de sus soplos se desprenden del pecho de Dios, las almas llenan el aire, se distribuyen en una numerosa jerarquía, desde las almas sublimes hasta las inferiores, y el hombre, que desde la hora de su nacimiento aspira, tal vez por casualidad, una de esas almas preexistentes, la devuelve á la hora de su muerte á una carrera nueva y á sucesivas trasformaciones.

El que así hablaba, tenía un acento tal de convicción, era tan sublime la mirada con que sus ojos se levantaban al cielo, que al llegar á este período de su pensamiento que resumía toda su esencia, fué interrumpido por un murmullo de admiración. Al asombro sucedía la admiración, como á ésta había sucedido la cólera.

— Cuando desperté, continuó el iluminado, sentí que era más que hombre; comprendí que era casi un Dios.

Entonces resolví consagrar no sólo mi existencia actual, sino todas las existencias que me restan por vivir, á la dicha de la humanidad.

Al día siguiente, volvió Althotas, como si hubiera adivinado mi proyecto, y me dijo:

— Hijo mío, veinte años hace que expiró tu madre al darte á luz, veinte años hace que un obstáculo invencible impide á tu ilustre padre presentársete; vamos á emprender de nuevo nuestros viajes: tu padre se hallará entre los que encontremos, te abrazará, pero ignorarás quién te ha abrazado.

Así, en mí, como en los elegidos del Señor, todo debía ser misterioso: pasado, presente, futuro.

Despedíme del muphti Salaaym, que me dió su bendición y me colmó de presentes; y después nos incorporamos á una caravana que se dirigía á Suez.

Perdonad, señores, si me conmuevo á este recuerdo. Un día, me abrazó un hombre venerable, y no sé qué extraño estremecimiento agitó todo mi ser cuando sentí latir su corazón. Era el scherif de la Meca, príncipe muy magnífico é ilustre. Había asistido á cien batallas y con un ademán de su brazo doblaba las cabezas de tres millones de hombres. Althotas se separó para no conmoverse, tal vez para no descubrirse, y continuamos nuestro camino.

Penetramos en el centro del Asia; remontamos el Tigris; visitamos Palmira, Smirna, Constantinopla, Viena, Berlín, Dresde, Moscow, Stockolmo, Petersburgo, Nueva York, Buenos Aires, el Cabo, Aden; después, volviendo casi al punto de donde habíamos salido, llegamos á la Abisinia, descendimos el Nilo, abordamos á Rodas, y luego á Malta; un buque había

salido al encuentro del nuestro á veinte leguas de mar, y dos caballeros de la Orden, después de saludarme á mí y abrazar á Althotas, nos condujeron en triunfo al palacio del gran maestro Pinto.

Sin duda me preguntaréis, señores, cómo era recibido el musulmán Acharat con tanto honor por aquellos mismos que juran en sus votos el exterminio de los infieles. Porque Althotas, católico y caballero también de Malta, jamás me había hablado más que de un Dios omnipotente, universal, que estableció la armonía general, con la ayuda de los ángeles sus ministros, y dió á este todo armonioso el bello y gran nombre de Cosmos. En fin, yo era teósofo.

Mis viajes estaban terminados; pero la vista de todas aquellas ciudades de variados nombres, de costumbres opuestas, no me había causado ninguna extrañeza; porque nada nuevo había para mí bajo el sol; porque en el trascurso de las treinta y dos existencias que llevaba ya vividas, había visitado las mismas ciudades; porque la única cosa que me chocó eran los cambios operados entre los hombres que las poblaban. Entonces pude abarcar con el espíritu los acontecimientos y seguir la marcha de la humanidad. Ví que todos los espíritus tendían al progreso, y que el progreso tendía á la libertad. Ví que todos los profetas aparecidos sucesivamente, habían sido suscitados por el Señor para fortalecer la marcha vacilante de la humanidad, que, partiendo á ciegas de su cuna, da en cada siglo un paso hacia la luz. Los siglos son los días de los pueblos.

Entonces me dije que no se me habían revelado tantas cosas sublimes, para sepultarlas en mí mismo; que en vano la montaña encerraba sus filones de oro, y el Océano sus perlas; porque el minero obstinado penetra en las entrañas de la montaña, y el buzo

desciende al fondo del Océano, y más valía, en vez de imitar al Océano y á la montaña, hacer como el sol; es decir, derramar mis resplandores por todo el mundo.

Ahora comprenderéis, que si vengo de Oriente no es para cumplir con simples ritos masónicos, sino para deciros: Hermanos, tomad las alas y los ojos del águila; elevaos sobre el mundo, subid conmigo á la cima de la montaña á donde Satanás llevó á Jesús, y tendad la vista sobre los reinos de la tierra.

Los pueblos forman una misma falange; nacidos en diferentes épocas y en condiciones diversas, han ocupado su rango y debe llegar cada uno al fin para que fueron creados. Ellos marchan sin cesar, aunque parece que descansan; y si por casualidad vuelven atrás, no es porque retroceden, sino para tomar vuelo y salvar algún obstáculo ó remover alguna dificultad.

La Francia es la vanguardia de las naciones; ponámosle una antorcha en la mano, y aunque sea una tea, la llama que la devore será un saludable incendio que ha de iluminar el mundo.

Por eso no se halla aquí el representante de la Francia; tal vez habría retrocedido ante su misión..... hace falta un hombre que no retroceda ante nada..... yo iré á Francia.

— ¿ Iréis á Francia ? repuso el presidente.

— Sí, este es el puesto más importante... lo tomo para mí... es la obra más peligrosa... yo me encargo de ella.

— Entonces ¿ sabéis lo que pasa en Francia ? preguntó el presidente.

El iluminado se sonrió.

— Lo sé porque lo he preparado yo mismo; ocupa el trono de Francia un rey viejo, timorato, corrompido, menos viejo, menos timorato, menos corrompido

y desesperado aun que la monarquía que representa. Apenas le quedan algunos años de vida, y es preciso que dispongamos convenientemente el porvenir para el día de su muerte. La Francia es la piedra angular del edificio; que los seis millones de manos que se levantan á una señal de la Logia suprema, desarraiguen esa piedra y se desmoronará el edificio monárquico, y el día en que no haya más rey en Francia, los soberanos de Europa, los sentados con más insolencia sobre su trono, sentirán apoderarse el vértigo de su cabeza, y se lanzarán por sí mismos en el abismo abierto por la estrepitosa caída del trono de san Luis.

— Perdonad, venerabilísimo maestro, interrumpió el jefe que estaba á la derecha del presidente, y en quien, por su acento de un germanismo montañés, podía reconocerse un suizo; ¿ vuestra inteligencia lo ha calculado todo sin duda ?

— Todo, respondió lacónicamente el gran Cophto.

— Sin embargo, el muy venerable maestro me dispensará que le hable así, pues en la cima de nuestras montañas, en el fondo de nuestros valles, en las orillas de nuestros lagos, estamos habituados á hablar tan libremente como el soplo del viento y el murmullo del agua; sin embargo, lo repito, creo inoportuno el momento, porque se está preparando un grande acontecimiento al que la monarquía francesa deberá su regeneración. Yo, que tengo el honor de hablaros, venerabilísimo gran maestro, he visto á una hija de María Teresa dirigirse con gran pompa hacia la Francia para unir la sangre de diez y siete Césares á la del sucesor de sesenta y un reyes, y los pueblos se regocijan ciegamente, como lo hacen siempre cuando se aloja ó dora su yugo. Lo repito, pues, en mi nombre y en el de mis hermanos; creo inoportuno el momento.

Todos se volvieron con gran recogimiento hacia el que con tanta calma y atrevimiento arrostraba el desagrado del gran maestro.

— Habla, hermano, dijo el gran Cophito sin parecer conmovido, seguire tu opinión, si es buena. Nosotros, los elegidos de Dios, no rechazamos á nadie, ni sacrificamos el interés de todo un mundo á la susceptibilidad de nuestro amor propio.

El diputado de la Suiza prosiguió en medio de un profundo silencio :

— En mis estudios he logrado, venerabilísimo gran maestro, convencerme de una verdad; á saber, que la fisonomía de los hombres revela siempre al ojo que sabe leerlas, sus vicios y sus virtudes. El hombre arregla su rostro, dulcifica su mirada, hace sonreír sus labios; todos esos movimientos musculares están en su poder; pero el principal tipo de su carácter queda en evidencia, legible é irrefragable testimonio de lo que pasa en su corazón. Así, el tigre tiene también encantadoras sonrisas, ojeadas cariñosas; pero en su frente chata, en sus pronunciadas mejillas, en su occiput enorme y en su sanguinolento rictus, reconoceréis al tigre. El perro, por su parte, frunce las cejas, enseña los dientes, y parece rabioso; pero en su ojo dulce y franco, en su cara interesante, en su marcha obsequiosa, lo reconoceréis servicial y amistoso. Dios ha escrito en la cara de cada criatura su nombre y su cualidad. Y bien; yo he leído en la frente de la joven que debe reinar en Francia, el noble orgullo, el valor y la caridad tan tierna de las jóvenes de Alemania; he leído en la cara del joven que va á ser su esposo, la tranquila sangre fría, la mansedumbre cristiana, y el espíritu minucioso de observación. ¿Cómo un pueblo, y con especialidad ese pueblo francés que no recuerda el mal ni olvida jamás el bien que le

hacen, puesto que le han bastado Carlomagno, san Luis y Enrique IV, para salvaguardar veinte reyes cobardes y crueles; cómo un pueblo que espera siempre sin desesperar jamás, no ha de amar á una reina joven, hermosa y buena; á un rey dulce, clemente y buen administrador, después de la desastrosa y dilapidadora era de Luis XIV; después de sus orgías públicas, y sus solapadas venganzas; después del reinado de las Pompadour y las Dubarry? ¿No bendecirá la Francia á unos principes que serán el modelo de las virtudes que he citado, y que traerán en dote la paz europea? Ahí tenemos á la Delfina María Antonieta que va á atravesar la frontera; en Versalles se está disponiendo el altar y el lecho nupcial. ¿Es este el momento de comenzar, por la Francia y para la Francia, vuestra obra de reforma? Vuelvo á pedirlos perdón; pero he debido decir, muy venerable señor, lo que pensaba en el fondo del alma, y lo que creo debía someter á vuestra infalible sabiduría.

Á estas palabras, el que acababa de hablar, y al que el desconocido había designado con el nombre de apóstol de Zurich, se inclinó, recogiendo el lisonjero murmullo de las unánimes aprobaciones, y aguardó la respuesta del gran Cophito, quien replicó en seguida :

— Si leéis en las fisonomías, ilustrísimo hermano, yo leo en el porvenir. María Antonieta es orgullosa; se obstinará en la lucha, y perecerá bajo nuestros ataques. El delfín Luis Augusto es bueno y clemente, alojará en la lucha y perecerá como su mujer y con ella; solamente que perecerá cada uno por la virtud ó el defecto contrario. Se estiman en este momento; no les daremos tiempo para amarse, y dentro de un año se despreciarán. Además, ¿á qué deliberar, hermanos, para saber de qué lado viene la luz cuando esta me está revelada á mí? ¿cuando vengo de Oriente guiado

como los pastores por esa estrella que anuncia una segunda regeneración? Mañana daré principio á la obra, y con vuestro apoyo sólo os pido veinte años para darle cima: bastará ese tiempo como nos encaminemos unidos y fuertes al mismo término.

— ¡ Veinte años! murmuraron muchas fantasmas, ¡ mucho es!

El gran Copito se volvió hacia los impacientes.

— Sin duda que sí, les dijo, es mucho para el que se figure que se mata un principio como se mata á un hombre con el cuchillo de Santiago Clemente ó con el cortaplumas de Damiens. ¡ Insensatos!... Verdad es que el cuchillo mata al hombre; pero, semejante al acero regenerador, corta una rama para hacer surgir otras diez del tronco, y en lugar de un cadáver real tendido en su tumba, suscita un Luis XIII, tirano estúpido; un Luis XIV, despota inteligente; un Luis XV, ídolo regado con las lágrimas y la sangre de sus adoradores, como esas monstruosas divinidades que he visto en la India aplastar, con monótona sonrisa, á las mujeres y niños, que echaban guirnaldas bajo las ruedas de su carro. ¡ Ah! ¡ halláis que es demasiado veinte años para borrar el nombre de reyes del corazón de treinta millones de hombres, que no ha mucho ofrecían á Dios la vida de sus hijos para rescatar la del pequeño Luis XV! ¡ Creéis obra fácil el hacer odiosas á la Francia esas flores de lis que, radiosas como las estrellas del cielo, suaves como los perfumes de la flor que recuerdan, han llevado á todos los rincones del mundo por espacio de mil años, la luz, la caridad y la victoria! Ensayad, pues, hermanos, ensayad; ¡ yo no os doy veinte años, os doy un siglo!

Estáis esparecidos, temblando, ignorados unos de otros; y solo yo conozco todos vuestros nombres: solo yo gradúo vuestros valores divididos, para formar de

ellos un todo; solo yo sigo la cadena que os une por un gran nudo fraternal. ¡ Y bien! os lo digo, filósofos, economistas, ideólogos: quiero que dentro de veinte años esos principios que vosotros murmuráis en voz baja en el hogar de la familia, que escribís con inquieta vista á la sombra de vuestras viejas torres; que os confiáis unos á otros con el puñal en la mano para clavarlo en el traidor ó imprudente que repita vuestras palabras en voz más alta que la vuestra; quiero que los proclaméis en alta voz en las calles, que los imprimáis á la luz del día, que los propaguéis por toda la Europa, por medio de emisarios pacíficos, ó á la punta de las bayonetas de 500,000 soldados que se levantarán, combatientes de la libertad, con esos principios escritos en sus estandartes; quiero, en fin, que vosotros, que tembláis al nombre de la torre de Londres; vosotros, al nombre de los calabozos de la Inquisición; yo al nombre de esa Bastilla que voy á arrostrar; quiero que nos riamos de lástima al hallar las ruinas de esas espantosas prisiones en las que danzarán vuestras mujeres y vuestros hijos. Y bien; todo eso no puede hacerse fiasta después de la muerte, no del monarca sino de la monarquía; hasta después del desprecio de los poderes religiosos, después del olvido completo de toda inferioridad social; en fin, después de la extinción de las castas aristocráticas y la repartición de los bienes señoriales. Pido veinte años para destruir un mundo viejo y reconstruir otro nuevo; veinte años, es decir veinte segundos de la eternidad. ¡ Y decís que es demasiado!

Un prolongado murmullo de admiración y asentimiento sucedió al discurso del sombrío profeta. Era evidente que se había conquistado todas las simpatías de aquellos misteriosos mandatarios del pensamiento europeo.

— Ahora, hermanos, que yo me consagro á esta obra; ahora que voy á atacar al león en su cueva; ahora que voy á exponer mi vida por la libertad del mundo, ¿ qué haréis por el triunfo de la causa á que hemos consagrado nuestra vida, nuestra fortuna y libertad? Decid, ¿ qué haréis? He ahí lo que he venido á preguntaros.

Un silencio, espantoso por su mucha solemnidad, sucedió á estas palabras; no se veía en la sombría sala más que fantasmas inmóviles, absortas en el pensamiento austero que debía desquiciar veinte tronos.

Destacáronse de los grupos los seis jefes, y al cabo de algunos minutos de deliberación volvieron hacia el jefe supremo.

El primero que habló fué el presidente.

— Yo, dijo, representante de la Suecia, ofrezco en su nombre para derribar el trono de Vasa, los minadores que han levantado el trono de Vasa, y además cien mil escudos de oro.

El gran Cophito sacó su librito de memoria é inscribió en él la oferta que acababan de hacerle.

— Yo, dijo el enviado de las sociedades irlandesa y escocesa, no puedo prometer nada en nombre de la Inglaterra, que hallaremos ardiente en combatirnos; pero en el de la pobre Irlanda, y en el de la pobre Escocia, prometo una contribución de tres mil hombres y tres mil coronas anuales.

El jefe supremo anotó esta oferta al lado de la anterior.

— ¿ Y vos? preguntó á un tercer jefe.

— Yo, respondió éste, cuyo vigor y ruda actividad se revelaban en la incómoda vestidura del iniciado, yo, represento la América, de la que cada piedra, cada árbol, cada gota de agua, cada gota de sangre pertenece á la revolución. Mientras tengamos oro, lo

daremos; mientras tengamos sangre, la verteremos; solamente, no podremos obrar hasta que seamos libres. Divididos, cercados, numerados como estamos, representamos una cadena gigantesca de eslabones sueltos; sería preciso que una mano poderosa soldase los dos primeros, y los otros se soldarían por sí mismos. Así, por quienes hay que comenzar, muy venerable maestro, es por nosotros. Si queréis emancipar á los franceses de la soberanía, comenzad por emanciparnos á nosotros de la dominación extranjera.

— Así se hará, respondió el gran Cophito; seréis libres los primeros, y la Francia os ayudará á ello. Dios ha dicho en todas lenguas: « Ayudaos unos á otros. » Aguardad, pues. Para vosotros, hermanos, á lo menos no será larga la espera.

Luego, se volvió al diputado de Suiza.

— Yo, le dijo éste, nada puedo prometer más que mi contribución personal. Los hijos de nuestra república son hace tiempo los aliados de la monarquía francesa, le venden su sangre desde Mariñán y Pavía, son unos deudores leales, y entregarán lo que han vendido. Por la primera vez, muy venerable gran maestro, me avergüenzo de nuestra lealtad.

— Sea, respondió el gran Cophito, nosotros venceremos sin ellos y á pesar de ellos. Á vuestra vez, diputado de España.

— Yo, dijo éste, soy pobre, y sólo puedo dar tres mil hermanos; pero cada uno de ellos contribuirá con mil reales al año. La España es un país perezoso, en que el hombre sabe dormir en un lecho de dolores, con tal que duerma.

— Bien, dijo el Cophito. ¿ Y vos?

— Yo, respondió aquel á quien se dirigía, yo represento la Rusia y las logias polacas. Nuestros hermanos son ricos descontentos, ó pobres siervos consagrados á

un trabajo sin descanso, y á una muerte prematura. Nada puedo prometer en nombre de los siervos, puesto que nada poseen; pero prometo por tres mil ricos veinte luises anuales por cabeza.

Llegaron á su vez los otros diputados: cada uno representaba, ya un pequeño reino, ya un gran principado, ya un pobre estado; y cada uno hizo escribir su oferta en el librito del jefe supremo, y se obligó con juramento á cumplir lo prometido.

— Ahora, dijo el gran Cophto, la palabra de orden, simbolizada en las tres letras por que me habéis reconocido, dada ya en una parte del Universo, va á extenderse por la otra. Que cada iniciado lleve estas tres letras, no sólo en su corazón, sino sobre él, porque, Nos, soberano maestro de las logias de Oriente y Occidente, ordenamos la ruina de las flores de lis. Yo te lo ordeno, á ti, hermano de Suecia, á ti, hermano de Escocia, á ti, hermano de América, á ti, hermano de Suiza, á ti, hermano de España, y á ti, hermano de Rusia, *lilia pedibus destrue* (1).

Resonó en el fondo del antro una aclamación potente como la voz de la mar, y se escapó en ráfagas lúgubres por las gargantas de las montañas.

— Y ahora, en nombre del padre y del maestro, retiraos, dijo el jefe supremo cuando se hubo apagado el murmullo, ganad con orden los subterráneos que van á dar á las canteras del Mont-Tonnerre, y unos por el río, otros por el bosque, y los demás por el valle, dispersaos antes de rayar el alba. Aun me volveréis á ver otra vez, y será el día de nuestro triunfo.

Y terminó esta alocución con un signo masónico que sólo comprendieron los seis jefes; de suerte que per-

(1) Las tres letras L. E. D. eran en efecto la divisa de los iluminados.

manecieron al rededor del gran Cophto, después de haber desaparecido los iniciados de orden inferior.

Entonces el jefe superior llamó á parte al sueco.

— Swedenbourg, le dijo, eres verdaderamente un hombre inspirado, y Dios te da gracias por mi boca. Envía el dinero á Francia bajo las señas que yo te indicaré.

El presidente saludó con humildad y se alejó estupefacto de aquella segunda vista que había revelado su nombre al gran Cophto.

— Salud, bizarro Fairfax, continuó, sois digno hijo de vuestro abuelo. Recomendadme á la memoria de Washington la primera vez que le escribáis.

Inclinóse á su vez Fairfax y se retiró en la misma dirección de Swedenbourg.

— Ven, Pablo Jones, dijo el cophto al americano, ven, porque tu has hablado bien; ya lo esperaba de ti. Tú serás uno de los héroes de América. Estad tú y ella preparados para la primera señal.

Y el americano, temblando como bajo el soplo de un Dios, se retiró á su vez.

— Tú, Lavater, continuó el elegido, abjura las teorías, porque es preciso pasar á la práctica; no estudies lo que es el hombre, sino lo que puede ser. Vete, ¡é infelices aquellos de tus hermanos que se levanten contra nosotros, porque la cólera del pueblo será rápida y devoradora!

El diputado suizo se inclinó temblando y desapareció.

— Escúchame, Ximénez, dijo en seguida el cophto dirigiéndose al que había hablado en nombre de España. Tú eres celoso, pero desconfías. Tu país duerme, dices; pero es porque no le despiertan. Vete, Castilla es siempre la patria del Cid.

Adelantóse á su vez el último; pero no bien diera tres pasos cuando le detuvo el cophto con un ademán.

— Tú, Scieffort de Rusia, tu venderás la causa antes de un mes; pero dentro de un mes estarás muerto.

El enviado moscovita cayó de rodillas, pero el gran Cophto le levantó con un gesto de amenaza, y el condenado del porvenir salió de allí vacilante.

Entonces, estando solo el hombre singular que hemos introducido en este drama para ser su principal personaje, miró en torno suyo, y viendo vacía y silenciosa la sala de recibimiento, abotonó su levita de terciopelo negro y ojales dorados, aseguró su sombrero en la cabeza, empujó el resorte de la puerta de bronce que se había cerrado á sus espaldas; entró en los desfiladeros de la montaña, como si le fueran conocidos desde largo tiempo; y luego, cuando llegó al bosque, aunque sin guía ni luz, lo pasó como si una mano invisible lo guiara.

Cuando llegó á la otra orilla del bosque, buscó con la vista su caballo, y como no lo viese, aplicó el oído y le pareció oír un relincho lejano. Un silbido modulado de cierta manera salió entonces de la boca del viajero, y al cabo de un instante, se hubiera podido ver á Djerid correr á la sombra, fiel y obediente como un perro gozoso. El viajero se lanzó ligero sobre él, y al punto desaparecieron ambos en rápida carrera, confundidos con el sombrío brezo que se extiende entre Danenfels y la cima del Mont-Tonnerre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

MEMORIAS DE UN MÉDICO

I

La tempestad

Ocho días después de la escena que acabamos de referir, á eso de las cinco de la tarde, salía de Pont-á-Mousson, pequeña ciudad situada entre Nancy y Metz, un carruaje tirado de cuatro caballos y conducido por dos postillones. Acababa de relevar en la casa de postas y se dirigía á Paris, á despecho de las instancias de una posadera obsequiosa que desde el umbral de su casa acechaba á los viajeros rezagados.

No bien habían desaparecido del ángulo de la calle los cuatro caballos con la pesada máquina, cuando veinte chiquillos y diez comadres que no se habían separado del estacionado carruaje durante los cortos minutos que había tardado en relevar, entraron en sus respectivas moradas haciendo gestos y exclamaciones que revelaban en los unos una excesiva hilaridad, y en las otras una profunda admiración.

Era porque nada parecido á aquel coche había atravesado hasta entonces el puente que el buen rey Estanislao había hecho construir cincuenta años antes sobre el Mosela, para establecer comunicaciones más fáciles entre su pequeño reino y la Francia. No excep-

— Tú, Scieffort de Rusia, tu venderás la causa antes de un mes; pero dentro de un mes estarás muerto.

El enviado moscovita cayó de rodillas, pero el gran Cophto le levantó con un gesto de amenaza, y el condenado del porvenir salió de allí vacilante.

Entonces, estando solo el hombre singular que hemos introducido en este drama para ser su principal personaje, miró en torno suyo, y viendo vacía y silenciosa la sala de recibimiento, abotonó su levita de terciopelo negro y ojales dorados, aseguró su sombrero en la cabeza, empujó el resorte de la puerta de bronce que se había cerrado á sus espaldas; entró en los desfiladeros de la montaña, como si le fueran conocidos desde largo tiempo; y luego, cuando llegó al bosque, aunque sin guía ni luz, lo pasó como si una mano invisible lo guiara.

Cuando llegó á la otra orilla del bosque, buscó con la vista su caballo, y como no lo viese, aplicó el oído y le pareció oír un relincho lejano. Un silbido modulado de cierta manera salió entonces de la boca del viajero, y al cabo de un instante, se hubiera podido ver á Djerid correr á la sombra, fiel y obediente como un perro gozoso. El viajero se lanzó ligero sobre él, y al punto desaparecieron ambos en rápida carrera, confundidos con el sombrío brezo que se extiende entre Danenfels y la cima del Mont-Tonnerre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

MEMORIAS DE UN MÉDICO

I

La tempestad

Ocho días después de la escena que acabamos de referir, á eso de las cinco de la tarde, salía de Pont-á-Mousson, pequeña ciudad situada entre Nancy y Metz, un carruaje tirado de cuatro caballos y conducido por dos postillones. Acababa de relevar en la casa de postas y se dirigía á Paris, á despecho de las instancias de una posadera obsequiosa que desde el umbral de su casa acechaba á los viajeros rezagados.

No bien habían desaparecido del ángulo de la calle los cuatro caballos con la pesada máquina, cuando veinte chiquillos y diez comadres que no se habían separado del estacionado carruaje durante los cortos minutos que había tardado en relevar, entraron en sus respectivas moradas haciendo gestos y exclamaciones que revelaban en los unos una excesiva hilaridad, y en las otras una profunda admiración.

Era porque nada parecido á aquel coche había atravesado hasta entonces el puente que el buen rey Estanislao había hecho construir cincuenta años antes sobre el Mosela, para establecer comunicaciones más fáciles entre su pequeño reino y la Francia. No excep-

tuamos ni aun los curiosos furgones de Alsacia que en los días de feria trasportaban de Falsburgo los fenómenos de dos cabezas, los osos bailarines y las tribus nómades de esos saltimbancos, gitanos de los países civilizados.

En efecto, sin ser un chiquillo frívolo y burlón, ni una vieja murmuradora y curiosa, podía uno pararse sorprendido al ver pasar aquel vehículo monumental que, aunque suspendido sobre cuatro ruedas de igual diámetro y sujeto por sólidos resortes, avanzaba con bastante rapidez para justificar esta exclamación de los espectadores:

— ¡Vaya un carruaje singular para correr la posta!

Permitánnos nuestros lectores que lo describamos, ya que por fortuna suya no lo han visto pasar.

Primeramente la caja principal (la llamamos caja principal porque estaba precedida de uno como cabriolé) estaba pintada de un azul claro, y tenía un escudo de barón de grandes cuarteles superado de una J y una B artísticamente entrelazadas.

Dos ventanas, decimos ventanas y no puertecillas, dos ventanas con cortinas de muselina blanca daban luz al interior; sólo que estas ventanas, poco menos que invisibles al vulgo profano, estaban en la parte anterior de la caja y daban al cabriolé. Una rejilla permitía á la vez hablar con el ser, cualquiera que fuese, que habitase esta caja, y apoyarse, lo que sin esta precaución no se hubiera podido hacer, y apoyarse, decimos, contra los vidrios sobre que estaban tendidas estas cortinas.

Esta caja posterior, que parecía ser la parte importante del tan singular coche, y que podría tener ocho pies de largo y seis de ancho, no recibía luz más que por estas ventanas, ni aire más que por una válvula con su vidrio practicada en el imperial; en fin, para

completar la serie de singularidades que este vehículo ofrecía á los ojos de los pasajeros, un tubo de hierro que sobresalía del imperial por lo menos un pie, vomitaba madejas de azulado humo, que se extendía como una blanca columna y se perdía en el surco aéreo del disparado carruaje.

Semejante particularidad no hubiera tenido otro resultado en nuestros días que hacer creer en alguna nueva y progresiva invención, en que el mecánico hubiera combinado sabiamente la fuerza del vapor con la de los caballos.

Y esto era tanto más probable, cuanto que precedido, como hemos dicho, el carruaje por cuatro caballos y dos postillones, iba seguido de un solo caballo atado á la zaga por una cuerda. Éste, que por su cabeza pequeña y descarnada, sus piernas delgadas, su estrecho pecho y su erin espesa y cola ondeante, presentaba todas las señales que caracterizan al caballo árabe, estaba ensillado; lo que indicaba que á veces alguno de los misteriosos viajeros encerrados en esta nueva arca de Noé se divertía en cabalgar, y galopaba al lado del carruaje, al que parecía irrevocablemente prohibido semejante paso.

En Pont-á-Mousson el postillón de la anterior parada había recibido, con el precio de su posta, dobles agujetas de una mano blanca y carnosa que se había deslizado por entre las dos cortinas de cuero que cerraban la parte anterior del cabriolé, casi tan herméticamente como las de muselina cerraban la parte anterior de la caja.

El maravillado postillón dijo, quitándose su sombrero:

— Gracias, monseñor; y una voz sonora respondió en alemán, lengua que se comprende aunque no se hable en los alrededores de Nancy:

y la claraboya del imperial se tiñó de un vivo color y permaneció iluminada, siendo evidente que el habitante de la movable celda, extraño á los accidentes exteriores, tomaba sus precauciones contra la noche, á fin de no ser interrumpido en su ocupación.

El carruaje estaba aun en la cresta de la montaña sin haber empezado su descenso, cuando un segundo trueno, más violento y cargado de vibraciones metálicas que el primero, desgajó la lluvia de las nubes, que cayendo primero en gruesas gotas, se hizo bien pronto seguida y compacta, como manojos de flechas lanzadas desde el cielo.

Los postillones parecieron consultarse, y el carruaje se detuvo.

— ¿Y bien? preguntó la misma voz, pero esta vez en excelente francés, ¿qué diablos hacemos?

— Consultamos, dijeron los postillones, si debemos continuar.

— Desde luego, dijo la voz, me parece que yo y no vosotros, soy quien debe decidirlo. ¡Adelante!

Había un acento de mando tan poderoso y tan efectivo en esta voz, que los postillones obedecieron, y empezó á marchar el carruaje por la pendiente de la montaña.

— ¡Está bien! dijo la voz; y las cortinas de cuero entreabiertas un instante volvieron á caer entre los viajeros y la delantera del carruaje.

Pero el camino, naturalmente húmedo y pendiente, anegado además por los torrentes de lluvia que caía del cielo, se puso de pronto tan resbaladizo, que los caballos no querían seguir.

— Señor, dijo el postillón que montaba al tronco, es imposible ir más allá.

— ¿Y por qué? preguntó la voz que ya conocemos.

— Porque los caballos no andan ya, sino que patinan.

— ¿Cuánto falta para la parada?

— ¡Ah! mucho, señor; estamos á más de cuatro leguas.

— Bien, postillón, mete á tus caballos espuelas de plata, y marcharán, dijo el extranjero abriendo las cortinas y alargándole cuatro escudos de seis libras.

— Sois muy bueno, señor, dijo el postillón recibiendo los escudos en su larga mano, y dejándolos caer en su holgada bota.

— Parece que te habla monseñor, dijo el segundo postillón, que habiendo oído el ruido argentino que habían hecho los escudos de seis libras al caer, deseaba no ser escluído de una conversación que tomaba tanto interés.

— Sí, dice que marchemos.

— ¿Tenéis algún reparo contra este deseo? dijo el viajero con voz afectuosa pero firme, y que indicaba no estar dispuesto á sufrir contradicción sobre este punto.

— No, señor, no soy yo, sino los caballos que no quieren andar. Ya lo veis, señor, no quieren.

— ¿Y para qué te sirven las espuelas? dijo el viajero.

— Aunque les hundiese la roseta en el vientre no andarían un paso; que el cielo me exterminé si...

El postillón no pudo acabar esta blasfemia, porque le cortó la palabra una detonación espantosa por el ruido y la luz.

— Poco cristiano es este tiempo, dijo el hombre. Y ya veis... señor, el carruaje marcha solo ahora, y dentro de cinco minutos correrá más de lo que quisiéramos. ¡Pero, Dios mío, rodamos á pesar nuestro!

En efecto, chocando la maciza carroza en la grupa

de los caballos, que no la sujetaban por no poder hacer hincapié, tomó un movimiento progresivo que la repetición de los choques cambió bien pronto en una impetuosa rotación.

Los caballos se desbotaron con el calor, y el carruaje volaba como una flecha por la oscura pendiente, acercándose visiblemente al precipicio.

Entonces no fué sola la voz, sino también la cabeza del viajero la que salió del carruaje.

— ¡Tunante! gritó, ¿vas á matarnos á todos? ¡á la izquierda, postillones, á la izquierda!

— Quisiera, señor, veros en mi lugar, dijo el asustado postillón, procurando en vano coger las riendas y recobrar sobre los caballos la perdida superioridad.

— José, gritó á su vez una voz de mujer, que se dejaba oír por la vez primera. ¡José! ¡Socorro! ¡socorro! ¡Ah! Virgen santa!

Con efecto, el peligro era urgente, terrible, extremado, y podía motivar esta invocación á la Madre de Dios.

El carruaje, arrebatado siempre por su peso y no siendo dirigido por una mano segura, continuaba avanzando hacia el precipicio, sobre el que parecía ya suspendido uno de los dos caballos; tres vueltas más de rueda, y caballos, carruaje, postillones y todo se precipitaba, se hundía, se destrozaba; pero el viajero, lanzándose del cabriolé sobre la lanza, cogió al postillón por el cuello del vestido y la cintura de los calzones, le alzó como si fuese un niño, le arrojó á diez pasos, y saltando sobre la silla cogió las riendas, y gritó con una voz terrible al segundo postillón.

La orden tuvo un efecto mágico; el postillón que conducía los caballos delanteros, aterrado por el grito de su desgraciado compañero, hizo un esfuerzo sobre-

humano, y dando dirección al carruaje, lo condujo ayudado eficazmente por el viajero al medio de la calzada, comenzando allí á rodar con la rapidez y ruido del trueno, contra el cual parecía luchar.

— ¡Al galope! gritó el viajero, al galope! Si te detienes, paso por encima de ti y tus caballos.

El postillón comprendió que esto no era una amenaza frívola, y redobló su energía, con lo cual el carruaje continuó descendiendo con una velocidad espantosa; y al verlo pasar de noche con su tremendo ruido, su chimenea humeante, sus gritos sofocados, se le podía tomar por algún carro infernal, arrebatado por caballos fantásticos y perseguido por un huracán.

Mas los viajeros no habían evitado un peligro sino para caer en otro. La nube eléctrica, cayendo de plano en el valle, parecía tener alas y se precipitaba tan veloz como los caballos. De tiempo en tiempo alzaba el viajero la cabeza, sobre todo cuando un relámpago rompía las nubes, pudiendo distinguirse á este resplandor en su semblante una especie de inquietud, que no procuraba disimular, porque nadie, excepto Dios, podía mirarle. De pronto, y cuando el carruaje tocaba al fin de la cuesta, y continuaba por su propio impulso rodando sobre una superficie más igual, el movimiento repentino del aire combinó las dos electricidades, la nube se desgarró con un estrépito terrible, dejando pasar al propio tiempo el rayo y el trueno. Un fuego, primero violado, luego verde y luego blanco, cubrió á los caballos; los de la lanza se encabritaron batiendo el suelo con las manos, y aspirando con ruido el aire cargado de azufre; los delanteros cayeron como si les hubiese faltado la tierra; pero el que llevaba al postillón se levantó al momento, y sintiendo rotos los tirantes por efecto de la sacudida, salió con el jinete, que desapareció en las tinieblas, mientras que el ca-

rruaje, después de haber rodado otros diez pasos, se detuvo tropezando con el cadáver del caballo muerto por el rayo.

Todo este episodio había sido acompañado por los gritos lastimosos de la mujer del carruaje.

Hubo un momento de confusión singular en que cada cual no sabía si estaba muerto ó vivo, y hasta el mismo viajero se palpó para asegurarse de su identidad.

Se hallaba sano y salvo, pero la mujer estaba desmayada. Aunque el viajero no dudase de lo que acababa de pasar, puesto que el silencio más profundo había sucedido de pronto á los gritos que se escapaban del cabriolé, no fué á la mujer á la que tributó sus primeros cuidados.

Por el contrario, no bien tocó el suelo, corrió á la trasera del carruaje.

Allí estaba el hermoso caballo árabe de que hemos hablado, y con las crines erizadas y derechas como si estuvieran vivas, sacudiendo la portezuela á cuya llave estaba atado, y en fin con el ojo fijo, echando espuma por la boca, después de haber el fiero animal hecho inútiles esfuerzos para romper sus ligaduras, había quedado fascinado por el horror de la tempestad, y cuando su amo, silbándole como acostumbraba, le pasó la mano por la grupa, acariciándolo, dió un bote y un relincho como si no le hubiese reconocido.

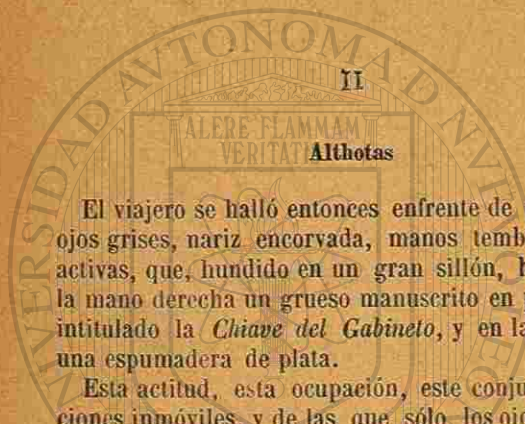
— Vaya un endiablado caballo, murmuró una voz desde el interior del carruaje; maldito animal que va á romper mi muralla; y luego la misma voz, doblando su fuerza con acento de impaciencia y amenaza, gritó en árabe: *Nhe goullac hogoud shaked haffrit* (1).

— No os enfadéis, maestro, contra Djerid, dijo el

(1) Te digo que estés quieto, demonio.

viajero soltando el caballo y atándolo á una de las ruedas traseras; ha tenido miedo, y esto es todo, y á la verdad que no era para menos.

Diciendo esto, abrió el viajero la portezuela, bajó el estribo, y entró en el carruaje, cuya puerta cerró tras sí.



El viajero se halló entonces enfrente de un viejo de ojos grises, nariz encorvada, manos temblonas, pero activas, que, hundido en un gran sillón, hojeaba con la mano derecha un grueso manuscrito en pergamino, intitulado la *Chiave del Gabinete*, y en la otra tenía una espumadera de plata.

Esta actitud, esta ocupación, este conjunto de facciones inmóviles, y de las que sólo los ojos y la boca parecían vivir, este todo, en fin, que sin duda parecerá extraño al lector, era ciertamente bien familiar al extranjero, pues ni siquiera echó una mirada á su alrededor, aunque bien merecía la pena de hacerlo el mueblaje de esta parte del coche.

Tres murallas (el viejo llamaba así, debemos recordarlo, á las paredes del carruaje), tres murallas llenas de cajas atestadas de libros, cercaban el sillón, asiento ordinario y sin rival de este raro personaje, en cuyo obsequio se habían fijado, por cima de los libros, unos vasares en que podían colocarse buen número de retortas, barriles y botellitas, encajadas todas en estuches de madera como se hace con la vajilla y vasos de los buques; á cada cual de estos estuches ó cajas podía el viejo, que al parecer acostumbraba servirse de todo por sí solo, acercarse haciendo rodar su sillón, que podía hacer subir ó bajar por medio de una

máquina, que manejaba él mismo, y que estaba unida á los lados del sillón.

La cámara, llamando así á este departamento, tenía ocho pies de largo, seis de ancho y otro tanto de alto. Enfrente de la puerta entre las redomas y los alambiques y más cerca del tintero, que estaba libre para entrar y salir, se veía un pequeño hornillo con su guardapolvo, su fuelle de forjar y sus parrillas, empleado entonces en soldar un crisol y hacer hervir una mixtura que dejaba escapar por el tubo, que hemos dicho salía por el imperial, aquel misterioso humo, motivo incesante de asombro y de curiosidad para los pasajeros de todo país, de toda edad y de todo sexo.

Á más de las retortas, las botellas, los libros y los cartones tirados por el suelo en pintoresco desorden, veíanse tenacillas de cobre, carbones bañados en diferentes preparaciones, un gran vaso medio lleno de agua, y, colgando del techo por medio de hilos, manojos de hierbas, cogidas unas al parecer el día antes, y otras cien años atrás.

Este interior exhalaba un olor penetrante que en un laboratorio menos grotesco se hubiera llamado perfume.

En el momento en que entraba el viajero, rodando el viejo su sillón con una presteza y agilidad maravillosas, le acercó al hornillo y se puso á espumar su mixtura con una atención [que parecía respeto; mas, distraído por la aparición que se ofrecía á sus ojos, se encasquetó con la mano derecha el gorro de terciopelo, en otro tiempo negro, que empaquetaba su cabeza hasta por bajo de las orejas, y del que se escapaban algunos pocos mechones de cabellos brillantes como hilos de plata, sacando de debajo de la rueda de su sillón, con una destreza notable, la falda de su

largo vestido de seda acolchada que diez años de uso habían transformado en un andrajo sin color, sin forma y sobre todo sin continuidad.

El viejo parecía estar de muy mal humor, y murmuraba al propio tiempo que espumaba su mixtura y levantaba su ropa:

— Tiene miedo el maldito animal, y ¿y de qué? pregunto; ha sacudido mi puerta, quebrantado mi horno, y derramado en el fuego la cuarta parte de mi elixir. Acharat, en nombre de Dios, abandonad esa bestia en el primer desierto que atravesemos.

El viajero se sonrió.

— En primer lugar, maestro, no pasaremos ya desiertos, porque estamos en Francia, y además tampoco puedo resolverme á abandonar así un caballo de mil luisés, ó mejor dicho, que no tiene precio por ser de la raza de Al-Borach.

— ¡Mil luisés, mil luisés! yo os daré cuando queráis los mil luisés ó su equivalente. Nuestro caballo me cuesta á mí más de un millón, sin contar los días de existencia que me arrebató.

— ¿Pues qué ha hecho, veamos, este pobre Djerid?

— ¡Qué ha hecho! ha hecho, que con algunos minutos más el elixir hervía sin que se escapase una sola gota, lo que no indican ni Zoroastro ni Paracelso, pero que recomiendo positivamente Borri.

— ¡Y bien! amado maestro, algunos segundos más y el elixir hervirá.

— ¡Ah! hervir ¿veis? esto es una maldición, Acharat: mi fuego se apaga y no sé lo que cae por la chimenea.

— Pues yo sí, yo sé lo que cae, dijo el discípulo riendo, es agua.

— ¿Cómo agua! ¿agua! ya está perdido mi elixir, ó es menester volver á empezar la operación, ¿cómo si

yo tuviese tiempo que perder! ¡Dios mío! Dios mío! gritó el viejo sabio alzando las manos al cielo con desesperación. ¡Agua! ¿Pero qué clase de agua, Acharat?

— Agua pura del cielo, maestro: llueve á cántaros, ¿no lo habéis notado?

— ¿Noto yo algo cuando estoy ocupado? ¿Agua!... esto es, Acharat, lo veis, esto desespera, por vida mía. Seis meses hace, ¿cómo seis meses! un año, que os pido una cubierta para mi chimenea, y vos no pensáis en tal cosa... ves, que sólo esto tenéis que hacer, que sois joven, y gracias á vuestra negligencia sucede que hoy la lluvia y mañana el viento confunden todos mis cálculos y destruyen todas mis operaciones. ¡Y por Júpiter, que es preciso que me aprésure! Bien lo sabéis, mi día llega, y si no estoy dispuesto para aquel día, si no he vuelto á encontrar el elixir vital, adiós, sabio Althotas! Mi centésimo año comienza el 15 de julio á las once en punto de la noche, y de aquí á entonces es preciso que mi elixir haya llegado á toda su perfección.

— Pero, querido maestro, dijo Acharat, creo que esto se prepara á pedir de boca.

— Sin duda, ya he practicado ensayos por absorción, mi brazo izquierdo que estaba casi paralizado, ha recobrado toda su elasticidad; además, ahorro el tiempo que gastaba en comer, pues no tengo necesidad de comer más que cada dos ó tres días, bastando para sostenerme en el intervalo una cucharada de mi elixir á pesar de no ser perfecto. ¡Oh! ¿cuando pienso que no necesito más que una planta, una hoja de esta planta, para que mi elixir sea completo; que hemos pasado quizá cien veces, quinientas, mil, al lado de esta planta, que nuestros caballos la han pisado quizás, y quizás la hemos hollado con las ruedas de

nuestro coche, esta planta de que habla Plinio y que los sabios no han vuelto á encontrar ó no han reconocido, pues nada se pierde! Es preciso, Acharat, es preciso que en uno de sus éxtasis preguntéis á Lorenza cómo se llama.

— Bien, maestro, tranquilizaos, yo lo preguntaré.

— Y entretanto, dijo el sabio con un profundo suspiro, se ha perdido otra vez mi elixir, siendo preciso, bien lo sabéis, tres veces quince días, para llegar á donde estaba hoy. Cuidado, Acharat, tened presente que perderéis al menos tanto como yo el día que llegue á perder la vida... Pero, ¿qué ruido es este? ¿Marcha el carruaje?

— No, maestro, es el rayo.

— ¿El rayo?

— Sí, que en poco ha estado nos matase á todos hace un instante y á mí principalmente: verdad es que mi vestido era de seda, y esto me ha resguardado.

— ¡ Bueno! dijo el viejo, dándose un golpe sobre la rodilla que resonó como un hueso seco, ve aquí, Acharat, á lo que me exponen vuestras niñerías, á morir de un rayo, á ser quemado neciamente por una llama eléctrica, que haría yo bajar á mi hornillo, si tuviese tiempo, para hacer hervir mi marmita; no hasta haberse expuesto á todos los accidentes que se siguen de la torpeza ó malignidad de los hombres, sino que es menester exponerlos también á los que vienen del cielo, que son los más fáciles de prevenir.

— Perdonadme, maestro, pero aun no me habéis explicado.....

— ¡ Cómo! ¿ no os he explicado mi sistema de las puntas, mi cometa conductor? Cuando tenga mi elixir os lo volveré á explicar; pero ahora, bien veis que no tengo tiempo.

— ¿Según eso, creéis que pueda dominarse el rayo?

— No sólo puede dominarse sino conducirle donde se quiera. Un día, un día, cuando haya pasado mi segunda cincuentena, y no tenga que hacer sino esperar tranquilamente la tercera, pondré al rayo una brida de acero y le conduciré tan fácilmente como vos á Djerid. Entretanto, Acharat, haced poner una cubierta á mi chimenea; yo os lo suplico.

— Así lo haré, tranquilizaos.

— ¡ Lo haré!... ¡ lo haré!... siempre el porvenir, como si el porvenir fuese para los dos. ¡ Oh! para mí no será jamás, gritó el sabio agitándose en su sillón y torciéndose los brazos con desesperación. ¡ Estad tranquilo!... estad tranquilo, me dice, cuando todo se habrá concluido para mí, si dentro de tres meses no tengo preparado mi elixir. Pero así que yo pase mi segunda cincuentena, así que recobre mi juventud, la elasticidad de mis miembros, que pueda moverme y que no necesite de nadie, entonces no se me dirá más: « yo haré, » seré yo el que diga: « ¡ He hecho! »

— ¿ Podéis decir esto á propósito de vuestra grande obra, habéis pensado en ello?

— ¡ Oh, Dios mío! sí; y si estuviera tan seguro de encontrar mi elixir como lo estoy de hacer el diamante....

— ¿ Estáis realmente seguro?

— Sin duda, puesto que ya los he hecho.

— ¿ Vos los habéis hecho?

— Tomad, ó más bien, vedlo ahí.

— ¿ Dónde?

— Ahí, á vuestra derecha, en ese pequeño recipiente de vidrio: ese justamente.

El viajero cogió con avidez el recipiente indicado; era una pequeña copa de cristal sumamente fino, cuyo

fondo estaba todo cubierto de un polvo casi impalpable y adherido á las paredes del vaso.

— ¡ Polvo de diamante ! gritó el joven.

— Sin duda, polvo de diamante; y mirad bien en medio.

— Si, si, un brillante del tamaño de un grano de mijo.

— El tamaño nada significa; reuniendo todo este polvo, llegaremos á hacer un cañamón de un grano de mijo, de un cañamón un guisante; mas por Dios, mi amado Acharat, en cambio de esta promesa que os hago, haced que pongan una cubierta á mi chimenea, y un conductor al carruaje, á fin de que no caiga el agua en la chimenea, y que vaya la tempestad á divertirse á otra parte.

— Si, si, tranquilizaos.

— Todavía, todavía; con su eterna palabra tranquilizaos me mata. ¡ Juventud, loca juventud ! ¡ presuntuosa juventud ! decía con una risa fúnebre que dejaba ver su boca sin dientes y que parecía cruzar también por las órbitas profundas de sus ojos.

— Maestro, dijo Acharat, vuestro fuego se apaga y vuestro crisol se enfría : ¿ qué tenéis en el crisol ?

— Miralo.

Obedeció el joven, abrió el crisol y encontró un pedazo de carbón cristalizado de tamaño de una avellana.

— ¡ Un diamante ! exclamó casi al momento. Sí, pero manchado, incompleto, sin valor.

— Porque el fuego se ha apagado, Acharat, porque no tenía quien alimentase el fuego de mi chimenea, ¿ entendéis ?

— Veamos, perdonadme, maestro, dijo el joven volviendo y revolviendo el diamante, que unas veces arrojaba vivos reflejos de luz, y otras era oscuro; perdonadme y tomad algo para alimentarlos.

— Es inútil : hace dos horas que he tomado mi cucharada de elixir.

— Os engaños, maestro; esta mañana á las seis es cuando la habéis tomado.

— Bien, ¿ y qué hora es ?

— Las ocho y media de la noche.

— ¡ Jesús ! exclamó el viejo sabio juntando las manos : otro día más pasado, perdido; pero los días disminuyen, no pueden tener veinticuatro horas !

— Si no queréis comer, dormid, maestro, algunas horas al menos.

— Bien, sí, dormiré dos horas; pero dentro de dos horas, mirad vuestro reloj, venid á despertarme.

— Os lo prometo.

— Acharat, cuando me duermo, dijo el viejo con un tono cariñoso, tengo miedo siempre de que sea para una eternidad. Vendréis á despertarme, ¿ no es verdad ? No me lo prometáis; jurádmelo.

— Maestro, lo juro.

— ¿ Dentro de dos horas ?

— Dentro de dos horas.

En este punto se oyó en el camino un ruido parecido al galope de un caballo. Á este murmullo siguió un grito que expresaba inquietud y admiración.

— ¿ Qué significa esto ? exclamó el viajero abriendo con viveza la puerta y saltando al camino real sin tocar el estribo.

He aquí lo que sucedía en el exterior, mientras que en el interior hablaban el viajero y el sabio.

Ya hemos referido que la mujer del cabriolé se había desmayado al caer el rayo que espantó á los caballos delanteros y que hizo encabritarse á los del troneo.

Estuvo algunos instantes privada de sentido, pero

como únicamente el miedo había sido la causa de su letargo, poco á poco volvió en sí.

— Dios mío, dijo, estoy abandonada aquí, sin socorro, sin que ninguna criatura humana se compadezca de mí.

— Señora, aquí estoy yo, dijo una voz tímida, si puedo servirlos de algo.

La joven se volvió al percibir junto á su oído aquella voz, y asomando la cabeza y parte de sus brazos por entre las cortinillas de cuero del cabriolé, se encontró en frente de un joven que estaba de pie sobre el estribo.

— ¿ Sois vos el que me ha hablado ? dijo ella.

— Sí, señora, respondió el joven.

— ¿ Y me ofrecíais socorro ?

— Sí.

— ¿ Qué ha sucedido ?

— Señora, el rayo ha caído casi sobre vos y ha roto los tiros de los caballos delanteros que se han salvado con el postillón.

La mujer miró al rededor con una expresión de viva inquietud.

— Y... el que guiaba los caballos del troneo ¿ dónde está ? preguntó.

— Ha entrado en el carruaje, señora.

— ¿ No le ha sucedido nada ?

— Nada.

— ¿ Estáis seguro ?

— Ha saltado al menos de su caballo, bueno y sano.

— ¿ Bendito sea Dios !

Y la joven respiró con mayor libertad.

— ¿ Pero dónde estabais vos, caballero, que tan á punto habéis estado para socorrerme ?

— Señora, sorprendido por la tempestad, estaba en esa sombría hondonada que es la entrada de unas

canteras, cuando de repente he visto venir disparado un carruaje al escape. He creído que los caballos se habían desbocado, pero al instante ví que por el contrario estaban guiados por una mano fuerte, cuando de repente estalló el rayo con terrible estruendo, y al principio me creí herido, porque estuve anonadado un momento. Todo lo que acabo de contaros lo he visto como un sueño.

— Entonces no estaréis seguro de que vaya detrás en el carruaje el que conducía los caballos.

— ¡ Oh ! sí, señora ; había vuelto en mí y lo ví entrar perfectamente.

— Ved si está, os lo ruego.

— ¿ Cómo ?

— Escuchando : si está en el interior del carruaje oiréis dos voces.

El joven saltó del estribo, se acercó al exterior de la caja y escuchó.

— Sí, señora, dijo volviendo, está.

La joven hizo una señal con la cabeza que quería decir : está bien, pero permaneció con la mejilla apoyada en su mano y como embebida en una distracción profunda.

Durante esto el mancebo tuvo tiempo de examinarla. Era una joven de veintitres á veinticuatro años, morena, pero de ese moreno mate más bello y más rico que la más rosada tinta y el más bello encarnado. Sus hermosos ojos azules, elevados al cielo, al que parecía que interrogaba, brillaban como dos estrellas, y sus cabellos negros, que no tenían polvos á pesar de la moda de aquel tiempo, caían en bucles de azabache sobre su cuello matizado como el ópalo.

De repente pareció que había tomado una resolución.

— ¿ Caballero, dijo, dónde estamos ?

— En el camino de Estrasburgo á París, señora.

- ¿Y en qué punto del camino ?
- A dos leguas de Pierrefitte.
- ¿Y qué es Pierrefitte ?
- Una aldea.
- ¿Y después de Pierrefitte qué encontraremos ?
- Bar-le-Duc.
- ¿Es una ciudad ?
- Sí, señora.
- ¿Populosa ?
- Creo que de cuatro á cinco mil almas.
- ¿Hay por aquí algún otro camino que vaya más directamente á Pierrefitte ?
- No, señora; ó al menos yo no lo conozco.
- ¡Peccato! murmuró muy bajo arrojándose en el fondo del cabriolé.
- El joven esperó un instante para ver si la dama le preguntaba aún; pero viendo que estaba silenciosa dió algunos pasos para alejarse.
- Caballero, dijo ella.
- El joven se volvió.
- Aquí estoy, señora, contestó acercándose.
- Si queréis, oid otra pregunta...
- Hacedla.
- ¿Había un caballo atado á la trasera del carruaje ?
- Sí, señora.
- ¿Está todavía ?
- No, señora; el caballero que entró en el interior de la silla de postas lo ha desatado para atarlo á la rueda.
- ¿No le ha sucedido nada al animal ?
- Creo que no.
- Es un caballo que yo quiero mucho, y por mi misma quisiera cerciorarme de que está sano y salvo; ¿pero cómo he de ir hasta donde se halla ?
- Le puedo traer aquí, dijo el joven.

— ¡ Ah ! sí, exclamó la dama, hacedlo, os lo suplico, y siempre os estaré agradecida.

El mancebo se acercó al caballo, que levantó la cabeza y relinchó.

— No temáis nada, dijo la dama del cabriolé; es manso como un cordero.

Después bajando la voz :

— ¡ Djerid ! ¡ Djerid ! murmuró.

El animal conoció sin duda esta voz, por ser la de su señora, pues alargó su cabeza inteligente y sus narices humeantes hacia el cabriolé.

Durante este tiempo el joven lo desató.

Pero apenas conoció que su brida estaba en manos inhábiles, dió una violenta sacudida y escapó; de un salto estaba ya á veinte pasos del carruaje.

— ¡ Djerid ! repitió la mujer con voz más cariñosa. Aquí, Djerid, aquí.

El caballo árabe sacudió su cabeza, aspiró el viento con ruido, y pifando como si tuviese que marchar á compás, se acercó al cabriolé.

La dama sacó la mitad del cuerpo por entre las cortinas de cuero.

— ¡ Aquí, Djerid ! ven aquí, dijo.

Y el animal, obedeciendo, vino á presentar su cabeza á la mano que le halagaba.

Entonces, asiendo la crin con esta mano que se había deslizado por el cuello, y apoyándose con la otra en el tablero del cabriolé, saltó la joven en la silla con la ligereza de esas fantasmas de las baladas alemanas que se mecen en la grupa de los caballos y se asen á la cintura de los viajeros.

El joven se lanzó hacia la mujer, pero con un gesto imperioso ella lo detuvo.

— Escuchad, le dijo, aunque joven, ó más bien porque sois joven, debéis tener sentimientos de huma-

nidad. No os opongáis á mi partida. Huyo de un hombre á quien amo, pero ante todo soy romana y buena católica. Este hombre perdería mi alma si yo estuviese mucho tiempo con él; es un ateo, un nigromántico, á quien Dios acaba de advertir por medio del rayo. ¡Ojalá que se aproveche del aviso! Repetidle lo que os he dicho, y bendecido seáis por el socorro que me habéis dado.

— Adiós.

Después de esta palabra, ligera como los vapores que flotan sobre los pantanos, se separó y desapareció en el aéreo galope de Djerid.

El joven, viéndola huir, no pudo ahogar un grito de sorpresa y de admiración.

Este grito, que resonó en el interior del carruaje, despertó á los viajeros.

III

Gilberto

Un grito, como hemos dicho, despertó al viajero, quien salió precipitadamente de la caja, la cerró con cuidado, y echó con inquietud la vista en torno suyo.

Lo primero que percibió fué al joven en pie y des-pavorido. Un relámpago que brilló al mismo tiempo, le permitió examinarle de pies á cabeza, examen á que parecía habituado el viajero, con todo personaje nuevo ó con cualquiera cosa nueva que veía por primera vez.

Era un joven de diez y seis á diez y siete años apenas, pequeño, delgado y nervioso; sus ojos negros que fijaba atrevido en el objeto que llamaba su atención, carecían de dulzura pero no de encanto; su nariz, delgada y corva, sus finos labios y sus juanetes salientes, anunciaban la astucia y la circunspección, al paso que en la vigorosa prominencia de su barba redonda se revelaba la resolución.

— ¿ Sois quien acaba de gritar ? le preguntó.

— Sí, señor, respondió el joven. }

— ¿ Y por qué habéis gritado ?

— Porque ;... el joven se detuvo irresoluto.

— ¿ Por qué ? insistió el viajero.

— Señor, dijo el joven, ¿ había una señora en el cabriolé ?

— Sí.

nidad. No os opongáis á mi partida. Huyo de un hombre á quien amo, pero ante todo soy romana y buena católica. Este hombre perdería mi alma si yo estuviese mucho tiempo con él; es un ateo, un nigromántico, á quien Dios acaba de advertir por medio del rayo. ¡Ojalá que se aproveche del aviso! Repetidle lo que os he dicho, y bendecido seáis por el socorro que me habéis dado.

— Adiós.

Después de esta palabra, ligera como los vapores que flotan sobre los pantanos, se separó y desapareció en el aéreo galope de Djerid.

El joven, viéndola huir, no pudo ahogar un grito de sorpresa y de admiración.

Este grito, que resonó en el interior del carruaje, despertó á los viajeros.

III

Gilberto

Un grito, como hemos dicho, despertó al viajero, quien salió precipitadamente de la caja, la cerró con cuidado, y echó con inquietud la vista en torno suyo.

Lo primero que percibió fué al joven en pie y des-pavorido. Un relámpago que brilló al mismo tiempo, le permitió examinarle de pies á cabeza, examen á que parecía habituado el viajero, con todo personaje nuevo ó con cualquiera cosa nueva que veía por primera vez.

Era un joven de diez y seis á diez y siete años apenas, pequeño, delgado y nervioso; sus ojos negros que fijaba atrevido en el objeto que llamaba su atención, carecían de dulzura pero no de encanto; su nariz, delgada y corva, sus finos labios y sus juanetes salientes, anunciaban la astucia y la circunspección, al paso que en la vigorosa prominencia de su barba redonda se revelaba la resolución.

— ¿Sois quien acaba de gritar? le preguntó.

— Sí, señor, respondió el joven.

— ¿Y por qué habéis gritado?

— Porque;... el joven se detuvo irresoluto.

— ¿Por qué? insistió el viajero.

— Señor, dijo el joven, ¿había una señora en el cabriolé?

— Sí.

Y los ojos de Bálamo se fijaron en la caja, como si hubiese querido penetrar el espesor de los tableros.

— ¿Había un caballo atado á los muelles del carruaje?

— Sí, pero ¿en dónde diablos está?

— Señor, la señora del cabriolé se ha marchado en el caballo que estaba atado á los muelles.

El viajero no lanzó una exclamación, ni pronunció una palabra, saltó al cabriolé, corrió las cortinas de cuero, y un relámpago que en aquel momento incendiaba el cielo, le mostró que el cabriolé estaba vacío.

— ¡Sangre de Cristo! exclamó con un rugido parecido al trueno que le servía de acompañamiento. Luego miró en torno suyo como buscando algún medio de ponerse en su seguimiento; pero muy luego reconoció la ineficacia de los medios.

— Tratar de dar alcance á Djerid con uno de estos caballos, replicó sacudiendo la cabeza, sería como enviar la tortuga en persegimiento de la gacela. Pero yo sabré en dónde está... á no ser que....

Llevó con viveza y ansiedad la mano al bolsillo de su chupa, sacó una carterita y la abrió. En una de las bolsas de esta cartera había un papel plegado, y en este un bucle de cabellos negros.

— Vamos, dijo pasando por su frente una mano que se cubrió al punto de sudor, vamos, está bien; ¿y no os ha dicho nada al marchar?

— Sí, señor.

— ¿Qué os ha dicho?

— Que os dijera que no os dejaba por odio, sino por temor; que era una buena cristiana, mientras que vos, por el contrario....

— ¿Mientras que yo, por el contrario? repitió el viajero.

— No sé si debo decirlo, dijo el joven.

— ¡Eh, decidlo con mil diablos!

— Mientras que vos, por el contrario, erais un ateo y un incrédulo, á quien Dios se había dignado dar esta noche un aviso; que ella había comprendido ese aviso de Dios, y que os invitaba á vos á aprovecharlo.

Una sonrisa de desprecio asomó á los labios del viajero.

— ¿Es eso todo lo que os ha dicho? preguntó.

— Todo.

— Entonces, hablemos de otra cosa.

Y desaparecieron de la frente del viajero las últimas huellas de inquietud y desagrado.

El joven miraba todos esos movimientos del corazón reflejados en la cara, con una curiosidad que indicaba que también él estaba dotado de cierta dosis de observación.

— Ahora decidme, ¿cómo os llamáis, joven amigo?

— Gilberto, señor.

— ¿Gilberto á secas? me parece que ese será el nombre de bautismo.

— Es mi nombre de familia.

— Y bien, mi querido Gilberto, la Providencia os ha colocado en mi camino para sacarme de embarazos.

— A vuestras órdenes, caballero, y cuanto pueda hacer....

— Lo haréis; mil gracias. Sí, á vuestra edad se hace un servicio, por el placer de hacerlo, lo sé; además, lo que voy á pedir, no es difícil: es pura y sencillamente que me indiquéis un abrigo para pasar la noche.

— Poco más adelante hay una roca, dijo Gilberto, bajo la cual me he guarecido de la tempestad.

— Sí, dijo el viajero, pero quisiera mejor una cosa así como una casa donde encontrase buena cena y buena cama.

- Eso es más difícil.
- ¿Estamos muy distantes de la primera aldea?
- ¿De Pierrefitte?
- ¿Se llama Pierrefitte?
- Sí, señor; legua y media poco más ó menos.
- Legua y media de noche, con este tiempo y con dos caballos solamente es asunto de dos horas. Vamos, amigo, busca bien: ¿no hay en estos alrededores ninguna habitación?
- El castillo de Taverney, que está á trescientos pasos lo más.
- Bien; entonces... dijo el viajero.
- ¿Qué? preguntó el joven abriendo extremadamente los ojos.
- ¿Por qué no dijisteis esto desde luego?
- Porque el castillo de Taverney no es una posada.
- ¿Está habitado?
- Ciertamente.
- ¿Por quién?
- Por el barón de Taverney.
- ¿Y quién es el barón de Taverney?
- El padre de la señorita Andrea, caballero.
- Mucho me agrada saber eso, dijo sonriéndose el viajero, pero os preguntaba qué especie de hombre era el barón.
- Es un señor viejo de sesenta á sesenta y cinco años, que ha sido rico en otro tiempo, según dicen.
- Sí, y que ahora es pobre; es la historia de todos. Amigo mío, conducidme á casa del barón de Taverney, os lo suplico.
- ¿Á casa del barón de Taverney? exclamó el joven casi espantado.
- ¿Qué es esto? ¿rehusaréis hacerme tan corto favor?
- No, caballero; pero es que.....

- ¿Qué?
- Que no os recibirá.
- ¿No recibirá á un caballero extraviado que le pide hospitalidad? ¿Es un oso ese barón?
- ¡Phs! dijo el joven con una entonación que quería decir: «Se parece mucho, señor.»
- No importa, replicó el viajero, me aventuraré.....
- No os lo aconsejo, respondió Gilberto.
- ¡Bah! dijo el viajero. Aunque sea un oso vuestro barón, no me ha de comer vivo.
- No; pero tal vez os cierre la puerta.
- Entonces la echaré abajo; á menos que rehuséis servirme de guía.....
- No me opongo, caballero.
- Enseñadme el camino.
- Como gustéis.
- El viajero entró en el cabriolé y tomó una linterna. El joven esperó un instante: estando apagada la linterna, creyó que el extranjero entraría á encenderla en el interior del carruaje, y podría ver por la rendija de la puerta lo que encerraba la caja.
- Pero éste no se acercó ni aun á la portezuela.
- El viajero dió la linterna á Gilberto.
- Éste la volvió y revolvió por todos lados.
- Caballero, ¿qué queréis que haga con esta linterna? dijo.
- Que alumbréis el camino, y yo guiaré los caballos.
- Pero vuestra linterna está apagada.
- Vamos á encenderla.
- ¡Ah! sí, dijo Gilberto, tenéis fuego en el interior del carruaje.
- Y en mi bolsillo, respondió el viajero.
- Con la lluvia será difícil encender yesca.
- El viajero se sonrió.

— Abrid la linterna, dijo.

Gilberto obedeció.

— Poned vuestro sombrero sobre mis manos.

Gilberto obedeció también, y siguió estos preparativos con la mayor curiosidad. Gilberto no conocía otro modo de sacar fuego que con el eslabón y el pedernal.

El viajero sacó de su bolsillo un estuche de plata y del estuche una cerilla; después, abriendo la parte posterior de esta cajita, bañó la cerilla en una materia inflamable, sin duda, porque al punto ardió dando un leve chasquido.

La acción fué tan instantánea y tan inesperada que Gilberto se estremeció.

El viajero se sonrió al ver esta natural sorpresa en una época en que sólo algunos químicos conocían el fósforo y guardaban este secreto para sus personales experimentos.

El viajero comunicó la llama mágica á la mecha de su bujía y cerró el estuche que guardó otra vez en su bolsillo.

El joven siguió con vista codiciosa y ardiente el precioso estuche, y era evidente que mucho habría dado por poseer semejante tesoro.

— Ahora que tenemos luz, ¿queréis guiarme? preguntó el viajero.

— Venid, caballero, dijo Gilberto.

Y el joven echó á andar delante, mientras que su compañero, tomando el caballo del freno, le obligaba á marchar.

Además, el tiempo se había vuelto más tolerable, la lluvia había cesado, y la tempestad se alejaba bramando.

El viajero fué el primero que quiso anudar la conversación.

— ¿ Parece que conocéis bien, amigo mío, al barón de Taverney? dijo.

— Sí, señor, es muy sencillo, porque desde niño estoy en su casa.

— ¿ Es pariente vuestro tal vez?

— No, señor.

— ¿ Vuestro tutor?

— No.

— ¿ Vuestro amo?

El joven se estremeció á esta voz de amo, y sus mejillas, ordinariamente pálidas, se tiñeron de un vivo carmesí.

— Caballero, no soy criado, dijo.

— Pero en fin, dijo el viajero, seréis algo.

— Soy hijo de un antiguo colono del barón, y mi madre ha sido la nodriza de la señorita Andrea.

— Comprendo; estáis en la casa á título de hermano de leche de la joven, porque presumo que la hija del barón será joven.

— Caballero, tiene 16 años.

De las dos cuestiones, Gilberto descartaba una. Era precisamente la personal.

El viajero hizo al parecer la misma reflexión que nosotros, pero dirigió su interrogatorio por otro lado.

— ¿ Por qué azar estabais en el camino con un tiempo como el que hacía? preguntó.

— No estaba en el camino, caballero; estaba bajo una roca que lo costea.

— ¿ Y qué hacíais bajo la roca?

— Leía.

— ¿ Leíais?

— Sí.

— ¿ Y qué leíais?

— El *Contrato social* del señor J.-J. Rousseau.

El viajero miró al joven con cierta admiración.

— ¿Habéis tomado ese libro de la biblioteca del barón? preguntó.

— No, señor, lo he comprado.

— ¿Dónde... En Bar-le-Duc?

— No, aquí, á un buhonero que pasaba: hace mucho tiempo que pasan buhoneros con frecuencia por el campo y traen buenos libros.

— ¿Quién os ha dicho que el *Contrato social* era un buen libro?

— Lo he visto leyéndole.

— ¿Y habéis leído otros malos para poder comparar?

— Sí.

— ¿Y á qué llamáis malos libros?

— Á el *Sofa*, *Tanzai* y *Neadarme*, y á otros de esta especie.

— ¿Dónde diablos habéis encontrado esos libros?

— En la biblioteca del barón.

— ¿Y cómo el barón se proporciona esas novedades viviendo en semejante rincón?

— Se las envían de París.

— ¡Cómo! ¿es pobre, según decís, y gasta el barón su dinero en tales boberías?

— No las compra, se las dan.

— ¡Ah! ¿se las dan?

— Sí, señor.

— ¿Quién?

— Uno de sus amigos, un gran señor.

— ¡Un gran señor! ¿sabéis el nombre de ese gran señor?

— Se llama el duque de Richelieu.

— ¡Cómo! ¡el veterano mariscal!

— Sí, el mariscal, eso es.

— Presumo que no dejará esos libros á la disposición de la señorita Andrea.

— Por el contrario, caballero, los deja en todas partes.

— ¿Y la señorita Andrea piensa como vos que esos libros son malos? preguntó sonriéndose con malicia el viajero.

— La señorita Andrea no los lee, caballero, respondió secamente Gilberto.

El viajero calló por un momento. Era evidente que aquella singular naturaleza, mezclada de bueno y malo, de vergüenza y de atrevimiento, le interesaba á pesar suyo.

— ¿Y por qué habéis leído esos libros si sabíais que eran malos? continuó aquel á quien el sabio viejo había designado con el nombre de Acharat.

— Porque al abrirlos ignoraba su valor.

— Sin embargo, los habéis juzgado con facilidad.

— Sí, señor.

— ¿Y habéis continuado leyendo sin embargo?

— He continuado.

— ¿Con qué objeto?

— Porque me enseñaban cosas que no sabía.

— ¿Y el *Contrato social*?

— Dice lo que yo había adivinado.

— ¿Qué?

— Que todos los hombres son hermanos, que las sociedades están mal organizadas, que hay siervos ó esclavos, y que llegará un día en que todos sean iguales.

— ¡Ah, ah! dijo el viajero.

Hubo un instante de silencio en que Gilberto y su compañero seguían andando; el viajero llevando al caballo de la brida, y Gilberto con la linterna en la mano.

— ¿Tenéis deseo de aprender, amigo mío? dijo más bajo el viajero.

— Sí, señor, es mi mayor anhelo.

- ¿Y qué queréis aprender? decid.
 — Todo, dijo el joven.
 — ¿Y para qué?
 — Para elevarme.
 — ¿Hasta dónde?

Gilberto dudó. Era evidente que tenía límites su pensamiento; pero esto era un secreto y no quería revelarlo.

- Hasta donde puede el hombre, respondió.
 — ¿Pero al menos habréis estudiado algo?
 — Nada. ¿Cómo queréis que estudie si no soy rico y vivo en Taverney?
 — ¿Qué! ¿no sabéis algo de matemáticas?
 — No.
 — ¿Ni de física?
 — No.
 — ¿Ni de química?
 — No: sé leer y escribir; á esto se reducen mis conocimientos; pero lo sabré todo.
 — ¿Cuándo?
 — Un día.
 — ¿Por qué medio?
 — Lo ignoro, pero lo sabré.
 — ¡Muchacho singular! murmuró el viajero.
 — Y entonces... dijo Gilberto hablando consigo mismo.
 — ¿Entonces?
 — Sí.
 — ¿Qué?
 — Nada.

Entretanto Gilberto y aquel á quien servía de guía hacía casi un cuarto de hora caminaban; la lluvia había cesado, y la tierra comenzaba á exhalar ese áspero perfume que en la primavera reemplaza las ardientes emanaciones de la tempestad.

Gilberto parecía que reflexionaba profundamente.
 — Caballero, dijo, ¿sabéis lo que es la tempestad?
 ¿Sabéis la causa del rayo?

El viajero se sonrió.

— Es la combinación de dos electricidades, dijo, la electricidad de la nube y la electricidad de la tierra.

Gilberto dió un suspiro.

— No lo comprendo, dijo.

Tal vez iba el viajero á dar una explicación más comprensible al joven; pero desgraciadamente en el momento mismo una luz brilló á través del follaje.

— ¡Ah, ah! dijo el desconocido, ¿qué es eso?

— Es Taverney.

— ¿Hemos llegado?

— Esta es la puerta de los carros.

— Abridla.

— ¡Oh! caballero, la puerta de Taverney no se abre así como quiera.

— Pero ¿es una plaza de guerra vuestro Taverney? veamos, llamad.

Gilberto se acercó á la puerta, y con duda y timidez dió un golpe.

— ¡Oh! amigo mio, dijo el viajero, así no os oirán nunca; llamad más fuerte.

En efecto, nada denotaba que la llamada de Gilberto se hubiese oído. Todo estaba en silencio.

— ¿Tomáis bajo vuestra responsabilidad lo que suceda? dijo Gilberto.

— No tengáis miedo.

Gilberto, sin vacilar por más tiempo, dejó la aldaba y tocó la campanilla, que produjo un sonido tan claro que se le hubiera oído de una legua.

— Por vida mía que si vuestro barón no ha oído ahora, es menester que sea sordo, dijo el viajero.

— ¡Ah! ya se acerca Mahón, añadió el joven.

— ¡ Mahón ! repuso el viajero; esto es sin duda una galantería de vuestro barón para su amigo el duque de Richelieu.

— No sé, caballero, le que queréis decir.

— Mahón es la última conquista del mariscal.

Gilberto dió otro suspiro.

— ¡ Ay ! caballero, ya os lo he confesado; no sé nada, dijo.

Estos dos suspiros eran para el extranjero la suma de una serie de padecimientos ocultos, de ambiciones comprimidas ó destrozadas.

En este momento se oyó ruido de pasos.

— Al fin, dijo el extranjero.

— Es el bueno de La Brie, dijo Gilberto.

La puerta se abrió; pero al ver al extranjero y su carruaje extraño, La Brie, sorprendido y que creía que sólo abría á Gilberto, quiso cerrar.

— Perdón, perdón, amigo, dijo el viajero; pero aquí venimos, y no es justo darnos con la puerta en las narices.

— Sin embargo, caballero, debo prevenir al señor barón de que una visita inesperada...

— No vale la pena de prevenirle, creedme. Afrontaré su mal humor, y si me despide no será, os respondo de ello, sino después de haberme calentado, secado y alimentado.

— He oído decir que el vino era bueno por aquí. Vos debéis saber de eso, ¿ eh ?

La Brie, en vez de responder á la pregunta, quiso resistirse; pero el viajero había tomado su partido y entró los caballos con el carruaje, mientras que Gilberto cerraba la puerta en un abrir y cerrar de ojos. La Brie, viéndose vencido, tomó el partido de anunciar por sí mismo su derrota, y tomando el portante

con sus viejas piernas, se dirigió á la casa gritando con toda la fuerza de sus pulmones :

— ¡ Nicole Legay ! ¡ Nicole Legay !

— ¿ Quién es Nicole Legay ? preguntó el extranjero siguiendo acercándose al castillo con la misma tranquilidad.

— ¿ Nicole, caballero ? contestó Gilberto con un ligero estremecimiento.

— Sí, Nicole, la que llamaba La Brie.

— Es la camarera de la señorita Andrea.

Á los gritos de La Brie, una luz apareció por entre los árboles, iluminando la encantadora figura de una joven.

— ¿ Qué me quieres, La Brie, preguntó, y porque tanto ruido ?

— Pronto, Nicole, pronto, dijo la voz balbuciente del viejo, vé y anuncia al señor que un extranjero, sorprendido por la tempestad, le pide hospitalidad por esta noche.

Nicole no hizo que se lo repitiese, se dirigió ligeramente al castillo y al punto se perdió de vista.

En cuanto á La Brie, seguro ya de que al barón no le cogerían de improviso, se atrevió á tomar aliento por un instante.

Pronto el mensaje surtió su efecto, porque se oyó una voz acre é imperiosa que desde el umbral de la puerta, de lo alto de las escaleras que al través de las acacias se veía, gritaba con un tono muy poco hospitalario :

— ¡ Un extranjero !... ¿ quién es ? Cuando uno se presenta en casa de otro, da su nombre al menos.

— ¿ Es el barón ? preguntó á La Brie el que causaba todo este ruido.

— ¡ Ah ! sí, caballero, respondió el pobre hombre muy contrito, ¿ oís lo que pregunta ?

— Pregunta mi nombre... ¿no es verdad?

— Justamente. Y yo me he olvidado de preguntároslo.

— Anunciad al barón José Bálsamo, dijo el viajero; la semejanza de títulos desarmará tal vez á tu amo.

La Brie le anunció, un poco alentado con el título que acababa de ponerse el desconocido.

— Entonces bien, refunfuñó la voz; que entre, puesto que lo quiere... entrad, caballero, si os agrada... por aquí... bien... por aquí...

El extranjero se adelantó con paso rápido, pero al llegar al primer peldaño de la escalinata tuvo la curiosidad de ver si le seguía Gilberto.

Gilberto había desaparecido.

IV

El barón de Taverney

Aunque prevenido por Gilberto de la penuria del barón de Taverney, el que acababa de hacerse anunciar bajo el nombre del barón José Bálsamo, no por eso quedó menos admirado de la medianía de la morada, enfáticamente bautizada por Gilberto con el nombre de castillo.

No tenía la casa más que un piso formando un cuadrilongo, á cuyos extremos se elevaban dos pabellones cuadrados á manera de torrecillas. Este conjunto irregular no carecía con todo de cierta belleza pintoresca visto á la pálida luz de una luna que se deslizaba por entre las nubes quebradas por el huracán. Seis ventanas bajas, dos en cada torrecilla, es decir, una en cada piso; una escalerita bastante larga, pero cuyos dislocados escalones formaban pequeños precipicios en cada juntura: tal fué el conjunto que se ofreció al recién llegado antes de subir hasta el umbral, donde, como hemos dicho, esperaba el barón puesto de bata y con una palmatoria en la mano.

El barón de Taverney era un viejecito de 60 á 65 años, de mirada viva, pero fugaz, y despejada frente; llevaba una mala peluca, á cuyos bucles habían devorado las bujías de la chimenea poco á poco y accidentalmente lo que habían perdonado las ratas del armario.

— Pregunta mi nombre... ¿no es verdad?

— Justamente. Y yo me he olvidado de preguntá-roslo.

— Anunciad al barón José Bálsamo, dijo el viajero; la semejanza de títulos desarmará tal vez á tu amo.

La Brie le anunció, un poco alentado con el título que acababa de ponerse el desconocido.

— Entonces bien, refunfuñó la voz; que entre, puesto que lo quiere... entrad, caballero, si os agrada... por aquí... bien... por aquí...

El extranjero se adelantó con paso rápido, pero al llegar al primer peldaño de la escalinata tuvo la curiosidad de ver si le seguía Gilberto.

Gilberto había desaparecido.

IV

El barón de Taverney

Aunque prevenido por Gilberto de la penuria del barón de Taverney, el que acababa de hacerse anunciar bajo el nombre del barón José Bálsamo, no por eso quedó menos admirado de la medianía de la morada, enfáticamente bautizada por Gilberto con el nombre de castillo.

No tenía la casa más que un piso formando un cuadrilongo, á cuyos extremos se elevaban dos pabellones cuadrados á manera de torrecillas. Este conjunto irregular no carecía con todo de cierta belleza pintoresca visto á la pálida luz de una luna que se deslizaba por entre las nubes quebradas por el huracán. Seis ventanas bajas, dos en cada torrecilla, es decir, una en cada piso; una escalerita bastante larga, pero cuyos dislocados escalones formaban pequeños precipicios en cada juntura: tal fué el conjunto que se ofreció al recién llegado antes de subir hasta el umbral, donde, como hemos dicho, esperaba el barón puesto de bata y con una palmatoria en la mano.

El barón de Taverney era un viejecito de 60 á 65 años, de mirada viva, pero fugaz, y despejada frente; llevaba una mala peluca, á cuyos bucles habían devorado las bujías de la chimenea poco á poco y accidentalmente lo que habían perdonado las ratas del armario.

Tenía en la mano una servilleta de problemática blanca, lo que indicaba que había sido perturbado al ir á sentarse á la mesa.

Su figura maliciosa, en que se hubiera podido encontrar alguna semejanza con la de Voltaire, se animaba en este momento con una doble expresión fácil de comprender; pues si bien la política exigía que sonriese á su huésped, la impaciencia cambiaba esta disposición en un gesto decididamente atrabiliario y ceñudo, de suerte que, iluminada la fisonomía del barón de Taverney por la trémula luz de la bujía, cuyas sombras dibujaban sus principales facciones, podía bien pasar por la de un caballero muy feo.

— Caballero, dijo, ¿ puedo saber á qué dichoso acontecimiento debo el placer de veros ?

— ¡ Oh ! señor mío, á la tempestad que ha espantado los caballos, los cuales, desbocándose, han estado á punto de romper mi carruaje. Hallábame allí, en medio del camino, sin postillones; pues el uno había caído del caballo, y el otro se había salvado con el suyo, cuando un joven, á quien he encontrado, me ha indicado el camino que conduce á vuestro castillo, tranquilizándome respecto á vuestra muy reconocida hospitalidad.

El barón levantó su bujía para iluminar mayor trecho, y para ver si en él descubría al malvado que le proporcionaba la dicha de que hablaba poco antes.

También el viajero miró á su alrededor para cerciorarse de si su joven guía se había efectivamente ido.

— ¡ Y sabéis, caballero, cómo se llama el que os ha indicado mi castillo ? preguntó el barón de Taverney como quien desea saber á quién ha de expresar su agradecimiento.

— Es un joven que creo se llama Gilberto.

— ¡ Ya ! ¡ ya ! Gilberto ; no hubiera creído que fuera

bueno ni aun para eso. ¡ Ah ! es el haragán, el filósofo Gilberto !

Por este flujo de epítetos pronunciados de un modo amenazante, comprendió el forastero que mediaba poca simpatía entre el señor y su vasallo.

— En fin, dijo el barón, después de un momento de silencio no menos expresivo que sus palabras, tened la bondad de entrar.

— Permitidme antes, caballero, le dijo el viajero, que haga encerrar mi carruaje, que contiene objetos muy preciosos.

— ¡ La Brie ! gritó el barón, ¡ La Brie ! conducid el carruaje del señor barón bajo el cobertizo ; allí estará un poco más á cubierto que en medio del patio, puesto que aun quedan algunos sitios con techado ; en cuanto á los caballos, es otra cosa : no os respondo de que encontrarán que comer, pero como no son vuestros sino del maestro de postas, os debe ser indiferente.

— Con todo, caballero, si os molesto demasiado, como empiezo á creerlo.....

— ¡ Oh ! no es eso, caballero, interrumpió políticamente el barón, vos no me molestáis, solo vos, os lo prevengo, seréis el molestado.

— Creed, caballero, que siempre estaré agradecido.

— ¡ Oh ! yo no me hago ilusiones, caballero, dijo el barón levantando nuevamente la bujía para extender el círculo de luz por el lado en que José Bálsamo, ayudado de La Brie, conducía su carruaje, y esforzando la voz á medida que su huésped se alejaba. ¡ Oh ! yo no me hago ilusiones. Taverney es una morada muy triste y sobre todo muy pobre.

El viajero estaba sobrado ocupado para responder, y buscaba, según le había dicho el barón, el sitio menos desmantelado del cobertizo, para abrigar en él su carruaje. Cuando lo estuvo, ó poco menos, deslizó

un luis en la mano de La Brie y volvió junto al barón.

— No quiera Dios que yo piense de vuestro castillo el mal que vos decís de él, caballero, le respondió Bál-samo inclinándose ante el barón, quien, como por única prueba de que le había dicho la verdad, le condujo, sacudiendo la cabeza, al través de una larga y húmeda antecámara, y murmurando entre dientes:

— Bueno, bueno, bien sé lo que me digo; conozco desgraciadamente mis recursos, que son muy limitados. Si vos sois francés, señor barón, pero vuestro acento italiano me indica que no lo sois, aunque vuestro nombre italiano... Pero esto no hace al caso; si sois francés, el nombre de Taverney habrá despertado en vos recuerdos de lujo: en otro tiempo se decía Taverney el rico.

Bál-samo creyó que esta frase iba á concluir en un suspiro; pero no hubo tal.

— Filosofía, se dijo para sí.

— Por aquí, señor barón, por aquí, continuó el barón abriendo la puerta del comedor. Hola, señor La Brie, servidnos como si vos solo fueseis cien criados.

La Brie se precipitó para servir á su amo.

— No tengo más que este lacayo, dijo Taverney, y me sirve bien mal: pero no puedo tener otro. Este imbécil hace que está conmigo cerca de veinte años sin haber tomado un cuarto de su salario, y yo le mantengo... poco más ó menos como él me sirve... ¡ Es estúpido, ya veréis!

Bál-samo proseguía el curso de sus observaciones.

— ¡ Sin corazón! dijo; pero acaso esto no es más que afectación.

El barón volvió á cerrar la puerta del comedor, y solo entonces, gracias á la bujía que alzaba por cima de su cabeza, pudo el viajero abrazar la habitación en toda su extensión. Era una gran sala baja, que había

sido en otro tiempo la pieza principal de una pequeña quinta elevada por su propietario al rango de castillo, y estaba tan escasamente amueblada, que á primera vista parecía vacía. Unas sillas de paja con respaldo tallado, grabados de las batallas de Lebrun en marcos de madera barnizada de negro, un armario de encina ennegrecido por el humo y los años; tal era todo su adorno. En medio se elevaba una pequeña mesa redonda, en que humeaba un solo plato, compuesto de perdigones y coles. El vino estaba contenido en una botella de barro de ancha cabida. La vajilla, usada, ennegrecida y abollada, se componía de tres cubiertos, de un cubilete y de un salero. Esta última pieza, de un trabajo exquisito y de gran peso, parecía un diamante de precio en medio de guijarros sin valor ni brillo.

— Vedlo, caballero, vedlo, le dijo el barón ofreciendo una silla á su huésped, cuya mirada investigadora había seguido. ¡ Ah! vuestra mirada se detiene en mi salero; lo admiráis, y esto es cortés y de buen gusto, pues reparáis en la única cosa presentable: caballero, os doy gracias con todo mi corazón; pero no, me engaño. Tengo otra cosa más preciosa, á fe mía, y es mi hija.

— ¿ La señorita Andrea? dijo Bál-samo.

— Sí, á fe mía, la señorita Andrea, dijo el barón maravillado de que su huésped estuviese tan bien instruido, y os quiero presentar á ella. ¡ Andrea! ¡ Andrea! ven, hija mía, no tengas miedo.

— Yo no tengo miedo, padre mío, respondió con una voz dulce y sonora á la vez una alta y hermosa joven, presentándose á la puerta sin embarazo ni atrevimiento.

José Bál-samo, aunque muy dueño de si mismo, como ha podido notarse, no pudo menos de inclinarse ante esta soberana belleza.

En efecto, Andrea de Taverney, que acababa de presentarse, como para dorar y enriquecer cuanto la rodeaba, tenía el cabello castaño claro, que lo era más hacia las sienes y el cuello; los ojos negros, brillantes, rasgados, miraban fijamente como los de las águilas. Con todo, la suavidad de su mirada era indecible; su boca formaba un caprichoso arco de coral húmedo y brillante; unas manos admirablemente blancas, afiladas, y de dibujo antiguo, se unían á unos brazos deslumbradores por su forma y color; su talle, á la vez flexible y firme, la asemejaba á una hermosa estatua pagana, á la que un prodigio hubiese dado la vida; su pie, cuya curva habría sido notable aun al lado del de Diana la cazadora, parecía no poder llevar el peso de su cuerpo sino por un milagro de equilibrio; el traje, en fin, aunque de la mayor sencillez, era de un gusto tan perfecto y tan acomodado al conjunto de su persona, que acaso habría parecido á primera vista menos elegante y rico un traje completo sacado del guarda-ropa de una reina.

Todos estos maravillosos detalles sorprendieron á Bálamo á la primera ojeada; y todo lo había visto y notado desde el momento en que la señorita de Taverney se presentó á la puerta del comedor hasta el en que la saludó; por su parte el barón no había perdido una sola de las inspiraciones producidas en su huésped por aquel inapreciable conjunto de perfecciones.

— Razón tenéis, dijo en voz bajo Bálamo, volviéndose al barón: esta señorita es de una belleza superior.

— No aduléis demasiado á esta pobre Andrea, caballero, dijo negligentemente el barón; pues sale de un convento y creería vuestras lisonjas. Y no es porque yo tema su presunción; al contrario, mi querida niña no es bastante coqueta, caballero, y como buen

padre procuro desarrollar en ella esa cualidad que constituye la principal fuerza de la mujer.

Andrea bajó los ojos ruborizada, sin poder hacer otra cosa al oír la singular explicación de su padre, no obstante toda la buena voluntad con que la escuchaba.

— ¿Le decían eso á la señorita cuando estaba en el convento? preguntó riendo José Bálamo al barón, ¿y era ese precepto parte de la enseñanza que daban las religiosas?

— Caballero, dijo el barón, yo tengo, como habéis podido notar, mis ideas particulares.

Bálamo se inclinó en señal de asentimiento á esta pretensión del barón.

— No, continuó, no quiero imitar á esos padres que dicen á su hija: sé gazmoña, inflexible, ciega, embriagada de delicadeza y desinterés. ¡Imbéciles! Parecenme padrinos conduciendo á su campeón á la liza, después de haberle desarmado completamente, para combatir con otro armado de pies á cabeza. ¡No por Dios! no sucederá así á mi hija Andrea, aunque criada en Taverney, en un tabuco de provincia.

De acuerdo con el barón sobre la denominación dada á su castillo, Bálamo creyó sin embargo deber significar por señas una política contradicción.

— Bien, bien, continuó el viejo, respondiendo al juego de fisonomía de Bálamo, dígoos que conozco á Taverney, y sea como quiera, y por más alejados que estemos de ese sol resplandeciente que llaman Versalles, mi hija conocerá el mundo que yo he conocido en otro tiempo; ella entrará allí, si esto llega á suceder, con un arsenal completo que le forjo ayudado de mi experiencia y mis recuerdos... pero, caballero, os confieso que el convento lo ha echado todo á perder... ¡Ah, hija!... estas cosas sólo me suceden á mí: mi

hija es la primera pensionista que ha tomado buena enseñanza y seguido la letra del Evangelio. ¡Por Dios! convenid, barón, en que esto es tener desgracia.

— Esta señorita es un ángel, respondió Bálamo, y en verdad, caballero, que no me sorprende lo que me decís.

Andrea saludó al barón en señal de gratitud y simpatía, y en seguida tomó asiento, como le ordenaba su padre con la vista.

— Sentaos, barón, dijo Taverney, y comed si tenéis gana. Es un horrible guisado hecho por ese animal de La Brie.

— ¡Perdigones! ¿Y llamáis á esto horrible guisado? dijo sonriendo el huésped del barón. Calumniáis vuestra mesa. ¡Perdigones en mayo! ¿Son de vuestras tierras?

— ¡Mis tierras! Ha mucho tiempo que todas las que tenía, y cuidado que mis padres me dejaron una buena porción, están vendidas, comidas y digeridas. ¡Ah, Dios mío! gracias al cielo, no tengo ni una pulgada de tierra, no. Es ese holgazán de Gilberto, que no sirve para nada más que para leer y meditar y que en sus ratos perdidos habrá robado, no sé dónde, una escopeta, pólvora y munición, el que va á cazar furtivamente esos volátiles en las tierras de mis vecinos. Con esto irá á galeras, y ciertamente le dejaré ir, porque esto me desembarazaré de él. Mas Andrea gusta de la caza, y por mi hija perdono al señor Gilberto.

Bálamo examinó el hermoso rostro de Andrea, y no descubrió en él ni una señal de sobresalto, ni la menor sombra de alteración.

Sentóse á la mesa, y la joven le sirvió, sin parecer embarazada en lo mas mínimo por la penuria de las viandas, su porción de aquel plato provisto por Gil-

berto, guisado por La Brie, y que tanto despreciaba el barón.

Durante este tiempo, el pobre La Brie, que no perdía una palabra de los elogios que Bálamo le hacía, y también á Gilberto, presentaba los platos con un semblante contrito, que se convertía en triunfante á cada elogio que el barón tributaba á sus condimentos.

— ¡No le ha puesto sal á su maldito guisado! dijo el barón después de haber devorado dos alas de perdigón que su hija había colocado en su plato sobre una buena capa de coles. Andrea, alargad el salero al señor barón.

— ¡Ah! ¿os sorprendéis también admirando mi salero? dijo Taverney.

— Esta vez os engañáis, caballero, respondió Bálamo; es la mano de esta señorita lo que admiraba.

— ¡Ah! ¡perfectamente! ¡Es precisamente la de Richelieu! Mas ya que lo tenéis en la mano, barón, examinad ese famoso salero; fué encargado por el Regente á Lucas el platero. Son amores de sátiros y de bacantes; esto es un poco libre, pero es muy lindo.

Bálamo notó entonces que el grupo de figurillas, trabajo primoroso y encantador, era no sólo libre sino obsceno, lo cual le hizo admirar la calma é indiferencia de Andrea, que por orden de su padre le había presentado el salero sin abochornarse.

Y como si el barón se hubiese propuesto deslustrar el harniz de inocencia que, á manera del vestido virginal de que habla la Escritura, cubría totalmente á su hija, continuó detallando todas las bellezas de su alhaja, á pesar de los esfuerzos de Bálamo para variar la conversación.

— Comed, barón, dijo Taverney, porque ya os advierto que no hay más que este plato. Acaso os figuráis que va á venir el asado y los entremeses; pero

desengañaos, porque llevariais un horrible chasco.

— Perdonad, caballero, dijo Andrea con su frialdad habitual; pero si Nicole me ha comprendido, debe estar preparando un plato cuya receta le he enseñado.

— ¡ La receta ! ; Habéis enseñado la receta de un plato á Nicole Legay, á vuestra doncella ! ; vuestra doncella guisando ! ; Guisaban acaso para el rey la duquesa de Chateauroux ó la marquesa de Pompadour ? Al contrario ; el rey era el que les hacía á ellas tortillas... ; Válgame Dios ! ; Que vea yo en mi casa guisar á las mujeres !... Barón, os suplico dispenséis á mi hija.

— Pero, padre mío, preciso es comer, dijo tranquilamente Andrea.

— Veamos, Legay, añadió alzando la voz, ¿ está eso ?

— Sí, señorita ; respondió la joven, trayendo un plato que olía del modo más apetitoso.

— Sé muy bien quién no comerá de ese plato, dijo Taverner furioso quebrando el suyo.

— Este caballero comerá quizás, dijo friamente Andrea.

Volviéndose en seguida á su padre :

— Bien sabéis, señor, que no os quedan más que diez y siete platos de este servicio que me dejó mi madre.

Y dicho esto, trinchó la humeante torta que Nicole Legay, la linda doncella, acababa de colocar sobre la mesa.

V

Andrea de Taverner

El espíritu de observación de José Bálamo encontraba ancho campo en cada detalle de aquella existencia aislada y extraña, perdida en un rincón de la Lorena.

El salero solo revelaba gran parte del carácter del barón de Taverner, ó más bien lo daba á conocer bajo todos aspectos.

Valiéndose también de su más delicada penetración, estudió los rasgos de la fisonomía de Andrea, mientras que ella abollaba con el puño del cuchillo las figuras de plata de unos candeleros, que parecían escapados de una de esas cenas nocturnas del Regente, y cuyas bujías estaba Canillac encargado de apagar. Fuera curiosidad, fuera inspirado por otro sentimiento, Bálamo consideraba á Andrea con tal perseverancia, que dos ó tres veces, en menos de dos minutos, se encontraron sus miradas con las de la joven. Al principio, aquella pura y casta doncella resistió sin confusión tan singular mirada ; pero al fin tomó tal firmeza cuando el barón deshacía con el recazo del cuchillo la obra maestra de Nicole, que una impaciencia febril, que le arrebató la sangre hacia las mejillas, comenzó á apoderarse de ella. Pronto sintiendo la turbación que le inspiraba esta mirada sobrehumana, quiso desa-

desengañaos, porque llevariais un horrible chasco.

— Perdonad, caballero, dijo Andrea con su frialdad habitual; pero si Nicole me ha comprendido, debe estar preparando un plato cuya receta le he enseñado.

— ¡ La receta ! ; Habéis enseñado la receta de un plato á Nicole Legay, á vuestra doncella ! ; vuestra doncella guisando ! ; Guisaban acaso para el rey la duquesa de Chateauroux ó la marquesa de Pompadour ? Al contrario ; el rey era el que les hacía á ellas tortillas... ; Válgame Dios ! ; Que vea yo en mi casa guisar á las mujeres !... Barón, os suplico dispenséis á mi hija.

— Pero, padre mío, preciso es comer, dijo tranquilamente Andrea.

— Veamos, Legay, añadió alzando la voz, ¿ está eso ?

— Sí, señorita ; respondió la joven, trayendo un plato que olía del modo más apetitoso.

— Sé muy bien quién no comerá de ese plato, dijo Taverner furioso quebrando el suyo.

— Este caballero comerá quizás, dijo friamente Andrea.

Volviéndose en seguida á su padre :

— Bien sabéis, señor, que no os quedan más que diez y siete platos de este servicio que me dejó mi madre.

Y dicho esto, trinchó la humeante torta que Nicole Legay, la linda doncella, acababa de colocar sobre la mesa.

V

Andrea de Taverner

El espíritu de observación de José Bálamo encontraba ancho campo en cada detalle de aquella existencia aislada y extraña, perdida en un rincón de la Lorena.

El salero solo revelaba gran parte del carácter del barón de Taverner, ó más bien lo daba á conocer bajo todos aspectos.

Valiéndose también de su más delicada penetración, estudió los rasgos de la fisonomía de Andrea, mientras que ella abollaba con el puño del cuchillo las figuras de plata de unos candeleros, que parecían escapados de una de esas cenas nocturnas del Regente, y cuyas bujías estaba Canillac encargado de apagar. Fuera curiosidad, fuera inspirado por otro sentimiento, Bálamo consideraba á Andrea con tal perseverancia, que dos ó tres veces, en menos de dos minutos, se encontraron sus miradas con las de la joven. Al principio, aquella pura y casta doncella resistió sin confusión tan singular mirada ; pero al fin tomó tal firmeza cuando el barón deshacía con el recazo del cuchillo la obra maestra de Nicole, que una impaciencia febril, que le arrebató la sangre hacia las mejillas, comenzó á apoderarse de ella. Pronto sintiendo la turbación que le inspiraba esta mirada sobrehumana, quiso desa-

fiarla, y entonces ella fué quien miró al barón con sus ojos grandes, claros y dilatados. Pero también tuvo que ceder, y sus párpados llenos del fluido magnético que irradiaba del ojo ardiente de su huésped se bajaron tardíos y temerosos para no levantarse más que á medias.

En tanto que esta lucha silenciosa se planteaba entre la joven y el misterioso viajero, el barón refunfuñaba, reía y renegaba, juraba como un verdadero señor campesino y pellizcaba el brazo á La Brie, que desgraciadamente para él se encontraba á su lado en un momento en que la irritación nerviosa le hacía sentir la necesidad de pellizcar algo.

Sin duda iba á hacer otro tanto con Nicole, cuando sus ojos, por la primera vez sin duda, se detuvieron en las manos de la camarera.

El barón adoraba las manos bonitas, y por manos hermosas había hecho todas sus locuras en la juventud.

— ¡Mirad, dijo, qué lindos dedos tiene esta pica-rueta! ¡Cómo se afinarían las uñas y se encorvarían sobre la piel, cosa que es de rara belleza, si la leña que se raja, las botellas que se enjuagan, las cacerolas que se friegan, no destrozasen horrorosamente el cuerno; porque cuerno es, señorita Nicole, lo que tenéis en la extremidad de los dedos.

Nicole, poco acostumbrada á las galanterías del barón, le miraba con una cierta sonrisa en que la admiración tenía más parte que el orgullo.

— Sí, sí, dijo el barón notando lo que pasaba en el corazón de la joven coquetilla. Poneos orgullosa, os lo aconsejo. ¡Oh! es que debo deciros, caro huésped, que la señorita Nicole Lagay, aquí presente, no es mejugata como su ama, y un requiebro no le da miedo.

Los ojos de Bálamo se volvieron vivamente hacia la hija del barón, y vió brillar el mayor desdén en el

helo rostro de Andrea. Entonces halló conveniente poner su figura en armonía con la de la altiva niña; ésta lo notó, y con agrado sin duda, porque le miró con menos dureza ó al menos con menor inquietud que hasta entonces.

— ¡Creeréis, caballero, continuó el barón acariciando la barba de Nicole, decidido al parecer á tenerla por bonita aquella noche, creeréis que esta doncella viene de un convento como mi hija y que apenas ha recibido educación? La señorita Nicole no se separa tampoco un instante de su ama. Es un afecto y un desinterés capaz de hacer soureir á esos señores filósofos que sostienen que estas especies tienen alma.

— Caballero, dijo Andrea descontenta, no es por afecto desinteresado por lo que Nicole no me deja, es porque yo se lo mando.

Bálamo levantó los ojos á Nicole para notar el efecto que producirían en ella estas palabras de su ama, altaneras hasta la insolencia, y vió que sus labios se crispaban, lo cual quería decir que no era insensible á las humillaciones que se la hacían como criada.

Pero esto pasó como un relámpago por el rostro de la camarera; porque se volvió, para ocultar una lágrima sin duda, y sus ojos se fijaron en una ventana del comedor que daba al patio. Todo interesaba á Bálamo, que parecía buscaba alguna cosa á su vez en medio de los personajes con quienes había sido introducido; todo interesaba á Bálamo, decimos; su mirada siguió la mirada de Nicole, y le pareció ver en esta ventana, objeto de la atención de la joven, el rostro de un hombre.

— En verdad, pensó, todo es curioso en esta casa; cada cual tiene su misterio, y espero que no pasará una hora sin que conozca el de la señorita Andrea. Ya

conozco el del barón y he adivinado el de Nicole.

Había tenido un momento de distracción, y por corto que fué el barón lo notó.

— Soñáis de esa manera, dijo; ¡ bueno! pues por esta noche al menos debéis estar despierto, querido huésped. El sueño es contagioso, y á mi ver se adquiere aquí. Voy á contaros los que sueñan en esta casa. Tenemos á la señorita Andrea que sueña, á la señorita Nicole que también sueña, y hasta veo soñar á cada instante á ese haragán que ha muerto los perdigones, que soñaban tal vez cuando se han dejado matar...

— ¿ Gilberto? preguntó Bálamo.

— ¡ Sí! un filósofo como el señor La Brie. Á propósito de filósofos, ¿ sois amigo de ellos por casualidad? ¡ Oh! entonces os lo prevengo, no sois de los míos...

— Caballero, no estoy bien ni mal con ellos, porque no los conozco, respondió Bálamo.

— Tanto mejor, ¡ diablo! son unos animales tan venenosos como feos. Pierden la monarquía con sus máximas. Ya no se rie en Francia, se lee; ¿ y qué se lee? Frases como aquellas de: *En un gobierno monárquico es muy difícil que el pueblo sea virtuoso* (1); ó bien: *La verdadera monarquía no es más que una constitución imaginada para corromper las costumbres de los pueblos y sejuzgarlos* (2); y también: *Si la autoridad de los reyes viene de Dios, es como las enfermedades y las plagas del género humano* (3). ¡ Qué lindo es todo esto! ¡ Un pueblo virtuoso! ¡ Para qué serviría? ¡ Ah! ya veis que todo va mal, y eso aun

(1) Montesquieu.

(2) Helvetius.

(3) Jean-Jacques Rousseau.

después de haber hablado S. M. con el señor Voltaire, y haber leído los libros del señor Diderot.

En este momento parecióle á Bálamo que otra vez aparecía el mismo rostro pálido por detrás de los cristales. Pero desapareció al punto que fijó su vista en él.

— ¿ Seríais acaso filósofa, señorita? preguntó Bálamo sonriendo.

— Yo no sé lo que es filosofía, respondió Andrea. Sé únicamente que amo lo que es grave.

— ¡ Oh, señorita! gritó el barón, nada hay más grave, á mi parecer, que el pasarlo bien; de consiguiente gustaréis de ello.

— ¿ Me parece que la señorita no odia la vida? preguntó Bálamo.

— Eso es según, caballero, respondió Andrea.

— He ahí otra estupidez, dijo el barón.

— Y bien; ¿ creeríais, caballero, que me ha respondido lo mismo exactamente, letra por letra, que mi hijo?

— ¿ Tenéis un hijo, mi amado huésped? preguntó Bálamo.

— ¡ Oh! sí, tengo esa desgracia; un vizconde de Taverney, teniente de los gendarmes del Delfín; un excelente sujeto!

El barón pronunció estas tres últimas palabras apretando los dientes, como si hubiera querido mascar las letras.

— Os felicito por ello, caballero, dijo Bálamo inclinándose.

— Sí, respondió el viejo, otro filósofo. Á fe mía que esto da compasión. ¿ Pues no me hablaba el otro día de dar la libertad á los negros? ¡ Y el azúcar! le repliqué. Á mí me gusta el café con mucho azúcar y lo mismo al rey Luis XV. — Caballero, me respondió, más vale pasarse sin azúcar, que ver sufrir una raza...

— Una raza de micos, le dije, haciéndoles mucho favor. ¿Sabéis lo que pretendía? (a fe mía que es preciso que haya en la atmósfera algo que les trastorne la cabeza) pues ha pretendido que todos los hombres eran hermanos. ¡Yo hermano de un Mozambique!

— ¡Oh! dijo Bálamo; eso es llevar las cosas muy lejos.

— ¡Cómo! ¿qué decís? ¿no es verdad que tengo fortuna con mis hijos? No se dirá que renazco en mi descendencia. ¡La hermana es un ángel y el hermano un apóstol! Vamos, bebed, caballero... mi vino es detestable.

— Yo lo encuentro exquisito, dijo Bálamo mirando á Andrea.

— Según eso ¿vos también sois filósofo? ¡Ah! cuidado, porque haré que mi hija os predique un sermón. Pero no: los filósofos no tienen religión. Y sin embargo, el tenerla era muy cómodo: se creía en Dios y en el rey, y ya estaba todo. Al presente, para no creer ni en uno ni en otro, es menester aprender una porción de cosas y leer multitud de libros; prefiero no dudar de nada. Por lo demás, en mi tiempo no se aprendían más que cosas agradables; se aprendía á jugar al faraón, al biribís y los cientos; se tiraba bonitamente la espada, á pesar de los edictos; se arruinaba á las duquesas, y se arruinaba uno por las bailarinas: por lo menos esta es mi historia. Taverney entero ha pasado á la Ópera; y esto es lo único que siento, en razón á que un hombre arruinado no es hombre. ¿No es verdad que parezco viejo tal como estoy? Pues bien, esto consiste en que estoy arruinado y vivo en esta casa vieja; en que mi peluca está raída, y mi vestido es antiguo; pero mirad á mi amigo el mariscal, que tiene vestidos nuevos y pelucas pobladas, y que tiene 200,000 libras de renta. Pues bien: toda-

vía está verde, dispuesto, emprendedor! ¡Y con diez años más que yo, señor mio, con diez años!

— ¿Es de M. de Richelieu de quien habláis?

— Sin duda.

— ¿Del duque?

— ¡Cierto! yo no pienso en el cardenal; no me remonto tan alto. Por otra parte, él no ha hecho lo que su sobrino, ni se ha conservado tanto tiempo.

— Me admira, caballero, que teniendo, á lo que parece, amigos tan poderosos, dejaseis la corte.

— ¡Ah! es una retirada momentánea, y algún día volveré, dijo el viejo barón dirigiendo á su hija una extraña mirada, que fué cogida al vuelo por Bálamo.

— Pero al menos, dijo, el señor mariscal hará adelantarse á vuestro hijo.

— ¡Él á mi hijo! le aborrece.

— ¿Al hijo de su amigo?

— Y tiene razón.

— ¡Cómo! ¿y lo decís vos?

— ¡Vaya, un filósofo! le detesta.

— Y Felipe por su parte le paga bien, dijo Andrea con una calma perfecta. Atéeusted los manteles, Legay.

Arrancada la muchacha de la vigilante observación que clavaba su mirada en la ventana, corrió á ejecutarlo.

— ¡Ah! dijo el barón suspirando, otras veces se estaba á la mesa hasta las dos de la mañana, y era porque había que comer, ó porque se bebía, cuando no se quería comer más. Pero, ¿quién bebe chacolí después de comer? Legay, deme usted un frasco de marrasquino... si es que queda alguno.

— Procure usted obedecer al señor barón, dijo Andrea á Legay, que parecía esperar las órdenes de su señora para obedecer las del barón.

El barón se había recostado en su sillón, y con los

ojos cerrados suspiraba entregado á una grotesca melancolía.

— Me hablabais del mariscal Richelieu, dijo Bál-samo decidido al parecer á no dejar desmayar la conversación.

— Sí, es verdad, de eso os hablaba, dijo Taverney. Y tararé cierta música más triste aun que sus suspiros.

— Pero aunque deteste á vuestro hijo, y tenga razón en detestarle, porque es filósofo, continuó Bál-samo, ha debido conservaros su amistad, puesto que vos no lo sois.

— ¿Filósofo? no, ¡ á Dios gracias!

— Á lo que presumo no son méritos los que os faltan. ¿ Habéis servido?

— Quince años. He sido ayudante de campo del mariscal; hemos hecho juntos la campaña de Mahón, y nuestra amistad data... sí... esperad... del famoso sitio de Filipburgo, es decir, de 1742 á 1743.

— Muy bien, dijo Bál-samo; ¿ estabais en el sitio de Filipburgo?... y yo también.

El viejo se enderezó en su sillón y miró cara á cara á Bál-samo, abriendo mucho los ojos.

— Dispensadme, le dijo; pero ¿ qué edad teniais entonces, mi amado huésped?

— Yo no tengo edad, dijo Bál-samo alargando su vaso á fin de que la hermosa mano de Andrea le sirviese marrasquino.

El barón interpretó á su manera la respuesta de su huésped, y creyó que Bál-samo tenía alguna razón para ocultar su edad.

— Caballero, le dijo, permitidme que os diga no parecéis tener la edad de un soldado de Filipburgo. Este sitio aconteció hace veintiocho años, y vos, si no me engaño, tenéis á lo más treinta.

— ¡ Oh! ¿ quién no tiene treinta años? dijo el viajero con negligencia.

— Yo, por ejemplo, dijo el barón, que hace justamente treinta años que no los tengo.

Andrea miraba al extranjero con una fijeza, que indicaba el irresistible atractivo de la curiosidad. En efecto, este extraño sujeto se le revelaba á cada instante bajo un nuevo aspecto.

— En fin, caballero, me confundís, dijo el barón, á menos que no estéis equivocado, como es probable, y toméis á Filipburgo por alguna otra ciudad. Yo á lo más os creo de treinta años, ¿ no es verdad, Andrea?

— En efecto, respondió ella intentando nuevamente, y sin conseguirlo, resistir la poderosa mirada de su huésped.

— No tal, no tal, dijo este último; yo sé lo que digo, y digo lo que es. Hablo del famoso sitio de Filipburgo, en que el señor duque de Richelieu mató en desafío á su primo el príncipe de Lixen. El hecho tuvo lugar volviendo de la trinchera en medio del camino, en un recodo que hacía al lado izquierdo, y le metió la espada por medio del cuerpo. Yo pasaba á tiempo que el príncipe de Deux-Ponts le sostenía agonizando en sus brazos, sentado á la orilla del foso, mientras que el duque de Richelieu limpiaba tranquilamente su espada.

— Caballero, dijo el barón, en verdad que me trastornáis. Todo sucedió lo mismo que decís.

— ¿ Lo habéis oído contar? preguntó tranquilamente Bál-samo.

— Estaba yo allí, y tuve el honor de servir de padrino al señor mariscal, que entonces no era mariscal, pero esto no hace al caso.

— Esperad, dijo Bál-samo mirando fijamente al barón.

— ¡Qué!

— ¿No llevabais en aquella época uniforme de capitán?

— Justamente.

— ¿Estabais en el regimiento de caballería ligera de la reina, que fué acuchillado después en Fontenoi?

— ¿Estabais también en Fontenoi? preguntó el barón, queriendo chusquearse.

— No, respondió tranquilamente Bálamo: cuando lo de Fontenoi había yo muerto.

El barón abrió desmesuradamente los ojos, Andrea se estremeció y Nicole hizo la señal de la cruz.

— Volviendo, pues, á lo que decíamos, llevabais el uniforme de caballería ligera, me acuerdo perfectamente, y os ví al pasar; vos teníais vuestro caballo y el del mariscal mientras que éste se batía. Me acerqué á vos y os pregunté los pormenores, y me los disteis.

— ¡Yo!

— ¡Sí! ¡vos! os conocí perfectamente. Entonces no teníais más títulos que el de caballero y no os llamaban más que el caballero.

— Sí, ¡por Dios! dijo Taverner, exactamente.

— Excusadme no haberos reconocido antes; pero treinta años cambian á un hombre.

Y levantando Bálamo su vaso, le apuró hasta la última gota.

— ¿Vos me habéis visto, vos, en aquella época? repitió el barón, ¡imposible!

— Os ví, dijo Bálamo.

— ¿En el camino?

— En el camino.

— ¿Teniendo los caballos?

— Teniendo los caballos.

— ¿Mientras el duelo?

— Cuando el príncipe lanzaba el último suspiro, os he dicho.

— ¿Pero, según eso tenéis 50 años?

— Tengo la edad necesaria para haberos visto.

Esta vez se dejó caer el barón en su sillón con un movimiento de enojo, que Nicole no pudo menos de reirse.

Pero Andrea, en lugar de reir como Nicole, quedó pensativa con la vista fija en la de Bálamo.

Hubiérase dicho que éste esperaba que esto sucediese y lo había previsto.

Levantándose de repente lanzó dos ó tres rayos de su inflamada pupila sobre la joven, que se estremeció como si hubiera recibido el contacto de una corriente eléctrica.

Sus brazos se aflojaron, inclinóse su cuello, sonrió como á su pesar al extranjero y luego cerró los ojos.

Éste, siempre de pie, la tocó en los brazos, y volvió ella á estremecerse.

— ¿Y vos también, señorita, creéis que no digo verdad, cuando sostengo que estuve en el sitio de Filipsburgo?

— No, caballero, yo os creo, articuló Andrea haciendo un esfuerzo sobrehumano.

— En ese caso, yo soy el que no sabe lo que dice, añadió el barón, ¡perdonadme! ¡á manos que este caballero no sea un resucitado, una sombra!

Nicole abrió los ojos espantados.

— ¿Quién sabe? dijo Bálamo con un acento tan grave que acabó de cautivar á la joven.

— Veamos, formalmente, señor barón, replicó el viejo, que pareció decidido á poner la cosa en claro. ¿De verdad, tenéis más de 30 años? Pues no los representáis.

— ¿Caballero, dijo Bálamo, me creeréis si os digo alguna cosa poco creíble?

— No os respondo de ello, dijo el barón moviendo la cabeza con aire picaresco, mientras que Andrea, por el contrario, escuchaba con toda atención. Soy muy incrédulo, os lo prevengo.

— ¿Para qué me hacéis en ese caso una pregunta, cuya respuesta no habéis de creer?

— Bien, si, os creeré, ¿estáis contento?

— Entonces, caballero, os repetiré lo que ya os he dicho; no solo os vi en el sitio de Filipburgo sino que os conocí.

— ¿Seríais entonces niño?

— Sin duda.

— ¿Teníais á lo más cuatro años?

— No tal, tenía cuarenta y uno.

— ¡Ha, ha, ha! gritó el barón, riendo con todas sus fuerzas, mientras que Nicole le hacía el duo.

— Bien decía yo, caballero: no me creéis.

— ¿Pero cómo creerlo formalmente? vamos... dadme una prueba.

— Es bien sencillo, sin embargo, contestó Bálamo, sin manifestar embarazo. Tenía cuarenta y un años en aquella época, es verdad; pero no he hecho que fuese el hombre que soy.

— ¡Ha, ha! pero esto es cosa de paganismo, dijo el barón. ¿No hubo un filósofo griego, ¡en todos tiempos ha habido de estos miserables filósofos! no hubo un filósofo griego que inventó eso y que no comía babas, porque sostenía que tenían alma, como mi hijo pretende que los negros la tienen? ¿No era?... ¿cómo diablos se llamaba?

— Pitágoras, dijo Andrea.

— Eso es, Pitágoras; los jesuitas me enseñaron eso en otro tiempo. El padre Poirée me hizo componer

versos latinos sobre ello en competencia con el joven Arouet. Me acuerdo que halló mis versos infinitamente mejores que los suyos. Pitágoras, eso es.

— Y bien, ¿quién os dice que yo no haya sido Pitágoras? replicó sencillamente Bálamo.

— No niego que hayáis sido Pitágoras, dijo el barón; pero en fin, Pitágoras no estaba en el sitio de Filipburgo, ó al menos no le ví.

— Seguramente, pero, ¿visteis al vizeconde Juan de Barroux que pertenecía á los mosqueteros negros?

— Sí, sí, á ese sí le ví... y no era filósofo, bien que tuviera horror á las habas y no las comiese sino cuando no había otra cosa.

— Pues bien, ¿os acordáis del día siguiente al duelo de M. de Richelieu, en que Barroux estaba en la trinchera con vos?

— Perfectamente.

— Porque os acordaréis que los mosqueteros negros y la caballería ligera entraban juntos de servicio cada siete días.

— Exactamente, ¿y luego?

— Y bien, luego la metralla caía aquella tarde como granizo. De Barroux estaba triste, se acercó á vos y os pidió un polvo, que le disteis en una caja de oro.

— ¿Sobre la que había el retrato de una mujer?

— Justamente. Todavía la veo, rubia, ¿no es esto?

— Sí, por Dios, dijo el barón todo asombrado. ¿Y qué más?

— En seguida, continuó Bálamo, cuando tomaba el polvo, una bala le cogió la garganta y le llevó la cabeza.

— ¡Ah! sí, dijo el barón; ¡pobre Barroux!

— Bien veis, caballero, que os he visto y conocido

en Filipsburgo, dijo Bálamo, puesto que ese Barroux era yo en persona.

Echóse el conde hacia atrás en un acceso de estupor, más bien que de asombro, lo cual puso la ventaja de parte del extranjero.

— ¿Pero es esto magia? Hace cien años, hubierais sido quizá quemado, mi amado huésped. ¡Oh, Dios mío! pareceme que huele como á resucitado, á ahorcado ó quemado.

— Señor barón, dijo sonriendo Bálamo, el verdadero mágico no es jamás ahorcado ni quemado; tenedlo presente; los necios son los que tienen que hacer con el verdugo y la cuerda. Pero, si os parece, dejaremos esto por hoy; ved cómo se duerme la señorita de Taverney. Parece que las discusiones metafísicas y las ciencias ocultas la interesan poco.

En efecto, Andrea, subyugada por una fuerza desconocida, irresistible, balanceaba blandamente su cabeza, como una flor cuyo cáliz acaba de recibir una gota grande de agua.

Mas á las últimas palabras del barón hizo un esfuerzo para rechazar aquella fuerte invasión de un fluido que la rendía; sacudió enérgicamente la cabeza, se levantó y salió del comedor, al principio dando traspiés y sostenida por Nicole.

Al propio tiempo desapareció de los cristales la cara que ya hacía tiempo había reconocido Bálamo por la de Gilberto.

Un instante después oyóse á Andrea pulsar vigorosamente las teclas de su clave.

Bálamo la siguió con la vista mientras salía vacilante del comedor.

— Vamos, dijo con aire triunfante, así que desapareció: puedo decir como Arquímedes:

— Eureka (1).

— ¿Quién era ese Arquímedes? preguntó el barón.

— Un gran sabio que conocí hace dos mil ciento cincuenta años.

(1) La he encontrade

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vols. 1625 MONTERREY, MEXICO

mis brazos y desentumir mis piernas en una cama. No exageréis vuestra medianía, si no queréis que crea me tenéis mala voluntad.

— ¡ Oh ! si es así, le dijo el barón, dormiréis en el castillo; y luego, buscando á La Brie con la vista, y distinguiéndolo en un rincón; — ven acá, viejo malvado, le gritó,

La Brie dió tímidamente algunos pasos.

— Avanza más, diablo; ¿ crees que estará presentable la sala roja ?

— Cierto que sí, señor, puesto que es la del Sr. Felipe cuando viene á Taverney.

— Puede estar muy bien para un pobre diablo de teniente, que viene á pasar tres meses en casa de un padre arruinado, y muy mal para un rico caballero que corre la posta con cuatro caballos.

— Os aseguro, señor barón, dijo Bálamo, que estará perfectamente.

El barón hizo un gesto que queria decir : bueno es esto : yo sé cómo está.

Y luego en voz alta :

— Pon la sala roja á disposición de este caballero, pues quiere absolutamente curarse del deseo de volver á Taverney. ¿ Insistís en dormir aquí ?

— Sí, ciertamente.

— Sin embargo, habría un medio.

— ¿ Para qué ?

— Para que hicieseis el camino á caballo.

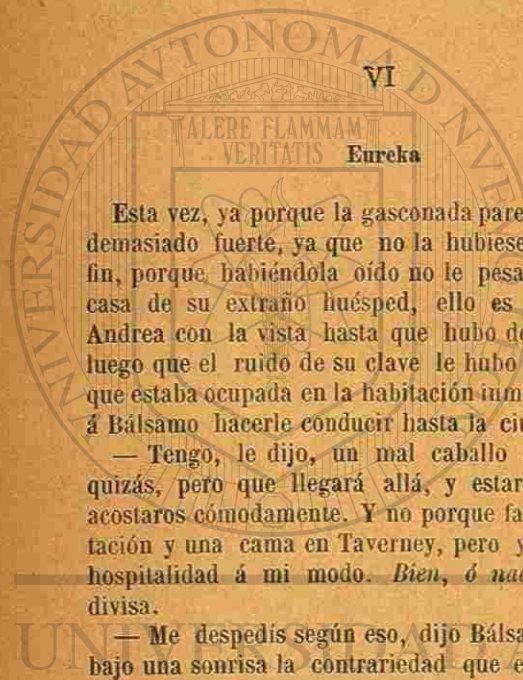
— ¿ Qué camino ?

— El que conduce de aquí á Bar-le-Duc.

Bálamo esperó á que explanase la proposición.

— ¿ Son caballos de posta los que han traído vuestro carruaje ?

— Sin duda, á menos que haya sido Satanás.



Esta vez, ya porque la gasconada pareciese al barón demasiado fuerte, ya que no la hubiese oído, ya, en fin, porque habiéndola oído no le pesase despejar la casa de su extraño huésped, ello es que siguió á Andrea con la vista hasta que hubo desaparecido, y luego que el ruido de su clave le hubo asegurado de que estaba ocupada en la habitación inmediata, ofreció á Bálamo hacerle conducir hasta la ciudad próxima.

— Tengo, le dijo, un mal caballo que reventará quizás, pero que llegará allá, y estaréis seguro de acostaros cómodamente. Y no porque falten una habitación y una cama en Taverney, pero yo entiendo la hospitalidad á mi modo. *Bien, ó nada*, tal es mi divisa.

— Me despedís según eso, dijo Bálamo ocultando bajo una sonrisa la contrariedad que experimentaba. Eso es decirme que soy importuno.

— ¡ No, por Dios ! es trataros como amigo, mi amado huésped. Alojarnos aquí sería, por el contrario, quereros mal. Siento que digáis tal cosa, yo lo hago porque así me lo dicta mi conciencia, porque en verdad me agradáis mucho.

— Pues si os agrado, no me obliguéis á irme y á correr á caballo, cuando estando aquí podría extender

— Desde luego me ocurrió que si podría ser, porque no os creo muy mal con él.

— Me honráis infinitamente más de lo que merezco.

— Pues bueno, los caballos que han traído el carruaje pueden llevarlo.

— No tal: pues no quedan más que dos de cuatro que eran. El carruaje es pesado y los caballos deben dormir.

— Todavía una razón más. ¿Decididamente queréis pasar aquí la noche?

— Hoy sí, para volveros á ver mañana y manifestaros mi reconocimiento.

— Tenéis un medio muy sencillo de hacerlo.

— ¿Cuál?

— Pues que tan bien estáis con el diablo, pedidle que me haga encontrar la piedra filosofal.

— Si tenéis mucho empeño, señor barón.....

— ¡La piedra filosofal! vaya si tendría.....

— Sería menester dirigiros á una persona que no es el diablo.

— ¿Quién es esa persona?

— Yo, como dijo Corneille en no sé qué comedia que me recitaba hace justamente cien años, al pasar el Puente Nuevo en París.

— ¡La Brie, viejo pícaro! gritó el barón que empezaba á juzgar peligrosa la conversación á semejante hora y con semejante hombre. Busca una bujía y alumbrá á este caballero.

La Brie se apresuró á obedecer, é interin hacia su pesquisa, casi tan difícil como encontrar la piedra filosofal, llamó á Nicole para que subiese delante é hiciese ventilar la sala roja.

Nicole dejó sola á Andrea, ó más bien Andrea quedó muy complacida de hallar esta ocasión para despedir

á su camarera, pues tenía necesidad de quedar á solas con su pensamiento.

El barón dió las buenas noches á Bálamo y se fué á acostar.

Bálamo sacó su reloj, pues recordaba la promesa que había hecho á Althotas, y había ya dos horas y media en lugar de dos que el sabio dormía. Eran treinta minutos perdidos. Preguntó, pues, á La Brie si el carruaje permanecía en el mismo sitio.

La Brie contestó que á menos que se hubiese ido solo, debía estar allí.

Bálamo se informó entonces de lo que había sido de Gilberto.

La Brie aseguró que Gilberto era un flojo que debía estar acostado hacia lo menos una hora.

Bálamo salió para ir á despertar á Althotas, después de haber estudiado la topografía del camino que conducía á la sala roja.

No había mentido Taverney relativamente á la medianía de la sala roja; su amueblado correspondía al de las otras piezas del castillo.

Una cama de roble, cuya cubierta era de viejo damasco verde, amarillento, así como las colgaduras y adornos; una mesa de encina con pies torneados; una gran chimenea de piedra, que databa del tiempo de Luis XIII, y á que el fuego podía dar una cierta suntuosidad en el invierno, pero cuya ausencia la hacía de las más tristes en el verano, sin ceniza, sin utensilios para el fuego, sin leña, pero en cambio llena de gacetas viejas; tal era el mueblaje de que Bálamo iba á ser por una noche dichoso propietario. Añadiendo á todo esto dos sillas y un armario de madera pintado de pardo con tableros labrados.

Mientras que La Brie procuraba poner un poco en orden esta habitación, ya ventilada por Nicole, que se

había retirado concluida esta operación, entraba Bál-samo en la casa, después de haber despertado á Althotas.

Llegado enfrente de la puerta de Andrea se detuvo á escuchar. Al momento que Andrea salió del comedor, conoció que escapaba de la misteriosa influencia que el extranjero ejercía sobre ella, y para combatir hasta sus pensamientos, se había puesto á tocar el clave, llegando los sonidos hasta Bál-samo á través de la puerta cerrada, quien, como hemos dicho, se había parado delante de ella.

Al cabo de un instante hizo muchos signos circulares, que pudieran tomarse por una especie de conjuro, y que lo eran sin duda, pues acometida Andrea de una nueva sensación, semejante á la primera, cesó lentamente de tocar, dejó caer inmóviles los brazos á los lados y se volvió hacia la puerta con un movimiento pausado y maquinal, semejante al de una persona que obedece á una influencia extraña y ejecuta cosas que no son efecto de su libre voluntad.

Bál-samo sonrió en las tinieblas, como si hubiese podido ver á través de la puerta.

Esto, sin duda, era lo que deseaba Bál-samo, y al parecer había adivinado que se cumpliría su deseo, porque habiendo extendido la mano izquierda y encontrado el pasamano, subió la maciza escalera que conducía á la sala roja.

Á medida que él se alejaba, se volvía Andrea hacia su clave con el mismo movimiento maquinal y lento con que la vimos volverse del lado de la puerta; de modo que al pisar Bál-samo el último escalón, volvió á oír las primeras notas de la interrumpida música.

Bál-samo entró en la sala roja y despidió á La Brie.

Este era de seguro un buen criado acostumbrado á

obedecer á un gesto. Con todo, después de haber hecho un movimiento, se detuvo.

— ¿Y bien? preguntó Bál-samo.

La Brie deslizó la mano en el bolsillo de su vestido, y pareció que palpaba algo en lo más hondo de él; pero no respondió.

— ¿Tenéis algo que decirme, amigo mío? preguntó Bál-samo acercándosele.

La Brie pareció ejecutar un violento esfuerzo sobre sí mismo, y sacando la mano del bolsillo:

— Quiero decir, caballero, que sin duda os habéis engañado esta noche, respondió.

— ¿Yo? dijo Bál-samo; ¿y en qué, amigo mío?

— En que habéis creído darme una moneda de veinticuatro sueldos, y me habéis dado una de veinte y cuatro libras. Y abrió su mano dejando ver un luis nuevo y brillante.

Bál-samo miró al viejo criado con un sentimiento de admiración, que parecía indicar que comunmente no tenía formado grande idea respecto de la probidad de los hombres.

— *And honest!* dijo como Hamlet.

Y buscando á su vez en su bolsillo, puso un segundo luis al lado del primero.

No puede concebirse la alegría de La Brie á vista de esta espléndida generosidad. Hacía veinticinco años que no veía el oro, y fué menester que Bál-samo le cogiese la mano y se la llevase al bolsillo, para que se creyese dueño de semejante tesoro.

Saludó hasta el suelo, y se retiraba andando hacia atrás cuando Bál-samo le detuvo.

— ¿Qué costumbres hay por las mañanas en el castillo?

— M. de Taverney permanece en la cama hasta tarde; pero la señorita Andrea se levanta temprano.

— ¿A qué hora?

— A eso de las seis.

— ¿Quién duerme encima de esta sala?

— Yo, señor.

— ¿Y debajo?

— Nadie. Es el vestíbulo el que da debajo de esta sala.

— Bien está, gracias, amigo mío; retiraos.

— Buenas noches, señor.

— Buenas noches. A propósito, euidad de que mi carruaje esté en seguridad.

— ¡Oh! su señoría puede estar tranquilo.

— Si oís en él algún ruido ó veis luz, no os asustéis, pues está habitado por un criado viejo y baldado que llevo conmigo, y que ocupa el fondo de la carroza. Encargad á M. Gilberto no le moleste; y suplicadle que no se aleje mañana sin que yo le haya hablado. ¿Os acordaréis bien de todo esto, amigo mío?

— Sí, ciertamente. ¿Pero nos dejará el señor tan pronto?

— Es según, dijo Bálamo sonriendo. Con todo, lo mejor sería que yo estuviese en Bar-le-Duc mañana por la tarde.

La Brie lanzó un suspiro de resignación, echó una última mirada al lecho, y arrimó la bujía al fuego para calentar un poco aquella grande y húmeda habitación, quemando los papeles á falta de leña.

Pero Bálamo le detuvo.

— No, le dijo, dejad quietos todos esos viejos diarios; si no duermo, me entretendré en leerlos.

La Brie se inclinó y salió.

Bálamo se arrimó á la puerta, escuchó los pasos del viejo criado sonar á su vez en la escalera, oyéndose bien pronto por cima de su cabeza, señal de que La Brie estaba en su cuarto.

Entonces el barón se dirigió á la ventana, enfrente de la cual, en la otra ala del pabellón, se veía una pequeña bohardilla con las cortinas mal corridas; esta habitación era la de Legay. La joven desataba lentamente su ropa y su pañuelo, abriendo á menudo la ventana y asomándose á mirar al patio.

Bálamo la miró con una atención que sin duda no había querido concederle durante la comida.

— ¡Extraña semejanza! murmuró.

En este momento se apagó la luz de la bohardilla, no obstante no estar acostada la que la habitaba. Bálamo permaneció apoyado en la pared.

El elave seguía oyéndose.

El barón pareció escuchar si se mezclaba algún otro ruido al del instrumento... y cuando se hubo asegurado bien de que sólo la armonía velaba en el silencio general, abrió su puerta, que dejó cerrada La Brie, bajó la escalera y empujó suavemente la puerta, que giró sin hacer ruido sobre sus goznes usados.

Andrea nada oyó.

Paseaba sus hermosas manos de un blanco mate sobre el amarillo marfil del instrumento; enfrente había un espejo incrustado en un marco tallado, cuyo dorado, caído en mil partes, había desaparecido bajo una capa de color gris.

La joven tocaba un aire melancólico. Y más bien eran meros acordes que una composición. Sin duda improvisaba y repasaba en su clave los recuerdos de su pensamiento, ó los sueños de su imaginación. Acaso su espíritu, entristecido por la morada de Taverney, dejaba momentáneamente el castillo para ir á perderse en los inmensos y sombríos jardines de la Anunciación de Nancy, tan poblados de alegres pensionistas.

Sea lo que fuese, en aquel momento su mirada vaga y semivelada se perdió en el sombrío espejo colocado

delante de ella y que reflejaba las tinieblas que no alcanzaba á desterrar en el fondo de aquella gran pieza la luz de la sola bujía que, colocada sobre el piano, alumbraba el papel de música.

Á veces se paraba de pronto, y era que recordaba la extraña visión de la velada y las impresiones desconocidas que habían sido su consecuencia, con lo cual, antes que su pensamiento se hubiese fijado en nada respecto de esto, su corazón había ya latido, y un calor frío había recorrido sus miembros, y estremeciase, sola como estaba, cual si el contacto de un ser animado viniese á rozarla ligeramente y á conmoverla.

De repente, y cuando procuraba darse cuenta de sus extrañas impresiones, experimentólas de nuevo. Estremecióse toda como sacudida por una conmoción eléctrica. Las miradas adquirieron claridad, su pensamiento se solidificó, por decirlo así, y percibió en el espejo á manera de un movimiento.

Era la puerta del salón que se abría sin ruido.

Detrás de esta puerta apareció un hombre.

Andrea se estremeció, y sus dedos quedaron perdidos sobre las teclas.

Nada, sin embargo, era más natural que esta aparición.

¿No podía ser esta sombra... imposible aun de reconocer y sumergida como estaba en las tinieblas, la de M. de Taverney ó la de Nicole? ¿no podía La Brie antes de acostarse andar por las habitaciones ó entrar en el salón para alguna cosa? Esto sucedía con mucha frecuencia, y el discreto eriado jamás hacía ruido en esta especie de excursiones.

Pero la joven veía con los ojos del alma que no era ninguno de los tres personajes que acabamos de nombrar.

La sombra se acercó con un paso sordo, haciéndose

distinguir cada vez más en medio de las tinieblas.

Llegado al círculo donde la luz alcanzaba, reconoció Andrea al extranjero tan espantoso con su rostro pálido y su levita de terciopelo negro.

Sin duda se había quitado por algún motivo misterioso el vestido de seda que llevaba.

Ella quiso levantarse y gritar, pero Bálamo extendió los brazos adelante y no se movió.

Haciendo un esfuerzo :

— ¡ Caballero, dijo, caballero!... En nombre del cielo, ¿ qué queréis ?

Bálamo se sonrió, repitiendo el espejo esta expresión de su fisonomía, que Andrea absorbió con avidez, pero él no respondió.

Andrea intentó de nuevo levantarse, pero no pudo conseguirlo; una fuerza invencible, un entorpecimiento que no carecía de encanto, teníanla clavada en su sillón, mientras que su mirada estaba fija en el mágico espejo.

Esta sensación nueva la espantó, porque se sentía enteramente á disposición de aquel hombre, y aquel era desconocido.

Hizo un esfuerzo sobrehumano para pedir socorro : abrióse su boca ; pero Bálamo extendió sus manos por cima de la cabeza de la joven, y ningún sonido salió de su boca.

Andrea quedó muda : apoderóse de su pecho una especie de calor narcótico, que subió lentamente á su cabeza, extendiéndose é invadiéndola toda como una nube de vapor.

La joven no tenía ya ni fuerza ni voluntad, y dejó caer la cabeza hacia la espalda.

En este momento parecióle á Bálamo oír un ligero ruido del lado de la ventana, y volviéndose velozmente

creyó ver alejarse exteriormente del cristal el rostro de un hombre.

Frunció el ceño, y, cosa extraña la misma impresión pareció reflejarse en el semblante de la joven.

Volvióse entonces del lado de ésta y bajó las dos manos que había tenido alzadas constantemente sobre su cabeza; las volvió á subir de un modo suave, volviéndolas á bajar, y continuó durante algunos segundos dirigiendo á la joven aniquiladoras columnas de electricidad.

— ¡Dormid! dijo.

Y como ella se resistiese aun al encanto:

— ¡Dormid! repitió él con acento de dominación.

¡Dormid! yo lo quiero.

Desde entonces todo cedió á su poderosa voluntad. Andrea apoyó el codo sobre el clave, y la cabeza sobre la mano y se durmió.

En seguida Bálamo se retiró andando hacia atrás, tiró de la puerta tras sí, y pudo oírsele subir la escalera de madera y volver á su habitación.

Al punto que se cerró la puerta del salón, volvió á presentarse detrás de los cristales la figura que había creído entrever Bálamo.

Esta era la de Gilberto.

VII

Atracción

Excluido Gilberto del salón por la inferioridad de su posición en el castillo de Taverney, no había perdido de vista en toda la noche á los personajes cuyo rango les permitió figurar en él.

Durante toda la cena había visto á Bálamo reír y gesticular. Había notado la atención con que le honraba Andrea, la afabilidad singular del barón para con él, y la oficiosidad de La Brie. Más tarde, cuando se levantaron de la mesa, se había ocultado en un bosquecillo de lilas, temiendo que le viese Nicole al cerrar las ventanas ó al retirarse á su cuarto, y le perturbase en su investigación, ó más bien espionaje.

Nicole había en efecto practicado su ronda; pero tuvo que dejar abierto uno de los postigos del salón, cuyas visagras, medio arrancadas, no permitían á las contraventanas girar sobre sus goznes.

Gilberto conocía bien esta circunstancia, y así no había, como hemos visto, dejado su puesto, porque estaba seguro de continuar sus observaciones, luego que Legay se hubiese marchado.

Sus observaciones hemos dicho, y esta palabra parecerá acaso muy vaga al lector. Porque ¿qué observaciones podía hacer? ¿no conocía el castillo de Taverney en todas sus partes, puesto que había sido criado en él, y lo mismo y en todas sus faces á las personas

creyó ver alejarse exteriormente del cristal el rostro de un hombre.

Frunció el ceño, y, cosa extraña la misma impresión pareció reflejarse en el semblante de la joven.

Volvióse entonces del lado de ésta y bajó las dos manos que había tenido alzadas constantemente sobre su cabeza; las volvió á subir de un modo suave, volviéndolas á bajar, y continuó durante algunos segundos dirigiendo á la joven aniquiladoras columnas de electricidad.

— ¡Dormid! dijo.

Y como ella se resistiese aun al encanto:

— ¡Dormid! repitió él con acento de dominación.

¡Dormid! yo lo quiero.

Desde entonces todo cedió á su poderosa voluntad. Andrea apoyó el codo sobre el clave, y la cabeza sobre la mano y se durmió.

En seguida Bálamo se retiró andando hacia atrás, tiró de la puerta tras sí, y pudo oírsele subir la escalera de madera y volver á su habitación.

Al punto que se cerró la puerta del salón, volvió á presentarse detrás de los cristales la figura que había creído entrever Bálamo.

Esta era la de Gilberto.

VII

Atracción

Excluido Gilberto del salón por la inferioridad de su posición en el castillo de Taverney, no había perdido de vista en toda la noche á los personajes cuyo rango les permitió figurar en él.

Durante toda la cena había visto á Bálamo reír y gesticular. Había notado la atención con que le honraba Andrea, la afabilidad singular del barón para con él, y la oficiosidad de La Brie. Más tarde, cuando se levantaron de la mesa, se había ocultado en un bosquecillo de lilas, temiendo que le viese Nicole al cerrar las ventanas ó al retirarse á su cuarto, y le perturbase en su investigación, ó más bien espionaje.

Nicole había en efecto practicado su ronda; pero tuvo que dejar abierto uno de los postigos del salón, cuyas visagras, medio arrancadas, no permitían á las contraventanas girar sobre sus goznes.

Gilberto conocía bien esta circunstancia, y así no había, como hemos visto, dejado su puesto, porque estaba seguro de continuar sus observaciones, luego que Legay se hubiese marchado.

Sus observaciones hemos dicho, y esta palabra parecerá acaso muy vaga al lector. Porque ¿qué observaciones podía hacer? ¿no conocía el castillo de Taverney en todas sus partes, puesto que había sido criado en él, y lo mismo y en todas sus faces á las personas

que lo habitaban, supuesto que las veía diariamente hacía 17 ó 18 años?

Ciertamente, y por eso el designio de Gilberto no era el de observar; no sólo espiaba sino que aguardaba.

Cuando Nicole salió del salón dejando en él á Andrea, y después de haber cerrado lenta y negligentemente puertas y ventanas, y de haber paseado por el parterre cual si aguardase á alguno, después de haber dirigido á todas partes miradas furtivas, y después de haber hecho, en fin, lo mismo que Gilberto acababa é iba á ejecutar nuevamente, decidióse al fin á retirarse y subió á su habitación.

Gilberto, como es fácil comprender, inmóvil y medio encorvado, sujeto al tronco de un árbol y respirando apenas, no había perdido ni un movimiento ni un gesto de Nicole; y fuese que ésta desapareció y que vio iluminadas las ventanas de las bohardillas, atravesó sobre las puntas de los pies el espacio que le separaba de la ventana, y acurrucóse allí á la sombra, esperando, sin saber él mismo lo que esperaba, y devorando con su vista á Andrea, sentada negligentemente á su clave.

En este momento entró José Bálsamo en el salón.

Estremecióse Gilberto al verle, y su ardiente mirada se concentró sobre los dos personajes de la escena que acabamos de contar.

Parecióle que Bálsamo cumplimentaba á Andrea por su habilidad, y que ella le correspondía con su frialdad habitual; que él insistía sonriéndose, y que ella suspendía su estudio para responder y despedir á su huésped.

Admiró la gracia con que éste se retiraba, y nada absolutamente había comprendido de toda la escena que había creído comprender, porque la realidad de esta escena era el silencio.

Gilberto no había podido oír cosa alguna, viendo sólo agitar los brazos y moverse los labios; ¡y cómo, por muy buen observador que fuese, había de hallar misterio en lo que tan natural era en la apariencia?

Luego que se retiró Bálsamo, quedó Gilberto no ya observando sino contemplando á Andrea, tan bella en su negligente posición; pero bien pronto echó de ver que estaba dormida. Permaneció todavía algunos minutos en la misma actitud, para asegurarse bien de que su inmovilidad era efecto del sueño, y luego que estuvo bien convencido, levantóse sujetándose la cabeza con ambas manos, como quien teme que estalle su cerebro bajo la multitud de pensamientos que le asaltan, y luego, en un momento de voluntad, que parecía un arranque de furor:

— ¡Oh! su mano, dijo, acercar solamente mis labios á su mano. ¡Vamos, Gilberto, vamos, yo lo quiero!.....

Y dicho esto, lanzóse, como obedeciéndose á sí propio, en la antesala, y tocó á la puerta del salón que se abrió sin ruido para él, como lo había hecho para Bálsamo.

Mas apenas estuvo abierta la puerta, apenas se encontró delante de la joven sin que nada los separase, comprendió toda la importancia de lo que iba á ejecutar; él, Gilberto, el hijo de un labrador y de una aldeana; él, joven tímido cuando no respetuoso, que apenas desde el fondo de su oscuridad había osado alzar los ojos á la altiva y desdenosa joven, iba á tocar con sus labios el ribete del vestido ó las puntas de los dedos de aquella majestad dormida, y que podía, al despertarse, aterrarlo con su mirada. Á este pensamiento se disiparon todos los vapores de embriaguez que habían trastornado su cerebro y extraviado su espíritu. Detúvose apoyado en el umbral de la puerta,

porque le temblaban tanto las rodillas, que le pareció iba á caerse.

Pero era tan profunda la meditación ó el sueño de Andrea (pues aun no sabía bien Gilberto si dormía ó meditaba), que no hizo el menor movimiento, aun cuando hubiera podido oír los latidos del corazón de Gilberto, que en vano procuraba éste comprimir en su pecho; permaneció un momento de pie y palpitante, pero la joven no se movió.

Estaba tan bella de aquel modo, apoyada blandamente en su mano, con sus hermosos cabellos sin polvos esparcidos por su cuello y espaldas, que no pudo menos de despertar su llama adormecida, pero no apagada por el terror. Acometióte un nuevo vértigo, semejante á una locura embriagadora, como una necesidad devorante de tocar algo que la tocase á ella, y avanzó un paso.

Crujió el piso bajo su mal seguro pie, á cuyo ruido corrió un sudor frío por la frente del joven, pero Andrea no dió señal de haberlo percibido.

— ¡Duerme! ¡qué felicidad! exclamó Gilberto, ¡está durmiendo!

Pero detúvose de nuevo al cabo de otros tres pasos, pues le asustaba una cosa, y era el brillo no común de la lámpara que, próxima á apagarse, despedía aquellos postreros y trémulos rayos que preceden á las tinieblas.

Por lo demás, ni el menor ruido, ni una respiración se percibía en toda la casa, habiéndose acostado sin duda y acaso dormido el viejo La Brie. También estaba apagada la luz de Nicole.

— Vamos, dijo.

Y se adelantó nuevamente.

¡Cosa extraña! El piso volvió á crujir, y tampoco se conmovió Andrea.

Tan extraño sueño admiró y casi asustó á Gilberto.

— Duerme, repitió con aquella movilidad de pensamiento que en un minuto hace cambiar veinte veces la resolución de un amante, ó de un cobarde. Cobarde es el que no es dueño de su corazón. ¡Dios mío! ¡Dios mío! duerme.

Pero avanzando siempre Gilberto en medio de estas febriles alternativas de temor y de esperanzas, se halló á dos pasos de Andrea. Entonces fué como una magia. Colocado ya en el círculo de atracción de que la joven era el centro, le hubiera sido imposible huir aunque hubiera querido, y sintiéndose ligado, encadenado, vencido, se dejó caer de rodillas.

Andrea permaneció inmóvil, muda como una estatua. Cogió Gilberto con las dos manos la orilla de su vestido y lo besó.

En seguida levantó la cabeza lentamente, sin aliento, con un movimiento igual, y sus ojos buscaron los de Andrea, que estaban abiertos cuan grandes eran: sin embargo, Andrea no veía.

Gilberto no sabía qué pensar, y estaba confundido por la sorpresa. Ocurrióle un momento la terrible idea de que estaba muerta, y para asegurarse, cogióle la mano que estaba caliente y cuyo pulso latía suavemente. Pero quedó inmóvil la mano de Andrea en la de Gilberto. Entonces creyó éste, embriagado sin duda por tan deliciosa presión, que Andrea veía y sentía, y que había adivinado su insensato amor; creyó, ¡pobre y ciego corazón! que esperaba su visita, que su silencio era un consentimiento y su inmovilidad un favor.

Entonces levantó la mano de Andrea hasta sus labios, é imprimió en ella un prolongado y febril beso.

Estremecióse Andrea repentinamente, y sintió Gilberto que ella le rechazaba.

— ¡Ah! soy perdido, murmuró abandonando la

mano de la joven y tocando el suelo con su frente.

Levantóse Andrea, como si un resorte la hubiese puesto en pie: sus ojos no se bajaron hacia el suelo, en donde yacía Gilberto, medio anonadado por la vergüenza y el terror, y hasta sin fuerza para implorar un perdón con que no contaba.

Pero Andrea, con la cabeza alta y el cuello extendido, como si fuese atraída por una fuerza secreta hacia un objeto invisible, rozó al pasar la espalda de Gilberto, y pasó de él, dirigiéndose á la puerta con un andar forzado y penoso.

Viéndola Gilberto alejarse, alzóse sobre una de sus manos, volvióse lentamente y la siguió con un mirar espantado.

Andrea continuó marchando hacia la puerta, abrióla, pasó la antesala, y llegó al pie de la escalera.

Gilberto, pálido y temblando, la siguió andando de rodillas.

— ¡Oh! pensó para sí, tanta es su indignación que ni aun se ha dignado hacer alto en mí; irá á buscar al barón y á contarle mi vergonzosa locura, y van á despedirme como á un lacayo.

Trastornóse la cabeza del joven con la idea de que dejaría á Taverney, que cesaría de ver á la que era su luz, su vida, su alma, y la desesperación le dió valor, se puso de pie y se lanzó hacia Andrea.

— ¡Perdón, señorita, en nombre del cielo! ¡perdón! murmuró.

Andrea parecía no haber oído, y pasó adelante sin entrar en la habitación de su padre.

Gilberto respiró.

Pisó Andrea el primer peldaño de la escalera, luego el segundo.....

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! murmuró Gilberto, ¿adónde irá? esta escalera no conduce más que á la

sala roja que habita el extranjero y á la bohardilla de La Brie. Si buscase á La Brie le hubiera llamado, hubiera tirado de la campanilla. Irá pues... ¡Oh, es imposible! ¡imposible!

Y Gilberto crispaba los puños de rabia, con sólo la idea de que Andrea pudiese ir á la habitación de Bál-samo.

Paróse ella á la puerta del extranjero.

Un sudor frío corría por la frente de Gilberto, que tuvo que apoyarse en el pasamano de la escalera para no caer, pues había continuado siguiendo á Andrea, y tan monstruoso le parecía cuanto veía y cuanto creía adivinar.

La puerta de Bál-samo estaba entreabierta, y Andrea la empujó sin llamar. La luz que salía por ella iluminó sus facciones tan nobles como puras, y reflejó un torrente de oro en sus grandes y abiertos ojos.

Gilberto alcanzó á entrever en medio de la sala al extranjero, en pie, con la vista fija, la frente plegada y la mano extendida en ademán de mando, y en seguida cerróse la puerta.

Sintió Gilberto agotarse sus fuerzas. Una de sus manos soltó la baranda, la otra se dirigió á su abrasada frente; giró sobre sí mismo como una rueda escapada del eje, y cayó aturdido sobre la fría piedra del primer escalón, fija siempre la vista en aquella maldita puerta por la que acababan de sumergirse todos sus sueños pasados, toda su dicha presente y toda su esperanza para el porvenir.

Bál-samo se puso delante de la joven que había entrado en su habitación sin separarse de la línea recta, y con un paso tan seguro como la estatua del Comendador.

Por más extraña que fuese esta aparición para otro

cualquiera, no pareció, sin embargo, sorprender á Bálamo.

— Os he mandado dormir, dijo; ¿dormís?

Andrea lanzó un suspiro, pero no respondió.

Acercóse Bálamo á la joven y la cargó de mayor cantidad de fluido.

La joven se estremeció.

— ¿Habéis oído lo que he dicho? preguntó el extranjero.

Andrea hizo seña de que sí.

— ¿Entonces, porqué no habláis?

Andrea se llevó la mano á la garganta, como para expresar que las palabras no podían abrirse paso.

— Bien: sentaos aquí, dijo Bálamo; y cogiéndola de la misma mano que Gilberto acababa de besar sin que ella lo percibiese, este solo contacto le produjo el mismo estremecimiento que la hemos visto ya experimentar cuando el poderoso fluido le era comunicado de arriba poco antes.

Conducida la joven por Bálamo, dió tres pasos hacia atrás y se sentó en un sillón.

— ¿Ahora, le dijo, veis?

Dilatáronse los ojos de Andrea como si hubiera querido abarcar todos los rayos luminosos esparcidos en la habitación por las divergentes de las dos bujías.

— No os digo que veáis con los ojos, continuó Bálamo, ved con el corazón.

Y sacando de debajo de su vestido una varita de acero, apoyó la extremidad sobre el pecho palpitante de la joven.

Esta hizo un movimiento como si un dardo inflamado le hubiese atravesado la carne y llegado hasta el corazón.

— ¡Ah! muy bien, dijo Bálamo, comenzáis á ver, ¿no es así?

— Sí, respondió Andrea; pero al mismo tiempo se llevó la mano á la frente con un gesto de indecible malestar.

— ¿Qué tenéis?

— ¡Oh, sufro!

— ¿Por qué sufrís?

— Porque me forzáis á ver y hablar.

Bálamo llevó dos ó tres veces las manos por encima de la frente de Andrea y pareció quitar una porción de fluido próxima á hacerla estallar.

— ¿Sufrís todavía? le preguntó.

— Menos, respondió la joven.

— Bien; entonces mirad dónde estáis.

Los ojos de Andrea permanecieron cerrados; pero su rostro se puso sombrío y pareció expresar el más vivo asombro.

— En la sala roja, murmuró.

— ¿Con quién?

— Con vos, dijo estremeciéndose.

— ¿Qué tenéis?

— Miedo, vergüenza.

— ¿De qué? ¿No estamos unidos simpáticamente?

— Sí, en verdad.

— ¿No sabéis que os he hecho venir con puras intenciones?

— ¡Ah! sí, verdad es, dijo.

— ¿Y que os respeto como á una hermana?

— Sí, lo sé.

Y su semblante se tranquilizó, alterándose luego nuevamente.

— ¿No me lo decís todo? continuó Bálamo. ¿No me perdonáis enteramente?

— Es que veo que, si no me queréis mal, acaso queréis á otros.

— Es posible, murmuró Bálamo, pero no os ocupéis de eso, añadió en tono de mando.

Andrea recobró su semblante habitual.

— ¿Duermen todos los de casa?

— Yo no sé, contestó ella.

— ¡Pues mirad!

— ¿Hacia dónde queréis que mire?

— Veamos. Del lado de vuestro padre. ¿Dónde está?

— Está acostado.

— ¿Duerme?

— No, está leyendo.

— ¿Qué lee?

— Uno de esos libros malos que siempre quiere que yo lea.

— ¿Y que vos leáis?

El aspecto de Andrea expresó un soberano desdén.

— No, contestó.

— Bien. Estamos tranquilos por esta parte. Mirad á Nicole en su cuarto.

— No hay luz en su habitación.

— ¿Necesitáis luz para ver?

— No, si vos lo queréis.

— Ved, pues, yo lo quiero.

— ¡Ah! ya la veo.

— ¿Y bien?

— Está medio vestida; empuja suavemente la puerta de su cuarto: baja la escalera.

— Bien. ¿Adónde va?

— Se deliene en la puerta del patio; se oculta detrás de ella; está en acecho, espera.

Bálamo sonrió.

— ¿Sois vos, dijo, á quien espía ó espera?

— No.

— ¡Bien! eso es lo principal. En estando una joven

libre de su padre y de su doucella, nada tiene que temer, á menos que....

— No, dijo ella.

— ¡Hola! ¡hola! ¿respondéis á mi pensamiento?

— Lo veo.

— ¿Según eso no amáis á nadie?

— ¿Yo? dijo desdeñosamente la joven.

— Si, sin duda; me parece que podáis amar á alguno. No se sale del convento para vivir en reclusión, ¿y no se da libertad al corazón al propio tiempo que al cuerpo?

Andrea sacudió la cabeza.

— Mi corazón está libre, dijo tristemente.

Y era tal la expresión de candor y de modestia que brillaba en su virginal semblante, que Bálamo exclamó radiante de alegría:

— ¡Ah! es una perfecta iluminada.

Y juntó las manos en señal de alegría y como dando gracias al cielo, y se volvió en seguida hacia Andrea.

— Pero, si vos no amáis, sin duda seréis amada.

— Yo no sé, dijo la joven con dulzura.

— ¿Cómo que no sabéis? respondió Bálamo con bastante aspereza. ¡Buscad! cuando yo pregunto es para que se me responda.

Y tocó segunda vez el pecho de la joven con la punta de su varita de acero.

La joven volvió á estremecerse, pero con un dolor visiblemente menos vivo que la primera vez.

— Sí, sí, ya veo, dijo ella; pero mirad más por mí, ó me mataréis.

— ¿Qué veis? preguntó Bálamo.

— ¡Oh! pero es imposible, respondió Andrea.

— ¡Pues qué veis?

— Un joven que desde mi vuelta del convento me

sigue, me espía, no aparta la vista de mí; pero siempre oculto.

— ¿Quién es ese joven?

— No le veo el rostro, y si sólo el vestido; es un vestido poco menos que el de obrero.

— ¿Dónde está?

— Al fin de la escalera: sufre, llora.

— ¿Por qué no le veis el rostro?

— Porque lo tiene cubierto con las manos.

— Ved el través de las manos.

Andrea pareció hacer un esfuerzo.

— ¡Gilberto! gritó. ¡Oh! bien decía yo que esto era imposible.

— ¿Y por qué imposible?

— Porque no osaría amarme, respondió la joven con un supremo desdén.

Bálsamo sonrió como quien conoce al hombre, y sabe que no hay distancia que no allane el corazón, aunque esta distancia sea un abismo.

— ¿Y qué hace al fin de la escalera?

— Aguardad: separa las manos de la cara: se apoya en el pasamano: se levanta: sube.

— ¿Adónde sube?

— Aquí.

— Es inútil, no se atreverá á entrar.

— ¿Por qué no se atreverá á entrar?

— Porque tiene miedo, dijo Andrea con una sonrisa de desprecio.

— Pero escuchará.

— Sin duda, ya aproxima su oído á la puerta, ya escucha.

— ¿Os desagrada eso?

— Sí, porque puede oír lo que digo.

— ¿Y es capaz de abusar de ello para con vos, á quien ama?

— Sí, en un momento de cólera ó de celos; ¡oh! sí; en uno de esos momentos es capaz de todo.

— Entonces desembaracémonos de él, dijo Bálsamo, y marchó hacia la puerta haciendo ruido.

No había llegado aun sin duda la hora del valor para Gilberto, porque al ruido de los pasos de Bálsamo, y temiendo ser sorprendido, se montó sobre la baranda de la escalera y se deslizó hasta abajo.

Andrea lanzó un ligero grito de espanto.

— Cesad de mirar á ese lado, dijo Bálsamo volviendo á Andrea. Los amores vulgares son cosas de poca importancia. ¿Queréis hablarme del barón de Taverney?

— Yo quiero todo lo que queréis, dijo Andrea dando un suspiro.

— ¿Es muy pobre el barón?

— Muy pobre.

— ¿Tan pobre que no pueda proporcionaros distracción alguna?

— Ninguna.

— ¿Según eso estaréis fastidiada en este castillo?

— Mortalmente.

— ¿Tenéis acaso ambición?

— No.

— ¿Amáis á vuestro padre?

— Sí, dijo la joven, casi dudando.

— Sin embargo, me pareció anoche que alguna nube oscurecía ese amor filial, añadió Bálsamo sonriendo.

— Tengo presente que ha disipado locamente todo el caudal de mi madre: de modo que el pobre Casa-Roja se fastidia en una guarnición, y no puede sostener con dignidad el nombre de nuestra familia.

— ¿Quién es ese Casa-Roja?

— Mi hermano Felipe.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 145 MONTERREY, MEXICO

- ¿ Por qué le llamáis Casa-Roja ?
 — Porque este es el nombre, ó mejor dicho, era el nombre de un castillo nuestro, y el cual llevaban los hijos mayores hasta la muerte de su padre, que tomaban el de Taverney.
 — ¿ Y amáis á vuestro hermano ?
 — ¡ Oh ! sí, mucho.
 — ¿ Más que á nadie ?
 — Más que á nadie.
 — ¿ Y por qué le amáis con esa pasión, amando á vuestro padre tan moderadamente ?
 — Porque tiene un corazón noble y daría su vida por mí.
 — ¿ Mientras que vuestro padre ?...
 Andrea calló.
 — ¿ No me respondéis ?
 — No quiero responder.
 Sin duda no juzgó Bálamo oportuno forzar la voluntad de la joven, y acaso sabía ya del barón cuanto le convenía saber.
 — ¿ En dónde está en este momento el caballero Casa-Roja ?
 — ¿ Me preguntáis dónde está Felipe ?
 — Sí.
 — Está de guarnición en Estrasburgo.
 — ¿ Le veis en este momento ?
 — ¿ Dónde ?
 — En Estrasburgo.
 — No lo veo.
 — ¿ Conocéis la ciudad ?
 — No.
 — Pues yo la conozco; ¿ queréis que busquemos juntos ?
 — Está bien.
 — ¿ Está en el teatro ?

- No.
 — ¿ Está en el café de la plaza con los demás oficiales ?
 — No.
 — ¿ Está en su casa, en su habitación ? Quiero que veáis la habitación de vuestro hermano.
 — Nada veo, y creo que no está en Estrasburgo.
 — ¿ Conocéis el camino ?
 — No.
 — ¡ No importa ! yo lo conozco, sigamos; ¿ está en Saverne ?
 — No.
 — ¿ Está en Sarbruck ?
 — No.
 — ¿ Está en Nancy ?
 — ¡ Esperad, esperad !
 La joven se ensimismó aun más, y su corazón latía en términos que parecía querer romper el pecho.
 — ¡ Ya lo veo, ya lo veo ! dijo con alegría extremada.
 ¡ Oh, amado Felipe ! ¡ qué felicidad !
 — ¿ Qué hay ?
 — ¡ Amado Felipe ! continuó Andrea, cuyos ojos brillaban de alegría.
 — ¿ Dónde está ?
 — Atraviesa á caballo una ciudad que conozco perfectamente.
 — ¿Cuál ?
 — ¡ Nancy, Nancy ! Donde yo he estado en el convento.
 — ¿ Estáis segura de que es él ?
 — ¡ Oh ! sí, las luces que le rodean iluminan su rostro.
 — ¿ Luces ? dijo Bálamo con sorpresa. ¿ Para qué son esas luces ?

— ¡ Está á caballo ! ¡ á caballo ! al lado de una bella carroza toda dorada.

— ¡ Ya, ya ! dijo Bálamo, ¿ y quién hay en la carroza ?

— Una mujer joven. ¡ Oh ! ¡ qué majestuosa ! ¡ qué graciosa ! ¡ qué bella ! ¡ Oh ! esto es extraño, me parece haberla visto otra vez : no, no, me engañaba, es que se parece á Nicole.

— ¿ Se parece Nicole á esa joven tan altiva, tan majestuosa y tan bella ?

— ¡ Sí, sí ! pero como el jazmín se parece al lirio.

— Veamos: ¿ qué sucede en Nancy en este momento ?

— La joven se inclina hacia la portezuela y hace seña á Felipe para que se acerque : obedece, se aproxima, y se quita el sombrero respetuosamente.

— ¿ Podéis oír lo que dicen ?

— Escucharé, dijo Andrea haciendo á Bálamo un gesto cual si hubiera querido que no se hiciese el menor ruido.

— Ya oigo, ya oigo, murmuró.

— ¿ Qué dice la joven ?

— Le ordena con dulce sonrisa haga apresurar el paso de los caballos. Que es preciso que esté dispuesta la escolta al día siguiente á las seis de la mañana, porque quiere detenerse en el camino.

— ¿ Dónde ?

— Esto la pregunta mi hermano. ¡ Oh, Dios mío ! es en Taverny donde quiere detenerse. Quiere ver á mi padre. ¡ Oh ! detenerse en esta pobre casa una tan gran princesa !... ¿ Qué hemos de hacer sin vajilla, casi sin ropa ?.....

— Tranquilizaos, ya proveeremos á eso.

— ¡ Ah ! gracias, gracias !

Y la joven que se había medio levantado, volvió á

caer rendida en su sillón, lanzando un profundo suspiro.

Al punto Bálamo se acercó á ella, y cambiando por medio de pasas magnéticas las corrientes eléctricas, dió la tranquilidad del sueño á aquel hermoso cuerpo que se doblaba quebrantado, y á aquella cabeza atormentada que se inclinaba sobre su pecho palpitante, pareciendo entrar Andrea en un completo y reparador reposo.

— Recobra tus fuerzas, la dijo Bálamo mirándola con un sombrío éxtasis ; que muy pronto necesitaré de toda tu lucidez.

— ¡ Oh ciencia ! continuó con el aspecto de la más creyente exaltación : tú sola no te engañas, y á ti sola debe sacrificarlo todo el hombre. ¡ Dios mío ! muy bella es esta mujer ! ¡ Este ángel es muy puro ! y tú lo sabes, tú, que crias los ángeles y las mujeres. Pero, ¿ qué vale para mí la belleza en este momento ? ¿ Qué vale la inocencia ? Únicamente una mera noticia que solo la belleza y la inocencia pueden darme. Muera la criatura por más bella, por más pura, por más perfecta que sea, con tal que hable su boca. Mueran las delicias del mundo entero, amor, pasión, éxtasis, con tal que yo marché siempre con paso seguro é iluminado. Y al presente, niña, que por el poder de mi voluntad te han dado algunos instantes de sueño tantas fuerzas como si acabaras de dormir veinte años, despierta, ó mejor dicho, abismate en tu iluminado sueño. Todavía necesito que hables ; pero esta vez hablarás solo para mí.

Y extendiendo Bálamo nuevamente las manos hacia la joven, la obligó á levantarse bajo un soplo omnipotente.

En seguida, cuando la vió preparada y sometida, sacó de la cartera un papel doblado que contenía un

bucle de cabellos negros como el azabache, habiendo transparentado el papel los perfumes que le impregnaban.

Bálsamo colocó el bucle de cabellos en la mano de Andrea.

— Ved, le mandó.

— ¡ Oh ! todavía ! dijo la joven con angustia. ¡ Oh ! no, no, dejadme tranquila ; sufro mucho. ¡ Oh, Dios mío ! ; Dios mío ! ahora me hallaba tan bien.

— Ved, repuso Bálsamo colocandó implacablemente el extremo de la varita sobre el pecho de la joven.

Andrea se torció las manos, procuró sustraerse á la tiranía del experimentador. Sus labios se llenaron de espuma, como en otro tiempo los de la Pitonisa sentada sobre el sagrado tripode.

— ¡ Oh ! ya veo, ya veo, dijo ella con la desesperación de la voluntad vencida.

— ¿ Qué veis ?

— Una mujer.

— ¡ Ah ! murmuró Bálsamo con una alegría salvaje, no es la ciencia un nombre vano como la virtud. Mesmer ha vencido á Bruto. Veamos, pintadme esa mujer para que yo sepa si habéis visto bien.

— Es morena, alta, ojos azules, cabello negro, y brazos nerviosos.

— ¿ Qué hace ?

— Corre, vuela y parece arrebatada por un caballo magnífico, cubierto de sudor.

— ¿ Hacia dónde va ?

— Por allí, por allí, dijo la joven, señalando al oeste.

— ¿ Por el camino ?

— Sí.

— ¿ De Chalons ?

— Sí.

— Bien está, dijo Bálsamo ; sigue la ruta que debo

yo seguir. Va á París lo mismo que yo ; bueno, la encontraré en París. Ahora, reposad vos, le dijo á Andrea tomándole el bucle que ella no había abandonado.

Los brazos de Andrea cayeron inmóviles á los lados de su cuerpo.

— Volveos ya á vuestro clave.

Andrea dió un paso hacia la puerta ; pero quebrantadas sus rodillas por una extremada fatiga, se negaban á llevarla y se bamboleaba.

— Adquirid fuerza y continuad, añadió Bálsamo envolviéndola en una nueva emisión de fluido.

Andrea hizo como el generoso caballo que se reanima para cumplir la voluntad de su dueño, aun cuando sea injusta.

Empezó á andar.

Bálsamo volvió á abrir su puerta, y Andrea descendió lentamente la escalera.



VIII

Nicole Legay

Gilberto había pasado todo el tiempo que duró el interrogatorio de Bálamo en inexplicables agonías. Agazapado bajo la caja de la escalera, porque no se atrevía ya á subir hasta la puerta, para escuchar lo que hablaban en la sala roja, acabó por caer en una desesperación cuya explosión, gracias á los arrebatos de un carácter como el suyo, debía sin duda producir el desenlace. Aumentábase esta desesperación con el convencimiento de su flaqueza é inferioridad. Bálamo no era más que un hombre. Porque Gilberto, espíritu fuerte, filósofo en agraz, creía poco en brujas. Pero ese hombre era fuerte, y Gilberto débil; ese hombre era valiente, y Gilberto no lo era aún. Veinte veces se levantó para subir la escalera con intención de habérselas con el barón, si preciso era, y otras tantas le flaquearon sus trémulas piernas cayendo de rodillas.

Una idea le ocurrió entonces, la de ir por una escala de que La Brie, que era á la vez cocinero, paje y jardinero, solía servirse para poner en espaldera los jazmines y madreselvas. Aplicándola contra la galería de la escalera y puesto sobre ella, no debía perder uno solo de los rumores reveladores que con tanto ardor ansiaba sorprender.

Corrió, pues, á la antesala, pasó al patio y luego al

sitio en donde sabía que estaba echada la escala, al pie de la muralla, pero al bajarse para cogerla, parecióle sentir algún roce del lado de la casa, y se volvió.

Entonces, dilatada su pupila en la oscuridad, creyó ver pasar á través del negro cuadro de la puerta abierta una forma humana, pero tan rápida y muda, que más bien parecía un espectro que un ser viviente.

Dejó caer la escala, y adelantóse hacia el castillo palpitándole el corazón.

Hay imaginaciones supersticiosas por necesidad: éstas son de ordinario las más ricas y más exaltadas; las que dan más asenso á la fábula que á la razón, y que, arrastradas por sus instintos hacia lo imposible, ó cuando menos hacia lo ideal, hallan que lo natural es demasiado vulgar. Así, se encantan de un hermoso bosque sombrío, porque las bóvedas tenebrosas deben hallarse pobladas de fantasmas ó de genios. Los antiguos, que tan grandes poetas fueron, soñaban con esas cosas en medio del día, sólo que, como el sol, foco de ardiente luz de que nosotros sólo tenemos, por decirlo así, un reflejo, proscriben la idea de las larvas y fantasmas, habían ideado las risueñas Driadas, y las ligeras Oreadas.

Gilberto, hijo de un país nebuloso en que las ideas son más lúgubres, creyó ver pasar una visión. Esta vez, á pesar de su incredulidad, recordó lo que le había dicho la mujer de Bálamo al marcharse. ¿No podía el nigromante haber evocado alguna fantasma, cuando tenía el poder de arrastrar al mal al mismo ángel de la pureza?

Sin embargo, Gilberto tenía siempre un segundo movimiento peor que el primero, el de la reflexión. Llamó en su auxilio todos los argumentos de los espíritus fuertes contra los espectros, y el artículo *espectro*

del *Diccionario filosófico* le dió cierto aliento, causándole un miedo mayor, pero más fundado.

Si efectivamente hubiese visto á alguno, debía ser una persona perfectamente viva, y sobre todo interesada en venir á espiar de aquella manera.

Su terror le indicó á M. de Taverney, su conciencia le sugirió otro nombre.

Miró al segundo piso del pabellón. Como hemos dicho, la luz de Nicole estaba apagada, y ningún rayo de luz atravesaba los vidrios.

Ni un soplo, ni el menor ruido, ningún resplandor en toda la casa excepto en el cuarto del extranjero. Miró, escuchó, y como no viese ni oyese nada, volvió á coger la escala, bien convencido entonces de que había tenido los ojos turbados, como un hombre cuyo corazón late con demasiada presteza, y de que aquella visión era una intermitencia del sentido de la vista, más bien que un resultado del ejercicio de sus facultades.

Cuando hubo colocado su escala y al poner el pie en el primer peldaño, se abrió y cerró la puerta de Bálamo, dejando pasar á Andrea, que bajó sin luz, sin ruido, cual si un poder sobrenatural la guiara y sostuviera.

Andrea llegó de esa suerte al descanso de la escalera, pasó por junto á Gilberto, á quien rozó con su vestido, en la sombra en que estaba envuelto, y siguió su camino.

M. de Taverney dormido, La Brie acostado, Nicole en el otro pabellón, y la puerta de Bálamo cerrada, garantían al joven contra toda sorpresa.

Hizo un violento esfuerzo sobre sí mismo, y siguió á Andrea encajonando su paso en el de ella.

Andrea atravesó la antesala y entró en el salón; Gilberto la seguía con el corazón despedazado, pero se

setuvo, aunque la puerta había quedado abierta. Andrea fué á sentarse en el taburete que estaba junto al clave, sobre el cual seguía ardiendo la bujía.

Gilberto se desgarraba el pecho con sus crispadas uñas. ¡ Aquel era el mismo sitio en que una hora antes había él besado el vestido y la mano de aquella mujer, sin que ella se enojase! ¡ Allí era en donde había esperado, en donde había sido dichoso! Sin duda la indulgencia de la joven nacía de una de esas hondas corrupciones como las que Gilberto había leído en las novelas que formaban el fondo de la biblioteca del barón, ó de una de esas traiciones de los sentidos, como las que él había analizado en ciertos tratados fisiológicos.

— ¡ Y bien! murmuraba fluctuando entre estas ideas. Si es así, yo explotaré esa corrupción como los demás, ó me aprovecharé de esa sorpresa de los sentidos. ¡ Y puesto que el ángel arroja al viento su vestido de candor, sean para mí algunas trizas de su castidad!

Esta vez Gilberto había tomado su resolución; se lanzó hacía el salón, pero al pasar el umbral, salió de la sombra una mano que le agarró enérgicamente por el brazo.

Volvióse Gilberto espantado, y parecióle que el corazón le salía del pecho.

— ¡ Ah! esta vez te he atrapado. ¡ Infame! dijo al oído una voz irritada. Trata aun de negar que acudes á una cita suya; niega aun que la amas.....

Gilberto no tuvo siquiera la fuerza de sacudir su brazo para arrancarlo de las garras que lo sujetaban. Sin embargo, la presa no era tan fuerte que no se pudiese romper, pues era simplemente el puño de una joven; en fin, quien tenía á Gilberto prisionero. era Nicole Legay.

— Veamos, ¿qué quiere usted aún? preguntó en voz baja y con impaciencia.

— ¡Ah! tú quieres que te hable recio, á lo que parece, articuló Nicole con toda la plenitud de su voz.

— No, no; al contrario, quiero que calles, respondió Gilberto apretando los dientes y arrastrando á Nicole á la antesala.

— Pues bien, entonces sígneme.

Esto era lo que quería Gilberto, porque siguiendo á Nicole se atejaba de Andrea.

— Sea, siga á usted, dijo.

Y marchó efectivamente detrás de Nicole, la cual le condujo al parterre, echando la puerta tras sí.

— Pero, dijo Gilberto, la señorita va á entrar en su cuarto, la llamará á usted para ayudarla á desnudar, y no estará usted allí.

— Mucho se engaña usted á fe mía, si cree que me cuido de eso en este momento. ¿Qué me importa que me llame ó no? Necesito hablarle á usted.

— Nicole, podría usted dejar para mañana lo que tiene que decirme: la señorita es severa, bien lo sabe usted.

— ¡Ah! ciertamente, le aconsejo que sea severa, y particularmente conmigo.

— Nicole, mañana prometo á usted.....

— ¡Me prometes! Lindas son tus promesas, y bien se puede contar con ellas. ¿No me habías prometido aguardarme hoy á las seis al lado de la Casa-Roja? ¿En dónde estabas á esa hora? Al lado opuesto, pues fuiste tú quien ha traído al viajero. Tanto caso hago yo ahora de tus promesas como de las del director del convento de las Anunciadas, que tenía hecho juramento de guardar el sigilo de la confesión, y se iba á contar todos nuestros pecados á la abadesa.

— Nicole, reflexione usted que la pondrán en la calle si notan.....

— ¿Y á usted? ¿no despedirán al amante de la señorita? ¿No le costará mucho al barón el hacerlo!

— ¿Á mí? dijo Gilberto tratando de disculparse, ningún motivo hay para despedirme.

— ¡Verdaderamente! ¿Le habria autorizado á usted para hacer la corte á su hija? No le creia tan filósofo como todo eso.

Gilberto podía probar á Nicole con una sola palabra, que si era culpable, á lo menos no habia complicidad de parte de Andrea. Le bastaba contarle lo que habia visto, y no obstante lo incrédula que era Nicole, gracias á esa buena opinión que las mujeres tienen unas de otras, sin duda le hubiera creído. Pero una idea más profunda detuvo al joven en el momento de la revelación. El secreto de Andrea era de aquellos que enriquecen á un hombre, ora desee éste los tesoros del amor, ora ambicione otros tesoros más materiales y positivos.

Los tesoros que ambicionaba Gilberto eran los de amor. Calculó que la cólera de Nicole no era tan peligrosa cuanto era apetecible la posesión de Andrea. Hizo al instante su elección, y guardó silencio sobre la singular aventura de la noche.

— Veamos, puesto que lo quiere usted absolutamente, expliquémonos, le dijo.

— ¡Oh! eso será cosa muy pronta, exclamó Nicole, cuyo carácter, diametralmente opuesto al de Gilberto, no le dejaba dominar ninguna de sus sensaciones; pero tienes razón, estamos mal en este aposento; vamos á mi cuarto.

— ¡Al cuarto de usted! exclamó Gilberto asustado, imposible.

— ¿Y por qué?

— Nos expondríamos á una sorpresa.

— ¡ De veras ! replicó Nicole con una sonrisa desdenosa, ¿ quién nos sorprendería, la señorita ? En efecto, debe estar celosa de este elegante caballero. Por desgracia suya, no son temibles las personas cuyo secreto se sabe. ¡ Ah ! ¡ la señorita Andrea celosa de Nicole ! Nunca me hubiera prometido tan alto honor.

Y una sonrisa forzada terrible, como el zumbido de la tempestad, alteró á Gilberto mucho más que si le hubiera dirigido una invectiva ó una amenaza.

— No es de la señorita de quien tengo miedo sino de usted.

— ¡ Ah, sí ! es verdad, usted me ha dicho siempre que cuando no había escándalo, no había ningún mal. Los filósofos son jesuítas algunas veces. Eso que me dice, y aun antes que usted me lo dijese, me lo decía el director de las Anunciadas; por eso da usted sus citas nocturnas á la señorita. ¡ Vamos, vamos ! dejémos de razones tan frívolas como esas... venga usted á mi cuarto, yo lo quiero.

— ¡ Nicole ! replicó Gilberto rechinando los dientes.

— ¡ Y bien ! dijo la joven, ¿ después ?.....

— ¡ Cuidado contigo !

É hizo un ademán amenazador.

— ¡ Oh ! no tengo miedo; usted me ha golpeado una vez, pero fué porque estaba celoso. Entonces me amaba usted : fué á los ocho días de nuestro hermoso día de miel, y me dejé golpear; pero hoy no me dejaré. ¡ No, no, no ! porque usted no me ama ya, y soy yo la que está celosa.

— ¡ Y qué harás ? preguntó Gilberto agarrando el puño de la joven.

— Daré tantos gritos, que la señorita preguntará á usted con qué derecho le da á Nicole lo que sólo á ella

le debe en este momento. Suélteme usted, pues; se lo aconsejo.

Gilberto soltó la mano de Nicole. Luego, cogiendo su escala y arrastrándola con precaución, fué á colocarla fuera del pabellón, de modo que llegase casi á la ventana de Nicole.

— He aquí lo que es el destino, dijo ésta; la escala que probablemente debía servir para subir al retrete de la señorita, servirá buenamente para bajar del chibitil de Nicole Legay. Es una lisonja para mí.

Nicole se sentía la más fuerte, y por lo mismo se apresuró á triunfar con esa precipitación de las mujeres que, á no ser realmente superiores en el bien ó en el mal, siempre pagan cara esa primer victoria proclamada demasiado pronto.

Gilberto había sentido lo falso de su posición, y en su virtud seguía á la joven reuniendo todas sus facultades para la lucha que se preparaba. Y primero, como hombre cauto, se aseguró de dos cosas. La primera, al pasar por delante de su ventana, de que la señorita de Taverny seguía en el salón; la segunda, al llegar al cuarto de Nicole, de que podía, sin exponerse demasiado á romperse el espinazo, llegar al primer pedazo y de allí deslizarse hasta el suelo.

En cuanto á la sencillez, el cuarto de Nicole no se diferenciaba del resto de la habitación. Era un desván cuyas paredes habían desaparecido bajo un papel gris de dibujos verdes. Su mueblaje se componía de una cama de tijera y de un gran geranio colocado cerca de la buharda. Además, Andrea había prestado á Nicole un enorme cartón que le servía de cómoda y de mesa á la vez.

Sentóse Nicole en la orilla de la cama, y Gilberto sobre el ángulo del cartón.

Nicole se había calmado al subir la escalera, y dueña

ya de sí misma, se sentía fuerte, mientras Gilberto, por el contrario, temblando aun de pies á cabeza por las escenas anteriores, no podía recobrar su sangre fría, y conocía que redoblaba su cólera á medida que parecía mitigarse la de la joven por la fuerza de su voluntad.

Hubo un instante de silencio durante el cual Nicole fijó en Gilberto su vista ardiente é irritada.

— ¿Así, le dijo, usted ama á la señorita y me está engañando?

— ¿Quién le dice á usted que yo amo á la señorita? replicó Gilberto.

— ¡Diantre! usted tiene citas con ella.

— ¿Quién dijo á usted que es con ella con quien he tenido una cita?

— Entonces ¿con quién tiene usted que ver en el pabellón? ¿con el nigromante?

— ¡Tal vez! usted sabe que yo tengo ambición.

— Diga usted envidia.

— Es lo mismo, echado á buena ó mala parte.

— No hagamos de una discusión de cosas una discusión de palabras. Usted no me ama, ¿no es verdad?

— Si tal, amo á usted siempre.

— Entonces ¿por qué se aleja de mí?

— Porque cuando usted me encuentra, siempre me promueve disputas.

— Precisamente promueve disputas, porque no hacemos más que encontrarnos.

— He sido siempre huraño, y me gusta la soledad, como usted sabe.

— Sin duda, y se busca la soledad con una escala... Perdone usted, ignoraba eso.

— Gilberto era derrotado en este primer punto.

— Vamos, vamos, sea usted franco, si puede, Gil-

berto, y confiese que ya no me ama, ó que nos ama á las dos.

— Y bien, si así fuese, dijo Gilberto, ¿qué diría usted?

— Diría que es una infamia.

— Nó, sino un error.

— ¿De su corazón?

— De nuestra sociedad. Hay pueblos en que sabe usted que cada hombre tiene hasta siete y ocho mujeres.

— Esos no son cristianos, respondió Nicole con impaciencia.

— Son filósofos, repuso solemnemente Gilberto.

— ¡Oh, señor filósofo! ¿Así no llevaría usted á mal que yo hiciese lo que usted, que tomase un segundo amante?

— No querría ser injusto y tiránico con usted; no querría reprimir los impulsos de su corazón... la santa libertad consiste especialmente en respetar el libre albedrío... Cambie usted de amor, Nicole; yo no podría forzar á usted á una fidelidad que, á lo que creo, no está en la naturaleza.

— ¡Ah! exclamó Nicole. Usted ve bien que ya no me ama.

La discusión era el fuerte de Gilberto, no porque su espíritu fuese precisamente lógico, pero era paradójal. Además, por poco que supiese, siempre sabía más que Nicole... Esta no había leído sino lo que le parecía divertido... Gilberto no sólo había leído lo que le parecía divertido, sino lo que creía útil.

Así, pues, Gilberto comenzaba á recobrar con la discusión la sangre fría que iba perdiendo Nicole.

— ¿Tiene usted memoria, señor filósofo? preguntó Nicole con una sonrisa irónica.

— Á veces, respondió Gilberto.

— ¿Se acuerda usted de lo que me ha dicho hace

cinco meses, cuando llegué de las Anunciadas con la señorita ?

— No; pero recuérdemelo usted.

— Me dijo usted : « ¡ Yo soy pobre ! » era el día en que leíamos juntos el *Tanzai* bajo una de las bóvedas del antiguo castillo derruido.

— Bien, continúe usted.

— Usted temblaba mucho aquel día.

— Es posible; soy de un natural tímido, pero hago cuanto puedo por corregirme de ese y otros defectos.

— De suerte que cuando usted se haya corregido de todos sus defectos, dijo riendo Nicole, será usted perfecto.

— Cuando menos seré fuerte, porque la sabiduría es la que hace la fuerza.

— ¿ Me quiere usted decir en dónde ha leído usted eso ?

— ¿ Qué le importa á usted ? Volvamos á lo que yo le decía bajo la bóveda.

Nicole conocía que iba perdiendo su terreno.

— Pues bien; me decía usted : « Yo soy pobre, Nicole; nadie me ama, no saben que tengo algo aquí dentro; » y señalaba usted su corazón.

— Se engaña usted, Nicole; si yo señalaba alguna cosa al decir eso, no debía ser mi corazón, sino la cabeza. El corazón no es más que una bomba compriamente destinada á enviar la sangre á las extremidades. Lea usted el *Diccionario filosófico*, artículo *Corazón*.

Y Gilberto se levantó con aire de satisfacción. Humillado delante de Bálamo, se hacía orgulloso delante de Nicole.

— Tiene usted razón, Gilberto, debía ser la cabeza la que usted señalaba. Decía usted, pues, señalando la cabeza : « Me tratan aquí como á un perro alano, y aun Mahón es más afortunado que yo. » Entonces le

respondí á usted, que no tenían razón en no amarle, y que si usted fuese mi hermano, yo le amaría. Me parece que le respondí esto con mi corazón y con mi cabeza; pero puede que me equivoque, pues no he leído el *Diccionario filosófico*.

— No ha tenido usted razón, Nicole.

— Entonces me cogió usted entre sus brazos : « Es usted huérfana, Nicole, » me dijo usted; « nuestra miseria y abyección nos hacen más que hermanos; amémonos, pues, Nicole, como si en realidad lo fuésemos. Además, si efectivamente lo fuésemos, la sociedad nos prohibiría el amarnos como yo quiero que usted me ame. » Y diciendo esto, me abrazó usted.

— Es posible.

— ¿ Y pensaba usted en lo que decía ?

— Sin duda. Siempre piensa uno en lo que dice, en el momento de decirlo.

— De suerte que hoy.....

— Hoy tengo cinco meses más; he aprendido cosas que ignoraba; adivino que no sé aun. Hoy pienso de otro modo.

— ¿ Luego usted es un falso, un embustero, un hipócrita ? exclamó Nicole colérica.

— Ni más ni menos que un viajero á quien preguntan en el fondo de un valle lo que piensa del paisaje, y al que le hacen la misma pregunta cuando ha llegado á lo alto de la montaña que le cerraba su horizonte. Abarco un paisaje más extenso; he ahí todo.

— ¿ De suerte que no se casará usted conmigo ?

— Jamás lo he dicho que me casaría con usted, respondió Gilberto con desprecio.

— ¿ Pues bien, muy bien ! exclamó la joven exasperada ; ¿ me parece que Nicole Legay vale tanto como Sebastián Gilberto !

— Todas las personas valen tanto unas como otras,

dijo Gilberto, sólo que la naturaleza ó la educación ha puesto en ellas valores diversos y facultades diferentes, y se alejan unas de otras según se desarrollan esos valores ó esas facultades.

— De manera que, teniendo usted facultades y valores más desenvueltos que los míos, se aleja usted de mí

— Naturalmente; usted **no** raciocina todavía, Nicole, pero comprende ya.

— ¡Sí, sí! exclamó Nicole exasperada.....

— ¿Qué es lo que usted comprende?

— Que es usted un pícaro.

— Es posible. Muchos nacen con malos instintos, pero tienen la voluntad para corregirlos. Rousseau había nacido también con malos instintos, y sin embargo se corrigió. Yo haré como Rousseau.

— ¡Oh, Dios mío, Dios mío! exclamó Nicole, ¿cómo he podido yo amar á semejante hombre?

— Así, usted no me ha amado, Nicole, repuso friamente Gilberto; le agradé á usted, y nada más. Usted salía de Nancy, en donde no había visto más que pensionistas que la hacían reír, ó militares que le causaban miedo. Éramos jóvenes los dos, inocentes ambos, y deseábamos dejar de serlo. La naturaleza hablaba en nosotros con su voz irresistible. **Hay** alguna cosa que se enciende en nuestras venas cuando tenemos deseos; una inquietud cuyo remedio busca uno en los libros, y que se aumenta con ellos. Leyendo juntos uno de esos libros, se acordará usted, Nicole, sucedió, no que usted ha cedido, puesto que yo nada le pedía ni me refusaba usted nada, sino que hemos hallado la explicación de un enigma. Durante uno ó dos meses, la explicación hallada era: ¡felicidad! Durante un mes ó dos, hemos vivido en lugar de vegetar. Si hemos sido felices dos meses el uno por el otro, ¿quiere esto decir que debíamos ser eternamente infelices el uno

por el otro? Vamos, Nicole, si uno contrajese semejante compromiso al dar y recibir la felicidad, tendría que renunciar al libre albedrío, y eso sería absurdo.

— ¿Me está usted explicando filosofía? preguntó Nicole.

— Lo creo, respondió Gilberto.

— Según eso, ¿no hay nada sagrado para los filósofos?

— Sí hay; la razón.

— De manera que yo, que quería ser una joven honrada.....

— Dispense usted: es ya demasiado tarde para eso.

Nicole palideció y se puso encarnada como si una rueda hiciese á cada gota de su sangre dar la vuelta por todo su cuerpo.

— Honrada para con usted, dijo. Siempre es una casada honrada, me decía usted para consolarme, cuando es fiel al que su corazón ha elegido... ¿Se acuerda usted de esta teoría sobre los matrimonios?

— He hablado de las uniones, Nicole, puesto que no me casaré nunca.

— ¿No se casará usted nunca?

— No. Quiero ser un sabio y un filósofo. La ciencia ordena el aislamiento del alma, y la filosofía el del cuerpo.

— Señor Gilberto, dijo Nicole, usted es un miserable, y creo que aun valgo más que usted.

— Resumamos, dijo Gilberto levantándose, porque estamos perdiendo el tiempo, usted en decirme injurias, y yo en escucharlas. Usted me ha amado, porque así le agradó, ¿no es verdad?

— Sin duda.

— Y bien; no es una razón para hacerme á mí desgraciado, el que usted haya hecho una cosa de su gusto.

— ¡ Necio, dijo Nicole, me cree pervertida y aparenta que no me teme !

— ¡ Temer á usted, Nicole ! ¡ Tontería ! ¡ qué puede usted contra mí ? Los celos la extravían.

— ¡ Los celos ! ¡ yo celosa ! replicó la joven con febril sonrisa. — Mucho se engaña usted si me cree celosa. ¡ Y de quién tendría yo celos ? dígame usted. ¡ Hay en todo el cantón una muchacha como yo ? Si tuviese las blancas manos de la señorita, y las tendré el día en que deje el trabajo, ¡ no valdría tanto como ella ? Mi pelo... mire usted mi pelo, — y la joven desató la cinta que lo sujetaba, — mi pelo puede cubrirme de pies á cabeza como una capa. Soy alta, bien hecha, — y Nicole cogió su cintura entre ambas manos. — Tengo unos dientes como perlas, — y miró sus dientes en un espejito colgado á la cabecera de su cama. — Cuando quiero sonreír á alguno y mirarle de cierto modo, veo que se ruboriza, que tiembla y se retuerce bajo mi mirada. Usted es mi primer amante, es verdad ; pero no el primer hombre con quien he sido coqueta. Mira, Gilberto, continuó la joven más amenazadora con su sonrisa forzada que lo habria estado con sus vehementes amenazas, tú te ries.

Créeme, no me obligues á hacerte la guerra ; no me hagas salir de repente del estrecho sendero en que aun me retienen no sé qué vago recuerdo de los consejos de mi madre, y no sé qué monótona prescripción de mis oraciones de infancia. Si una vez abandono el pudor, ten cuidado contigo, Gilberto, porque no sólo tendrás que echarte en cara las desgracias que te resulten, sino también las que resulten á los demás.

— En buen hora, dijo Gilberto, ahora ha llegado usted á cierta altura, Nicole, y estoy convencido de uno cosa.

— ¡ De qué cosa ?

— De que si consintiese en casarme con usted ahora....

— ¡ Y bien !

— Y bien ; sería usted quien rehusase.

Rellexionó Nicole ; luego, crispadas sus manos, rechinando los dientes :

— Creo que tienes razón, Gilberto, le dijo. Creo que también yo comienzo á trepar por esa montaña de que tú me hablabas ; creo que también yo veo ensancharse mi horizonte ; que también yo estoy destinada á ser alguna cosa ; y en verdad que es demasiado poco ser la mujer de un sabio ó de un filósofo. Ahora, vuelva usted á su escala, Gilberto, y trate de no romperse el cogote, aunque empiezo á creer que sería una dicha para los otros, y tal vez para usted mismo.

Y la joven, volviendo las espaldas á Gilberto, comenzó á desnudarse como si estuviese sola.

Gilberto quedó un instante inmóvil, indeciso y vacilando porque Nicole, excitada por la poesia de la cólera y la llama de los celos, estaba encantadora. Pero en el corazón de Gilberto había un designio irrevocable, el de romper con Nicole. Ésta podía perjudicarle en sus amores y en su ambición á la vez. ¡ Resistió !

Al cabo de algunos segundos, como Nicole no oyese ningún ruido detrás de sí, se volvió... el cuarto estaba vacío.

— ¡ Se fué ! murmuró, ¡ se fué !

Corrió á la ventana ; todo estaba oscuro, la luz se había apagado.

— ¡ Y la señorita ! dijo Nicole.

Luego bajó la escalera de puntillas, se acercó á la puerta del cuarto de la señora, y escuchó.

— ¡ Bueno, dijo, se ha acostado sola y está durmiendo ! Hasta mañana. ¡ Oh, yo sabré si ella le ama

cruelmente el dolor de aquel castigo, pero se sublevó contra el azote, y se juró á sí misma que devolvería á Gilberto, si no todo, cuando menos parte del mal que le había hecho.

Joven, vigorosa, llena de savia rústica, dotada de esa facultad de olvidar tan preciosa para quien sólo aspira á mandar á los que la aman, Nicole pudo dormir después de haber concertado su pequeño plan de venganza con todos los demonios que le hacían el honor de habitar en su corazón de diez y siete años.

Por lo demás, la señorita de Taverney le parecía tanto y aun más culpable que Gilberto. Una joven de la nobleza, nutrida de preocupaciones, hinchada de orgullo, que en el convento de Nancy hablaba en tercera persona á las princesas, daba usted á las duquesas, y no hacía caso de las demás; una estatua fría en apariencia, pero sensible bajo su capa de mármol; esta estatua le parecía ridícula y mezquina, cuando se convertía en mujer para un Pigmalión lugareño como Gilberto.

Porque, preciso es decirlo, Nicole, con ese instinto exquisito de que la naturaleza ha dotado á las mujeres, se reconocía inferior á Gilberto, sólo en talento, pero superior en cuanto á lo demás. Sin esa supremacía de espíritu que su amante había adquirido sobre ella con cinco ó seis años de lectura, se creía rebajada, siendo camarera de un barón arruinado, con entregarse á un aldeano.

¿Qué no se rebajaba, pues, su ama si en realidad se había entregado á Gilberto?

Nicole reflexionó que el contar á M. de Taverney, no lo que había creído ver, sino lo que se figuraba haber visto, sería una falta enorme; primero, en atención al carácter del barón que se reiría después de haber sopapeado y despedido á Gilberto, y luego á causa del

IX

Camarera y ama

El estado en que volyó Nicole á su cuarto, no era tan tranquilo como ella afectaba. De toda aquella travesura, de que había querido dar pruebas, de toda la firmeza que creía haber ostentado, la joven no poseía en realidad más que una dosis de fantarronada suficiente para hacerla peligrosa y para que pareciese corrompida. Nicole tenía una imaginación naturalmente desordenada, un talento extraviado por malas lecturas. La combinación de aquel talento y de aquella imaginación daba vuelo á sus ardientes sentidos, pero no tenía un alma desecada, y si su amor propio, omnipotente sobre ella, lograba á veces contener las lágrimas en sus ojos, caían éstas en su corazón corrosivas como gotas de plomo derretido.

Una sola demostración había hecho significativa y real; la sonrisa llena de desprecio con que había acogido los primeros insultos de Gilberto. ¡Aquella sonrisa revelaba todas las heridas de su corazón! Nicole era ciertamente una joven sin virtud ni principios, pero había dado algún valor á su derrota, y cuando se entregó, como se había entregado toda entera, había creído hacer un presente. La indiferencia y fatuidad de Gilberto la envilecían á sus propios ojos. Acababa de ser rudamente castigada, y había sentido

carácter de Gilberto que hallaría la venganza mezquina y despreciable.

Pero hacer sufrir á Gilberto en Andrea, adquirir derechos sobre ambos, verlos palidecer ó ruborizarse bajo su mirada de camarera, hacerse dueña absoluta, y tal vez hacer sentir á Gilberto el tiempo en que la mano que besaba no era tosca más que en la superficie; todo eso lisonjeó su imaginación y acarició su orgullo; eso le pareció realmente ventajoso, y ese fué el partido que tomó.

Después se quedó dormida.

Era ya día cuando despertó, fresca, ligera, con el espíritu dispuesto. Gastó el tiempo ordinario en su peinado, es decir una hora; porque sólo para desenredar sus largos cabellos, otra mano menos hábil ó más escrupulosa que la suya hubiera gastado doble tiempo. Nicole miró sus ojos en el triángulo de vidrio azogado de que acabamos de hablar y que le servía de espejo; sus ojos le parecieron más bellos que nunca. Continuando su examen, pasó de los ojos á la boca: sus labios no se habían puesto descoloridos, y se ponían redondos como una cereza, bajo la sombra de una fina nariz ligeramente arremangada: su cuello, que ella cuidaba mucho de preservar de los rayos del sol, era de una blancura de azucena; y nada podía darse más rico que su pecho, ni más insolentemente arqueado que su talle.

Al verse tan bella, Nicole creyó que fácilmente podría inspirar celos á Andrea. Como se ve, no estaba enteramente corrompida, puesto que no pensó en un capricho ó una fantasía, y que se le ocurrió la idea de que la señorita de Taverney podía amar á Gilberto.

Armada así en lo físico y en lo moral, Nicole abrió la puerta del cuarto de Andrea, como estaba autorizada

á hacerlo por su ama, cuando ésta no estaba levantada á las siete.

Apenas entró en el cuarto, se detuvo.

Andrea, pálida y su frente bañada de un sudor en que flotaba su hermoso cabello, estaba tendida en la cama, respirando con dificultad, y retorciéndose en su pesado sueño con una expresión de dolor.

Sus sábanas, enrolladas y arrugadas debajo de ella, no habían vuelto á cubrir su cuerpo, medio vestido y en un desorden que revelaba su estado de agitación; apoyaba una de sus mejillas sobre su brazo, y con la otra mano apretaba su pecho blanco y terso como el mármol.

De vez en cuando su respiración, suspendida por intervalos, se escapaba como un estertor de dolor y lanzaba un gemido inarticulado.

Nicole la contempló por un momento en silencio, y meneó la cabeza, porque se hacía justicia, y comprendía que no había en el mundo hermosura que pudiera competir con la de Andrea.

En seguida se dirigió hacia la ventana y la abrió de par en par.

Un torrente de luz invadió al punto la alcoba é hizo temblar los párpados cárdenos de la señorita de Taverney.

Esta despertó, y queriendo levantarse, sintió una lasitud tan grande y al mismo tiempo un dolor tan agudo, que volvió á caer sobre su almohada lanzando un grito.

— ¡Oh, Dios mío! dijo Nicole, ¿qué tenéis, señorita?

— ¿Es muy tarde? preguntó Andrea frotándose los ojos.

— Muy tarde, señorita; habéis dormido una hora más que de costumbre.

— No sé lo que tengo, Nicole, dijo Andrea mirando

á su alrededor para cerciorarse bien del sitio en que se hallaba; me siento muy abrumada, y parece que tengo el pecho despedazado.

Antes de contestar, fijó Nicole la vista en su ama.

— Será un principio de resfriado que habréis cogido esta noche.

— ¿Esta noche? preguntó Andrea con sorpresa. ¡Oh! exclamó notando el desorden de su peinado, ¿no me he desnudado? ¿Cómo ha sido esto?

— ¡Diablo! dijo Nicole, ¿no os acordáis ya, señorita?

— De nada me acuerdo, dijo Andrea llevando ambas manos á su frente; ¿qué me ha sucedido? ¿estoy loca? Y se incorporó en su cama mirando otra vez á su alrededor con aire azorado.

Haciendo después un esfuerzo, exclamó:

— ¡Ah! sí, me acuerdo: ayer estaba tan cansada, tan rendida... á causa sin duda de la tormenta, después...

Nicole le mostró con el dedo su cama desbaratada, pero cubierta, á pesar de su desorden.

Y se detuvo, pensando en el extranjero que la había mirado de una manera tan singular.

— ¿Y después?... preguntó Nicole con la apariencia del interés, parece que os acordabais...

— Después, contestó Andrea, me quedé dormida sobre el taburete de mi clave. Á contar desde este momento de nada más me acuerdo. Habré subido á mi cuarto medio dormida, y me habré echado sobre la cama sin tener fuerzas para desnudarme.

— ¿Y por qué no me llamasteis, señorita? dijo Nicole en tono cariñoso: ¿no soy vuestra camarera?

— No habré pensado en ello, porque me faltarian fuerzas para llamar, dijo Andrea con un candor sincero.

— ¡Hipócrita! murmuró Nicole.

En seguida añadió:

— Según eso os quedasteis hasta muy tarde al clave, pues antes de que hubieseis entrado en vuestra alcoba, al oír yo ruido en la sala baja, descendí inmediatamente.

Aquí se interrumpió Nicole esperando sorprender algún movimiento de Andrea, alguna señal de rubor; pero permaneció tranquila, y en cierto modo podía la vista penetrar hasta su alma por el límpido cristal de su rostro.

— Bajé inmediatamente, repitió Nicole.

— ¿Y qué? preguntó Andrea.

— No estabais ya sentada al clave.

Andrea levantó la cabeza; pero era imposible leer en sus hermosos ojos otra cosa que el asombro.

— ¿Es extraño! dijo.

— Así ha sucedido, mi más ni menos.

— Decís que no estaba en el salón: no me he movido de él.

— Perdonadme, señorita, que os diga que no es así, dijo Nicole.

— ¿Pues entonces, dónde estaba?

— Debéis saberlo mejor que yo, contestó Nicole encogiéndose de hombros.

— Creo que te engañas, dijo Andrea con la mayor dulzura; no me he movido de mi asiento, y recuerdo solamente haber tenido frío, y haber experimentado cierta pesadez y gran dificultad para levantarme y andar.

— ¡Oh! dijo Nicole riendo, cuando os vi andabais muy bien.

— ¿Me has visto?

— Sí, señora, os he visto.

— Sin embargo, ahora mismo decías que yo no estaba en el salón.

— No fué en el salón donde os ví, señorita.
 — ¿Pues dónde estaba yo?
 — En el vestíbulo, cerca de la escalera.
 — ¡Yo! dijo Andrea.
 — Vos misma; creo que os conozco muy bien, señorita, dijo Nicole con una sonrisa que afectaba sinceridad.

— Sin embargo, estoy segura de no haberme me-
 neado del salón, replicó Andrea llamando cándida-
 mente en su auxilio á sus recuerdos.

— Y yo, dijo Nicole, estoy segura de haberos visto
 en el vestíbulo, y hasta creí, añadió redoblando su
 atención, que volvais de pasear por el jardín, pues
 después de la tempestad quedó una noche muy her-
 mosa. Es agradable pasearse de noche; el aire es más
 fresco, las flores huelen mejor, ¿no es así, señorita?

— Bien sabes que no me atrevo á pasearme de
 noche, dijo Andrea sonriendo; soy demasiado miedosa.

— Paseándose con compañía, replicó Nicole, no se
 tiene miedo.

— ¿Y con quién quieres tú que me pasee? dijo
 Andrea, que estaba lejos de ver un interrogatorio en
 todas las preguntas de su camarera.

Nicole no juzgó á propósito llevar más adelante la
 investigación. Aquella sangre fría que le parecía el
 colmo del fingimiento, le causaba miedo, por cuya
 razón creyó conveniente dar otro giro á la conversa-
 ción.

— ¿Decíais, señorita, que sufríais ahora mismo?

— Sí, en efecto, sufrí mucho, contestó Andrea;
 estoy cansada, rendida, y esto sin razón alguna, pues
 ayer he hecho lo que hago todos los días. ¡Si iré á
 ponerme enferma!

— ¡Oh! dijo Nicole, algunas veces tiene uno pe-
 sares.....

— ¿Y qué? preguntó Andrea.

— Los pesares producen el mismo efecto que la
 fatiga. Yo sé eso por experiencia.

— ¿Cómo! ¿tienes tú pesares, Nicole?

Estas palabras fueron pronunciadas con una especie
 de negligencia desdeñosa, que dió á Nicole valor para
 romper su reserva.

— Sí, señorita, contestó bajando los ojos, sí, tengo
 pesares.

Andrea bajó negligentemente de su cama, y desnu-
 dándose para vestirse de nuevo, dijo:

— Cuéntame eso.

— En efecto, venía precisamente para deciros.....

Nicole se calló de repente.

— ¿Para decirme qué? ¡Dios mío! estás azorada,
 Nicole.

— Sí, señorita, como vos cansada; sin duda pade-
 cemos las dos.

Esta última frase desagradó á Andrea, que frunció
 el ceño y lanzó esta exclamación:

— ¡Ah!

Pero Nicole se admiró muy poco de la exclamación,
 á pesar de que la entonación con que fué pronunciada
 hubiera debido hacerla reflexionar.

— Puesto que lo queréis, dijo, comienzo.

— Veamos, respondió Andrea.

— Tengo ganas de casarme, señorita, continuó Nicole.

— ¡Bah! exclamó Andrea; ¿piensas en eso, y no
 tienes todavía 17 años?

— Y vos no tenéis más que 16.

— ¿Y qué?

— ¡Qué! que aun cuando no tenéis más que 16,
 ¿no pensáis algunas veces en casaros?.....

— ¿Qué prueba tienes para pensar así? preguntó
 severamente Andrea.

Nicole abrió la boca para decir una impertinencia; pero sabía que esto sería cortar enteramente la explicación, que aun no estaba muy adelantada, y mudando de parecer dijo:

— En resumidas cuentas, yo no puedo saber lo que pensáis; soy una campesina, y obro según la naturaleza.

— Bellísima palabra.

— ¡Cómo! ¿no es natural amar á uno y desear ser correspondida?

— Es posible: ¿y qué tenemos con eso?

— Que amo á uno.

— Y ese uno, ¿os ama?

— Creo que sí.

Nicole comprendió que la duda era demasiado pálida, y que en semejante ocasión era necesaria la afirmativa.

— Es decir, que estoy segura de ello, añadió.

— Muy bien; según veo, ocupas bien tu tiempo en Taverney.

— Es menester pensar en el porvenir. Vos, que sois una señorita, tendréis sin duda una fortuna de algún pariente rico; pero yo, que no tengo parientes, no podré contar sino con lo que buenamente encuentre.

Como todo esto parecía muy natural á Andrea, olvidó poco á poco el tono con que habían sido pronunciadas las palabras que tan mal le habían parecido, y triunfando su bondad natural, dijo:

— ¿Y con quién quieres casarte?

— ¡Oh! con uno que conocéis, dijo Nicole fijando sus dos hermosos ojos en los de Andrea.

— ¿Que yo conozco?

— Perfectamente.

— ¿Quién es? sepamos.

— Temo que os desagrada mi elección.

— ¿Á mí?

— Sí.

— Luego la juzgas poco conveniente.

— No digo eso.

— Pues bien, entonces habla sin temor; es un deber en los amos interesarse por los criados que les sirven bien, y yo estoy contenta de ti.

— Sois muy buena.

— Habla pronto, y acaba de una vez con tus rodeos.

Nicole reunió todas sus fuerzas y toda su penetración.

— Pues bien, es... es Gilberto, dijo.

Con gran asombro de Nicole, Andrea no frunció el ceño siquiera.

— ¿Gilberto, el hijo de mi nodriza?

— El mismo, señorita.

— ¡Cómo! ¿es ese muchacho con quien quieres casarte?

— Sí, señorita, él es.

— ¿Y él te ama?

Nicole creyó llegar al momento decisivo.

— Me lo ha dicho veinte veces, respondió.

— ¡Pues bien! cástate, dijo tranquilamente Andrea; no veo en ello ningún obstáculo. Tú no tienes ya parientes; él es huérfano, y sois dueños de vuestra suerte.

— Sin duda, balbuceó Nicole estupefacta de ver llegar el desenlace de aquella escena de una manera tan poco conforme con sus previsiones. ¡Cómo, permitís!....

— Con mucho gusto; no veo más inconveniente sino que sois muy jóvenes los dos.

— Así podremos vivir más tiempo juntos.

— No sois ricos ni el uno ni la otra.

— Trabajaremos.

— ¿En qué ha de trabajar él que no es bueno para nada?

Por el pronto Nicole no acertó á pronunciar una palabra, pues tanto disimulo la tenia sorprendida.

— Me permitiréis que os diga que tratáis muy mal á ese pobre Gilberto.

— ¡Diantre! exclamó Andrea: le trato como merece: es un perezoso.

— ¡Oh! señorita, el pobre está leyendo siempre y no desea más que instruirse.

— Lleno de mala voluntad, continuó Andrea.

— Pero no para vos, señorita, replicó Nicole.

— ¿Cómo?

— Lo sabéis mejor que nadie, señorita, pues le mandáis cazar para el regalo de vuestra mesa.

— ¡Yo!

— Y le hacéis andar algunas veces diez leguas para encontrar una perdiz.

— Confieso á fe mía que jamás he prestado la menor atención.

— ¿Á la perdiz? dijo Nicole riendo.

Andrea se hubiera reído tal vez de aquella salida y no habría adivinado toda la hiel que contenían los sarcasmos de su camarera, si se hubiera hallado en su disposición ordinaria de espíritu; pero sus nervios temblaban como las cuerdas de un instrumento extremadamente cansado; temblores nerviosos precedían á cada acto de su voluntad y á cada movimiento de su cuerpo. El menor rasgo de agudeza era para ella una dificultad que quería vencer á toda costa.

— Veamos, ¿qué quiere decir la del agudo talento? preguntó Andrea reanimándose de repente, y recordando con la impaciencia toda la perspicacia que su molición le impedía tener desde el principio de la escena.

— Yo no tengo talento, señorita, dijo Nicole; el talento es bueno para las grandes señoras. Yo no soy más que una pobre muchacha, que digo buenamente lo que tengo que decir.

— ¿Pero qué es lo que tienes que decir? sepamos.

— Que calumniáis á Gilberto, que os guarda todas las atenciones debidas. Esto es lo que tengo que decir.

— No hace más que su deber como criado.

— Pero Gilberto no es criado, señorita, puesto que no cobra salario.

— Es hijo de nuestros antiguos colonos: se le da de comer y hospedaje; nada hace en cambio del alimento y de la habitación que se le da; tanto peor para él, porque los roba. ¿Pero dónde queréis venir á parar, y porqué defendéis tan acaloradamente á ese joven á quien nadie ofende?

— ¡Oh! ya sé que no le ofendéis, dijo Nicole con una sonrisa erizada de espinas: todo lo contrario.

— He ahí otras palabras que no comprendo.

— Porque no queréis comprenderlas.

— Basta, dijo Andrea severamente: explicadme ahora mismo lo que queréis decir.

— Sabéis mejor que yo lo que quiero decir.

— No: nada sé, y sobre todo nada adivino, porque no tengo tiempo para adivinar vuestros enigmas. Me pedís mi aprobación á vuestro casamiento.

— Si, señorita, y os suplico que no me aborrezcáis si Gilberto me ama.

— ¿Y qué me importa á mí que Gilberto os ame ó no os ame? me vais cansando de veras.

Nicole se empujó sobre sus menudos pies como un gallito sobre sus espolones. La cólera, tanto tiempo contenida en ella, estalló al fin.

— Después de eso, dijo, tal vez hayáis dicho la misma cosa á Gilberto.

— ¡ Pues hablo yo á vuestro Gilberto? Dejadme en paz, estáis loca.

— Si le habláis ó no le habláis, pienso que no hace mucho tiempo.....

Andrea se dirigió hacia Nicole lanzándole una mirada desdenosa.

— Hace más de una hora que estáis por decir alguna impertinencia. Quiero que acabéis de una vez.

— Pero... dijo Nicole algo conmovida.

— ¡ Decís que he hablado á Gilberto?

— Sí, señorita, lo digo.

Un pensamiento, que por mucho tiempo había considerado como imposible, acometió de pronto al espíritu de Andrea.

— ¡ Pero, desdichada, tienes celos de mí? exclamó soltando una carejada. Tranquilízate, pobrecilla: yo no miro á tu Gilberto, y no sabría decirte siquiera de qué color son sus ojos.

Andrea se sentía dispuesta á perdonar lo que, según ella, no era ya una impertinencia, sino una locura.

No era esta la cuenta que se echaba Nicole; considerábase ofendida y no quería perdón.

— Lo creo, replicó, y no es el medio mejor de saberlo, verle de noche.

— ¡ Cómo? preguntó Andrea, que comenzaba á comprender, pero que no podía creer todavía.

— Digo, que si no habláis á Gilberto más que de noche, como lo habéis hecho ayer, no es ese el mejor medio de conocer exactamente las facciones de su rostro.

— Exijo que os expliquéis inmediatamente, dijo Andrea muy pálida.

— ¡ Oh! nada más fácil, señorita, dijo Nicole abandonando todo su plan de prudencia..., he visto esta noche.....

— Callaos, me llaman allá abajo, dijo Andrea. Efectivamente, una voz gritaba desde el jardín:

— ¡ Andrea! ¡ Andrea!

— Es vuestro padre, señorita, dijo Nicole: le acompaña el forastero que ha pasado aquí la noche.

— Bajad; decid que no puedo contestar; decid que me siento mala, que estoy muy cansada, y volved para que acabemos como conviene este extraño debate.

— ¡ Andrea! gritó otra vez el barón, es el señor de Bálamo, que quiere solamente darte los buenos días.

— Id, os digo, repitió Andrea mostrando la puerta á Nicole con ademán de reina.

Nicole obedeció, como se obedecía á Andrea cuando mandaba, sin replicar, sin fruncir el ceño.

Pero cuando partió Nicole, Andrea experimentó cierta cosa extraña; por muy resuelta que estuviese á no presentarse, se sintió como arrastrada por un poder superior é irresistible hacia la ventana que Nicole había dejado entreabierta.

Entonces vió á Bálamo que la saludaba profundamente fijando en ella sus ojos.

Andrea sintió que iban á faltarle las fuerzas, y para no perder el equilibrio se apoyó en la ventana.

— Buenos días, señor, contestó ella á su vez.

Pronunció estas palabras precisamente en el momento en que Nicole, que acababa de avisar al barón que su hija no contestaría, permanecía estupefacta y con la boca abierta, sin comprender nada de aquella caprichosa contradicción.

Casi al mismo tiempo, perdiendo Andrea enteramente sus fuerzas, cayó sobre un sillón. Bálamo continuó mirando hacia la ventana.

A cada lado de los pabellones subía hasta un frondoso bosquecillo, asilo de multitud de pájaros, cuyo concierto matinal se oía desde el castillo, subía, decimos, una ancha calle de arces, de plátanos y de kilos. Bálamo tomó el sendero de la izquierda, y al cabo de uno 20 pasos se halló en una verde espesura, cuyas rosas y jeringuillas, mojadas la víspera por la lluvia de la tempestad, exhalaban perfumes deliciosos. Por debajo de los ligustros penetraban las madreselvas y los jazmines, y una larga calle de lirios entremezclados de fresales se perdía bajo un bosque en el que formaban mil caprichosos laberintos los cambrones en flor y las enredaderas.

Bálamo llegó así hasta la parte culminante del terreno, y allí vió las ruinas majestuosas todavía de un castillo construido en sílex, descollando sobre la mitad de una torre en medio de un enorme montón de piedras, sobre las cuales serpenteaban grandes guirnaldas de hiedra y de dulzamoros, esos salvajes hijos de la destrucción que la naturaleza ha colocado sobre las ruinas para indicar al hombre que también las ruinas son fecundas.

Considerando así el dominio de Taverney, limitado á siete ú ocho fanegas de tierra, no carecía de dignidad ni de gracia. La casa parecía á esas cavernas cuya entrada embellece la naturaleza con sus flores, sus enredaderas, y caprichosa fantasía de sus grupos de rocas, pero cuya desnudez exterior espanta y ahuyenta al viajero extraviado, que pide á esas rocas un asilo para la noche.

Al volver Bálamo de su paseo por entre las ruinas, vió al barón, amortajada su delgada persona en su gran bata de indiana, salir de la casa por una puerta lateral que daba á la escalera, y recorrer el jardín, limpiando sus rosas y aplastando con su pie los caracoles.

X

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

El amanecer

El viajero se había levantado muy de mañana para dirigir una mirada al coche é informarse de la salud de Althotas.

Todo el mundo dormía aun en el castillo, excepto Gilberto, que oculto detrás de la puerta de un cuarto que habitaba en la puerta de entrada, había seguido curiosamente las maniobras de Bálamo é interrogado todos sus pasos.

Pero Bálamo se había retirado, cerrando la puerta del cuarto contiguo de Althotas, y se halló lejos antes que Gilberto hubiese puesto el pie en la calle de árboles.

En efecto, al volver á subir Bálamo hacia el bosquecillo, se sorprendió del cambio que la luz del día producía en el cuadro que en la víspera le había parecido tan sombrío.

El pequeño castillo blanco y rojo, pues estaba hecho de piedras y ladrillos, se hallaba coronado de un bosque de sicomoros y ébanos inmensos, cuyos ramajes perfumados caían sobre su techo y ceñían los pabellones como coronas de oro.

Enfrente, sobre el parterre, un estanque de 30 pasos cuadrados, ceñido de césped y de una ancha hilera de saúcos, formaba un delicioso reposo para la vista fatigada por este lado, á causa de la altura de los castaños y de los álamos del camino.

Bálsamo corrió á su encuentro.

— Señor, dijo con una política tanto más estudiada, cuanto que había sondeado de antemano la pobreza de su huésped, permitidme que os presente mis excusas al mismo tiempo que mis respetos. Hubiera debido esperar que despertaseis para bajar, pero el golpe de vista de Taverney me ha seducido desde mi ventana, y he querido ver de cerca este hermoso jardín y estas ruinas importantes.

— En efecto, señor, las ruinas son muy bellas, respondió el barón después de haber devuelto sus cumplidos á Bálsamo; es lo único bueno que hay aquí.

— ¿Era esto un castillo? preguntó el viajero.

— Sí; era el mío, ó más bien, el de mis antepasados, se llamaba Casa-Roja, y por mucho tiempo hemos llevado este nombre con el de Taverney. La baronía es también la de Casa-Roja. Pero, mi querido huésped, no hablemos ya de lo que no es.

Bálsamo se inclinó en señal de consentimiento.

— Y por mi parte, señor, quería, continuó el barón, daros mis excusas. Mi casa es pobre y así os lo había advertido.

— Me encuentro en ella admirablemente bien, señor.

— Una pocilga, mi querido huésped, una pocilga, dijo el barón, un nido á que las ratas principian á tomar cariño, desde que las zorras, los lagartos y las eulebras las han echado del otro castillo. ¡ Ah pardiéz! continuó el barón, vos, que sois mago ó poco menos, deberíais levantar con vuestra varita el viejo castillo de Casa-Roja, y no olvidar sobre todo las mil faenas de prados y bosques que formaban su entorno. Pero apuesto á que en lugar de pensar en eso habéis tenido la política de dormir en una execrable cama.

— ¡ Oh! señor.

— Á un lado los cumplimientos, mi querido hués-

ped; la cama es execrable, lo conozco, es la de mi hijo.

— Os juro, señor barón, que tal como es la cama me ha parecido excelente. De todos modos, estoy confundido por vuestra excesiva bondad hacia mí, y quisiera con todo mi corazón probaroslo, haciéndoos un servicio cualquiera.

El viejo, que continuaba burlándose, replicó:

— Pues bien, le dijo mostrándole La Brie que le traía un vaso de agua pura en un magnífico plato de Sajonia: se os presenta la ocasión, señor; haced por mí lo que nuestro Señor hizo en la boda de Caná; trocad esa agua en vino, pero en vino de Borgoña á lo menos, en Chambertin, por ejemplo, y me haréis en este momento el mayor servicio que pudierais hacerme.

Bálsamo se sonrió, y atribuyendo el viejo la sonrisa á una negativa, cogió el vaso y bebió su contenido de un trago.

— Excelente específico, dijo Bálsamo. El agua es el más noble de los elementos, barón, puesto que sobre ella fijó Dios su espíritu antes de la creación del mundo. Nada resiste á su acción, horada la piedra, ¿ y quién sabe si algún día se verá que disuelve el diamante?

— Pues bien, el agua me disolverá, dijo el barón; ¿ queréis beber conmigo, mi querido huésped? Ella tiene sobre mi vino la ventaja de ser un excelente digestivo; ¡ oh! todavía queda: no es como mi marraquino.

— Si hubieseis añadido á vuestro vaso otro para mí, querido huésped, acaso hubiera sacado de esta política un medio de seros útil.

— Bueno, explicadme eso; ¿ es tiempo todavía?

— ¡ Oh Dios mío! sí. Mandad á ese buen hombre que me traiga un vaso de agua muy pura:

— ¡ La Brie ! oye, dijo el barón.

La Brie partió con su actividad ordinaria.

— ¡ Cómo ! dijo el barón volviéndose hacia su huésped, ¿ será posible que el vaso de agua que bebo todas las mañanas contenga propiedades ó secretos que yo no sospechaba ? ¿ Cómo, habré hecho de diez años á esta parte cosas pertenecientes á la alquimia, del mismo modo que M. Jourdain hacia prosa, sin saberlo ?

— Ignoro lo que habéis hecho, contestó gravemente Bálamo, pero sé lo que yo hago.

Volviéndose en seguida hacia La Brie, que había desempeñado su cometido con rapidez milagrosa, dijo :

— Gracias, mi buen servidor.

Y cogiendo el vaso en sus manos lo levantó á la altura de sus ojos y consultó el contenido del cristal, sobre el cual la luz del día hacia los variados colores del arco iris.

— Es muy hermoso lo que se ve en un vaso de agua, ¿ no es verdad ? dijo el barón. ¡ Diablo !

— En efecto, señor barón, respondió el forastero; hoy á lo menos es muy hermoso.

Y Bálamo redoblaba su atención, mientras el barón á pesar suyo le seguía con los ojos, y La Brie, embobado, continuaba presentándole su plato.

— ¿ Qué veis ahí, mi querido huésped ? continuó el barón en tono de burla. En verdad que no puedo contener ya mi impaciencia. ¿ Una herencia para mí ? ¿ Un nuevo Casa-Roja para reponer un poco mis pequeños negocios ?

— Veo aquí la invitación que voy á transmitirlos para que estéis prevenido.

— ¿ De veras ? ¿ Debo ser atacado ?

— No, debéis recibir esta misma mañana una visita.

— Entonces habréis dado cita á alguno en mi casa. Habéis hecho mal, muy mal, pues os advierto que acaso no hay perdigones esta mañana.

— Lo que tengo el honor de deciros es serio, mi querido barón, replicó Bálamo, y de la más alta importancia; alguien se encamina en este momento hacia Taverney.

— ¡ Por qué casualidad, Dios mío ! ¿ Y qué especie de visita ? instruidme, mi querido huésped, yo os lo suplico. Pues os confieso que toda visita es importuna para mí; ya lo habréis conocido por el recibimiento algo frío que os he hecho. Hablad, mi querido hechicero, hablad con precisión si podéis.

— No solamente puedo, sino que debo decir, para que no tengáis que agradecerme demasiado, que me es sumamente fácil.

Y Bálamo volvió á fijar su ojo eserutador sobre la capa de ópalo que ondulaba en el vaso.

— ¡ Y qué ! ¿ veis ? preguntó el barón.

— Perfectamente.

— Entonces, hablad.

— Veo venir una persona de alta condición.

— ¡ Bah ! ¿ de veras ? ¿ y esa persona viene así, sin ser convidada por nadie ?

— Se ha convidado á sí misma. Es conducida por vuestro hijo.

— ¿ Por Felipe ?

— Por él mismo.

Aquí el barón fué acometido de un acceso de hilaridad poco agradable para el hechicero.

— ¡ Ah ! ah ! conducida por mi hijo !... ¿ decís que esta persona es conducida por mi hijo ?

— Sí, barón.

— ¿ Luego conocéis á mi hijo ?

— Absolutamente.

- ¿Y en dónde está ahora?
- A media legua, ó acaso á un cuarto de legua.
- ¿De aquí?
- Sí.
- Amigo mio, mi hijo está en Estrasburgo, donde se halla de guarnición, y á no ser que se exponga á ser declarado desertor, lo que no hará, os lo juro no puede conducir á nadie.
- Sin embargo, os conduce á una persona, dijo Bálamo consultando siempre su vaso de agua.
- Y esa persona, preguntó el barón, ¿es hombre ó mujer?
- Es una dama, barón, y muy principal. ¡ Ah! oid una cosa particular, extraña!
- ¿Importante? preguntó el barón.
- También.
- En ese caso, acabad.
- Haríais bien en alejar á vuestra camarera, á esa bribonzuela, como la llamáis, que tiene cuerno en la punta de los dedos.
- ¿Y por qué motivo he de alejarla?
- Porque Nicole Legay tiene en su rostro algunas facciones de la persona que va á venir aquí.
- Y decís que es una dama principal la que se parece á Nicole; ¿no veis que esto es una contradicción?
- No hay tal contradicción. Una vez compré una esclava que se parecía de tal modo á la reina Cleopatra, que se trató de conducirla á Roma para hacerla figurar en el triunfo de Octavio.
- Bueno; he ahí lo que os condena, dijo el barón.
- En fin, haced lo que gustéis de lo que os digo, mi querido huésped, pues ya comprenderéis que la cosa no me interesa á mí, sino á vos solamente.
- ¿Pero en qué puede ofender á la persona esa semejanza de Nicole?

— Suponed que sois rey de Francia, lo que no os deseo, ó Delfin, lo que os deseo mucho menos: ¿os gustaría, al entrar en una casa, hallar en el número de los criados de ella un retrato de vuestra augusta fisonomía?

— ¡ Ah! diablo, dijo el barón, he ahí un dilema de los más fuertes: ¿y qué resultaría de lo que decís?.....

— Que la muy alta y muy poderosa señora que va á venir, se alegraría muy poco de ver su imagen viva con saya corta y pañoleta de algodón.

— ¡ Pues bien! dijo el barón siempre riendo, pensaremos en ello cuando sea necesario. Pero mirad; en todo eso lo que más me regocija es mi hijo. Ese querido Felipe á quien una feliz casualidad va á traernos sin gritar siquiera: ¡ Agua va!

Y el barón se puso á reir con más fuerza.

— Según eso, dijo gravemente Bálamo, ¿mi predicción os causa placer? tanto mejor, á fe mía; pero en vuestro lugar, barón...

— ¿Qué haríais en mi lugar?

— Daría algunas órdenes, tomaría algunas disposiciones...

— ¿De veras?

— Sí.

— Pensaré en ello, querido huésped, pensaré en ello.

— Si es que os queda tiempo.

— ¿Me decís eso seriamente?

— No se puede decir más seriamente, barón; porque si queréis recibir dignamente á la persona que os hace el favor de visitaros, no debéis perder ni un minuto.

El barón meneó la cabeza.

— Creo que dudáis, dijo Bálamo.

— Pardiez, mi querido huésped, confieso que tenéis

que habéros las con un inerédulo muy empedernido...

En este momento el barón se dirigió hacia el lado del pabellón de su hija á participarle la predicción de su huésped, gritando:

— ¡ Andrea, Andrea !

Hemos dicho cómo la joven respondió á la invitación de su padre, y cómo la mirada fascinadora de Bálamo la atrajo á pesar suyo cerca de la ventana.

Nicolé estaba allí mirando con asombro á La Brie, que le hacía señas que ella procuraba descifrar.

— Es sumamente difícil de comprender, repetía el barón, y á menos que no vea...

— Entonces, puesto que necesitáis absolutamente ver, volveos, dijo Bálamo alargando la mano hacia el camino al fin del cual galopaba á toda brida un jinete, cuyo caballo hacía resonar la tierra bajo sus cascos.

— ¡ Oh, oh ! exclamó el barón, allí viene en efecto...

— ¡ El señorito Felipe ! dijo Nicole empinándose sobre la punta de sus pies.

— ¡ Nuestro joven amo ! exclamó La Brie con un gruñido de alegría...

— ¡ Mi hermano ! ¡ mi hermano ! exclamó Andrea, sacando los dos brazos por la ventana.

— ¿ Será por casualidad vuestro hijo, querido barón ? preguntó Bálamo con aire de indiferencia.

— Sí, ¡ pardiez ! sí, es él mismo, contestó el barón estupefacto.

— Esto es un principio, dijo Bálamo.

— No hay duda, sois un adivino, dijo el barón.

Una sonrisa de triunfo apareció en los labios del forastero.

El caballo aparecía cada vez mayor, y pronto se le vió, bañado de sudor y rodeado de un vapor húmedo, atravesar las últimas hileras de árboles, y todavía corría cuando un joven oficial de mediana estatura,

cubierto de lodo y animado el rostro por la rapidez de su carrera, saltaba de su corcel y venia á abrazar á su padre.

— ¡ Cáspita ! decía el conde conmovido en sus principios de incredulidad. ¡ Cáspita !

— Sí, padre mio, decía Felipe viendo en la fisonomía del viejo un resto de duda : yo soy, yo mismo.

— Sin duda eres tú, respondió el barón, bien lo veo; ¿ pero por qué casualidad eres tú ?

— Padre mio, dijo Felipe, un grande honor está reservado á nuestra casa.

El anciano levantó la cabeza.

— Una visita ilustre se dirige hacia Taverney, dentro de una hora estará aquí Maria Antonieta Josefa, archiduquesa de Austria y Delfina de Francia.

El barón dejó caer sus brazos con tanta humildad, como sarcasmo é ironía había mostrado, y volviéndose hacia Bálamo, le dijo :

— Perdonad.

— Señor, dijo Bálamo saludando á Taverney, os dejo con vuestro hijo pues hace mucho tiempo que no os veis, y debéis tener mil cosas que contaros.

Y Bálamo, después de haber saludado á Andrea, que, alegre con la llegada de su hermano, se precipitaba á su encuentro, se retiró haciendo una seña á Nicole y á La Brie, quienes sin duda la comprendieron, porque le siguieron y desaparecieron debajo los árboles del camino. ®

Felipe tomó la mano de Andrea y la de su padre, y condujo á los dos al salón donde se encontraron solos.

— Sois incrédulo, padre mío, y tú, hermana, estás sorprendida, dijo, después de haberlos hecho sentar á los dos á su lado. Sin embargo, nada es más cierto; dentro de pocos instantes, la Delfina se hallará en nuestra pobre morada.

— Es menester impedirlo á toda costa; ¡ voto á eribas! exclamó el barón, ¡ la Delfina en mi casa! Si aconteciese semejante cosa, quedaríamos deshonrados para siempre. Si viene la Delfina á buscar en esta casa un retazo de la nobleza de Francia, la compadezco; sí, la compadezco. Pero, ¿ por qué casualidad, dime, ha escogido precisamente mi casa?

— ¡ Oh! es toda una historia, padre mío.

— ¡ Una historia! repitió Andrea, cuéntanosla.

— Sí, que hará que bendigan á Dios los que hayan podido olvidar que es nuestro salvador y nuestro padre.

El barón alargó los labios como hombre que duda de que el árbitro soberano del hombre y de las cosas se haya dignado dirigir los ojos hacia él y mezclarse en sus asuntos.

Viendo Andrea que Felipe estaba contento, no dudaba de nada y le estrechaba la mano para darle gracias por la buena nueva que traía y por la felicidad que al parecer experimentaba, murmurando: ¡ Hermano mío! ¡ mi querido hermano!

— Hermano mío, mi querido hermano, repitió el barón, ¡ pardiez! mi hija se muestra al parecer satisfecha de lo que nos sucede.

— ¿ Pero no veis, padre mío, que Felipe se muestra contento?

— Porque Felipe es un entusiasta; pero yo que, por fortuna ó desgraciadamente, peso las cosas, dijo

XI

Felipe de Taverner

Felipe de Taverner, caballero de Casa-Roja, no se parecía á su hermana, aunque era como hombre tan hermoso, cual hermosa era ella como mujer. En efecto, ojos de una expresión dulce y altiva, un corte de cara perfecto, admirables manos, un pié de mujer y el talle más bien formado del mundo, le hacian un apuesto caballero.

Como todos los espíritus distinguidos que se encuentran mortificados en la vida, tal como la hace para ellos la sociedad, Felipe estaba triste sin ser sombrío, y tal vez á esta misma tristeza debía su dulzura, porque sin esta tristeza accidental, hubiera sido naturalmente imperioso, soberbio y poco comunicativo. La necesidad de vivir con todos los pobres, sus iguales de hecho, como con todos los ricos, sus iguales de derecho; dulcificaba una naturaleza que el cielo había creado ruda, dominadora y susceptible; siempre hay algo de desdén en la mansedumbre del león.

Felipe había abrazado apenas á su padre, cuando Andrea, arrancada de su entorpecimiento magnético por el sacudimiento de aquel feliz suceso, vino, como ya hemos dicho, á arrojarle al cuello de su hermano.

Esta acción fué acompañada de sollozos que revelaban toda la importancia que daba á esta reunión el corazón de la casta niña.

Taverney dirigiendo una mirada triste á los muebles de su salón, no veo en todo esto motivo alguno para alegrarse.

— Dentro de un momento juzgaréis de otra manera, padre mío, dijo el joven, cuando os cuente lo que me ha sucedido.

— Pues bien, habla, dijo gruñendo el viejo.

— Sí, habla Felipe, dijo Andrea.

— Como sabéis, estaba de guarnición en Estrasburgo.

Ya recordaréis que por esta ciudad hizo su entrada la reina.

— ¿Por ventura se sabe nada en esta cueva? dijo Taverney.

— Dices, pues, querido hermano, que por Estrasburgo había entrado la reina...

— Sí, esperábamos desde por la mañana en el glacis; llovía á cántaros y nuestros uniformes estaban chorreando agua. No se sabía á punto fijo la hora positiva en que debía llegar la Delfina. Mi mayor me envió de explorador, para que saliera al encuentro del cortejo. Anduve una legua poco más ó menos; de repente, al volver un camino, me hallé frente á frente con los primeros soldados de la escolta. Hablé con ellos algunas palabras; venía delante S. A. R., que asomó la cabeza por la portezuela y preguntó quién era yo. Creo que me llamaron, pero como tenía prisa por llevar una respuesta fija al que me había enviado, había ya partido al galope. La fatiga de una facción de seis horas había desaparecido como por encanto.

— ¿Y la Delfina? preguntó Andrea.

— Es joven como tú, y bella como todos los ángeles, contestó el caballero.

— Dime, Felipe... dijo el barón vacilando.

— ¿Qué, padre mío?

— ¿No se parece la Delfina á alguna persona que tú conoces?

— ¿Que yo conozco?

— Sí.

— Nadie puede parecerse á la Delfina, exclamó el joven con entusiasmo.

— Recuerda.

Felipe meditó.

— No, dijo.

— Veamos.....

— Á Nicole, por ejemplo.

— ¡Oh! es extraño, exclamó Felipe sorprendido. Sí, Nicole, en efecto, tiene alguna semejanza con la ilustre viajera; pero está tan distante de ella, tan inferior á ella... ¿pero cómo sabéis eso, padre mío?

— Lo sé por un hechicero.

— ¿Por un hechicero? dijo Felipe admirado.

— Sí, el cual me había predicho también tu venida.

— ¿El huésped? preguntó tímidamente Andrea.

— ¿Es ese hombre que estaba á vuestro lado cuando yo llegué, y se retiró discretamente al aproximarme?

— Precisamente; pero acaba, Felipe, acaba tu relación.

— Acaso sería mejor hacer algunos preparativos, dijo Andrea.

Pero el barón la retuvo con la mano.

— Cuantos más preparativos hagamos, más ridículos apareceremos, dijo. Prosigue, Felipe, prosigue.

— Voy á hacerlo, padre mío. Volví, pues, á Estrasburgo á dar cuenta del resultado de mi misión; avisaron al gobernador M. de Stainville, que se presentó al momento.

Al llegar el gobernador al glacis empezó á aparecer el cortejo, y nosotros corrimos á la puerta de Kehl. Yo estaba al lado del gobernador.

— ¡M. de Stainville! dijo el barón; pero, aguarda; he conocido á un Stainville.

— Cuñado del ministro, de M. de Choiseul.

— Eso es; continúa, continúa, dijo el barón.

— La Delfina, que es joven, gusta sin duda de las fisonomías jóvenes, pues escuchó muy distraída los cumplimientos del gobernador, y fijando los ojos en mí, que me había quedado atrás por respeto, preguntó:

— ¿No es ese joven el que ha salido á mi encuentro?

— Si, señora, contestó M. de Stainville.

— Acercaos, me dijo.

Yo me aproximé.

— ¿Cómo os llamáis? preguntó la Delfina con voz encantadora.

— El caballero de Taverney Casa-Roja, contesté balbuceando.

— Apuntad ese nombre, querida, dijo la Delfina, dirigiéndose á una dama vieja, que después he sabido ser la condesa de Langershausen, su aya, y que escribió efectivamente mi nombre en su libro de memorias.

En seguida, volviéndose hacia mí, dijo:

— ¡Ah, señor, en qué estado os ha puesto este tiempo horroroso! Á la verdad que siento haber sido la causa de las molestias que habéis sufrido.

— ¡Qué buena es la Delfina, y qué palabras tan encantadoras! exclamó Andrea juntando las manos.

— Así, las he retenido todas en la memoria, dijo Felipe, con la entonación y gesto que las acompañaban.

— ¡Muy bien, muy bien! murmuró el barón con una sonrisa singular, en la que podía leerse á la vez la fatuidad paternal y la mala opinión que tenía de las mujeres, y aun de las reinas. Bien, continúa, Felipe.

— ¿Qué contestaste? preguntó Andrea.

— Nada contesté; hice una profunda reverencia, y pasó la Delfina.

— ¡Cómo! ¿nada contestaste? exclamó el barón.

— Me faltaba la voz, padre mío. Toda mi vida se había retirado á mi corazón, que sentía latir con violencia.

— No me sucedió eso á mí cuando, teniendo la misma edad que tú, fui presentado á la princesa Leczinska.

— Porque tenéis mucho más espíritu que yo, contestó Felipe inclinándose.

Andrea le estrechó la mano.

— Aproveché la partida de S. A., continuó Felipe, para volver á mi alojamiento y mudarme de ropa, pues la que llevaba puesta estaba lastimosamente mojada y llena de lodo.

— ¡Pobre hermano! murmuró Andrea.

— Entretanto, continuó Felipe, la Delfina había llegado al palacio de la ciudad y recibía las felicitaciones de sus habitantes. Concluidas éstas, vinieron á avisarla que estaba servida la comida, y se sentó á la mesa.

Uno de mis amigos, el mayor del regimiento, el mismo que me había enviado á recibir á S. A., me ha asegurado que la princesa miró muchas veces á su alrededor, como buscando á alguien entre las filas de oficiales que asistían á su comida.

— No veo, dijo S. A. después de una investigación semejante, renovada inútilmente por dos ó tres veces, no veo al joven oficial que salió á recibirme esta mañana. ¿No le han dicho que deseaba darle las gracias?

El mayor, adelantándose hacia la Delfina, dijo:

— Señora, el oficial Taverney, por quien pregun-

táis, ha ido á mudarse de ropa para presentarse á V. A. de una manera más conveniente.

Un instante después entré en la sala, y no habían pasado cinco minutos cuando me vió la Delfina, y haciendo una seña para que me aproximara, me dijo :

— ¿Tendriais alguna repugnancia en seguirme á París?

— ¡ Oh, señora ! exclamé, todo lo contrario, sería para mí una felicidad, pero estoy de guarnición en Estrasburgo, y.....

— ¿ Y qué ?.....

— Quiero deciros, señora, que sólo mi deseo me pertenece.

— ¿ Pues de quién dependéis ?

— Del gobernador militar.

— Bien... yo arreglaré eso con él.

Hizome una seña con la mano, y me retiré.

Por la noche se acercó al gobernador, y le dijo :

— Señor gobernador, tengo un capricho que satisfacer.

— Decid ese capricho y será una orden para mí, señora.

— He hecho mal en decir un capricho que satisfacer; debiera haber dicho un voto que cumplir.

— No por eso será menos sagrado para mí vuestro mandato... Hablad, señora.

— Pues bien, he hecho voto de agregar á mi servicio al primer francés, cualquiera que fuera, que encontrase al poner el pie en el territorio de Francia, y hacer su felicidad y la de su familia, si es que está en poder de los príncipes hacer la felicidad de nadie.

— Los príncipes son los representantes de Dios sobre la tierra. ¿ Y cuál es la persona que ha tenido la felicidad de ser la primera á quien haya encontrado V. A. ?

— M. de Taverney Casa-Roja, el joven oficial que vino á avisaros mi llegada.

— Señora, vamos á estar todos celosos de M. de Taverney, dijo el gobernador; pero no turbaremos la felicidad que le está reservada; una consigna le tiene, pero nosotros alzaremos esa consigna; un compromiso le liga, pero nosotros romperemos ese compromiso, y partirá al mismo tiempo que V. A. R.

En efecto, el mismo día en que S. A. dejaba á Estrasburgo, recibí la orden de montar á caballo y acompañarla. Desde aquel momento no me he separado de la portezuela de su coche.

— ¡ Hola ! ¡ hola ! exclamó el barón con su misma sonrisa; eso sería singular, pero no es imposible.

— ¿ Cómo, padre mío ? dijo cordialmente el joven.

— ¡ Oh ! yo me entiendo, dijo el barón, yo me entiendo.

— Pero, querido hermano, dijo Andrea, no veo todavía cómo en medio de todo esto ha podido la Delfina venir á Taverney.

— Escucha; llegamos ayer noche hacia las once á Nancy, y al atravesar la ciudad con antorchas me llamó la Delfina y me dijo :

— Señor de Taverney, haced que la escolta vaya más ligera.

Hice seña que la Delfina deseaba ir más de prisa.

— Quiero marchar mañana muy temprano, añadió la Delfina.

— ¿ Desea V. A. hacer mañana la jornada larga ? pregunté.

— No : pero deseo detenerme en el camino.

Al oír estas palabras turbó mi corazón cierto presentimiento.

— ¿ En el camino ? repetí.

— Sí, dijo S. A. R.

Yo me callé.

— ¿No adivináis dónde quiero detenerme? preguntó sonriendo

— No, señora.

— Quiero detenerme en Taverney.

— ¿Podría saber, exclamé, el motivo de tan señalada honra?

— Quiero ver á vuestro padre y á vuestra hermana.

— ¡ Mi padre! ¡ mi hermana!... ¿ cómo sabe V.

A. R. ?... TATIS

— Me he informado, dijo, y he sabido que habitaban á doscientos pasos del camino que seguimos. Daréis la orden de parar en Taverney.

Un sudor frío bañó mi frente, y me apresuré á decir á S. A. R. con un temor que comprendéis :

— Señora, la casa de mi padre no es digna de recibir á tan gran princesa como vos.

— ¿ Por qué? preguntó S. A. R.

— Somos pobres, señora.

— Tanto mejor, dijo : así será la acogida más cordial y sencilla. Por pobre que sea la morada de Taverney, habrá en ella una taza de leche para una amiga que desea olvidar por un instante que es archiduquesa de Austria y Delfina de Francia.

— ¡ Oh! señora, respondí únicamente haciendo una reverencia, porque el respeto me impedía decir más.

Yo esperaba que S. A. R. olvidaría este proyecto ó que se disiparía su capricho con el aire fresco del camino; pero nada menos que eso; en la parada de Pont-á-Mousson, me preguntó S. A. si nos aproximábamos á Taverney, y yo me vi obligado á contestar que solo estábamos á tres leguas de distancia.

— ¡ Torpe! exclamó el barón.

— ¡ Ay! se hubiera dicho que la Delfina adivinaba mi turbación. « Nada temáis, me dijo, mi estancia no

será larga; pero puesto que me amenazáis con un recibimiento que me hará sufrir, quedaremos pagos, pues yo también os he hecho sufrir á mi entrada en Estrasburgo. » ¿ Cómo resistir á tan encantadoras palabras? decid, padre mío.

— ¡ Oh! era imposible, dijo Andrea, y S. A. R., tan buena, según parece, se contentará con mis flores y con una taza de leche, como ella ha dicho.

— Sí, pero no se contentará con mis sillones, que le romperán los huesos, ni con mis artesonados, que le entristecerán la vista. No dejará de estar bien gobernada la Francia por una mujer que tiene semejantes caprichos. ¡ Diab! ¡ he aquí la aurora de un singular reinado!

— ¡ Oh! padre mío, ¿ podéis decir semejantes cosas de una princesa que nos colma de honores?

— Que me deshonorá más bien, exclamó el viejo. ¿ Quién piensa en este momento en los Taverney? Nadie. El nombre de la familia duerme bajo las ruinas de la Casa-Roja, y yo esperaba que no saldría de ellas sino de cierta manera y cuando llegara el momento oportuno, ¡ pero necio de mí! hice mal en esperar; un capricho de niño va á resucitarlo empañado, empolvado, mezquino y miserable, y las gacetas que están al acecho de todo lo que es ridículo, para sacar de ello el escándalo de que viven, van á consignar en sus sucias páginas la visita de una gran princesa al zaquizamí de Taverney. ¡ Cáspta! ¡ tengo una idea!

El barón pronunció estas palabras de una manera que hizo temblar á los dos jóvenes.

— ¿ Qué queréis decir, padre mío? preguntó Felipe.

— Digo, añadió el barón, que uno sabe su historia, y que si el duque de Medina incendió su palacio para abrasar á una reina, bien puedo yo quemar una casu-

cha para dispensarme de recibir á una Delfina; dejad llegar la princesa.

Los dos jóvenes no habían oído más que las dos últimas palabras y se miraron con inquietud.

— Dejadla llegar, repitió Taverney.

— No puede tardar, señor, respondió Felipe. He tomado el atajo por los bosques de Pierrefitte para adelantarme algunos minutos á la comitiva; pero no puede estar ya lejos.

— En ese caso, no hay que perder tiempo, dijo el barón.

Y ágil como si hubiera tenido veinte años, salió del salón, corrió á la cocina, cogió del hogar un tizón encendido, y corriendo á las trojes llenas de paja seca, mielgas y habichuelas, lo aproximaba ya á los montones y haces que allí había, cuando se apareció de repente Bálamo por detrás de él y le cogió el brazo.

— ¿Qué vais á hacer? dijo arrancando el tizón de manos del anciano; la archiduquesa de Austria no es un condestable de Borbón; cuya presencia deshonra una casa hasta el punto que sea preciso quemarla antes que dejarla poner un pie en ella.

El viejo se detuvo pálido, trémulo y no sonriendo como de costumbre. Preciso le fué reunir todas sus fuerzas para adoptar en provecho de su honor, á lo menos según lo entendía, una resolución que hacía de una medianía todavía soportable, una miseria completa.

— Id, señor, id, continuó Bálamo; no tenéis tiempo sino para quitaros esa bata y vestiros de una manera conveniente. Cuando conocí en el sitio de Philipsburgo al barón de Taverney, era gran cruz de San Luis. No sé que haya uniforme que no sea rico y elegante bajo semejante condecoración.

— Pero, señor, replicó Taverney, la Delfina va á

ver lo que yo no quería mostrar ni aun á vos mismo; que soy desgraciado.

— Tranquilizaos, barón, se la ocupará de manera que no observe si vuestra casa es nueva ó vieja, pobre ó rica. Sed hospitalario, señor, es vuestro deber como caballero. ¿Qué harán los enemigos de S. A. R., y los tiene en crecido número, si los amigos queman sus castillos para no recibirla bajo su techo? No anticipemos los malès, señor; cada cosa tendrá su turno.

M. de Taverney obedeció con esa resignación de que ya había dado prueba en una ocasión, y fué á incorporarse con sus hijos, que, inquietos por su ausencia, le buscaban por todas partes.

Por lo que hace á Bálamo, se retiró silenciosamente como para acabar una obra comenzada.

dolor y de desdén; su nariz era bien hecha, su labio superior hermoso, pero el inferior, aristocrática herencia de diez y siete Césares, demasiado grueso y saliente, y hasta caído á veces, no parecía sentar bien á su lindo rostro, sino cuando este rostro quería expresar la cólera ó la indignación. Su color era admirable; veíase circular la sangre bajo el delicado tejido de su cutis; su pecho, su garganta y hombros eran de una suprema belleza; sus manos eran reales. Tenía dos modos de andar distintos: el uno, que ella tomaba, era firme, noble y un poco acelerado; el otro, de que no se cuidaba, era suave, balanceado y, por decirlo así, cariñoso. Jamás mujer ha hecho la reverencia con más gracia, jamás reina ha saludado con más ciencia, inclinada la cabeza una sola vez para diez personas, y dando á cada uno con esta única inclinación lo que le pertenecía.

Ese día, María Antonieta tenía un mirar de mujer, su sonrisa de mujer, y aun de mujer dichosa; estaba resuelta, si posible era, á no ser Delfina del día. Reinaba en su semblante la más dulce calma, y sus ojos estaban animados de la más hechicera benevolencia. Llevaba un vestido de seda blanco, y sus hermosos brazos desnudos soportaban una manteleta de tupido encaje.

Apenas se apeó, se volvió para ayudar á bajar del coche á una dama de honor un poco pesada por su edad; luego, rehusando el brazo que le ofrecía el hombre del fraque negro y cordón azul, se adelantó, libre, aspirando el aire y mirando en torno suyo, como si quisiese aprovechar hasta en sus menores detalles la rara libertad que tomaba.

— ¡Qué hermoso sitio, qué bellos árboles, qué cosita tan linda! dijo. ¡Qué feliz debe ser uno con este aire puro, y bajo estos árboles tan copudos!

XII

María Antonieta Josefa, Archiduquesa de Austria

En efecto, como había dicho Bálamo, no había que perder tiempo; por el camino, de ordinario tan pacífico, que conducía de la carretera al castillo del barón de Taverney, ciáse un gran ruido de carruajes, de caballos y de voces.

Tres carrozas, una de las cuales, enajada de dorados y bajos relieves mitológicos, no estaba, á pesar de su magnificencia, menos empolvada y llena de barro que las otras, se pararon delante de la puerta principal que tenía abierta Gilberto, cuyos dilatados ojos y temblor febril revelaban su viva inquietud al aspecto de tantas grandezas.

Veinte caballeros, todos jóvenes y brillantes, pasaron á colocarse cerca del coche principal al apearse de él, apoyada en un hombre vestido de negro con el gran cordón de la Orden en sotuer debajo del fraque, una joven de quince á diez y seis años, sin polvos en su peinado, pero tan sencillo éste que no impedía á sus cabellos elevarse un pie sobre su frente.

María Antonieta, pues era ella, llegaba á Francia con una fama de belleza de que no gozaban todas las princesas destinadas á compartir el trono de Francia. Era difícil formar una opinión sobre sus ojos, que, sin ser precisamente hermosos, tomaban á su antojo todas las expresiones, y especialmente las tan ópuestas de

En este momento llegó Felipe de Taverney seguido de Andrea, quien con sus largos cabellos trenzados, y un vestido de batista cruda, daba el brazo al barón, el cual vestía una hermosa casaca de terciopelo azul de rey, resto de su antiguo esplendor. Se supone que, según la recomendación de Bálamo, el barón no había olvidado su gran cordón de San Luis.

La Delfina se paró al ver las dos personas que se dirigían hacia ella.

Agrupóse en torno de la joven princesa su corte; oficiales con sus caballos de la brida, cortesanos con el sombrero en la mano, apoyándose en los brazos unos de otros y cuchicheando por lo bajo.

Acercóse á la Delfina Felipe de Taverney, pálido de emoción, y con una nobleza melancólica:

— Señora, le dijo, si V. A. R. me lo permite, tendré el honor de presentarle al barón de Taverney Casa-Roja, mi padre, y la señora Clara Andrea de Taverney, mi hermana.

El barón hizo una profunda inclinación como un hombre que sabía saludar á las reinas. Andrea desplegó toda la gracia de la elegante timidez, toda la cortesanía, tan lisonjera, de un sincero respeto.

María Antonieta miraba á los dos jóvenes, y como recordaba lo que le había dicho Felipe de la pobreza de su padre, adivinaba lo que sufrían.

— Señora, dijo el barón con una voz llena de dignidad, V. A. R. hace demasiado honor al castillo de Taverney; residencia tan humilde no es digna de recibir tanta nobleza y hermosura.

— Sé que estoy en casa de un soldado veterano de Francia, respondió la Delfina, y mi madre la emperatriz María Teresa, que ha hecho mucho tiempo la guerra, me ha dicho que en vuestro país los más ricos de gloria son casi siempre los más pobres de dinero.

Y con inefable gracia alargó la mano á Andrea, quien la besó hincando una rodilla en tierra.

Entretanto el barón, todo adsorto en su idea dominante, se asustaba con aquel gran número de personas que iban á llenar su casita en que no había asientos.

De repente le sacó la Delfina de su embarazo.

— Caballeros, dijo volviéndose hacia las personas que formaban su escolta, no debéis soportar la fatiga de mis caprichos, ni gozar del privilegio de una Delfina. Os ruego que me aguardéis aquí, pues vuelvo dentro de media hora. Acompañadme, mi buena Langershausen, dijo en alemán á la señora á quien había ayudado á apearse del coche. Seguidme, señor, dijo al que estaba vestido de negro.

Éste que, bajo su sencillo fraque, presentaba una elegancia notable, tenía apenas treinta años, hermosa cara y modales graciosos. Se retiró para dejar pasar á la princesa.

María Antonieta tomó á su lado á Andrea é hizo seña á Felipe para que fuese cerca de su hermana.

En cuanto al barón, se halló cerca del personaje, eminente sin duda, á quien la Delfina dispensaba el honor de acompañarla.

— ¿Conque sois un Taverney-Casa-Roja? dijo éste al barón arreglando con aristocrática impertinencia su magnífica pechera de encaje de Inglaterra.

— ¿Debo trataros de señor ó de monseñor? preguntó el barón con no menor impertinencia que el gentilhomme vestido de negro.

— Tratadme simplemente de príncipe, respondió éste, ó dadme eminencia, si lo preferís.

— Pues bien; sí, eminentísimo, soy un verdadero Taverney Casa-Roja, dijo el barón sin dejar enteramente el tono burlón que rara vez deponía.

El eminentísimo, que tenía el tacto de los grandes

señores, percibió fácilmente que tenía que habérselas con algo más que con un hidalgo pelón.

— ¿Esta casa es vuestra residencia de verano? continuó.

— De verano y de invierno, replicó el barón que deseaba poner término á preguntas desagradables, pero acompañando cada respuesta con una grande salutación.

Felipe, por su parte, se volvía de vez en cuando hacia su padre con inquietud. La casa parecía, en efecto, aproximarse amenazadora é irónica para mostrar implacablemente su pobreza.

Ya el barón extendía la mano hacia el umbral desierto de visitantes, cuando volviéndose hacia él la Delfina:

— Dispensadme, caballero, le dijo, que no entre en la casa; estas sombras me agradan tanto que pasaría aquí mi vida. Estoy algo cansada de salones, pues hace quince días que me reciben en ellos, cuando sólo me gustan el aire, la sombra y el perfume de las flores.

Luego dirigiéndose á Andrea:

— Señorita, ¿tendréis á bien mandar que me traigan bajo estos árboles una taza de leche?

— ¿Cómo atreverse á ofrecer á V. A. tan triste colación? dijo el barón palideciendo.

— Es lo que más me gusta, con huevos frescos, caballero. Huevos frescos y leche eran mis festines en Schönbrunn.

De repente, La Brie, radiante y henchido de orgullo con una magnífica librea, se presentó con una servilleta en la mano delante de un pabellón de jazmines cuya sombra parecía envidiar la Delfina algunos instantes después.

— S. A. R. está servida, dijo con una voz sonora y respetuosa, imposible de describir.

— ¡Oh, estoy en casa de un encantador! exclamó la princesa riendo.

Y corrió hacia el odorífero toldo.

El barón, muy inquieto, olvidó la etiqueta, y se separó del gentilhombre vestido de negro para seguir á la Delfina.

Felipe y Andrea se miraban con una mezcla de asombro y ansiedad, si bien dominaba esta visiblemente.

La Delfina, al llegar bajo los arcos de verdura, dió un grito de sorpresa. El barón, que llegaba detrás, exhaló un suspiro de satisfacción.

Andrea dejó caer sus manos con un aire que quería decir: ¿Qué significa esto, Dios mío?

La joven Delfina observó al soslayo toda esta pantomima: aun cuando su corazón no se los hubiera ya hecho adivinar, tenía un talento capaz de comprender estos misterios.

Bajo las enredaderas de clemátidas, jazmines y madreselvas floridas, cuyos nudosos tallos lanzaban mil espesas ramas, estaba colocada una mesa ovalada, resplandeciente así por el brillo del mantel de damasco que la cubría, como por su servicio de plata sobredorada y cincelada.

Diez cubiertos estaban aguardando á diez convidados.

Una colación esmerada, pero de una composición extraña, había desde luego atraído las miradas de la Delfina.

Componíase de frutas exóticas bañadas en azúcar, confites de todos los países, bizcochos de Alepo, naranjas de Malta, limones y toronjas de inaudito tamaño, colocado todo en vastas copas. En fin, los vinos más exquisitos de todas clases, color rubí y de topacio, en cuatro admirables garrafas talladas y grabadas en Persia.

La leche que había pedido la Delfina llenaba un tazón de plata sobredorada.

La Delfina miró en torno suyo, y no vió en sus huéspedes más que rostros pálidos y asustados.

Las personas de la escolta se admiraban y regocijaban sin comprender ni pretender comprender nada.

— ¿Parece que me aguardabais? preguntó la Delfina al barón de Taverney.

— ¡Yo, señora? balbuceó éste.

— Sin duda no se hacen en diez minutos tales preparativos, y apenas hace ese tiempo que estoy en vuestra casa.

Y acabó su frase mirando á La Brie, lo cual quería decir:

— Especialmente, cuando no se tiene más que un criado.

— Señora, respondió el barón, en efecto aguardaba á V. A. R., ó más bien estaba advertido de su llegada.

La Delfina se volvió hacia Felipe.

— ¿Según eso, habéis escrito, caballero? preguntó.

— No, señora.

— Nadie sabía que yo debiese llegar á vuestra casa, caballero; casi yo misma lo ignoraba, porque me ocultaba mi deseo á mí misma para no causar aquí tanto embarazo como causo; sólo esta noche he hablado de ello á vuestro hijo, el cual estaba aun cerca de mí hace una hora, y solo ha podido precederme algunos minutos.

— En efecto, señora, un cuarto de hora apenas.

— Entonces, es alguna hada quien os lo ha revelado; tal vez la madrina de la señorita, añadió la Delfina sonriendo y mirando á Andrea.

— Señora, dijo el barón ofreciendo una silla á la princesa, no es una hada quien me ha advertido vuestra llegada, es.....

— ¿Es?... repitió la princesa viendo al barón vacilar.

— ¡Á fe mía! es un encantador!

— ¡Un encantador! ¿Cómo es eso?

— No sé nada, porque no me meto en brujerías; pero, en fin, es él, señora, á quien debo el recibir á V. A. R. algo decentemente, dijo el barón.

— Entonces no podemos tocar á nada, dijo la Delfina, puesto que esta colación que aquí tenemos, es obra de brujería, y S. Em. se apresura demasiado, añadió dirigiéndose al señor vestido de negro, á abrir este pastel de Estrasburgo que de seguro no probaremos. Y vos, mi querida amiga, dijo á su aya, desconfiad de ese vino de Chipre, y haced lo que yo.

Diciendo esto, la Delfina echó de una garrafa esférica y de corto cuello, un gran vaso de agua en un cubilete de oro.

— Pero, en efecto, dijo Andrea con cierto espanto, puede que tenga razón S. A.

Felipe temblaba de sorpresa, é ignorando cuanto había pasado la víspera, miraba alternativamente á su padre y á su hermana, procurando adivinar en sus miradas lo que ellos mismos no adivinaban.

— Es contra los dogmas, dijo la Delfina, y el señor cardenal va á pecar.

— Señora, dijo el prelado, somos demasiado mundanos, nosotros los príncipes... de la Iglesia, para creer en la cólera celeste con motivo de vituallas, y particularmente demasiado humanos para quemar á los honrados brujos que con tan ricos manjares nos regalan.

— No os chanceéis, monseñor, dijo el barón. Juro á V. Em. que el autor de todo esto es un brujo, muy brujo, que me ha predicho, hace como una hora, la llegada de S. A. y la de mi hijo.

— ¿Hace como una hora? preguntó la Delfina.

— Sí, á lo sumo.
 — ¡ Y en una hora habéis tenido tiempo para preparar esta mesa, poner en contribución las cuatro partes del mundo para reunir estas frutas, traer los vinos de Tokey, Constanza, Chipre y Málaga? En ese caso, caballero, sois más brujo que vuestro mismo brujo.

— No, señora; es él, nadie más que él.
 — ¿Cómo nadie más que él?
 — Sí, él es quien ha hecho salir de la tierra esta mesa servida y en el estado en que la veis.
 — ¿A fe de caballero? preguntó la princesa.
 — A fe de gentilhomme, respondió el barón.
 — ¡ Esas tenemos! exclamó el cardenal con la mayor seriedad, y abandonando el plato. Creía que os chanceabais.
 — No, E. S.
 — ¿Tenéis en vuestra casa un brujo, un verdadero brujo?
 — ¡ Un verdadero brujo!... Y nada extrañaría que el oro de este servicio fuese hechura suya.
 — ¿Si poseerá el secreto de la piedra filosofal? exclamó el cardenal, brillando en sus ojos la codicia.

— ¡ Oh, cuánto interés tiene eso para el señor cardenal, dijo la princesa, que ha andado buscándola toda su vida sin poder hallarla!

— Confieso á V. A., respondió el mundano eminentísimo, que no hallo nada tan interesante como las cosas sobrenaturales, nada más curioso que las cosas imposibles.

— ¡ Hola, parece que os he tocado en el flaco! dijo la Delfina; todo gran hombre tiene sus misterios, especialmente si es diplomático. También yo os lo advierto, señor cardenal, soy muy diestra en brujería,

y adivino á veces cosas, si no imposibles ó sobrenaturales, á lo menos... increíbles.

Este era sin duda un enigma sólo comprensible para el cardenal, porque se mostró visiblemente embarazado. Verdad es que en los ojos tan dulces de la Delfina, había brillado al hablarle uno de esos relámpagos que eran en ella el prestigio de una borrasca interior.

Sin embargo, sólo brilló el relámpago, sin oirse el trueno. La Delfina se contuvo y repuso:

— Vamos, señor de Taverny, para completar la fiesta, enseñadnos vuestro brujo. ¿ En dónde está, en qué caja le habéis metido?

— Señora, respondió el barón, antes bien es él quien sería capaz de meterme á mí y mi casa en una caja.

— En verdad que picáis mi curiosidad, dijo la Delfina; decididamente, caballero, quiero verle.

El tono con que esto fué dicho, aunque sin perder aquel encanto que María Antonieta sabía dar á sus palabras, no admitía réplica. El barón, que permanecía en pie con sus hijos para servir á la Delfina, lo comprendió perfectamente. Hizo una seña á La Brie, quien, en vez de servir, contemplaba á los ilustres convidados y parecía cobrarse con esta vista de veinte años de soldadas atrasadas.

Este levantó la cabeza.

— Vaya usted á advertir al barón José Bálsamo, dijo Taverny, que S. A. R. la Delfina desea verle.

La Brie partió.

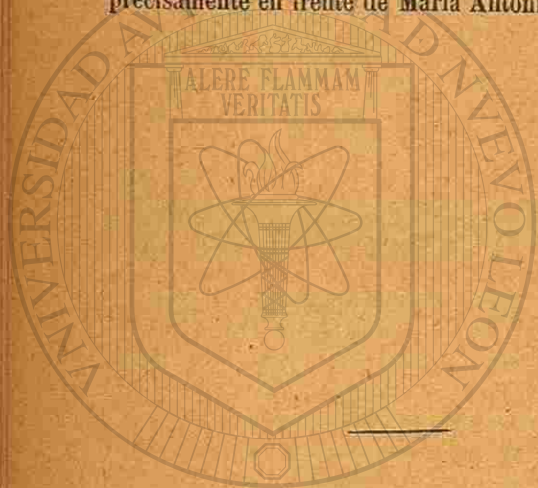
— ¡ José Bálsamo! dijo la Delfina, ¡ qué nombre singular.

— ¡ José Bálsamo! repitió el cardenal como soñando, me parece que conozco ese nombre.

Cinco minutos trascurrieron, sin que á nadie ocurriese romper el silencio.

De repente, estremeci6se Andrea, pues oía, antes que fuese perceptible á los oídos de los demás, un paso que se adelantaba bajo el follaje.

Apartáronse las ramas, y José Bálsamo apareció precisamente en frente de María Antonieta.



XIII

Magia

Bálsamo se inclinó humildemente, pero casi en el mismo instante levantó la cabeza llena de inteligencia y expresión. Fijó, aunque con respeto, su penetrante mirada en la Delfina, y aguardó silencioso á que ésta le interrogase.

— Si sois vos de quien acaba de hablarnos el señor de Taverney, dijo María Antonieta, acercaos, caballero, y que veamos qué cara tiene un mago.

Bálsamo se adelantó otro paso en silencio, y se volvió á inclinar.

— ¿Hacéis el oficio de adivino, caballero? dijo la Delfina mirando á Bálsamo con mayor curiosidad tal vez de la que quería dispensarle, y bebiendo la leche á sorbitos.

— Yo no hago ese oficio, señora, dijo Bálsamo, pero predigo.

— He sido educada en la fe ilustrada, dijo la Delfina, y los únicos misterios que creo, son los de la religión católica.

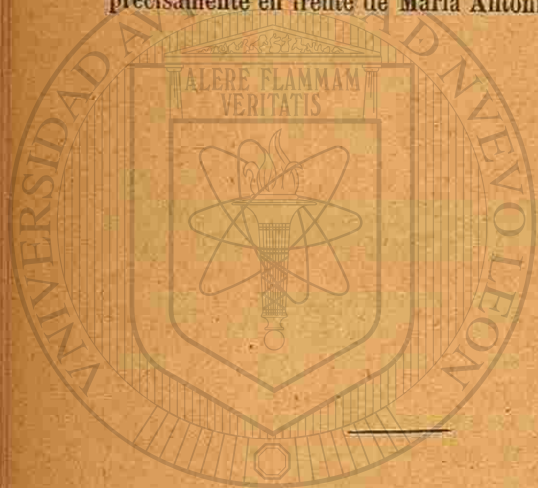
— Son, sin duda, venerables, respondió Bálsamo con un recogimiento profundo, pero ahí tenéis al señor cardenal de Rohán que, aunque es príncipe de la Iglesia, dirá á V. A., que no son los únicos misterios dignos de respeto.

El cardenal se estremeció, pues no había dicho su

Cinco minutos trascurrieron, sin que á nadie ocurriese romper el silencio.

De repente, estremeci6se Andrea, pues oía, antes que fuese perceptible á los oídos de los demás, un paso que se adelantaba bajo el follaje.

Apartáronse las ramas, y José Bálsamo apareció precisamente en frente de María Antonieta.



XIII

Magia

Bálsamo se inclinó humildemente, pero casi en el mismo instante levantó la cabeza llena de inteligencia y expresión. Fijó, aunque con respeto, su penetrante mirada en la Delfina, y aguardó silencioso á que ésta le interrogase.

— Si sois vos de quien acaba de hablarnos el señor de Taverney, dijo María Antonieta, acercaos, caballero, y que veamos qué cara tiene un mago.

Bálsamo se adelantó otro paso en silencio, y se volvió á inclinar.

— ¿Hacéis el oficio de adivino, caballero? dijo la Delfina mirando á Bálsamo con mayor curiosidad tal vez de la que quería dispensarle, y bebiendo la leche á sorbitos.

— Yo no hago ese oficio, señora, dijo Bálsamo, pero predigo.

— He sido educada en la fe ilustrada, dijo la Delfina, y los únicos misterios que creo, son los de la religión católica.

— Son, sin duda, venerables, respondió Bálsamo con un recogimiento profundo, pero ahí tenéis al señor cardenal de Rohán que, aunque es príncipe de la Iglesia, dirá á V. A., que no son los únicos misterios dignos de respeto.

El cardenal se estremeció, pues no había dicho su

nombre á nadie, ni ninguno lo habia pronunciado; y sin embargo le conocía el extranjero.

María Antonieta no pareció notar esta circunstancia, y continuó:

— Cuando menos, confesaréis, caballero, que son los únicos incontrovertibles.

— Señora, respondió Bálamo con el mismo respeto é igual firmeza, al lado de la fe está la certidumbre.

— Habláis con alguna oscuridad, señor mago, yo soy buena francesa en el corazón, pero todavía no en la penetración, y no comprendo muy bien las sutilezas de la lengua; verdad es que me han dicho que M. de Bievre me enseñaría todo eso; mas entretanto, me veo obligada á rogaros que seáis menos enigmático si queréis que os comprenda.

— Y yo, dijo Bálamo meneando la cabeza con melancólica sonrisa, suplicaría á V. A. el permiso de seguir con mi oscuridad, pues sentiría demasiado revelar á tan gran princesa un porvenir que tal vez no estuviese acorde con sus esperanzas.

— ¡Oh, oh! eso es más grave, dijo María Antonieta; queréis picar mi curiosidad, caballero, esperando que os pida me digáis mi buena ventura.

— Al contrario, ¡no quiera Dios que me fuercen á eso! dijo con frialdad Bálamo.

— Sí, ¿no es verdad? repuso la Delfina riendo, porque eso os embarazaría mucho.

Pero la risa de la Delfina se apagó sin que la de ningún cortesano le hiciese eco. Todos estaban sometidos á la influencia del hombre singular que en aquel momento era el centro de la general atención.

— Vamos, confesadlo francamente, dijo la Delfina. Bálamo se inclinó sin responder.

— Sin embargo, ¿no sois vos quien ha predicho mi

llegada al señor de Taverney? respondió María Antonieta con un ligero movimiento de impaciencia.

— Sí, señora; yo soy.

— ¿Cómo ha sido eso, barón? preguntó la Delfina, que comenzaba á experimentar la necesidad de oír otra vez tomar parte en el extraño diálogo, que tal vez sentía ya haber comenzado, pero que, sin embargo, no quería abandonar.

— ¡Dios mío! señora, respondió el barón, del modo más sencillo, mirando en un vaso de agua.

— ¿Es así? preguntó la Delfina dirigiéndose á Bálamo.

— Sí, señora, respondió éste.

— ¿Es ese vuestro libro mágico? Á lo menos es inocente. ¡Ojalá vuestras palabras fuesen tan claras! El cardenal sonrió.

El barón se aproximó y dijo:

— La señora Delfina no tendrá nada que aprender de M. de Bievre.

— ¡Oh! caro huésped, dijo la Delfina, no me lisonjeéis ó lisonjeadme mejor. Me parece que lo que he dicho no lo merece. Volvamos á este caballero.

Y María Antonieta se volvió á Bálamo, hacia el que parecía atraerla, á pesar suyo, un poder irresistible, cual á veces es uno atraído á un sitio en que le aguarda alguna desgracia.

— Si habéis leído el porvenir para este señor en un vaso de agua, dijo, ¿no podríais leerlo para mí en una gairafa?

— Perfectamente, señora, dijo Bálamo.

— Entonces, ¿por qué lo rehusabais en este momento?

— Señora, porque el porvenir es incierto, y si yo descubriese en él alguna nube....

Bálamo se detuvo.

- ¿Entonces qué? preguntó la Delfina.
- Entonces, como he tenido el honor de deciros, tendría el pesar de entristecer á V. A. R.
- ¿Me veis por la primera vez, y ya me conocéis?
- He tenido el honor de ver á V. A. R. cuando era muy niña, en su país natal, al lado de su augusta madre.
- ¿Habéis visto á mi madre?
- He tenido ese honor: es una augusta y poderosa reina.
- Emperatriz, caballero.
- He querido decir reina por el corazón y por el talento, y sin embargo.....
- ¿Reticencias, caballero, y sobre mi madre! dijo la Delfina con desdén.
- Los más grandes corazones tienen sus debilidades, señora; especialmente cuando creen que se trata de la felicidad de sus hijos.
- Espero que la historia no hablará de una sola debilidad de María Teresa.
- Porque la historia no sabrá lo que sólo sabemos la emperatriz María Teresa, V. A. R. y yo.
- ¿Conque tenemos un secreto entre nosotros tres, caballero? dijo sonriendo con desdén la Delfina.
- Entre nosotros tres, señora, respondió tranquilamente Bálamo, sí, entre nosotros tres.
- Sepamos qué secreto es ese, caballero.
- Si lo digo, no será ya un secreto.
- No importa, decidlo.
- ¿Lo desea V. A.?
- Lo quiero.
- Bálamo se inclinó.
- Hay en el palacio de Schönbrunn, dijo, un gabinete llamado el gabinete de Sajonia, á causa de los magníficos vasos de porcelana que encierra.

- Sí, dijo la Delfina, ¿y qué más?
- Ese gabinete hace parte del aposento particular de S. M. la emperatriz María Teresa.
- Sí.
- En ese gabinete es donde escribe ordinariamente su correspondencia íntima.
- Sí.
- Sobre un magnífico escritorio de Boule regalado al emperador Francisco I por Luis XV.
- Hasta ahora es cierto cuanto decís, caballero, pero todos pueden saber eso.
- Dignese V. A. tener paciencia. Un día, á eso de las siete de la mañana, no estando levantada aun la emperatriz, entró V. A. en aquel gabinete por una puerta excusada, porque de las augustas hijas de la emperatriz, V. A. era la predilecta.
- ¿Y después, caballero?
- Acercóse V. A. al escritorio. Hace justamente cinco años, debe acordarse V. A.
- Continúad.
- V. A. se acercó al escritorio, sobre el que había una carta abierta que la emperatriz había escrito la víspera.
- ¿Y bien!
- ¿Y bien! V. A. leyó aquella carta.
- La Delfina se ruborizó ligeramente.
- Y después de haberla leído, sin duda debieron desagradar á V. A. algunas expresiones, puesto que cogió la pluma, y de su propio puño.....
- La Delfina parecía aguardar con ansiedad. Bálamo continuó:
- Rayó tres palabras.
- ¿Y qué palabras eran esas? exclamó vivamente la Delfina.
- Las primeras de la carta.

— No os pregunto el lugar que ocupaban, sino su significado.

— Sin duda un excesivo testimonio de afecto hacia la persona á quien se dirigía la carta; y he ahí esa debilidad de que yo decía que, cuando menos en una ocasión, había podido ser acusada vuestra augusta madre.

— ¿Luego os acordáis de esas tres palabras?

— Me acuerdo.

— ¿Podréis repetírmelas?

— Perfectamente.

— Pues repetidlas.

— ¿En alta voz?

— Sí.

— *Mi querida amiga.*

María Antonieta se mordió los labios palideciendo.

— Ahora, dijo Bálamo, ¿quiere V. A. R. que le diga á quien se dirigía aquella carta?

— No, pero quiero que me lo escribáis.

Bálamo sacó de su bolsillo un librito de memorias con manecillas de oro, escribió en una de sus hojas algunas palabras con un lápiz del mismo metal, separó la hoja de papel y la presentó á la princesa haciendo una reverencia.

María Antonieta tomó la hoja de papel, la desplegó y leyó:

La carta estaba dirigida á la manceba de Luis XV, á la señora marquesa de Pompadour.

La Delfina fijó su mirada asombrada en aquel hombre de palabras tan precisas, de voz tan pura y tan poco conmovida, que, aunque saludaba con tanta humildad, parecía dominarla.

— Todo eso es cierto, caballero, dijo, y aunque ignoro por qué medio habéis sorprendido esos detalles,

como no sé mentir, lo repito en alta voz, todo eso es cierto.

— Entonces, dijo Bálamo, permitame V. A. retirarme, y conténtese con esta inocente prueba de mi ciencia.

— No, caballero, repuso la Delfina picada, cuanto más sabio sois, tanto más deseo oír mi predicción. No me habéis hablado más que del pasado, lo que reclamo de vos es el porvenir.

La princesa pronunció estas palabras con una agitación febril que en vano trató de ocultar á sus oyentes.

— Estoy dispuesto, respondió Bálamo, y sin embargo, vuelvo á suplicar á V. A. R. que no me fuerce á ello.

— Nunca repito dos veces una cosa: yo lo quiero, y sabéis, caballero, que ya lo he dicho otra vez.

— Á lo menos permitidme que consulte al oráculo, señora, dijo Bálamo en tono de súplica, y luego, sabré si puedo revelar la predicción á V. A. R.

— Buena ó mala, la quiero saber; ¿lo oís, caballero? replicó María Antonieta con una irritación creciente. Si es buena, no la creeré, pues la tomaré por una adulación, si mala, la consideraré como una advertencia; y sea cual fuere, os prometo estaros agradecida. Comenzad, pues.

La princesa pronunció estas últimas palabras con un tono que no admitía observación ni tardanza.

Bálamo cogió la garrafa redonda, de corto y estrecho cuello, de que ya hemos hablado, y la colocó sobre una copa de oro.

Iluminada así el agua despidió leonados reflejos que, mezclados con el nácar de sus paredes y el diamante del centro, parecieron ofrecer alguna significación á las atentas miradas del adivino.

Todos guardaron silencio.

— ¿Y bien? preguntó la Delfina.

— No puedo hablar, respondió Bálamo.

El rostro de la princesa tomó una expresión que significaba visiblemente: « No tengas cuidado, yo sé el modo de hacer hablar á los que se obstinan en callar. »

— ¿Porque no tenéis nada que decirme? preguntó en alta voz.

— Señora, hay cosas que jamás se deben decir á los príncipes, replicó Bálamo con un tono que indicaba su resolución de resistir, aunque fuese á las órdenes de la Delfina.

— Especialmente, continuó ésta, cuando esas cosas, lo repito, se traducen por la palabra *nada*.

— No es eso lo que me detiene, señora; al contrario.

La Delfina sonrió desdeñosamente.

Bálamo parecía embarazado; el cardenal comenzaba á reírse en sus hocicos, y el barón se acercó á él refunfuñando.

— Vamos, vamos, le dijo, ya se os acabó la magia: no ha durado mucho. Ahora sólo nos falta ver todas estas tazas de oro convertirse en hojas de viña, como en el cuento oriental.

— Yo hubiera preferido, dijo María Antonieta, simples hojas de viña á todo ese aparato hecho por este caballero para llegar á serme presentado.

— Señora, respondió Bálamo muy pálido, dignaos recordar que yo no he solicitado ese honor.

— ¡Vamos, caballero! No era difícil adivinar que yo pediría que os presentaseis.

— Perdonadle, señora, dijo Andrea en voz baja, ha creído obrar bien.

— Y yo digo que no ha tenido razón, repitió la princesa, de modo que sólo Bálamo la oyese. No se

ensalza nadie humillando á un anciano; y cuando una Delfina de Francia puede beber en el vaso de estaño de un gentilhombre, no se la fuerza á beber en el vaso de oro de un charlatán.

Bálamo se enderezó agitado cual si le hubiera picado una víbora.

— Señora, la dijo con voz trémula, estoy dispuesto á revelaros vuestro destino, ya que vuestra ceguedad os arrastra á saberlo.

Bálamo pronunció estas palabras con tono firme y tan amenazador, que los que estaban presentes sintieron correr por sus venas un frío glacial.

La joven archiduquesa palideció visiblemente.

— No la escuchéis, hija mía, dijo en alemán la vieja dama á María Antonieta.

— Dejadla escuchar; puesto que lo ha querido, lo sabrá, respondió Bálamo en la misma lengua.

Estas palabras, pronunciadas en un idioma extranjero, y sólo comprendidas por algunos de los presentes, dieron aun más misterio á la situación.

— Vamos, dijo la Delfina resistiendo á los esfuerzos de su vieja tutora; vamos, que hable. Si ahora le mandase callar, creería que tengo miedo.

Bálamo oyó estas palabras, y asomó á sus labios una sonrisa furtiva, aunque desdeñosa.

— Lo mismo que yo había dicho, murmuró; un valor fanfarrón.

— Hablad, le dijo la Delfina; hablad, caballero.

— ¿Luego V. A. R. se obstina en que yo hable?

— Jamás retracto mis resoluciones.

— Entonces os hablaré á vos sola, señora, añadió Bálamo.

— Sea, dijo la Delfina. Yo le forzaré en sus últimas trincheras. Alejaos.

Y á una señal suya, que indicaba ser general la orden, todos se retiraron.

— Este es un medio, como otro cualquiera, dijo la Delfina volviéndose hacia Bálamo, de obtener una audiencia particular, ¿no es así, caballero?

— No tratéis de irritarme, señora, repuso el extranjero; pues no soy más que un instrumento de que Dios se sirve para iluminaros. Insultad á la fortuna, que ella os lo pagará, pues sabe muy bien vengarse. Yo no hago más que ser el órgano de sus caprichos. Así, no hagáis pesar sobre mí la cólera que mi retardo os causa; no me hagáis pagar las desgracias de que no soy más que el heraldo siniestro.

— ¿Luego, parece que me esperan desgracias? preguntó la Delfina mitigada por la expresión respetuosa de Bálamo, y desarmada por su aparente resignación.

— Sí, señora; y desgracias muy grandes.

— Decídmelas todas.

— Trataré de eso.

— ¿Y bien?

— Interrogadme.

— Primeramente, ¿vivirá feliz mi familia?

— ¿Cuál? ¿la que dejáis ó la que os aguarda?

— ¡Oh! mi verdadera familia, mi madre María

Teresa, mi hermano José y mi hermana Carolina.

— Vuestras desgracias no los alcanzarán.

— ¿Luego me serán personates?

— A vos y á vuestra nueva familia.

— ¿Podéis ilustrarme sobre esas desgracias?

— No puedo.

— ¿Se compone de tres príncipes la familia?

— Sí.

— El duque de Berry, el conde de Provenza, y el conde de Artois.

— Exactamente.

— ¿Cuál será la suerte de estos tres hijos?

— Reinarán todos tres.

— ¿Luego no tendré hijos?

— Los tendréis.

— ¿Entonces no serán varones?

— Entre vuestros hijos los habrá varones.

— ¿Luego tendré el dolor de verlos morir?

— Tendréis el pesar de que el uno muera, y lo tendréis también de que el otro viva.

— ¿Me amará mi esposo?

— Os amará.

— ¿Mucho?

— ¡Demasiado!

— ¿Y entonces, qué desgracias pueden ocurrirme, ós pregunto, con el amor de mi marido y el apoyo de mi familia?

— Os faltarán el uno y el otro.

— ¿Me quedarán el amor y el apoyo del pueblo?

— ¡El amor y el apoyo del pueblo!... Es el Océano en la calma... ¿Habéis visto el Océano durante la tempestad, señora?

— Haciendo bien, yo impediré que se levante la tempestad, ó si se levanta, me levantaré yo con ella.

— Cuanto más elevadas son las olas, tanto más profundo es el abismo que abren.

— Me quedará Dios.

— Dios no defiende las cabezas que él mismo ha condenado.

— ¿Qué es lo que estáis diciendo, caballero? ¿no seré yo reina?

— Al contrario, señora; ¡y pluguiera al cielo que no lo fueseis!

La joven princesa sonrió desdeñosamente.

— Escuchad, señora, añadió Bálamo, y recordad.

— Escucho, dijo la Delfina.

— ¿Habéis notado, continuó el profeta, la colgadura de la primera sala en que habéis dormido al entrar en Francia?

— Sí, respondió la Delfina temblando.

— ¿Qué representaba aquella colgadura?

— Un degüello; el de los Inocentes.

— ¿Confesáis que las siniestras figuras de los asesinos han quedado grabadas en la memoria de V. A. R.?

— Lo confieso, caballero.

— Y bien; ¿durante la tempestad no habéis observado nada?

— El rayo ha tronchado, á mi izquierda, un árbol que, al caer, le faltó poco para aplastar mi coche.

— Esos son presagios, dijo Bálamo con sombría voz.

— ¿Y presagios funestos?

— Me parece que sería difícil interpretarlos de otro modo.

La Delfina dejó caer su cabeza sobre el pecho; luego, al cabo de un instante de recogimiento y silencio, la levantó diciendo:

— ¿Cómo morirá mi marido?

— Decapitado.

— ¿Cómo morirá el conde de Provenza?

— Sin piernas.

— ¿Y el conde de Artois?

— Sin corazón.

— ¿Y yo?

Bálamo meneó la cabeza.

— ¡Hablad, dijo la Delfina, hablad!

— No tengo ya nada que decir.

— ¡Pues yo quiero que habléis! exclamó María Antonieta estremecida.

— ¡Por piedad, señora!

— ¡Oh! hablad!... dijo la Delfina.

— ¡Jamás, señora, jamás!

— Hablad, caballero, repuso María Antonieta con el tono de la amenaza; hablad, ó sino diré que todo esto no es más que una comedia ridícula. ¡Y tened cuidado! jamás se juega de ese modo con una hija de María Teresa, con una mujer... que tiene en su mano la vida de treinta millones de hombres.

Bálamo permaneció mudo.

— Vamos, no sabéis más, dijo la princesa encogéndose de hombros con desprecio, ó más bien, se ha agotado vuestra imaginación.

— Os digo que lo sé todo, señora, respondió Bálamo, y puesto que vos lo queréis absolutamente....

— Sí, yo lo quiero.

Bálamo cogió la garrafa en la copa de oro; la colocó en el sombrío hueco del pabellón, en que algunas rocas artificiales figuraban una gruta; luego, cogiendo la archiduquesa por la mano, la condujo á la negra sombra de aquella bóveda.

— ¿Estáis dispuesta? dijo á la princesa, á quien casi había amedrentado aquella acción vehemente.

— Sí.

— Entonces, ¡de rodillas, señora; de rodillas, y estaréis en postura de rogar á Dios que os libre del terrible desenlace que vais á ver!

La Delfina obedeció maquinalmente y se dejó caer de rodillas.

Bálamo tocó con una varita el globo de cristal, en cuyo centro se delineó, sin duda, alguna figura sombría y terrible.

La Delfina trató de levantarse, vaciló un instante, cayó de nuevo, lanzó un terrible grito, y se desmayó.

Acudió el barón: la princesa estaba sin conocimiento.

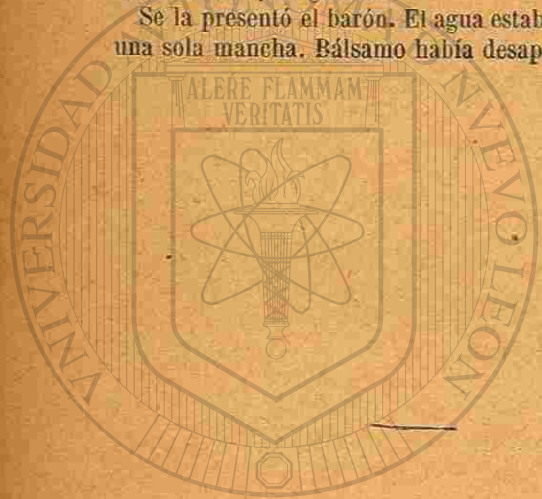
Al cabo de algunos minutos volvió en sí y pasó sus

manos por la frente como tratando de refrescar la memoria.

Luego, de súbito :

— ¡ La garrafa ! exclamó con un acente de inexplicable terror. ¡ La garrafa !

Se la presentó el barón. El agua estaba límpida y sin una sola mancha. Bálsamo había desaparecido.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIV

El barón de Taverner cree al fin percibir algún vislumbre en el porvenir

Como hemos dicho, el primero que percibió el desmayo de la Delfina, fué el barón de Taverner, pues estaba en acecho, más inquieto que ninguno, de lo que iba á pasar entre ella y el adivino. Había oído el grito dado por S. A. R., y había visto á Bálsamo lanzarse fuera de la espesura ; por lo cual acudió á donde estaba la Delfina.

La primera palabra de ésta fué para pedir que la enseñasen la garrafa, y la segunda para que no le hiciesen daño al adivino. Tiempo era de que se hiciese esa recomendación, pues Felipe de Taverner se había lanzado en su seguimiento como un león irritado, cuando le detuvo la voz de la Delfina.

Entonces la dama de honor se acercó á ella á su vez, y la preguntó en alemán ; pero á todas sus preguntas nada respondió, sino que Bálsamo no le había faltado al respeto en nada, pero que, probablemente fatigada por lo largo de la jornada y la tempestad de la vispera, había tenido un acceso de fiebre nerviosa.

Estas respuestas fueron traducidas al señor de Rohán, que aguardaba explicaciones, pero sin osar pedir las.

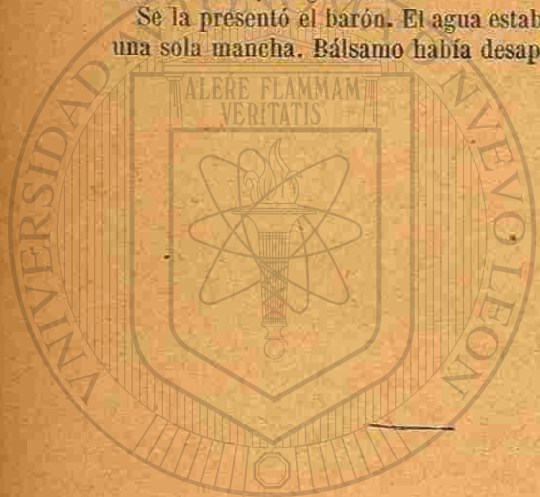
En la corte se contentan con una media respuesta ; la de la Delfina no satisfacía, pero todos la hallaron

manos por la frente como tratando de refrescar la memoria.

Luego, de súbito :

— ¡ La garrafa ! exclamó con un acente de inexplicable terror. ¡ La garrafa !

Se la presentó el barón. El agua estaba límpida y sin una sola mancha. Bálsamo había desaparecido.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIV

El barón de Taverner cree al fin percibir algún vislumbre en el porvenir

Como hemos dicho, el primero que percibió el desmayo de la Delfina, fué el barón de Taverner, pues estaba en acecho, más inquieto que ninguno, de lo que iba á pasar entre ella y el adivino. Había oído el grito dado por S. A. R., y había visto á Bálsamo lanzarse fuera de la espesura ; por lo cual acudió á donde estaba la Delfina.

La primera palabra de ésta fué para pedir que la enseñasen la garrafa, y la segunda para que no le hiciesen daño al adivino. Tiempo era de que se hiciese esa recomendación, pues Felipe de Taverner se había lanzado en su seguimiento como un león irritado, cuando le detuvo la voz de la Delfina.

Entonces la dama de honor se acercó á ella á su vez, y la preguntó en alemán ; pero á todas sus preguntas nada respondió, sino que Bálsamo no le había faltado al respeto en nada, pero que, probablemente fatigada por lo largo de la jornada y la tempestad de la vispera, había tenido un acceso de fiebre nerviosa.

Estas respuestas fueron traducidas al señor de Rohán, que aguardaba explicaciones, pero sin osar pedir las.

En la corte se contentan con una media respuesta ; la de la Delfina no satisfacía, pero todos la hallaron

satisfactoria, y en su virtud Felipe se aproximó á ella.

— Señora, le dijo, obedeciendo á las órdenes de V. A. R., vengo, con gran pesar, á recordaros que ha trascurrido ya la media hora que pensabais deteneros aquí, y que los caballos están dispuestos.

— Bien, caballero, le dijo con un aire encantador de negligente indisposición; pero revoco mi primera intención, pues me siento incapaz de partir en este momento. Si durmiese algunas horas, me parece que ese corto reposo me restablecería.

El barón palideció. Andrea miró á su padre con inquietud.

— V. A. sabe cuán indigno es de vos este albergue, balbuceó el barón de Taverney.

— ¡Oh, os lo suplico, caballero! respondió la Delfina con el tono de una mujer que va á desfallecerse. Todo estará bien con tal que yo repose.

Andrea desapareció al punto para mandar que preparasen su cuarto. Este no era el mayor, ni tal vez el más adornado; pero el cuarto de una joven aristocrática, como lo era Andrea, aunque sea tan pobre como ella, siempre tiene algo de bonito que alegra la vista de otra mujer.

Entonces todos quisieron acorrer á la Delfina, pero con una sonrisa melancólica hizo seña con la mano, como si no tuviese fuerzas para hablar, de que deseaba estar sola, y todos se retiraron por la segunda vez.

María Antonieta los siguió con la vista hasta que desaparecieron completamente, y luego dejó caer, distraída, su pálida cabeza sobre su hermosa mano.

¡No eran, en efecto, terribles presagios los que la acompañaban en Francia? ¡La sala en que se había detenido en Estrasburgo, la primera en que había puesto los pies en este suelo, y cuya colgadura repre-

sentaba el Degüello de los Inocentes, aquella tempestad que la vispera había tronchado un árbol cerca de su coche, y en fin, aquellas predicciones de un hombre tan extraordinario, predicciones seguidas de la misteriosa aparición cuyo secreto pareció resuelta la Delfina á no revelar á nadie!

Pasados como unos diez minutos, volvió Andrea á anunciar que el cuarto estaba dispuesto. No se creyó que la prohibición de la Delfina la alcanzase á ella, y Andrea pudo penetrar á donde estaba.

Durante algunos instantes, permaneció en pie delante de la princesa sin atreverse á hablar, tan sumida parecía S. A. R. en una profunda meditación.

En fin, María Antonieta levantó la cabeza, é hizo sonriendo á Andrea una seña con la mano.

— El cuarto de S. A. está dispuesto, dijo ésta; sólo os suplicamos...

La Delfina no dejó á la joven acabar.

— ¡Muchísimas gracias, señorita! la dijo: os ruego que llaméis á la condesa de Langershausen, y que nos sirváis de guía.

Andrea obedeció; la vieja dama de honor acudió solícita.

— Dadme el brazo, mi buena Brígida, dijo la Delfina en alemán, porque verdaderamente no tengo fuerzas para andar sola.

La condesa obedeció, y Andrea hizo un movimiento para secundarla.

— ¡Entendéis el alemán, señorita? preguntó María Antonieta,

— Sí, señora, respondió Andrea en alemán, y aun lo hablo un poco.

— ¡Admirablemente! exclamó gozosa la Delfina. ¡Oh, esto viene perfectamente á mis proyectos!

Andrea no se atrevió á preguntar á su augusta hués-

ped qué proyeatos eran aquellos, á pesar del deseo que tenía de saberlos.

La Delfina se apoyó en el brazo de madama de Langershausen, y se adelantó lentamente; parecia que le flaqueaban las rodillas.

Al salir de la espesura de los árboles, oyó al señor de Rohán que decía:

— ¿Cómo, señor de Stainville, pretendéis hablar á S. A. R., á pesar de la consigna?

— Es indispensable, respondió el gobernador con voz firme; y estoy seguro de que S. A. me perdonará.

— En verdad, caballero, que no sé si debo...

— Dejad á nuestro gobernador llegar, señor de Rohán, dijo la Delfina presentándose á la entrada del arbolado como bajo un arco de verdura; venid, señor de Stainville.

Todos se inclinaron ante la orden de María Antonieta, y se separaron para dejar pasar al cuñado del ministro omnipotente que entonces gobernaba la Francia.

M. de Stainville miró en torno suyo, como reclinando el secreto. María Antonieta comprendió que el gobernador tenía algo que decirle en particular; pero aun antes que ella manifestase el deseo de quedar sola, todos se retiraron.

— Un pliego de Versalles, señora, dijo á media voz M. de Stainville presentando á la Delfina una carta que hasta entonces había tenido oculta bajo su sombrero bordado.

Tomóla la Delfina, y leyó en su sobre: « Al señor barón de Stainville, gobernador de Estrasburgo. »

— Esta carta no es para mí, sino para vos, caballero, dijo: romped la neta y leédmela, si es que contiene alguna cosa que me interese.

— En efecto, señora, el sobre es para mí, pero ved;

en un ángulo tiene la señal convenida con mi hermano el señor de Choiseul, que indica que la carta es para V. A. R.

— ¡ Ah! es verdad, una cruz; no había reparado; dádmela.

La princesa abrió la carta y leyó las líneas siguientes:

« Está decidida la presentación de madama Dubarry, si halla una madrina. Esperamos aun que no la encuentre; pero el medio más seguro de frustrar esta presentación, sería que S. A. R. la señora Delfina se apresurase. Una vez en Versalles S. A. R. la señora Delfina, nadie osará proponer semejante enormidad. »

— ¡ Muy bien! dijo la Delfina, no sólo sin dejar ver la menor emoción, sino también sin que esta lectura hubiese parecido inspirarle el menor interés.

— ¿ Va á reposar V. A. R. ? preguntó tímidamente Andrea.

— No; gracias, señorita, dijo la archiduquesa; el aire puro me ha reanimado; ved qué fuerte estoy ahora y qué bien dispuesta.

Soltó el brazo de la condesa y dió algunos pasos con una rapidez y fuerza, cual si nada le hubiese ocurrido.

— ¡ Mis caballos! dijo: ¡ quiero partir!

El señor de Rohán miró atónito á M. de Stainville, como pidiéndole la explicación de aquel súbito cambio.

— La Delfina se impacienta, respondió el gobernador al oído del cardenal.

Fué tal la destreza con que se había deslizado la mentira, que el señor de Rohán la tomó por una indiscreción, y se dió por satisfecho.

En cuanto á Andrea, la tenía habituada su padre á respetar todo capricho de testa coronada, y por consi-

guiente no la sorprendió esa contradicción de María Antonieta. Así, volviéndose ésta hacia ella y no viendo en su semblante más que la expresión de una inefable dulzura:

— ¡Gracias, señorita! le dijo. Estoy sumamente reconocida á vuestra hospitalidad.

Luego, volviéndose al barón:

— Caballero, le dijo: saldréis que al salir de Viena he hecho el voto de hacer la fortuna del primer francés que encontrase al pisar las fronteras de Francia. Ese francés es vuestro hijo... Pero no se dirá que me contento con eso, y que la señorita... ¿cómo se llama vuestra hija, caballero?

— Andrea, señora.

— Y que queda olvidada la señorita Andrea.

— ¡Oh! V. A...! murmuró la joven.

— Sí, quiero nombrarla señorita de honor. Nos hallamos en estado de poder hacer nuestras pruebas, ¿no es verdad, caballero? continuó la Delfina dirigiéndose á Taverney.

— ¡Oh, V. A.! exclamó el barón, cuyos sueños quedaban todos realizados con esta palabra. Por esta parte no tenemos ninguna inquietud, porque somos más nobles que ricos... Sin embargo... tanta dicha.

— Sois muy digno de ella... El hermano defenderá al rey en el ejército; la hermana defenderá á la Delfina en su palacio; el padre dará al hijo consejos de lealtad, y á la hija de virtud... y tendré en ellos unos dignos servidores, ¿no es verdad, caballero? continuó María Antonieta dirigiéndose al joven, quien no pudo menos de hincarse de rodillas, y en cuyos labios la emoción ahogó la voz.

— Pero... murmuró el barón, que fué el primero que recobró la facultad de reflexionar.

— Sí, comprendo, dijo la Delfina; tenéis que hacer preparativos, ¿no es verdad?

— Sin duda, señora, respondió Taverney.

— Lo supongo; pero esos preparativos no pueden ser muy largos.

Una triste sonrisa que asomó á los labios de Andrea y Felipe, mientras en los del padre asomó una bien amarga, le detuvo en esa vía, cruel para el amor propio de los Taverney.

— Sin duda que no, si he de juzgar por vuestro deseo de complacerme, añadió la Delfina. Además, aguardad; yo os dejaré una de mis carrozas para que os conduzca detrás de mí. Vamos, señor gobernador, ayudadme.

El gobernador se aproximó.

— Dejo una carroza al señor de Taverney, á quien llevo á París con la señorita Andrea, dijo la Delfina. Nombrad alguno para acompañar esa carroza y hacer que la reconozcan por mía.

— Al momento, señora, respondió el barón de Stainville. Adelantaos, señor de Beausire.

Un joven de veinticuatro á veinticinco años, de andar seguro, y de ojo vivo é inteligente, salió de las filas de la escolta y se adelantó con el sombrero en la mano.

— Guardaréis una carroza para el señor de Taverney, dijo el gobernador, y la acompañaréis.

— Velad por que se nos incorpore muy pronto, dijo la Delfina, os autorizo á que toméis tiros dobles, si es preciso.

— Esta brusca partida no os causa demasiada pena, ¿no es verdad, caballero? preguntó la Delfina.

— Estamos á las órdenes de V. A., respondió el barón.

— ¡Adiós! adiós! dijo la Delfina con una sonrisa.

¡ Al coche, señores!... ¡ señor Felipe, á caballo!

Felipe besó la mano de su padre, abrazó á su hermana, y montó á caballo.

Un cuarto de hora después, de toda aquella cabalgata arremolinada como la nube de la vispera, no quedó en la calle de árboles de Taverney más que un joven sentado en el poyo de la puerta, el cual, pálido y triste, seguía con ojos ávidos las últimas nubes de polvo que levantaban á lo lejos los rápidos pies de los caballos.

Ese joven era Gilberto.

Durante este tiempo, el barón, que había quedado solo con Andrea, no había recobrado aun el uso de la palabra.

Era singular el espectáculo que presentaba el salón de Taverney.

Andrea, con las manos juntas, reflexionaba en aquella multitud de acontecimientos extraños, inesperados, inauditos, que acababan de pasar súbitamente á través de su vida tan sosegada, y creía soñar.

El barón despinzaba sus cejas grises, en las cuales sobresalían largos pelos retorcidos, y tijereteaba la chorrera de su camisa.

Nicole, pegada á la puerta, miraba á sus amos.

La Brie, con los brazos colgando y la boca abierta, miraba á Nicole.

El barón fué el primero que volvió en sí.

— ¡ Tunante! gritó á La Brie, te estás ahí como una estatua, mientras ese gentilhomme, ese exento de la casa real, aguarda afuera.

La Brie dió un salto de lado, enredándose la pierna izquierda con la derecha, y desapareció dando traspiés.

Pasado un instante, volvió.

— Señor, dijo, ese gentilhomme está abajo.]

— ¿ Y qué hace ?

— Está dando de comer pimprinelas á su caballo.

— Déjale que se las dé. ¿ Y la carroza ?

— La carroza está en la calle de árboles.

— ¿ Con los tiros puestos ?

— De cuatro caballos. ¡ Oh, qué hermosos animales, señor! Están comiendo los granados del parterre.

— Los caballos del rey tienen el derecho de comer lo que se les antoja. Á propósito, ¿ y el brujo ?

— Señor, el brujo ha desaparecido.

— Dejando la mesa puesta, dijo el barón; eso no es creíble. Ya volverá, ó alguno por él.

— No lo creo, dijo La Brie. Gilberto le ha visto marchar con su furgón.

— ¡ Gilberto le ha visto marchar con su furgón! repitió el barón pensativo.

— Sí, señor.

— Ese haragán de Gilberto todo lo ve. Ve á hacer la maleta.

— Está hecha, señor.

— ¿ Cómo es eso de está hecha ?

— Sí; desde que oí la orden de la señora Bellina, entré en el cuarto del señor barón, y empaqueté sus vestidos y ropa blanca.

— ¿ Quién te mete á ti en eso, tunante ?

— Pardiez, señor, he creído acertar anticipándome á sus deseos.

— ¡ Imbécil! Vamos, ayuda á mi hija.

— Gracias, padre mio, tengo á Nicole.

El barón se puso á reflexionar de nuevo.

— Pero, archibruto, dijo á La Brie, ¿ hay una cosa imposible!

— ¿Cuál, señor?

— Y en la que tú no has pensado, porque tú no piensas en nada.

— Decid, señor.

— El que S. A. R. haya partido sin dejar alguna cosa al señor de Beausire, ó que el brujo haya desaparecido sin dar á Gilberto algún recado.

En este momento oyóse en el patio como un pequeño silbido.

— Señor, dijo La Brie.

— ¿Qué hay?

— Que llaman.

— ¿Quién llama?

— Aquel caballero.

— ¿El exento del rey?

— Sí, y allí está Gilberto que se pasea como si tuviese algo que decir.

— Entonces, véte, animal.

La Brie obedeció con su prontitud acostumbrada.

— Padre mío, dijo Andrea acercándose al barón, comprendo lo que os atormenta en este momento. Tengo, como sabéis, treinta luises, y este hermoso reloj guarnecido de diamantes que la reina Maria Lec-sinska ha regalado á mi madre.

— Sí, hija mía, sí, bien está, dijo el barón; pero guárdalo, guárdalo, pues te hará falta un hermoso traje para tu presentación.... Entretanto, yo soy quien debe buscar recursos, pero silencio, que ahí viene La Brie.

— Señor, exclamó La Brie al entrar, y trayendo en una mano una carta y en la otra algunas monedas de oro; señor, he aquí lo que la Delfina ha dejado para mí... ¡Diez luises! diez luises, señor!

— ¿Y esa carta, tunante?

— ¡Ah! esta carta es para vos, señor; es del brujo.

— ¡Del brujo! ¿y quién te la ha entregado?

— Gilberto.

— Bien te lo decía yo, doble bruto; dámela, dámela pronto.

El barón arrancó la carta á La Brie, abrióla precipitadamente y leyó para sí:

« Señor barón, desde que una augusta mano ha tocado esta vajilla en vuestra casa, os pertenece; guardadla, pues, como una reliquia, y pensad algunas veces en vuestro reconocido huésped.

» JOSÉ BÁLSAMO. »

— ¡La Brie! gritó el barón después de reflexionar un momento.

— ¿Señor?

— ¿No hay un buen platero en Bar-le-Duc?

— ¡Oh! sí, señor, el que ha vuelto á soldar el vaso de plata de la señorita Andrea.

— Está bien, Andrea, pon á parte el vaso en que ha bebido S. A. R., y hay que coloquen en la carroza el resto del servicio. Y tú, majadero, anda á la bodega, y haz que sirvan á ese gentilhombre lo que queda de buen vino.

— Una botella, señor, dijo La Brie con profunda melancolía.

— Es todo lo que se necesita.

La Brie salió.

— Vamos, Andrea, continuó el barón cogiendo las dos manos de su hija: vamos; ánimo, hija mía. Vamos á la corte, en donde hay muchos títulos vacantes, muchas abadías que dar, no pocos regimientos sin coronel, y buen número de pensiones en barbecho. La corte es un bello país, muy iluminado por el sol. Ponte siempre, hija mía, del lado donde éste luzca, pues eres linda de ver. Ve, hija mía, ve.

Andrea salió á su vez, después de haber presentado su frente al barón.

Nicole la siguió.

— ¡Hola! ¡monstruo de La Brie! gritó Taverney saliendo el último: ¡cúdame bien al señor exento! ¿lo entiendes?

— Sí, señor, respondió La Brie desde el fondo de la bodega.

— Yo, continuó el barón trotando hacia su cuarto, yo voy á arreglar mis papeles... Que dentro de una hora nos hallemos fuera de este tabuco, ¿lo oyes, Andrea?... Al cabo saldré bien de Taverney, y por la buena puerta aun... Es verdad que me voy haciendo supersticioso como un diablo... Pero despáchate, miserable La Brie.

— Señor, he tenido que ir á tientas, pues no queda ninguna vela en el castillo.

— Tiempo era, á lo que parece, dijo el barón.

XV

Los veinte luses de Nicole

Andrea, de vuelta ya en su cuarto, activaba los preparativos de su marcha, ayudada por Nicole con un ardor que disipó pronto la nube que se había levantado entre ella y su ama, con motivo de la escena de la mañana.

Mirábala Andrea al soslayo y se sonreía viendo que no tendría necesidad de perdonar.

— Es una buena muchacha, se decía por lo bajo, muy afecta á la casa y agradecida; tiene sus debilidades, como toda criatura humana las tiene. ¡Olvidemos!

Nicole, por su parte, no era muchacha capaz de perder de vista la fisonomía de su ama, y observaba la benevolencia creciente que en su hermosa y tranquila cara se pintaba.

— ¡Qué necia soy! pensó. Estaba cerca de indisponerme, por causa de ese bribonzuelo de Gilberto, con la señorita que me lleva á París, en donde casi siempre se hace fortuna.

Era difícil que en esta rápida pendiente no se encontrasen dos simpatías, rodando la una hacia la otra, y que, encontrándose, no se pusiesen en contacto.

Andrea habló la primera.

— Mete mis encajes en un cartón, le dijo.

— ¿En qué cartón, señorita? preguntó la camarera

— ¡Hola! ¡monstruo de La Brie! gritó Taverney saliendo el último: ¡cúdame bien al señor exento! ¿lo entiendes?

— Sí, señor, respondió La Brie desde el fondo de la bodega.

— Yo, continuó el barón trotando hacia su cuarto, yo voy á arreglar mis papeles... Que dentro de una hora nos hallemos fuera de este tabuco, ¿lo oyes, Andrea?... Al cabo saldré bien de Taverney, y por la buena puerta aun... Es verdad que me voy haciendo supersticioso como un diablo... Pero despáchate, miserable La Brie.

— Señor, he tenido que ir á tientas, pues no queda ninguna vela en el castillo.

— Tiempo era, á lo que parece, dijo el barón.

XV

Los veinte luis de Nicole

Andrea, de vuelta ya en su cuarto, activaba los preparativos de su marcha, ayudada por Nicole con un ardor que disipó pronto la nube que se había levantado entre ella y su ama, con motivo de la escena de la mañana.

Mirábala Andrea al soslayo y se sonreía viendo que no tendría necesidad de perdonar.

— Es una buena muchacha, se decía por lo bajo, muy afecta á la casa y agradecida; tiene sus debilidades, como toda criatura humana las tiene. ¡Olvidemos!

Nicole, por su parte, no era muchacha capaz de perder de vista la fisonomía de su ama, y observaba la benevolencia creciente que en su hermosa y tranquila cara se pintaba.

— ¡Qué necia soy! pensó. Estaba cerca de indisponerme, por causa de ese bribonzuelo de Gilberto, con la señorita que me lleva á París, en donde casi siempre se hace fortuna.

Era difícil que en esta rápida pendiente no se encontrasen dos simpatías, rodando la una hacia la otra, y que, encontrándose, no se pusiesen en contacto.

Andrea habló la primera.

— Mete mis encajes en un cartón, le dijo.

— ¿En qué cartón, señorita? preguntó la camarera

— ¿Qué sé yo?... ¿no tenemos ninguno?

— Sí tal, yo tengo en mi cuarto el que me ha dado la señorita.

Y Nicole corrió á buscar el cartón, con tan fina voluntad, que acabó de determinar á Andrea á olvidar enteramente lo ocurrido.

— Pero ese cartón es tuyo, dijo á Nicole al volver, y puedes necesitarlo, pobre criatura.

— ¡Pardiez! si la señorita lo necesita más que yo, como, en definitiva, el cartón es suyo....

— Cuando una piensa tomar estado, replicó Andrea, nunca tiene sobrados muebles. Así, más lo necesitas tú que yo en este momento.

Nicole se ruborizó.

— Necesitas cartones, continuó Andrea, para guardar tus galas de boda.

— ¡Oh! señorita, dijo alegremente Nicole meneando la cabeza, mis galas de boda serán fáciles de guardar y no ocuparán grande espacio.

— ¿Por qué? si te casas, Nicole, quiero que seas feliz, y hasta rica.

— ¡Rica!

— Sí, rica: en proporción, sin duda.

— ¿Luego la señorita me ha hallado un asentista?

— No, pero te he hallado un dote.

— ¿En verdad, señorita?

— ¿Sabes lo que hay en mi bolsillo?

— Sí, señorita; veinticinco luises de oro.

— Pues bien; esos veinticinco luises son tuyos, Nicole.

— ¡Veinticinco luises! eso es una fortuna, exclamó Nicole arrebatada de gozo.

— ¡Tanto mejor si dices eso seriamente, pobre muchacha!

— ¿Y la señorita me regala sus veinticinco luises?

— Te los regalo.

Nicole tuvo un momento de sorpresa seguido de emoción; luego, asomándole las lágrimas á los ojos, se arrojó á la mano de Andrea, y la besó.

— Entonces estará contento tu marido, ¿no es verdad? dijo la señorita de Taverney.

— Sin duda estará muy contento, respondió Nicole; á lo menos así lo espero, señorita.

Y se puso á pensar que lo que había causado la repulsa de Gilberto, era sin duda el temor de la miseria, y que ahora que estaba rica, tal vez parecería más apetecible al ambicioso joven. Entonces se prometió ofrecer en el mismo instante á Gilberto su parte de la pequeña fortuna que ella debía á la liberalidad de Andrea, queriendo ganarlo por medio de la gratitud é impedirle de correr al mal. Tal era la parte verdaderamente generosa del proyecto de Nicole, aunque tal vez un malévolo comentador de sus sueños habría descubierto en toda esa generosidad un pequeño germen de orgullo, una necesidad involuntaria de humillar al que la había humillado á ella.

Pero debemos añadir, para responder á ese pesimista, que en aquel momento estamos casi seguros de que la suma de las buenas intenciones de Nicole dejaba muy atrás la de las malas.

Andrea la miraba cómo estaba pensativa.

— ¡Pobre criatura! dijo suspirando. Ella que, indolente, podría ser tan feliz.

Nicole oyó estas palabras y se estremeció. En efecto, estas palabras dejaban entrever á la frívola joven todo un Eldorado de seda, de diamantes y amor, en el que ni siquiera había pensado Andrea, quien cifraba toda su felicidad en la vida tranquila.

Y sin embargo, Nicole separó la vista de esa nube de oro y púrpura, que pasaba por su horizonte... Resistió.

— En fin, señorita, acaso seré feliz aquí, dijo, feliz en pequeño.

— Piénsalo bien, hija mía.

— Sí, señorita, ya lo pensaré.

— Obrarás con cordura: procura ser feliz á tu manera, pero déjate ya de locuras.

— Es verdad, señorita, y ya que se presenta la ocasión, me alegro de decir á la señorita que era yo bien loca, y sobre todo bien culpable: perdóneme la señorita, cuando una ama....

— ¿Luego tú amas seriamente á Gilberto?

— Sí, señorita; yo... le amaba, respondió Nicole.

— ¡Es increíble! dijo Andrea sonriendo; ¿luego algo has debido hallar en ese muchacho que te agrada-se? La primera vez que yo le vea, es preciso que le mire bien á ese señor Gilberto, que así roba los corazones.

Nicole miró á Andrea con una última duda. ¿Andrea, al hablar así, usaba de profunda hipocresía, ó se dejaba llevar de su perfecta mocencia?

Tal vez Andrea no había mirado á Gilberto; esto era lo que se decía Nicole: pero, de seguro, Gilberto había mirado á Andrea, se decía también.

Antes de hacer la pregunta que proyectaba, quiso enterarse bien de todo.

— ¿No viene Gilberto con nosotros á Paris, señorita? preguntó Nicole.

— ¿Y para qué? replicó Andrea.

— Pero...

— Gilberto es un criado, y no puede ser mayor-domo de una casa parisiense. Los ociosos de Taverny, mi querida Nicole, son como los pájaros que gorjean en las ramas de mi jardinito y en los setos del bosque. El suelo, por pobre que sea, los alimenta; pero un ocioso en Paris cuesta demasiado caro, y nosotros no

podríamos tolerarlo allí con los brazos cruzados.

— Pero si yo me caso con él, balbuceó Nicole.

— Y bien, Nicole, si te casas con él, viviréis los dos en Taverny, dijo Andrea con tono firme, y nos cuidaréis esta casa que mi madre amaba tanto.

Nicole quedó aturdida con este golpe; imposible hallar el menor misterio en las palabras de Andrea. Esta renunciaba á Gilberto sin segunda intención, sin sombra de pesar; entregaba á otra aquel á quien había honrado con su preferencia la vispera: era incomprensible.

— Sin duda son así las señoritas de calidad, se dijo Nicole; por eso he visto tan pocos pesares vehementes en el convento de las Anunciadas, y sin embargo; cuántas intrigas!

Andrea adivinó probablemente las vacilaciones de Nicole; probablemente vió también su espíritu fluctuar entre la ambición de los placeres parisienses y la dulce y tranquila medianía de Taverny, pues con una voz dulce, aunque firme:

— Nicole, le dijo, la resolución que vas á tomar, tal vez decidirá de toda tu vida; reflexiona, pues, querida hija; aun te queda una hora para decidirte. Una hora es muy poco sin duda, pero te creo pronta en tus decisiones; mi servicio ó tu marido, yo ó Gilberto. No quiero estar servida por una mujer casada; detesto los secretos de los matrimonios.

— ¡Una hora, señorita! repitió Nicole, ¡una hora!

— Una hora.

— Y bien; la señorita tiene razón, es todo lo que necesito.

— Vamos, reúne todos mis vestidos, y no olvides los de mi madre que, como sabes, venero como reliquias, y vuelve á decirme tu resolución. Cualquiera que sea, ahí tienes tus veinticinco luises. Si te casas,

es tu dote; si me sigues, son tus dos primeros años de soldada.

Nicole tomó el bolsillo de las manos de Andrea y lo besó.

La joven no quería sin duda perder un segundo de la hora que le había acordado su ama, porque se lanzó fuera de la sala, descendió rápidamente la escalera, atravesó el patio y se perdió en la calle de árboles.

Andrea la vió alejarse, murmurando:

— ¡Pobre muchacha, que podía ser feliz! ¡Tan dulce es, pues, el amor?

Cinco minutos después, sin duda con el mismo objeto de no perder tiempo, Nicole llamaba á los vidrios del cuarto bajo en que habitaba Gilberto, condecorado tan generosamente por Andrea con el nombre de ocioso, y por el barón con el de haragán.

Gilberto tenía la espalda vuelta á aquella ventana, que daba á la calle de árboles, y estaba revolviendo no se sabe qué en el fondo del cuarto.

Al ruido de los dedos de Nicole redoblando sobre los vidrios, abandonó, como un ladrón sorprendido en flagrante delito, la obra que le ocupaba, y se volvió más pronto que si un resorte de acero le hubiese hecho moverse.

— ¡Ah! ¿es usted, Nicole? dijo.

— Sí, yo soy, respondió la joven á través de los vidrios con un aire decidido, pero risueño.

— Entonces, sea usted bienvenida, Nicole; dijo Gilberto yendo á abrir la puerta.

Nicole, sensible á esta primera demostración de Gilberto, le alargó la mano que él estrechó en la suya.

— Esto no va mal, pensó ella, adiós viaje de París.

Y preciso es alabar sinceramente á Nicole, pues no acompañó esta reflexión más que con un suspiro.

— Ya sabe usted, Gilberto, dijo la joven poniéndose

dé codos sobre la ventana, que se van de Taverney

— Lo sé, respondió Gilberto.

— ¿Sabe usted adónde van?

— Á París.

— ¿Y sabe usted también que yo soy del viaje?

— No, eso no lo sabía.

— ¿Y bien?

— ¡Y bien! La felicito á usted, si es que eso la agrada.

— ¿Cómo ha dicho usted? preguntó Nicole.

— He dicho, si eso la agrada; me parece, que es cosa clara.

— Me agrada... eso es según, replicó Nicole.

— ¿Qué quiere usted decir? pregunto yo á mi vez.

— Quiero decir que dependería de usted el que eso no me agradase.

— No comprendo, dijo Gilberto sentándose sobre la ventana, de suerte que sus rodillas rozaban los brazos de Nicole y podían continuar su conversación, medio ocultos por las enredaderas de albohóles y capuchinas enrolladas al rededor de sus cabezas.

Nicole miró tiernamente á Gilberto.

Pero Gilberto hizo un movimiento de hombros que quería decir que no comprendía más las miradas que las palabras.

— Está bien... ya que es preciso decírselo todo, escuche usted, le dijo Nicole.

— Ya escucho, respondió friamente Gilberto.

— La señorita me ofrece llevarme á París.

— Bueno, dijo Gilberto.

— Á menos que...

— ¿Á menos que?... repitió el joven.

— Á menos que yo tenga con quien casarme aquí.

— ¿Conque sigue usted en su empeño de casarse? preguntó Gilberto impasible.

— Sí, especialmente desde que soy rica, repitió Nicole.

— ¡ Ah ! ¿ es usted rica ? preguntó Gilberto con una flema que desbarató las sospechas de Nicole.

— Muy rica, Gilberto.

— ¡ Verdaderamente !

— Sí.

— ¿ Y cómo se ha hecho ese milagro ?

— Me ha dotado la señorita.

— Es una grande dicha, y la felicito á usted, Nicole.

— Mire usted, dijo la joven agitando en su mano los veinticinco luises.

Y diciendo esto, miraba á Gilberto para sorprender en sus ojos algún rayo de gozo, ó cuando menos de codicia.

Gilberto no pestañeó siquiera.

— ¡ A fe mía que es una buena cantidad ! dijo él.

— Y no es esto solo, continuó Nicole, el señor barón va á hacerse rico. Piensan en reedificar la Casa-Roja y hermosear Taverney.

— Lo creo bien.

— Y entonces el castillo necesitará ser cuidado.

— Sin duda.

— Y bien; la señorita da el empleo de.....

— De conserje al feliz esposo de Nicole, continuó Gilberto con una ironía no ya tan disimulada que no chocase á los finos oídos de Nicole.

Sin embargo se contuvo.

— El feliz esposo de Nicole, replicó ésta, ¿ no es alguno á quien usted conoce, Gilberto ?

— ¿ De quién quiere usted hablar, Nicole ?

— Veamos... ¿ acaso se va usted haciendo imbécil, ó no hablo yo ya francés ? exclamó la joven que comenzaba á impacientarse con este juego.

— Entiendo á usted á las mil maravillas, dijo Gil-

berto; usted me ofrece casarse conmigo, ¿ no es así, señorita Legay ?

— Sí, señor Gilberto.

— Y desde que usted se ha hecho rica, se apresuró á decir éste, conserva usted hacia mí esas intenciones: en verdad que la estoy muy agradecido.

— ¿ En verdad ?

— Sin duda.

— Pues bien, dijo francamente Nicole, déme usted esos cinco.

— ¿ Yo ?

— Usted acepta, ¿ no es verdad ?

— No, señora.

Nicole dió un salto.

— Oiga usted, le dijo; usted tiene un mal corazón, ó cuando menos una mala alma, Gilberto, y créame usted, lo que está haciendo en este momento no le ha de acarrear ningún bien. Si yo amaba á usted todavía, y si en lo que acabo de hacer, hubiese sido llevada más que por un punto de honor y probidad, me desgarraría usted el alma. Pero, á Dios gracias, he querido que no se dijera que Nicole, después de rica, despreciaba á Gilberto y le devolvía un martirio por un insulto. Ahora, Gilberto, todo está acabado entre nosotros.

Gilberto hizo un gesto de indiferencia.

— Lo que de usted pienso, no lo puede usted dudar, dijo Nicole. ¿ Decirme yo; yo, cuyo carácter conoce usted que es tan libre é independiente como el suyo; decirme yo á sepultarme aquí cuando me aguarda París ! ¿ París que será mi teatro ! ¿ comprende usted ? ¿ Decirme á ver todo el día, todo el año, toda la vida, esa fría é impenetrable cara tras la que tantos viles pensamientos se ocultan ! Esto era un sacrificio, usted no lo ha comprendido, tanto peor

para usted. No digo que usted me echará de menos, Gilberto; digo que me temerá y que se avergonzará de ver el estado á que me habrá arrastrado su desprecio de este día. Yo podía volver á ser honrada; faltábame una mano, una mano amiga para detenerme en el borde del abismo á que estoy inclinada, á que me deslizo, ó donde voy á caer. He gritado: Ayúdeme usted, sosténgame; y usted me ha rechazado, Gilberto. Me deslizo; si caigo en él, me pierdo... Dios pedirá á usted cuenta de este crimen. Adiós, Gilberto, adiós.

Y la orgullosa joven se volvió sin cólera, ni impaciencia, habiendo acabado, como todas las naturalezas escogidas, por dejar llegar á la superficie el fondo generoso de su alma.

Gilberto cerró tranquilamente su ventana y entró en su cabaña, en donde volvió á la misteriosa ocupación interrumpida por la llegada de Nicole.

XVI

Despedidas en Taverney

Nicole, antes de volver al lado de su ama, se detuvo en la escalera para reprimir los últimos gritos de su cólera.

Encontróla el barón inmóvil, pensativa, con la barba en la mano y las cejas contraídas; y á pesar de lo muy ocupado que estaba, al verla tan linda, la abrazó cual lo habría hecho el señor de Richelieu á los treinta años.

Nicole, vuelta en sí de su éxtasis por esa gallardía del barón, subió precipitadamente al cuarto de Andrea, que acababa de cerrar un cofrecillo.

— ¡Y bien! dijo la señorita de Taverney, ¿en qué estamos de reflexiones?

— Están hechas, señorita, respondió Nicole con un tono de los más resueltos.

— ¿Te casas?

— No, al contrario.

— ¡Ah, bah! ¿y aquel grande amor?

— Jamás me valdrá lo que las bondades de que me colma la señorita á cada instante. Yo pertenezco á la señorita, y quiero pertenecerle siempre. Conozco el ama que he tomado, ¿podría conocer tan bien al dueño que tomase?

Andrea se enterneció con aquesta manifestación de

sentimientos que estaba lejos de creer hallar en la aturrida Nicole. Se supone que ignoraba que esa misma Nicole no hacía tan buen juicio de ella.

Sonrióse, feliz de hallar una criatura humana mejor de lo que ella esperaba.

— Haces bien en tenerme apego, Nicole, replicó. No lo olvidaré nunca. Confía en mí tu suerte, hija mía, y si alguna dicha me está reservada, te prometo que participarás de ella.

— ¡Oh! señorita, estoy decidida; os sigo.

— ¿Sin pesar?

— Ciegamente.

— Eso no es responder, dijo Andrea. No quería que un día pudieses echarme en cara el haberme seguido ciegamente.

— No tendré que hacer reproches más que á mí misma, señorita.

— ¿Entonces te has entendido sobre eso con tu pretendido?

Nicole se ruborizó.

— ¿Yo? dijo.

— Sí, tú, te he visto hablar con él.

Nicole se mordió los labios. Tenía una ventana paralela á la de Andrea, y sabía bien que desde allí se veía la de Gilberto.

— Es verdad, señorita, respondió Nicole.

— ¿Y le has dicho?.....

— Le he dicho, repuso Nicole, que creyó notar que Andrea la interrogaba, y que, vuelta á sus primeras sospechas por esta falsa maniobra del enemigo, trató de responder hostilmente, le he dicho que ya no le quería.

Estaba resuelto que estas dos mujeres, la una con su pureza de diamante y la otra con su tendencia natural al vicio, no se entenderían.

Andrea siguió tomando la acrimonia de Nicole por zalamería.

Durante este tiempo, el barón completaba el tren de su bagaje. Una vieja espada que él llevaba en Fontenoy, pergaminos que acreditaban su derecho de montar en las carrozas de S. M., una colección de la *Gaceta*, y ciertas cuentas, formaban la porción más voluminosa de su haber. Como Brias, llevaba todo esto bajo el brazo.

La Brie tenía el aire de sudar, marchando encorvado bajo un baúl casi vacío.

Hallaron en la calle de árboles al exento, quien, durante todos estos preparativos, había vaciado su botella hasta la última gota.

El galán había observado la delicada cintura y la contorneada pierna de Nicole, y no cesaba de rodar desde el estanque á los castaños para remirar á aquella hechicera corretona que tan pronto aparecía como desaparecía bajo los árboles.

El señor de Beausire, como hemos dicho que se llamaba, salió de su contemplación por la invitación que el barón le hizo de mandar traer la carroza. Saludó al señor de Taverney, y con voz sonora mandó al cochero entrar en la calle de árboles.

Entró la carroza, y La Brie colocó el baúl sobre sus resortes con indecible gozo y orgullo.

— ¡Conque voy á subir en las carrozas del rey! murmuró arrebatado por su entusiasmo y creyendo estar solo.

— Detrás, buen amigo, replicó Beausire con protectora sonrisa.

— ¿Cómo! ¿lleváis á La Brie? dijo Andrea al barón; ¿entonces quién ha de cuidar de Taverney?

— ¡Pardiez! ese haragán de filósofo.

— ¿Gilberto

— Sin duda. ¿No tiene una escopeta?

— ¿Pero con qué se ha de alimentar?

— ¡Con su escopeta, pardiez! Y no dejará de regalarse; no tengas cuidado; no faltan en Taverney tordos y mirlos.

Andrea miró á Nicole, y ésta se echó á reír.

— He ahí cómo tú te quejas, mal corazón, dijo Andrea.

— ¡Oh! es muy diestro, señorita, replicó Nicole, y no tengáis cuidado, que no se dejará morir de hambre.

— Señor, es preciso dejarle uno ó dos luises, dijo Andrea al barón.

— Para echarlo á perder. Bueno, bastante vicioso es ya.

— No, para que pueda vivir.

— Ya se le enviará algo, si grifa.

— ¡Bah! dijo Nicole, no os inquietéis, que no gritará.

— No importa, dijo Andrea, déjale tres ó cuatro pistolás.

— No las aceptará.

— ¡No las aceptará! ¿Tan orgulloso es tu señor Gilberto?

— ¡Oh! señorita, á Dios gracias, ya no es el mío.

— Vamos, vamos, dijo Taverney para poner fin á estos debates que fatigaban su egoísmo. Dejemos con mil diablos á Gilberto, pues nos está aguardando la carroza; subamos en el coche, hija mía.

Andrea no replicó; saludó con una mirada al pequeño castillo y entró en la pesada y maciza carroza.

El señor de Taverney se colocó al lado de ella. La Erie, vestido con su magnífica librea, y Nicole, que parecia no haber conocido nunca á Gilberto, se instalaron en el pescante. El cochero montó uno de los caballos como postillón.

— Pero ¿en dónde se coloca el señor exento? gritó Taverney.

— A caballo, señor barón, á caballo, respondió Beausire mirando á Nicole, que se ruborizaba de satisfacción por haber reemplazado tan pronto á un grosero paisano con un elegante caballero.

Bien pronto se puso en movimiento el coche bajo los esfuerzos de cuatro vigorosos caballos, y los árboles de aquella calle tan conocida de Andrea comenzaron á deslizarse y perderse de vista uno á uno, tristemente inclinados bajo el viento del Este, como para decir el último adiós á los dueños que los abandonaban. Llegaron cerca de la puerta cochera.

Gilberto se había colocado en aquella puerta, derecho, inmóvil, con el sombrero en la mano, y no miraba á Andrea aunque la veía. Esta, inclinada del otro lado de la portezuela, trataba de ver el más tiempo posible su querida casa.

— Deténgase usted un poco, gritó el señor de Taverney al postillón.

Este se paró.

— Hola, señor haragán, dijo el barón á Gilberto, va usted á ser muy feliz: queda usted ahí solo, como debe estar un verdadero filósofo, sin nada que hacer, y sin que nadie le sermonee. A lo menos, procure usted que no arda el fuego mientras usted duerma, y cuide de Mahon.

Gilberto se inclinó sin responder. Creía sentir la mirada de Nicole abrumarle con un peso insoportable; temía ver á la joven triunfante é irónica, y temía esto como puede temerse el contacto de un hierro candente.

— ¡En marcha, postillón! gritó el señor de Taverney.

Nicole no se había reído, como temía Gilberto; y hasta había tenido que recurrir más que á su fuerza

habitual, más que á su valor personal, para no com- padecerse en alta voz del pobre muchacho, á quien abandonaban sin pan, sin porvenir y sin ningún consuelo; habia tenido que mirar al señor de Beausire, que tan hermoso continente tenia sobre su caballo caracoleando.

Como Nicole miraba al señor de Beausire, no pudo ver que Gilberto devoraba á Andrea con la vista.

Andrea nada veía á través de sus ojos bañados de lágrimas, más que la casa en que ella habia nacido, y en que su madre habia muerto.

El carruaje desapareció. Gilberto, que un instante antes tan poca cosa era ya para los viajeros, comenzaba á no ser absolutamente nada.

Taverney, Andrea, Nicole y La Brie, pasando de la puerta del castillo, acababan de entrar en un mundo nuevo.

Cada uno estaba absorto en su idea.

El barón calculaba que en Bar-le-Due le prestarían fácilmente cinco ó seis mil libras sobre el servicio dorado de Bálamo.

Andrea recitaba en voz muy baja una corta oración que le habia enseñado su madre, para alejar de sí el demonio del orgullo y de la ambición.

Nicole arreglaba su pañoleta descompuesta más de lo regular por el viento, con gran placer del señor de Beausire.

La Brie contaba en el fondo de su bolsillo los diez luises de la reina y los dos de Bálamo.

El señor de Beausire galopaba.

Gilberto cerró la gran puerta de Taverney, cuyas hojas rechinaron como de ordinario, por falta de aceite. Después corrió á su cuartito, separó su cómoda de encina, tras la cual se hallaba un paquete ya arreglado, y pasó la punta de un bastón de cornizo por

entre los nudos de este paquete envuelto en una servilleta. Luego, descubriendo su cama de tijera formada de un colchón relleno de heno, vació el colchón, y bien pronto encontraron sus manos un papel doblado, de que se apoderó. Este papel contenía un escudo de seis libras, muy pulido y brillante, que tal vez eran todas las economías de Gilberto de tres ó cuatro años. Abrió el papel, miró el escudo para asegurarse bien de que era el mismo, y lo metió en el bolsillo de sus calzones, protegido por su papel.

Mahón aullaba, saltando en toda la longitud de su cadena; el pobre animal gemía de verse así abandonado sucesivamente por todos sus amigos; porque, con su admirable instinto, adivinaba que también Gilberto iba á abandonarle. Así es, que cada vez aullaba con más fuerza.

— ¡ Calla, Mahón, le gritó Gilberto, calla !

Luego, como sonriendo al paralelo antitético que á su espíritu se presentaba :

— ¿ No me abandonaban á mí como á un perro ? añadió, ¿ por qué no se te habia de abandonar como á un hombre ?

Después reflexionando :

— Pero me abandonaban dejándome libre ; á lo menos libre para buscarme mi vida á mi manera. Pues bien ; sea así, Mahón, voy á hacer por ti lo que hacían por mí, ni más ni menos.

Y corriendo al nicho y soltando la cadena de Mahón :

— Ya estás libre, le dijo, busca tu vida como Dios te dé á entender.

Mahón saltó hacia la casa, cuyas puertas halló cerradas, luego se lanzó hacia las ruinas, y Gilberto le vió desaparecer por entre la espesura del bosque.

— Bien, dijo. Ahora veremos quién tiene más instinto entre el perro y el hombre.

Dicho esto, salió Gilberto por la pequeña puerta que cerró con dos vueltas, y arrojó la llave por encima de la muralla al estanque, con esa destreza que tienen los paisanos para lanzar piedras.

Pero como la naturaleza, monótona en la generación de los sentimientos, es variada en su manifestación, Gilberto experimentó al dejar á Taverney alguna cosa parecida á lo que había experimentado Andrea. Sólo que de parte de Andrea era el sentimiento del tiempo pasado, y de la de Gilberto la esperanza de un tiempo mejor.

— ¡Adiós! dijo volviéndose para ver por última vez el pequeño castillo, cuyo techo se percibía perdido entre el ramaje de los sicomoros y en las flores de los ébanos. ¡Adiós, casa en que tanto he sufrido, en que todos me han detestado, en que me arrojaban el pan diciéndome que lo robaba! ¡Adiós! maldita seas! ¡Mi corazón rebosa de alegría y se siente libre desde que estoy fuera de tus muros! ¡Adiós, cárcel! ¡Adiós, infierno, cueva de tiranos, adiós para siempre, adiós!

Y, hecha esta imprecación, acaso menos poética pero no menos significativa que otras muchas, Gilberto tomó vuelo para correr tras la carroza cuyo lejano ruido resonaba aun en el espacio.

XVII

El escudo de Gilberto

Al cabo de una hora de desenfrenado correr, Gilberto lanzó un grito de gozo; acababa de percibir á un cuarto de legua de sí el coche del barón que subía una pendiente.

Gilberto sintió entonces un verdadero movimiento de orgullo, porque se dijo que con los solos recursos de su juventud, de su vigor é inteligencia, iba á igualar los recursos de la riqueza, del poder y de la aristocracia.

Entonces si que hubiera podido el señor de Taverney llamar á Gilberto un filósofo, viéndole caminar con un palo en la mano, un ligero bagaje atado á un ojal, dando rápidas zancadas, saltando desde los talus para economizar el terreno, y parándose á cada momento como para decir desdeñosamente á los caballos:

— No marcháis con bastante presteza para mí, y tengo que aguardaros.

¡Filósofo! ¡oh! sí, ciertamente: lo era entonces, y mucho, si se llama filosofía al desprecio de todo goce, de toda facilidad. Ciertamente, no estaba acostumbrado á una vida muelle, pero ¿á cuántos no hace afeminados el amor?

Era pues, preciso es decirlo, un hermoso espectáculo, un espectáculo digno de Dios, padre de las cria-

— Bien, dijo. Ahora veremos quién tiene más instinto entre el perro y el hombre.

Dicho esto, salió Gilberto por la pequeña puerta que cerró con dos vueltas, y arrojó la llave por encima de la muralla al estanque, con esa destreza que tienen los paisanos para lanzar piedras.

Pero como la naturaleza, monótona en la generación de los sentimientos, es variada en su manifestación, Gilberto experimentó al dejar á Taverney alguna cosa parecida á lo que había experimentado Andrea. Sólo que de parte de Andrea era el sentimiento del tiempo pasado, y de la de Gilberto la esperanza de un tiempo mejor.

— ¡Adiós! dijo volviéndose para ver por última vez el pequeño castillo, cuyo techo se percibía perdido entre el ramaje de los sicomoros y en las flores de los ébanos. ¡Adiós, casa en que tanto he sufrido, en que todos me han detestado, en que me arrojaban el pan diciéndome que lo robaba! ¡Adiós! maldita seas! ¡Mi corazón rebosa de alegría y se siente libre desde que estoy fuera de tus muros! ¡Adiós, cárcel! ¡Adiós, infierno, cueva de tiranos, adiós para siempre, adiós!

Y, hecha esta imprecación, acaso menos poética pero no menos significativa que otras muchas, Gilberto tomó vuelo para correr tras la carroza cuyo lejano ruido resonaba aun en el espacio.

XVII

El escudo de Gilberto

Al cabo de una hora de desenfrenado correr, Gilberto lanzó un grito de gozo; acababa de percibir á un cuarto de legua de sí el coche del barón que subía una pendiente.

Gilberto sintió entonces un verdadero movimiento de orgullo, porque se dijo que con los solos recursos de su juventud, de su vigor é inteligencia, iba á igualar los recursos de la riqueza, del poder y de la aristocracia.

Entonces si que hubiera podido el señor de Taverney llamar á Gilberto un filósofo, viéndole caminar con un palo en la mano, un ligero bagaje atado á un ojal, dando rápidas zancadas, saltando desde los talus para economizar el terreno, y parándose á cada momento como para decir desdeñosamente á los caballos:

— No marcháis con bastante presteza para mí, y tengo que aguardaros.

¡Filósofo! ¡oh! sí, ciertamente: lo era entonces, y mucho, si se llama filosofía al desprecio de todo goce, de toda facilidad. Ciertamente, no estaba acostumbrado á una vida muelle, pero ¿á cuántos no hace afeminados el amor?

Era pues, preciso es decirlo, un hermoso espectáculo, un espectáculo digno de Dios, padre de las cria-

turas enérgicas é inteligentes, el de aquel joven corriendo, todo empolvado y encendido, durante una hora ó dos, hasta haber alcanzado la carroza, y descansando con delicia cuando los caballos no podían ya más. Gilberto, en aquel día, no hubiera debido inspirar más que admiración á cualquiera que le pudiese seguir con los ojos del alma como nosotros le seguimos; y ¿quién sabe aun si la soberbia Andrea, al verlo, no se habría conmovido, y si aquella indiferencia que había manifestado respecto de su pereza, no se habría convertido en estima por su energía?

Así se pasó la primera jornada. El barón se detuvo aun una hora en Bar-le-Duc, lo cual dió á Gilberto todo el tiempo necesario, no sólo para alcanzarle, sino para pasarle. Gilberto dió la vuelta á la ciudad, porque había oído la orden dada de parar en casa de un platero; luego, cuando vió llegar la carroza, se ocultó tras un arbolado, y pasada que fué, se puso en su seguimiento como antes.

Gilberto no había comido durante todo el día más que un poco de pan que se había llevado de Taverney, pero, en desquite, había bebido á discreción agua de un magnífico arroyo que atravesaba el camino, y cuya corriente era tan límpida y fresca, tan bordada estaba de berros y ninfeas amarillas que, á petición de Andrea, se había parado la carroza, y se había apeado Andrea misma y bebido un vaso de aquella agua en la taza de oro de la Delfina, única pieza del servicio que, á ruegos de su hija, había conservado el barón.

Oculto detrás de uno de los olmos del camino, Gilberto había observado todo eso.

Así que se alejaron los viajeros, Gilberto fué exactamente al mismo sitio, y puso el pie en el mismo cerrito en que había visto subir á Andrea, y bebió el agua en su mano, como Diógenes, de las mismas olas

en que acababa de apagar su sed la señorita de Taverney.

Luego, bien refrescado, había vuelto á emprender su camino.

Una sola cosa inquietaba á Gilberto, la de saber si la Delfina pasaría la noche en el camino. Si así lo hiciese, como era probable, puesto que después de la fatiga de que se había quejado en Taverney, seguramente tendría necesidad de descanso; si la Delfina pasaba la noche en camino, decimos, Gilberto quedaba salvado. En este caso, sin duda harían alto en San Dizier. Dos horas de sueño en una granja le bastarían á él para volver la elasticidad á sus piernas, que comenzaban ya á entumecerse; luego, pasadas esas dos horas, se pondría de nuevo en marcha, y les sacaría una ventaja de cinco á seis leguas. ¿Se anda tan bien á los diez y ocho años en una bella noche de mayo!

Llegó la noche, envolviendo el horizonte en su sombra, sin cesar más cercana, hasta que invadió el camino por donde corría Gilberto. Bien pronto, no vió del carruaje más que la gruesa linterna colocada á su lado izquierdo, cuyos reflejos hacían en el camino el efecto de una fantasma blanca, corriendo siempre despavorida por las orillas del camino.

Había entrado ya la noche. Llevaban ya andadas doce leguas, llegaron á Combles, y los equipajes parecieron detenerse un instante. Gilberto creyó que decididamente estaba en su favor el cielo. Aproximóse para oír la voz de Andrea. La carroza estaba parada, y él se deslizó en el hueco de una gran puerta, vió á Andrea al resplandor de los hachones, y la oyó preguntar qué hora era. Una voz respondió: las once. En aquel momento, Gilberto no estaba cansado, y hubiera rechazado con desprecio la oferta de subir en un coche.

Es porque ya á los ardientes ojos de su imaginación aparecía Versalles, dorado, esplendente; Versalles, la ciudad de los nobles y de los reyes. Luego, más allá de Versalles, París, sombrío, negro, inmenso: París, la ciudad del pueblo.

Y en cambio de estas visiones que recreaban su espíritu, Gilberto no habría aceptado todo el oro del Perú.

Dos cosas le sacaron de su éxtasis: el ruido que hicieron los carruajes al partir, y un golpe violento que él se dió contra un arado olvidado en el camino.

Su estómago comenzaba también á gritar ¡hambre! Afortunadamente, se decía Gilberto, tengo dinero, soy rico.

Hemos dicho que Gilberto tenía un escudo.

Hasta media noche rodaron los coches.

Á media noche llegaron á San Dizier. Allí era en donde Gilberto tenía la esperanza de que se hospedasen.

Gilberto había andado diez y seis leguas en doce horas.

Sentóse á la orilla del foso.

Pero en San Dizier no hicieron más que relevar, y Gilberto oyó el ruido de los cascabeles que se alejaban de nuevo. Los ilustres viajeros habían refrescado solamente, en medio de los hachones y de las flores.

Gilberto tuvo que apelar á todo su valor. Se puso de nuevo en marcha con una energía tal que le hizo olvidar que, diez minutos antes, le flaqueaban las piernas.

— Bien, dijo, partid, partid! También yo me detendré al momento en San Dizier, compraré pan y un pedazo de tocino, beberé un vaso de vino, que me costará todo un real, y, por mi real, me hallaré más confortado que los *amos*.

Gilberto pronunció con su énfasis ordinario la palabra *amos*, que de intento sublineamos.

Como se había prometido, Gilberto entró en San Dizier, en donde, habiendo pasado la escolta, comenzaban á cerrar las ventanas y puertas de las casas.

Nuestro filósofo vió una posada de buenas trazas, criadas bien ataviadas, criados endomingados y llenos de flores en los ojales, á pesar de ser la una de la mañana, y percibió en los grandes platos de loza pintada las aves de que se había cobrado un fuerte diezmo por los famélicos de la comitiva.

Entró resueltamente en la posada principal, en la que estaban echando la última barra á las contraventanas, y se bajó para entrar en la cocina.

La posadera estaba allí vigilando todo y contando sus ingresos.

— Dispense usted, señora, dijo Gilberto; y déme usted, si tiene á bien, un pedazo de pan y jamón.

— No hay jamón, buen amigo, respondió la posadera. ¿Quiere usted un pollo?

— No, señora, he pedido jamón, porque es lo que deseo; no me gusta el pollo.

— Entonces lo siento, amiguito, dijo la posadera, porque es lo único que hay. Pero créame usted, añadió sonriendo, no le costará á usted más el pollo que el jamón; así, tome usted un medio pollo ó uno entero por dos reales, y hará su provisión para mañana. Creíamos que S. A. R. se hospedaría en casa del señor baile, y que despacharíamos nuestras provisiones á sus equipajes, pero no ha hecho más que pasar, y he ahí nuestras provisiones perdidas.

Con tan buena ocasión y una posadera tan buena, podría creerse que Gilberto no desperdiciaría la oportunidad de hacer una buena comida, pero sería desconocer su carácter.

— ¡ Gracias ! dijo, me contento con menos, pues no soy un príncipe ni un lacayo.

— Entonces se lo regalo á usted, mi pequeño Artabán, dijo la buena mujer, y Dios le acompañe.

— No soy tampoco un mendigo, buena mujer, dijo Gilberto humillado. Yo compro y pago.

Y Gilberto, para unir el efecto á las palabras, metió majestuosamente la mano en el bolsillo de los calzones, en donde desapareció hasta el codo.

Pero por más que buscó y rebuscó, palideciendo, en aquel anchuroso bolsillo, solo sacó el papel en que estaba envuelto el escudo de seis libras. El escudo había estropeado con el movimiento la cubierta, que era vieja y macerada, luego la tela del bolsillo que estaba ya madura, y por último se había escurrido en los calzones, de donde había salido por entre la presilla que estaba suelta.

La palidez y el temblor de vergüenza de Gilberto conmovieron á la buena mujer. Muchas serían las que hubiesen triunfado de ver castigado á un orgulloso, pero ella sufría también del mismo sufrimiento tan bien pintado en las trastornadas facciones del joven.

— Vamos, mi pobre hijo, le dijo, cene usted y acuéstese aquí y mañana, si usted tiene absoluta necesidad de marchar, continuará usted su camino.

— ¡ Oh ! sí, sí ! me es indispensable, no mañana, sino en este momento.

Y, cogiendo su paquete sin querer escuchar nada, se lanzó fuera de la casa para ocultar en la oscuridad su vergüenza y su dolor.

Cerróse la contraventana. Quedó apagada la última luz de la villa, y hasta los mismos perros, fatigados del día, cesaron de ladrar.

Gilberto quedó solo, muy solo en el mundo ; porque ninguno más aislado sobre la tierra que el hombre

que acaba de separarse de su último escudo, especialmente si es el único que ha poseído en su vida !

La noche estaba oscura ; ¿ qué hacer ? Vaciló. Volver atrás á buscar su escudo, era entregarse, primero, á una pesquisa bien precaria ; y luego, esa pesquisa le separaba para siempre, ó á lo menos por mucho tiempo, de aquellos coches que él no podría alcanzar.

Resolvió pues continuar su marcha y se puso en camino ; pero no bien había andado una legua, cuando le acosó el hambre, calmada, ó más bien adormecida un instante por los padecimientos morales. Despertóse más punzante que nunca, cuando una carrera rápida comenzó á agitar la sangre del desdichado.

Luego, al mismo tiempo que el hambre, la fatiga, su compañera, comenzó á invadir los miembros de Gilberto. Con un esfuerzo inaudito, alcanzó aun otra vez la carroza. Pero hubiérase dicho que había en ello conspiración contra él. Los coches sólo se paraban para relevar, y aun esto lo hacían con tal rapidez que, en el relevo, el pobre viajero sólo pudo descansar cinco minutos.

Sin embargo, se puso de nuevo en marcha. Comenzaba á rayar el día. El sol aparecía por encima de una banda de vapores sombríos con todo el brillo y majestad de un dominador, y prometía uno de esos ardientes días de mayo que se anticipan al estío dos meses. ¿ Cómo podría Gilberto soportar el calor de medio día ?

Gilberto tuvo la idea, consoladora para su amor propio, de que los caballos, los hombres y el mismo Dios estaban coligados contra él. Pero, cual Ajax, mostró el puño al cielo, y si no dijo como él : « Yo escaparé, á pesar de los dioses, » fué porque conocía mejor su *Contrato social* que su *Odisea*.

Como lo había previsto Gilberto, llegó un momento en que comprendió la insuficiencia de sus fuerzas y lo

apurado de su situación. Terrible fué ese momento de la lucha del orgullo contra la impotencia. Un instante, la energía de Gilberto se halló doblada con toda la fuerza de su desesperación. Con un último esfuerzo, aproximóse á los coches que había perdido de vista, y volvió á verlos por entre una nube de polvo, á la que le daba un color fantástico la sangre de que estaban inyectados sus ojos. El ruido de las ruedas resonaba en sus oídos confundido con la pulsación de sus arterias. Con la boca abierta, la mirada fija, los cabellos pegados á la frente por el sudor, parecía un hábil autómatá haciendo casi los movimientos del hombre, pero con más tirantez y perseverancia. Desde la víspera, había andado veinte ó veintidós leguas; en fin, llegó el momento en que sus piernas, tronchadas, se negaron á llevarlo por más tiempo; sus ojos no veían ya, sus oídos no oían; parecía que se movía la tierra y giraba sobre sí misma; quiso gritar, y no encontró su voz; quiso contenerse sintiendo que iba á caer, y azotó el aire con sus brazos como un insensato.

En fin, la voz se abrió paso por su gáznate con gritos de rabia, y volviéndose hacia París, ó más bien en la dirección que creía debía estar París, vomitó contra los vencedores de su coraje y de sus fuerzas una serie de terribles imprecaciones. Luego, agarrando su cabello con ambas manos, dió una ó dos vueltas sobre sí mismo, cayó sobre la carretera, con la conciencia, y por consiguiente con el consuelo de haber luchado hasta el último momento, cual un héroe de la antigüedad.

Cayó redondo en tierra, los ojos amenazadores aun y los puños crispados.

Luego cerráronse sus ojos; sus músculos se pusieron tirantes; estaba desmayado.

— ¡ Cuidado ! ¡ Hola ! cuidado, rabioso ! le gritó,

en el momento de caer, una voz ronca acompañada de los chasquidos de un látigo.

Gilberto no oyó.

— ¡ Cuidado, te digo ! ó te despachurro, ¡ voto á brios !

Y acompañó á este grito un vigoroso latigazo por vía de estimulante, que alcanzó á Gilberto y ciñó su cintura con su flexible correa.

Pero Gilberto estaba insensible, y permaneció bajo los pies de los caballos, que llegaban por un camino secundario que empalmaba con el principal entre Thieblemont y Vauclere, y que en su locura no había él visto ni oído.

Un grito terrible salió del carruaje, al que arrebatában los caballos como á una pluma el huracán.

El postillón hizo un esfuerzo sobrehumano, pero á pesar de ese esfuerzo no pudo contener el caballo delantero, el cual saltó por encima de Gilberto, pero logró detener los otros dos bajo su mano más que el primero. Una mujer sacó la mitad del cuerpo de la caja del carruaje.

— ¡ Oh, Dios mío ! exclamó asustada, ¿ está este infeliz muchacho despachurrado ?

— ¡ Á fe mía, señora ! respondió el postillón tratando de distinguir alguna casa á través del polvo levantado por las piernas de los caballos : ¡ á fe mía que así parece !

— ¡ Pobre loco ! ¡ pobre muchacho ! ¡ No hay que moverse de aquí ! ¡ Pare usted, pare usted !

Y la viajera, abriendo la portezuela, se precipitó fuera del carruaje.

El postillón había echado ya pie á tierra y estaba ocupado en sacar de entre las ruedas el cuerpo de Gilberto, que él creía ensangrentado y muerto.

La viajera ayudó al postillón con todas sus fuerzas.

— ¡ Vaya un lance ! exclamó éste : ¡ ni siquiera un araño, ni una sola coz !

— Pero, sin embargo, está desmayado.

— De miedo, sin duda. Pongámoslo en el foso, y puesto que la señora tiene prisa, sigamos nuestro camino.

— ¡ Imposible ! No puedo abandonar este muchacho en tal estado.

— ¡ Bah ! nada tiene y ya volverá en sí naturalmente.

— No, no. ¡ Tan joven ! ¡ pobre criatura ! Es alguno que se habrá escapado del colegio, y que habrá querido emprender un viaje superior á sus fuerzas. Mire usted qué pálido está ; se moriría... No, no ; no le abandonaré. Póngalo usted en la berlina, sobre la banqueta de delante.

El postillón obedeció. La señora había vuelto á entrar en el coche. Gilberto fué depositado transversalmente sobre un buen almohadón, con la cabeza apoyada contra los mullidos tableros de la carroza.

— ¡ Ahora, en marcha ! continuó la joven señora ; hemos perdido diez minutos ; una pistola por esos diez minutos.

El postillón hizo chasquear su látigo por encima de su cabeza, y los caballos, que conocían esta señal amenazadora, partieron al gran galope.

XVIII

En donde Gilberto comienza á no sentir tanto la pérdida de su escudo

Cuando Gilberto volvió en sí, que fué al cabo de algunos minutos, no se sorprendió poco de verse colocado, por decirlo así, sobre los pies de una joven que lo miraba con atención.

Tenia ésta de veinticuatro á veinticinco años, grandes ojos garzos, nariz arremangada, mejillas algo tostadas por el sol meridional ; una boca pequeñita, de un dibujo caprichoso y delicado, daba á su fisonomía franca y jovial un carácter pronunciado de finura y circunspección. Tenía los más hermosos brazos del mundo, que, en aquel momento, se modelaban en unas mangas de terciopelo morado con botones de oro. Los ondulantes pliegues de una basquiña de seda gris á grandes ramos, ocupaban casi todo el coche. Porque Gilberto, no menos sorprendido que de todo lo demás, percibió que se hallaba en un coche arrastrado por el galope de tres caballos de posta.

Como la fisonomía de la señora era risueña y expresaba el interés, Gilberto se puso á mirarla, hasta que se aseguró de que no soñaba.

— ¡ Y bien, hijo mio ! dijo la señora después de un momento de silencio, ¿ al parecer, está usted mejor ?

— ¡ En dónde estoy ? preguntó Gilberto recordando

— ¡ Vaya un lance ! exclamó éste : ¡ ni siquiera un araño, ni una sola coz !

— Pero, sin embargo, está desmayado.

— De miedo, sin duda. Pongámoslo en el foso, y puesto que la señora tiene prisa, sigamos nuestro camino.

— ¡ Imposible ! No puedo abandonar este muchacho en tal estado.

— ¡ Bah ! nada tiene y ya volverá en sí naturalmente.

— No, no. ¡ Tan joven ! ¡ pobre criatura ! Es alguno que se habrá escapado del colegio, y que habrá querido emprender un viaje superior á sus fuerzas. Mire usted qué pálido está ; se moriría... No, no ; no le abandonaré. Póngalo usted en la berlina, sobre la banqueta de delante.

El postillón obedeció. La señora había vuelto á entrar en el coche. Gilberto fué depositado transversalmente sobre un buen almohadón, con la cabeza apoyada contra los mullidos tableros de la carroza.

— ¡ Ahora, en marcha ! continuó la joven señora ; hemos perdido diez minutos ; una pistola por esos diez minutos.

El postillón hizo chasquear su látigo por encima de su cabeza, y los caballos, que conocían esta señal amenazadora, partieron al gran galope.

XVIII

En donde Gilberto comienza á no sentir tanto la pérdida de su escudo

Cuando Gilberto volvió en sí, que fué al cabo de algunos minutos, no se sorprendió poco de verse colocado, por decirlo así, sobre los pies de una joven que lo miraba con atención.

Tenia ésta de veinticuatro á veinticinco años, grandes ojos garzos, nariz arremangada, mejillas algo tostadas por el sol meridional ; una boca pequeñita, de un dibujo caprichoso y delicado, daba á su fisonomía franca y jovial un carácter pronunciado de finura y circunspección. Tenía los más hermosos brazos del mundo, que, en aquel momento, se modelaban en unas mangas de terciopelo morado con botones de oro. Los ondulantes pliegues de una basquiña de seda gris á grandes ramos, ocupaban casi todo el coche. Porque Gilberto, no menos sorprendido que de todo lo demás, percibió que se hallaba en un coche arrastrado por el galope de tres caballos de posta.

Como la fisonomía de la señora era risueña y expresaba el interés, Gilberto se puso á mirarla, hasta que se aseguró de que no soñaba.

— ¡ Y bien, hijo mio ! dijo la señora después de un momento de silencio, ¿ al parecer, está usted mejor ?

— ¡ En dónde estoy ? preguntó Gilberto recordando

á propósito esta frase de las novelas que había leído, y que sólo en las novelas se leen.

— Ahora en seguridad, mi querido señorito, respondió la señora con un acento meridional de los más pronunciados. Pero hace un momento, en verdad que corriais gran riesgo. Ya que hablamos de eso, ¿qué es lo que os ha sucedido para caer de aquel modo precisamente en medio del camino real?

— He sentido una debilidad, señora.

— ¡Cómo! una debilidad! ¿Y de qué provenia esa debilidad?

— Había andado demasiado.

— ¿Hace mucho tiempo que estáis en camino?

— Desde ayer tarde á las cuatro.

— ¿Y desde ayer tarde á las cuatro habéis andado?

— Creo que unas diez y seis ó diez y ocho leguas.

— ¿En doce ó catorce horas?

— ¡Pardiez! no he dejado de correr.

— ¿Adónde ibais, pues?

— Á Versalles, señora.

— ¿Y venís?

— De Taverney.

— ¿En dónde está Taverney?

— Es un castillo situado entre Pierrefitte y Bar-le-Duc.

— ¿Pero apenas habéis tenido tiempo para comer?

— No solamente no he tenido tiempo, sino que tampoco he tenido medios.

— ¿Y cómo así?

— He perdido mi dinero en el camino.

— Desde ayer no habéis comido, de suerte que.....

— Algunos bocados de pan que había traído conmigo.

— ¡Pobre niño! Pero, ¿por qué no habéis pedido de comer en alguna parte?

Gilberto sonrió desdeñosamente.

— Porque soy orgulloso, señora.

— ¡Orgulloso! Muy bueno es ser orgulloso, pero, á pesar de eso, cuando uno se muere de hambre.....

— Más vale morir que deshonrarse.

La señora miró á su sentencioso interlocutor con una especie de admiración.

— Pero, ¿quién sois, pues, para hablar así, amigo mío? preguntó la señora.

— Un huérfano.

— ¿Y vuestro nombre?

— Gilberto.

— ¿Gilberto de qué?

— De nada.

— ¡Ah, ah! exclamó la joven cada vez más admirada.

Gilberto vió que producía efecto y se aplaudía de haber tomado el aire de un Juan Jacobo Rousseau.

— Sois muy joven, amigo mío, para rodar por los caminos reales, continuó la señora.

— Había quedado solo y abandonado en un viejo castillo que acababan de abandonar sus dueños, y, como ellos, también yo lo he abandonado á mi vez.

— ¿Sin objeto?

— La tierra es grande, y suele decirse que el sol sale para todos.

— ¡Bien! murmuró en voz baja la señora. Es algún bastardo de aldea que se habrá escapado de su solar.

— ¿Y decís que habéis perdido vuestro bolsillo? preguntó en voz alta.

— Sí.

— ¿Estaba bien provisto?

— No tenía más que un escudo de seis libras, respondió Gilberto, titubeando entre la vergüenza de confesar su miseria y el peligro de ostentar una gran

fortuna que podían suponerle mal adquirida ; pero me hubiera bastado.

— ¿ Un escudo de seis libras para un viaje tan largo ? ; Apenas si teniais con que comprar pan para dos días ! ; Y el camino, Dios mío ! ; qué camino !
¿ Decís que desde Bar-le-Duc á París ?

— Sí.

— ¿ Así como unas sesenta y cinco leguas, á lo que creo ?

— No he contado las leguas, señora. He dicho : es preciso que yo llegue ; y he ahí todo.

— ¿ Y sin más, os habéis puesto en marcha, pobre loco ?

— ¡ Oh ! tengo buenas piernas.

— Por buenas que sean, sin embargo se cansan : tenéis la prueba de ello.

— ¡ Oh ! no son las piernas las que me han faltado, sino la esperanza.

— En efecto, me parece haberos visto muy desesperado.

Gilberto se sonrió amargamente.

— ¿ Qué es lo que os pasaba en el espíritu ? Os golpeabais la cabeza y os arrancabais los cabellos.

— ¿ Lo creéis así, señora ? preguntó Gilberto bastante embarazado.

— ¡ Oh ! estoy segura. Y aun fué vuestra desesperación la que ha debido impedirnos de oír el carruaje.

Gilberto creyó que no sería malo el ensalzarse aun con la relación de la verdad pura. Su instinto le decía que su situación era interesante, especialmente para una mujer.

— En efecto, estaba desesperado, dijo.

— ¿ Y de qué ? preguntó la señora.

— De no poder ya seguir un coche que iba siguiendo.

— ¿ En verdad ? dijo la joven sonriendo. ¿ Luego es

una aventura ? ; Tendría en ella parte el amor ?

Gilberto no era aun bastante dueño de sí mismo para no ruborizarse.

— ¿ Y qué coche era ese, mi pequeño Catón ?

— Uno de la comitiva de la Delfina.

— ¡ Cómo ! ; qué es lo que decís ? exclamó la joven.
¿ Luego la Delfina va delante de nosotros ?

— Sin duda.

— Yo la creía atrás, apenas en Nancy. ¿ No le hacen honores en el camino ?

— Si tal, señora ; pero parece que S. A. tiene prisa.

— ¡ Prisa la Delfina ! ; Quién os lo ha dicho ?

— Lo presumo.

— ¿ Lo presumís ?

— Sí.

— ¿ Y por qué lo presumís ?

— Porque al principio había ella dicho que descansaría dos ó tres horas en el castillo de Taverney.

— ¿ Y después qué ?

— Apenas se ha detenido allí tres cuartos de hora.

— ¿ Sabéis si ha recibido alguna carta de París ?

— He visto entrar con una carta en la mano á un caballero con una casaca cubierta de bordados.

— ¿ Han nombrado á ese caballero delante de vos ?

— No, solamente sé que es gobernador de Estrasburgo.

— ¡ El señor de Stainville, cuñado del señor de Choiseul, Pecaire ! ; Más ligero, postillón, más ligero !

Un vigoroso latigazo respondió á esta intimación, y y Gilberto sintió que el carruaje, aunque lanzado ya al galope, aumentaba aun su velocidad.

— ¿ Conque, replicó la joven, la Delfina va delante ?

— Sí, señora.

— Pero hará alto para desayunarse, dijo la señora como hablando consigo misma, y entonces la dejare-

mos atrás, á menos que esta noche... ¿ Se ha detenido esta noche ?

— Sí, en San Dizier.

— ¿ Á qué hora ?

— A eso de las once.

— Era para cenar. ¿ Bueno, será preciso que se desayune ! Postillón, ¿ cuál es la primera ciudad de alguna importancia que se halla en el camino ?

— Vitry, señora.

— ¿ Y á cuántas leguas está de aquí ?

— Á tres.

— ¿ En dónde relevamos ?

— ¿ En Vauclere.

— Bien. Continúe usted, y si encuentra una fila de coches en el camino, adviértamelo usted.

Durante estas cortas palabras cambiadas entre la señora del carruaje y el postillón, Gilberto casi había vuelto á desfallecerse. Al sentarse, la viajera lo vió pálido y con los ojos cerrados.

— ¡ Ah, pobre niño ! ¡ Se vuelve á poner malo ! exclamó. Mía es la culpa, puesto que le hago hablar cuando está muriéndose de hambre y sed, en vez de darle de comer y beber.

Y primero, para reparar el tiempo perdido, la señora sacó de la bolsa del carruaje un frasco cincelado, de cuyo cuello pendía de una cadena de oro un vasito de plata sobredorada.

— Bebed primero una gota de esta agua de la Côte, dijo llenando el vasito y presentándolo á Gilberto.

Esta vez, Gilberto no se hizo rogar. ¿ Era acaso por la influencia de la linda mano que le presentaba el vaso, ó porque la necesidad era más apremiante que en San Dizier ?

— ¡ Así ! dijo la señora. Ahora tomad un bizcocho,

dentro de una hora ó dos ya os haré desayunar más sólidamente.

— Gracias, señora, dijo Gilberto.

Y comió el bizcocho como había bebido el vino.

— ¡ Muy bien ! Ahora que estáis ya un poco fortalecido, dijo la señora, decidme, si es que me creéis digna de ser vuestra confidente, decidme ¿ qué interés teníais en seguir ese coche que, me habéis dicho, pertenece á la comitiva de la señora Delfina ?

— Os voy á decir la verdad en dos palabras, señora, dijo Gilberto. Vivía yo en casa del señor barón de Taverney cuando llegó allí S. A.; ha mandado al barón que la siguiese á París, y él obedeció. Como soy huérfano, nadie ha pensado en mí, y me han abandonado sin dinero ni provisiones. Entonces he jurado que, supuesto que todos iban á Versalles con el auxilio de buenos caballos y hermosas carrozas, también yo iría á Versalles, pero á pie, con mis piernas de diez y ocho años, y que con estas piernas de diez y ocho años llegaría tan pronto como ellos con sus caballos y carruajes. Desgraciadamente me han hecho traición mis fuerzas, ó más bien, la fatalidad se ha declarado contra mí. Si no hubiese perdido mi dinero, hubiera podido comer; y si hubiese comido esta noche, hubiera podido esta mañana alcanzar los caballos.

— Lindamente. ¿ Eso es lo que se llama tener ánimo ! exclamó la señora; y os felicito por ello, amigo mío. Pero me parece que no sabéis una cosa...

— ¿ Qué cosa ?

— Que en Versalles no se vive de ánimo.

— Iré á París.

— En cuanto á eso, París es muy parecido á Versalles.

— Si no se vive de ánimo, se vive del trabajo, señora.

— Bien respondido, hijo mío. Pero ¿de qué trabajo? Vuestras manos no son las de un braceró ó mezo de cordel.

— Estudiaré, señora.

— Me parecéis ya muy docto.

— Sí, puesto que sé que no sé nada, respondió sentenciosamente Gilberto recordando el dicho de Sócrates.

— Y sin parecer indiscreta, ¿puedo preguntaros qué ciencia estudiaréis con preferencia, amiguito mío?

— Señora, dijo Gilberto, creo que la mejor de las ciencias es la que le permite al hombre ser más útil á sus semejantes. Además, el hombre es tan poca cosa, que debe estudiar el secreto de su debilidad para conocer el de su fuerza. Quiero saber un día, porqué mi estómago ha impedido á mis piernas llevarme esta mañana; en fin, quiero saber también si no es esa misma debilidad de estómago la que ha producido en mi cerebro aquella cólera, aquella fiebre, aquel vapor negro, que me han derribado.

— ¡Ah! haréis un excelente médico, pues me parece que habláis ya admirablemente de medicina. Dentro de diez años, os prometo ser vuestra parroquiana.

— Trataré de merecer ese honor, señora, dijo Gilberto.

Paróse el postillón. Habían llegado al punto de relevo sin haber visto ningún coche.

La joven se informó. La Delfina acababa de pasar hacia un cuarto de hora, y debía detenerse en Vitry para relevar y desayunar.

Un nuevo postillón montó á caballo.

La joven le dejó salir del pueblo al paso ordinario; luego, cuando hubo rebasado la última casa:

— ¡Postillón, le dijo, se obliga á usted á alcanzar los coches de la señora Delfina!

— Sin duda.

— ¿Antes de llegar á Vitry?

— ¡Mucho es eso! Iban al gran trote.

— Pero me parece que yendo nosotros al galope...

El postillón la miró.

— ¡Triples agujetas! dijo ella.

— Si hubierais principiado por ahí, dijo el postillón, estaríamos ya á un cuarto de legua de aquí.

— Ahí tiene usted un escudo de seis libras á cuenta: reparemos el tiempo perdido.

Inclinóse hacia atrás el postillón, y la joven hacia adelante, se pudieron juntar sus manos, y pasó el escudo de la mano de la viajera á la del postillón.

Los caballos recibieron el rechazo. La caja partió rápida como el viento.

Durante el relevo se había apeado Gilberto, y lavado la cara y manos en una fuente. Mucho habían ganado su cara y manos con aquella operación, y además había atusado sus cabellos que eran magníficos.

— En verdad, había dicho para sí la joven, que no es muy feo, para un futuro médico.

Y había sonreído al mirar á Gilberto.

Éste, entonces, se ruborizó como si adivinase lo que hacía sonreír á su joven compañera de camino.

Terminado el diálogo con el postillón, la viajera volvió á Gilberto, cuyas paradojas, brusquerías y sentencias la divertían mucho.

Sólo que de cuando en cuando se interrumpía con una risotada provocada por alguna respuesta que, desde una legua, oía á filosofismo, para mirar al fondo del camino. Entonces si su brazo había rozado la cara de Gilberto, si su redonda rodilla había apretado el ijar de su compañero, se divertía la bella via-

jera en ver el rubor de las mejillas del futuro médico contrastar con sus ojos bajos.

Anduvieron así como una legua. De súbito la joven lanzó un grito de alegría, arrojándose sobre la banqueta delantera con tan poca ceremonia, que cubrió á Gilberto con su cuerpo.

Acababa de percibir los últimos furgones de la escolta subiendo penosamente una larga cuesta, por la que marchaban en orden veinte carrozas, de las que se habían apeado casi todos los viajeros.

Gilberto se desembarazó de los pliegues del vestido á grandes flores, deslizó su cabeza por debajo del brazo, y se arrodilló á su vez sobre la banqueta delantera, buscando con sus ardientes ojos á la señorita de Taverney en medio de aquellos pigmeos ascendentes.

Creyó reconocer á Nicole por su papalina.

— Ya los hemos alcanzado, señora, dijo el postillón; ahora ¿qué hay que hacer?

— Pasar delante.

— Imposible, señora; no se gana la delantera á la Delfina.

— ¿Por qué?

— Porque está prohibido. ¡Diablo! dejar atrás los caballos del rey! me enviarían á presidio!

— Escucha, amigo mío, arréglate como puedas, pero es indispensable que pasemos adelante.

— ¿Pero, no sois de la escolta? preguntó Gilberto, que hasta entonces había tomado la carroza de la joven señora por un coche rezagado, y que en toda aquella diligencia sólo había visto un deseo de incorporarse á los demás.

— El deseo de instruirse es laudable, respondió la señora, la indiscreción no vale nada.

— Perdonad, señora, respondió Gilberto ruborizado.

— Y bien, ¿qué es lo que hacemos? preguntó la viajera al postillón.

— ¡Diantre! marcharemos detrás hasta Vitry, y allí si S. A. se detiene, le pediremos el permiso de pasar adelante.

— Sí, pero se informarán de quién soy, y sabrán... No, no, eso no vale nada; busquemos otro medio.

— Señora, dijo Gilberto, si me atreviese á daros un consejo.

— Dadlo, amigo mío, que si es bueno lo seguiremos.

— Sería el de tomar algún camino de travesía que dejase á un lado á Vitry, y de ese modo dejaríamos atrás á la señora Delfina, sin faltarle al respeto.

— Este muchacho dice bien, exclamó la joven. Postillón, ¿no hay un camino de travesía?

— ¿Para dónde?

— Para donde quiera usted, con tal que dejemos atrás á la señora Delfina.

— ¡Ah! en cuanto á eso, dijo el postillón, tenemos á nuestra derecha el camino de Marolle que pasa al lado de Vitry, y empalma con el camino real de La Chaussée.

— ¡Excelente! exclamó la joven; ¡eso es!

— Pero, dijo el postillón, la señora debe saber que dando ese rodeo doblo la posta.

— Dos luises para usted, si llega á La Chaussée antes que la Delfina.

— ¿Conque la señora no teme hacer astillas la silla de posta?

— Nada temo. Si se rompe, continuaré mi camino á caballo.

Y el carruaje, tomando á la derecha, dejó el camino real, entró en uno de travesía, de hondos carriles, y fué siguiendo un riachuelo de pálidas aguas que va á dar al Mané entre La Chaussée y Mutigny.

El postillón cumplió su palabra : hizo cuanto cabía en lo humano para que se hiciese pedazos el carruaje, igualmente que para llegar.

Veinte veces cayó Gilberto sobre su compañera, y otras tantas cayó ésta en los brazos de Gilberto.

Este supo ser cortés sin ser molesto. Supo reprimir la sonrisa de sus labios, mientras sus ojos decían á la joven que era muy bella.

De los vaivenes de los carruajes y de la soledad pronto se engendra la amistad. Al cabo de dos horas de camino de travesía, parecía á Gilberto que hacía diez años conocía á su compañera, y ésta, por su parte, habría jurado que conocía á Gilberto desde su nacimiento.

Á eso de las once, entraron en el camino real de Vitry á Chalons. Preguntaron á un correo, y dijo éste que la Delfina no sólo se desayunaría en Vitry, sino que se hallaba tan fatigada que deseansaría allí dos horas.

Añadió que le habían enviado al próximo relevo para advertir que estuviesen preparados los tiros para las tres ó las cuatro de la tarde.

Esta noticia colmó de gozo á la viajera, la cual dió al postillón los dos luises prometidos, y volviéndose hacia Gilberto :

— ¡ Ah ! ¡ en verdad que también nosotros hemos de comer en el próximo relevo ! exclamó.

Pero estaba decidido que Gilberto se había de quedar sin comer aun en aquel relevo.

XIX

En donde se hace conocimiento con otro personaje

En lo alto de la montaña que la silla de posta iba subiendo, se percibía el pueblo de La Chaussée, en donde debían relevar.

Componiase de una pintoresca confusión de casas cubiertas de rastrojo, y situadas según el capricho de los habitantes, en medio del camino, en el ángulo de un espeso bosque, al alcance de una fuente, y siguiendo muchas de ellas la pendiente del gran arroyo de que hemos hablado, y sobre el cual había delante de cada casa puentes ó tablones.

Pero, en aquel momento, lo más notable de aquel lindo pueblecito era un hombre que, plantado, agua abajo del arroyo, en medio del camino, cual si hubiese recibido alguna consigna de un poder superior, pasaba su tiempo, ya en mirar con codiciosos ojos al camino real, ya en explorar con la vista un hermoso caballo tordo de largas crines que, atado á la contraventana de una cabaña, conmovía las chillas á cabezadas, manifestando una impaciencia que parecía debía hacer excusar la silla que tenía sobre el tomo, la cual anunciaba que estaba aguardando á su dueño.

De vez en cuando, fatigado el extranjero de explorar, como hemos dicho, inútilmente el camino, se acercaba al caballo y lo examinaba como inteligente, aventurándose á pasar una mano ejercitada por su

El postillón cumplió su palabra: hizo cuanto cabía en lo humano para que se hiciese pedazos el carruaje, igualmente que para llegar.

Veinte veces cayó Gilberto sobre su compañera, y otras tantas cayó ésta en los brazos de Gilberto.

Este supo ser cortés sin ser molesto. Supo reprimir la sonrisa de sus labios, mientras sus ojos decían á la joven que era muy bella.

De los vaivenes de los carruajes y de la soledad pronto se engendra la amistad. Al cabo de dos horas de camino de travesía, parecía á Gilberto que hacía diez años conocía á su compañera, y ésta, por su parte, habría jurado que conocía á Gilberto desde su nacimiento.

Á eso de las once, entraron en el camino real de Vitry á Chalons. Preguntaron á un correo, y dijo éste que la Delfina no sólo se desayunaría en Vitry, sino que se hallaba tan fatigada que deseansaría allí dos horas.

Añadió que le habían enviado al próximo relevo para advertir que estuviesen preparados los tiros para las tres ó las cuatro de la tarde.

Esta noticia colmó de gozo á la viajera, la cual dió al postillón los dos luises prometidos, y volviéndose hacia Gilberto:

— ¡Ah! ¡en verdad que también nosotros hemos de comer en el próximo relevo! exclamó.

Pero estaba decidido que Gilberto se había de quedar sin comer aun en aquel relevo.

XIX

En donde se hace conocimiento con otro personaje

En lo alto de la montaña que la silla de posta iba subiendo, se percibía el pueblo de La Chaussée, en donde debían relevar.

Componiase de una pintoresca confusión de casas cubiertas de rastrojo, y situadas según el capricho de los habitantes, en medio del camino, en el ángulo de un espeso bosque, al alcance de una fuente, y siguiendo muchas de ellas la pendiente del gran arroyo de que hemos hablado, y sobre el cual había delante de cada casa puentes ó tablones.

Pero, en aquel momento, lo más notable de aquel lindo pueblecito era un hombre que, plantado, agua abajo del arroyo, en medio del camino, cual si hubiese recibido alguna consigna de un poder superior, pasaba su tiempo, ya en mirar con codiciosos ojos al camino real, ya en explorar con la vista un hermoso caballo tordo de largas crines que, atado á la contraventana de una cabaña, conmovía las chillas á cabezadas, manifestando una impaciencia que parecía debía hacer excusar la silla que tenía sobre el tomo, la cual anunciaba que estaba aguardando á su dueño.

De vez en cuando, fatigado el extranjero de explorar, como hemos dicho, inútilmente el camino, se acercaba al caballo y lo examinaba como inteligente, aventurándose á pasar una mano ejercitada por su

carnosa grupa, ó á tentar con la punta de los dedos sus maltratadas piernas. Luego, evitando la cox que á cada tentativa de esta especie alargaba el impaciente animal, se volvía á su observatorio é interrogaba al camino que seguía desierto.

En fin, no viendo venir á nadie, acabó por llamar á la contraventana.

— ¡Hola! ¿hay alguno? gritó.

— ¡Quién llama? preguntó una voz de hombre, abriéndose al mismo tiempo la ventana.

— Señor, si su caballo está de venta, aqui tiene un buen comprador.

— Bien ve usted que no tiene un ramo de paja á la cola, dijo uno como paisano, volviendo á cerrar la contraventana que había abierto.

Esta respuesta no pareció satisfacer al extranjero, porque llamó por segunda vez.

Era un hombre de unos cuarenta años, alto y robusto, de color encarnado, barba azul y mano nudosa bajo un ancho puño de encaje. Llevaba un sombrero galoneado puesto en facha, á la manera de los oficiales de provincia que quieren espantar á los parisienses.

Llamó por tercera vez, y luego impacientándose:

— ¡Sabe usted, que no es usted nada atento, amigo! le dijo, y que si no abre usted su ventana, voy á echarla abajo.

Volvió á abrirse la ventana, y se presentó en ella la misma cara.

— Pero, cuando le dicen á usted que el caballo no está de venta, respondió por la segunda vez el paisano, ¡qué diablo! debe bastarle.

— ¡Eh! y cuando yo le digo á usted que tengo necesidad de un caballo corredor!

— Si tiene usted necesidad de un caballo corredor, vaya á tomarlo á la posta, pues hay allí sesenta que

salen de las cuadras de S. M., y tendrá en que escoger, pero deje usted su caballo al que no tiene más que uno.

— Y yo repito á usted que es ese el que quiero.

— ¡Lindo capricho! ¡un caballo árabe!

— Razón más para que yo desee comprarlo.

— Es posible que tenga usted gana de comprarlo, pero desgraciadamente no está de venta.

— Pero entonces, ¿quién es su dueño?

— Muy curioso es usted.

— Y tú muy discreto.

— Y bien; es de una persona que está hospedada en mi casa, y ama á este animal cual amaría á un hijo.

— Quiero hablar á esa persona.

— Está durmiendo.

— ¿Es hombre ó mujer?

— Es una mujer.

— Pues bien; di á esa mujer que si tiene necesidad de quinientas pistolas, se las daré por el caballo.

— ¡Oh, oh! exclamó el paisano abriendo desmesuradamente los ojos, ¡quinientas pistolas! ¡Es una linda suma!

— Si quieres, puedes añadir que es el rey quien desea el caballo.

— ¿El rey?

— En persona.

— ¡Vamos, no se chancee usted: puede que no sea usted el rey!

— No lo soy, pero lo represento.

— ¿Vos representáis al rey? dijo el paisano sacando el sombrero.

— Despache usted pronto, amigo mío, porque el rey tiene mucha prisa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

Y el Hércules dirigió una vigilante mirada hacia el camino.

— Pues bien; cuando despierte la señora, dijo el paisano, podéis descuidar, ya le diré dos palabras.

— Sí, pero yo no tengo tiempo para esperar á que despierte.

— Pero entonces, ¿qué hacer?

— ¡Con mil diablos! despiértela usted.

— ¡Ah! eso sí que no.

— Pues bien; voy yo mismo á despertarla. Aguarda, aguarda.

Y el personaje que pretendía representar á S. M., corrió á llamar á la ventana superior con un grande látigo de puño de oro que traía en la mano.

Pero su mano, levantada ya, se bajó sin tocar siquiera en la ventana, porque en el mismo instante percibió una silla de posta que llegaba al grande, pero último trote de tres cansados caballos.

El ejercitado ojo del extranjero reconoció los tableros del carruaje, y se lanzó al momento á su encuentro, á un correr que haría honor al caballo árabe cuya posesión parecía ambicionar.

Aquel carruaje era la silla de posta en que iba la viajera, ángel custodio de Gilberto.

Al ver á aquel hombre que le hacía señas, el postillón, que no sabía si sus caballos podrían llegar hasta la posta, quedó encantado de pararse.

— ¡Chon! ¡mi buena Chon! gritó el extranjero. ¡Al fin eres tú! ¡Buenos días! buenos días!

— Yo misma, Juan, respondió la viajera interpelada por ese singular nombre; ¡y qué haces tú ahí?

— ¡Caramba! ¡pues no está mala la pregunta! Te estaba aguardando.

Y el Hércules saltó sobre el estribo, y por la aber-

tura de la portezuela, envolviendo á la joven en sus largos brazos, la cubrió de besos.

De repente percibió á Gilberto, quien, no conociendo ninguna de las relaciones que podían existir entre los dos nuevos personajes que acabamos de sacar á la escena, presentaba una cara hosca bastante parecida á la de un perro á quien quitan un hueso.

— ¡Calla! dijo, ¿qué es lo que traes ahí?

— Un pequeño filósofo de los más entretenidos, respondió la señorita Chon sin cuidarse mucho de herir ó lisonjear á su protegido.

— ¿Y en dónde le has encontrado?

— En el camino. Pero esto no es del caso.

— Tienes razón, respondió aquel á quien llamaba Juan. Y bien, vuestra vieja condesa de Bearn.

— Está corriente.

— ¿Cómo es eso de está corriente?

— Sí, vendrá.

— ¿Vendrá?

— Sí, sí, sí, hizo con la cabeza la señorita Chon.

Esta escena pasaba desde el estribo hasta el almohadón de la silla de posta.

— ¿Pues qué le has contado tú? preguntó Juan.

— Que yo era la hija de su abogado maestre Flageot, que pasaba por Verdun y que tenía la comisión de anunciarla de parte de mi padre, que estaba señalado para la vista su pleito.

— ¿Y nada más que eso?

— Sin duda. Solamente que he añadido que esa circunstancia hacía indispensable su presencia en París.

— ¿Y entonces que ha hecho?

— Abrió sus ojos garzos, sorbió su tabaco, pretendió que maestre Flageot era el hombre más excelente del mundo, y dió órdenes para su marcha.

— ¡ Soberbio, Chon ! Te hago mi embajador extraordinario. Ahora, ¿ vamos á almorzar ?

— Sin duda, porque esta infeliz criatura se está muriendo de hambre, pero lo haremos muy de prisa, ¿ no es verdad ?

— ¿ Y por qué ?

— Porque llegan por allá abajo

— ¿ La vieja pleitista ? ¡ bah ! Con tal que la precedamos dos horas, el tiempo para hablar al señor de Maupeou.

— No, la Delfina.

— ¡ Bah ! la Delfina debe estar aun en Naney.

— Está en Vitry.

— ¿ Á tres leguas de aquí ?

— Ni más ni menos.

— ¡ Peste ! eso cambia la tesis. Vamos, postillón, vamos.

— ¿ Adónde, señor ?

— Á la posta.

— ¿ Entra usted, ó se apea ?

— Quedo conforme estoy. ¡ Siga usted !

El carruaje partió llevando al viajero sobre el estribo, y cinco minutos después se paraba delante de la posta.

— Pronto, pronto, pronto, dijo Chon. Costillas, un pollo, huevos, una botella de vino de Borgoña, cualquiera cosa ; pues tenemos que marchar al instante mismo.

— Perdone usted, señora, dijo el maestro de postas adelantándose al umbral de la puerta, si ustedes se marchan al instante mismo, lo harán con sus caballos.

— ¿ Qué es eso de hacerlo con nuestros caballos ? dijo Juan saltando pesadamente del estribo.

— Sí, sin duda, ó con los que los han traído.

— Eso sí que no, dijo el postillón, ya han doblado

la posta ; vea usted en qué estado están estos pobres animales.

— ¡ Oh, eso es verdad ! dijo Chon ; es imposible que vayan más lejos.

— ¿ Pero quién le impide á usted el darme caballos de refresco ?

— El que no tengo más.

— ¡ Eh ! debe usted tenerlos... ¡ Qué diablos ! hay un reglamento.

— Caballero, el reglamento me previene que tenga quince caballos en mis cuabras.

— ¿ Y bien ?

— Y bien ; tengo diez y ocho.

— Son más de los que le pido, puesto que no necesito más que tres.

— Sin duda, pero están afuera.

— ¿ Todos los diez y ocho ?

— Todos los diez y ocho.

— ¡ Por vida de mil diablos ! dijo el viajero.

— ¡ Vizeconde ! ¡ vizeconde ! dijo la joven.

— Sí, sí, Chon, repuso el matamoros : no te inco-modes, todo se arreglará. ¿ Y cuándo llegan sus rucios ? continuó el vizeconde dirigiéndose al maestro de postas.

— ¡ Diantre ! caballero mío, no sé nada ; eso depende de los postillones ; acaso en una hora, tal vez en dos.

— ¿ Sabe usted, maestro, dijo el vizeconde Juan calándose el sombrero sobre la oreja izquierda, y doblando la pierna derecha, sabe usted ó no que yo no me chanceo nunca ?

— Lo siento en el alma, pues preferiría que el humor de usted fuese de chanza.

— Ea, vamos ; que enganchen cuanto antes, dijo Juan, ó me enfado.

— Venga usted conmigo á la cuadra, caballero, y si

usted halla un solo caballo en el pesebre, se lo doy de balde.

— ¡Cazurro! ¿y si hallo sesenta?

— Será absolutamente como si usted no hallara uno solo, caballero, puesto que esos sesenta caballos son de S. M.

— ¿Y bien?

— ¡Y bien! esos caballos no se alquitan.

— ¿Entonces para qué están aquí?

— Para el servicio de la señora Delfina.

— ¡Cómo! ¿sesenta caballos al pesebre, y ni uno siquiera para mí?

— ¡Diantre! usted comprende.

— No comprendo más que una cosa, y es que estoy de prisa.

— Es desagradable.

— Y, continuó el vizconde sin inquietarse de la interrupción del maestro de postas, como la señora Delfina no llegará aquí hasta la noche.....

— ¿Dice usted?... repuso el maestro de postas aturdido.

— Digo que volverán aquí los caballos antes que llegue la señora Delfina.

— Caballero, exclamó el pobre hombre, ¿pretendería usted por casualidad.....

— ¡Con mil diablos! respondió el vizconde entrando bajo el corbetizo, ¡mucho me molestaré! ¡Aguarda!

— Pero, caballero.....

— Tres solamente. Yo no pido ocho caballos como las AA. RR. aunque tengo derecho á ello... á lo menos por parentesco; no, me bastan tres.

— Pero usted no llevará ni uno solo, exclamó el maestro de postas lanzándose entre los caballos y el extranjero.

— ¡See pillo! dijo el vizconde palideciendo de cólera, ¿sabes tú quién soy?

— ¡Vizconde, gritaba la voz de Chon, vizconde, en nombre del cielo! ¡no des escándalo!

— Tienes razón, mi buena Chon, tienes razón.

Luego después de un momento de reflexión:

— Vamos, dijo, dejémonos de palabras, y vamos á los hechos.

Entonces, volviéndose hacia el maestro de postas con el aire más agradable del mundo:

— Querido amigo, le dijo, voy á poner á cubierto su responsabilidad.

— ¿De qué modo? preguntó el maestro de postas, poco tranquilo aun, á pesar del aire amable de su interlocutor.

— Voy á servirme yo mismo. He aquí tres caballos de talla perfectamente igual. Los cojo.

— ¿Cómo! ¿usted los coge?

— Sí.

— ¿Y llama usted á eso poner á cubierto mi responsabilidad?

— Sin duda; usted no los ha dado, se los han cogido.

— Pero si digo á usted que es imposible.

— Eso lo veremos, ¿En dónde están los arneses?

— ¡Nadie se mueva! gritó el maestro de postas á los dos ó tres criados que andaban por el patio y bajo los cobertizos.

— ¡Ah, tunantes!

— ¡Juan! ¡mi querido Juan! grito Chon, que por la abertura de la puerta veía y oía cuanto pasaba. ¡No hagas locuras, amigo mío! Estando de misión hay que saber sufrir.

— Todo, menos el retardo, dijo Juan con la mayor flemma que pudo. Así, como me retardaría si aguardase

á que estos tunantes me ayudasen á hacer el trabajo, voy á hacerlo yo mismo.

Y diciendo y haciendo, descolgó Juan sucesivamente de la pared tres arneses que colocó sobre el lomo de tres caballos.

— ¡ Por piedad, Juan, gritó Chon juntando las manos, por piedad!

— ¿ Quieres llegar á tiempo, si ó no? dijo el vizconde reclinando los dientes.

— ¡ Sin duda que quiero llegar! Si no llegamos, Tom es perdido.

— Pues bien, entonces déjame hacer.

Y el vizconde, separando de los otros caballos los tres que había escogido, y que no eran los peores, se dirigió hacia la silla de posta llevándolos de la rienda.

— ¡ Piense usted en lo que hace, caballero, piénselo usted bien! gritaba el maestro de postas siguiendo á Juan. Es un crimen de lesa majestad el robo de esos caballos.

— Yo no los robo, imbécil, los tomo prestados y nada más. ¡ Avanzad, negritos míos, avanzad!

El maestro de postas se lanzó á las riendas, pero antes que las tocase fué rechazado rudamente por el extranjero.

— ¡ Hermano mío, hermano mío! gritó la señorita Chon.

— ¡ Ah, es su hermano! murmuró Gilberto respirando con más libertad en el fondo del carruaje.

En este momento abrióse una ventana precisamente enfrente de la puerta de la casa de posta, del otro lado de la calle, y asomóse á ella una admirable cara de mujer, muy asustada con el ruido que oía.

— ¡ Ah, es usted, señora! dijo Juan variando de conversación.

— ¡ Cómo yo! respondió la joven señora en mal francés.

— ¡ Está usted ya despierta! Tanto mejor. ¿ Quiere usted venderme su caballo?

— ¿ Mi caballo?

— Sí, el caballo tordo, el árabe que está atado allí á la ventana. Ya sabe usted que le doy por él quinientas pistolas.

— Mi caballo no está de venta, caballero, dijo la joven cerrando la ventana.

— Vamos, hoy no estoy de suerte, dijo Juan; ni quieren venderme caballos, ni alquilármelos. ¡ Diablio! yo tomaré el árabe si no me lo venden, y reventaré los merklemburgenses si no me los alquilan. Patricio, ven aquí.

El lacayo del viajero saltó de lo alto del pescante del coche á tierra.

— Engancha, dijo Juan al lacayo.

— ¡ Aquí los mozos de cuadra! ¡ aquí! gritó el maestro de postas.

Audieron dos palafreneros.

— ¡ Juan! ¡ Vizconde! gritó la señorita Chon, agitando en el carruaje que en vano trataba de abrir: ¿ estás loco? ¿ Vas á hacer que nos maten á todos?

— ¡ Matar! nosotros somos los que los mataremos, no lo dudes! Somos tres contra tres. Vamos, joven filósofo, gritó Juan con todos sus pulmones á Gilberto, que no se movía, tan grande era su estupor. ¡ Vamos á tierra! ¡ á tierra! y sirvámonos de alguna cosa, ya del bastón, ya de piedras, ó del puño. Baje usted, pues, ¡ caramba! Parece usted un santo de yeso.

Con una mirada inquieta y suplicante á la vez, Gilberto interrogó á su protectora, la cual le detuvo por el brazo.

El maestro de postas se desgañitaba gritando, ti-

rando de su lado por los caballos que Juan arrastraba del otro.

Este trío formaba el más lúgubre y ruidoso de los conciertos.

En fin, la lucha debía tener un término. El vizconde Juan, fatigado, hostigado, fuera de sí, alargó al defensor de los caballos tan ruda puñada, que fué éste rodando por la charca en medio de los patos y los gansos espantados.

— ¡ Socorro ! gritó. ¡ Que me matan ! ¡ al asesino !

Entretanto, el vizconde, que parecía comprender el valor del tiempo, se apresuraba á enganchar.

— ¡ Socorro ! ¡ que me matan ! ¡ al asesino ! ¡ Socorro, en nombre del rey ! continuaba gritando el maestro de postas, tratando de que acudiesen los dos palafreneros embobados.

— ¿ Quién pide socorro en nombre del rey ? exclamó de súbito un caballero que entró á galope en el patio de la casa de posta, y paró su caballo espumando de sudor sobre los actores de la escena.

— ¡ El señor Felipe de Taverney ! murmuró Gilberto agazapándose cuanto pudo en el fondo del carruaje.

Chou, que no perdía nada de cuanto pasaba, oyó el nombre de aquel joven.

XX

El vizconde Juan

El joven teniente de los gendarmes-delfines, pues era él, saltó de su caballo, al aspecto de la extraña escena que comenzaba á reunir al rededor de la casa de posta á todas las mujeres y chiquillos del pueblo de La Chaussée.

Al ver á Felipe, el maestro de postas fué, por decirlo así, á echarse á las rodillas de aquel inesperado protector que la Providencia le enviaba.

— ¡ Caballero oficial ! exclamó, ¿ sabe usted lo que pasa ?

— No, respondió friamente Felipe; pero me lo dirá usted, amigo mío.

— Y bien; quieren tomar á la fuerza los caballos de la señora Delfina.

Felipe aguzó las orejas como á quien anuncian una cosa increíble.

— ¿ Y quién es el que quiere tomar los caballos ? preguntó.

— Ese caballero, dijo el maestro de postas.

Y señaló con el dedo al vizconde Juan.

— ¿ El señor ? repitió Felipe.

— ¡ Eh ! ¡ diablo ! Si, yo mismo, dijo el vizconde.

— Usted se equivoca, dijo Taverney sacudiendo la cabeza; es imposible; ó el señor está loco, ó no es un caballero.

rando de su lado por los caballos que Juan arrastraba del otro.

Este trío formaba el más lúgubre y ruidoso de los conciertos.

En fin, la lucha debía tener un término. El vizconde Juan, fatigado, hostigado, fuera de sí, alargó al defensor de los caballos tan ruda puñada, que fué éste rodando por la charca en medio de los patos y los gansos espantados.

— ¡ Socorro ! gritó. ¡ Que me matan ! ¡ al asesino !

Entretanto, el vizconde, que parecía comprender el valor del tiempo, se apresuraba á enganchar.

— ¡ Socorro ! ¡ que me matan ! ¡ al asesino ! ¡ Socorro, en nombre del rey ! continuaba gritando el maestro de postas, tratando de que acudiesen los dos palafreneros embobados.

— ¿ Quién pide socorro en nombre del rey ? exclamó de súbito un caballero que entró á galope en el patio de la casa de posta, y paró su caballo espumando de sudor sobre los actores de la escena.

— ¡ El señor Felipe de Taverney ! murmuró Gilberto agazapándose cuanto pudo en el fondo del carruaje.

Chou, que no perdía nada de cuanto pasaba, oyó el nombre de aquel joven.

XX

El vizconde Juan

El joven teniente de los gendarmes-delfines, pues era él, saltó de su caballo, al aspecto de la extraña escena que comenzaba á reunir al rededor de la casa de posta á todas las mujeres y chiquillos del pueblo de La Chaussée.

Al ver á Felipe, el maestro de postas fué, por decirlo así, á echarse á las rodillas de aquel inesperado protector que la Providencia le enviaba.

— ¡ Caballero oficial ! exclamó, ¿ sabe usted lo que pasa ?

— No, respondió friamente Felipe; pero me lo dirá usted, amigo mío.

— Y bien; quieren tomar á la fuerza los caballos de la señora Delfina.

Felipe aguzó las orejas como á quien anuncian una cosa increíble.

— ¿ Y quién es el que quiere tomar los caballos ? preguntó.

— Ese caballero, dijo el maestro de postas.

Y señaló con el dedo al vizconde Juan.

— ¿ El señor ? repitió Felipe.

— ¡ Eh ! ¡ diablo ! Sí, yo mismo, dijo el vizconde.

— Usted se equivoca, dijo Taverney sacudiendo la cabeza; es imposible; ó el señor está loco, ó no es un caballero.

— Quien se equivoca en ambos puntos, es usted, mi querido teniente, dijo el vizconde. Está uno en sano juicio, y se apea de las carrozas de S. M., mientras vuelve á subir en ellas.

— ¿Cómo, estando usted en su cabal juicio y apeándose de las carrozas de S. M., se atreve usted á echar la mano á los caballos de la Delfina?

— Primeramente, hay aquí sesenta caballos, y S. A. R. no puede emplear más que ocho; por consiguiente, grande sería mi desgracia, si, cogiendo yo tres al azar, cogiese precisamente los de la Delfina.

— Cierto es que hay sesenta caballos, dijo el joven oficial; también lo es que S. A. R. no emplea más que ocho; pero eso no impide que todos esos caballos, desde el primero hasta el sesenta, sean de S. A. R., y usted no puede admitir distinción en lo que compone el servicio de la princesa.

— Sin embargo, usted ve que se admite, respondió con ironía, puesto que tomo este tiro. ¿Tengo de ir yo á pie, cuando unos bribonzuelos de lacayos corren con cuatro caballos? ¿Cuerpo de Cristo! Que hagan como yo, que se contenten con tres, y aun tendrán de sobra.

— Si esos lacayos van con cuatro caballos, caballero, dijo Felipe extendiendo el brazo hacia el vizconde para hacerle seña de no obstinarse en la vía en que había entrado, es porque así lo ordena el rey. Así, tenga usted á bien mandar á su lacayo que vuelva esos caballos adonde los ha tomado.

Estas palabras fueron pronunciadas con tanta firmeza como urbanidad; y á menos de ser un miserable, preciso era responder á ellas cortesmente.

— Tal vez tendría usted razón, mi querido teniente, en hablar así, respondió el vizconde, si estuviese comprendido en su consigna el cuidar de estos animales; pero no sé yo todavía que los gendarmes-delfines

hayan sido promovidos al grado de palafreneros. Cierre usted, pues, los ojos, mande usted á su gente que haga lo mismo, y, ¡ buen viaje!

— Usted está equivocado, caballero; sin haber sido promovido ó descendido al grado de palafrenero, lo que hago en este momento está en mis atribuciones, porque es la misma señora Delfina quien me envía delante para cuidar de los relevos.

— Eso es ya otra cosa, respondió Juan: pero permítame usted que le diga que en ello hace usted un triste oficio, señor oficial, y si es así como la joven dama comienza á tratar al ejército.

— ¿De quién habla usted en esos términos? interrumpió Felipe...

— ¡Eh, con mil diablos! de la austriaca.

El joven oficial se puso pálido como su corbata.

— ¿Se atreve usted á decir, caballero!... exclamó.

— No solamente me atrevo á decir, sino que me atrevo á hacer, continuó Juan. Vamos, Patricio, enganchemos, amigo mío, y despachemos porque tengo prisa.

Felipe cogió el primer caballo por la brida.

— Caballero, dijo Felipe de Taverney con sosegada voz, usted tendrá la bondad de decirme quién es, ¿no es verdad?

— ¿Le interesa á usted saberlo?

— Me interesa.

— Y bien; soy el vizconde Juan Dubarry.

— ¿Cómo! ¿es usted hermano de aquella?...

— Que hará que se podrá usted en la Bastilla, señor oficial, si añade usted una sola palabra.

Y el vizconde se lanzó dentro del carruaje.

Felipe se aproximó á la portezuela.

— Señor vizconde Juan Dubarry, me hará usted el honor de apearse, ¿no es verdad?

— ¡Pues me gusta la petición! Tiempo me queda, respondió tratando de cerrar la puerta del coche.

— Si tarda usted un segundo, replicó Felipe impidiendo con la mano izquierda que se cerrase la puerta, doy á usted mi palabra de honor de que le atravieso el cuerpo con mi espada.

Y con la mano derecha que tenía libre, desenvainó la espada.

— ¡Pero qué significa esto! exclamó Chon. ¡Un asesinato! ¡Renuncia á esos caballos, Juan; renuncia!

— ¡Ah! ¡usted me amenaza! dijo exasperado el vizconde, cogiendo á su vez la espada que había puesto en la banqueta delantera.

— Y á la amenaza seguirá el efecto, si tarda usted un segundo, ¿lo oye usted? dijo el joven oficial blandiendo la espada.

— No partiremos nunca, dijo Chon al oído de Juan, si no ganas á este oficial con la dulzura.

— No hay dulzura ni violencia que me haga faltar á mi deber, dijo Felipe inclinándose con urbanidad, pues había oído la recomendación de la joven. Así, aconseje usted á este caballero la obediencia, ó sino, en nombre del rey, á quien represento, me verá forzado á matarlo si consiente en batirse, ó á prenderlo si lo rehúsa.

— Y yo digo que partiré á pesar de usted, dijo furioso el vizconde, saltando fuera del carruaje y sacando su espada al mismo tiempo.

— Eso es lo que vamos á ver, caballero, dijo Felipe poniéndose en guardia y levantando la espada, ¿está usted?

— Mi teniente, dijo el sargento que mandaba, bajo las órdenes de Felipe, seis hombres de la escolta, mi teniente, es preciso que.....

— No se mueva usted, le dijo el teniente; este es un

asunto personal. Vamos, caballero, estoy á sus órdenes.

La señorita Chon lanzaba agudos gritos; Gilberto hubiera querido que el carruaje fuese tan profundo como un pozo para estar más oculto.

Juan comenzó el ataque. Tenía una rara habilidad en ese manejo de las armas que exige más cálculo aun que destreza física.

Pero la cólera quitaba visiblemente una parte de la fuerza al vizconde. Felipe, por el contrario, parecía manejar la espada como un florete y ejercitarse en una sala de armas.

El vizconde reculaba, avanzaba, saltaba á derecha é izquierda, gritaba, partiendo á fondo como los maestros de regimiento.

Felipe, al contrario, con los dientes apretados, sus ojos dilatados, firme é inmóvil como una estatua, lo veía y adivinaba todo.

Todos guardaban silencio, y miraban; Chon como los demás.

Durante dos ó tres minutos, siguió el combate sin que todas las fintas, todos los gritos y retiradas de Juan condujesen á nada. Pero también, sin que Felipe, que sin duda estudiaba el juego de su adversario, partiese á fondo una sola vez.

De repente, dió un salto atrás el vizconde Juan, lanzando un grito.

Al mismo tiempo el puño de su camisola se tiñó de sangre y corrieron por lo largo de sus dedos rápidas gotas.

Felipe, reparando un tajo y dando una estocada, acababa de atravesar el antebrazo de su adversario.

— ¡Está usted herido, caballero? le dijo.

— ¡Demasiado que lo estoy, con mil diablos! gritó Juan palideciendo y soltando la espada.

Felipe la recogió y se la volvió.

— Vamos, caballero, le dijo, déjese usted de semejantes locuras.

— ¡Pardiez! ¡si las hago, bien las pago! dijo enojado el vizconde. Ven pronto, mi pobre Chon. Chon, ven, añadió dirigiéndose á su hermana que acababa de saltar de la carroza, y que corría á darle socorro.

— Me haréis la justicia de confesar, señora, dijo Felipe, que no ha sido culpa mía, y siento en el alma que me hayan arrastrado á tirar de la espada delante de una mujer.

Y haciendo una salutación se retiró.

— Desenganche usted, amigo, y vuelva usted los caballos á su puesto, dijo Felipe al maestro de postas.

Juan enseñó el puño á Felipe, el cual se encogió de hombros.

— ¡Ah! justamente, gritó el maestro de postas. Allí vuelven los caballos. ¡Curtin, Curtin! engánchalos á la silla de posta de este caballero.

— Pero ¿cómo, amo? dijo el postillón.

— Vamos, no hay que replicar, dijo el maestro de postas. Este señor tiene prisa.

— Amado caballero, gritaba el maestro de postas, no se desconsuele usted, que allí vienen tres caballos.

— ¡Bueno! respondió bruscamente Dubarry. Bien pudieran haber llegado media hora antes tus caballos.

Y miraba, dando patadas en el suelo, su brazo traspasado de parte á parte que Chon estaba vendando con su pañuelo de narices.

En este intermedio, Felipe, que había vuelto á montar á caballo, daba sus órdenes, como si nada hubiese ocurrido.

— Partamos, hermano mío, partamos, dijo Chon empujando á Dubarry hacia la silla de posta.

— ¡Y mi árabe? dijo. ¡Ah! por vida del infierno, que estoy en un día de desgracia!

Y volvió á entrar en la silla de posta.

— ¡Otra tenemos! dijo percibiendo á Gilberto. ¡Ahora tampoco puedo estirar las piernas!

— Caballero, le respondió el joven, sentiría en el alma el seros molesto.

— Vamos, vamos, Juan, dijo Chon, déjame á mi pequeño filósofo.

— ¡Que suba al pescante, caramba!

Gilberto se ruborizó.

— No soy un lacayo para subir al pescante, respondió.

— ¡Qué tal con el filósofo! repuso Juan.

— Dejarme apear, me apearé.

— ¡Eh, apéese usted con mil diablos! gritó Dubarry.

— No, no os apeéis; poneos enfrente de mi, dijo Chon deteniendo al joven por el brazo, y de ese modo no incomodaréis á mi hermano.

É inclinándose al oído del vizconde:

— Conoce al que acaba de herirte, le dijo.

Un relámpago de alegría brilló en los ojos del vizconde.

— Muy bien, entonces que se quede. ¿Cómo se llama aquel oficial?

— Felipe de Taverney.

En este momento el joven oficial pasaba por cerca del coche.

— ¡Hola! conque está usted ahí, mi pequeño gen-darme! gritó Juan. Muy orgulloso está usted en este momento, pero á cada uno llega su vez.

— Eso lo veremos cuando usted guste, caballero, respondió Felipe impasible.

— Sí, sí, lo veremos, señor Felipe de Taverney, gritó Juan tratando de observar el efecto que sobre el joven producía su nombre lanzado así inopinadamente.

En efecto, Felipe levantó la cabeza con una viva sor-

presa, en la que entró un ligero sentimiento de inquietud; pero reponiéndose en el instante y sacándose el sombrero con la mayor gracia del mundo:

— ¡ Buen viaje, caballero Juan Dubarry! le dijo.

Y el coche partió con rapidez.

— ¡ Rayo! dijo el vizconde haciendo gestos. ¿ Sabes que sufro horriblemente, mi pequeña Chon?

— En el primer relevo mandaremos llamar un médico mientras este chico almuerza, respondió Chon.

— ¡ Ah! verdad es, aun no hemos almorzado. En cuanto á mí, el dolor me quita el hambre; tengo sed y nada más.

— ¿Quieres beber un vaso de agua de la Côte?

— Con mucho gusto; dámelo.

— Caballero, dijo Gilberto, si me permitiese usted hacerle una observación.

— Hágala usted.

— Es que los licores son una bebida muy dañosa en el estado en que usted se halla.

— ¡ Ah! ¿ en verdad?

Luego dirigiéndose á Chon:

— ¿ Conque es un médico tu filósofo? preguntó el vizconde.

— No, señor, no soy médico; aunque, si Dios quiere, lo seré algún día, respondió Gilberto; pero en una obra para el uso de los militares he leído que lo primero que debe prohibirse á un herido, es el uso de los licores y del café.

— ¡ Ah! usted ha leído eso. Pues bien, no hablemos más de ello.

— Sólo que si el señor vizconde quisiese dejarme su pañuelo iría á mojarlo en el agua de esa fuente, envolvería en él su brazo, y eso le aliviaría mucho.

— Hágalo usted, amigo mío, hágalo usted, dijo Chon. ¡ Postillón, pare usted! gritó.

Paróse el postillón, y Gilberto fué á mojar el pañuelo en el agua del arroyo.

— Ese muchacho va á molestarnos horriblemente para hablar, dijo Dubarry.

— Hablaremos en patuá, respondió Chon.

— Tentaciones me dan de mandar al postillón marchar y dejarle ahí con mi pañuelo.

— Harías mal, porque puede sernos útil.

— ¿ En qué?

— Ya me ha dado noticias de grande importancia.

— ¿ Sobre qué?

— Sobre la Delfina, y hace un momento has visto aun que nos ha dicho el nombre de tu adversario.

— Pues bien; sea así, que se quede.

En este momento volvía Gilberto con el pañuelo empapado en agua helada.

La aplicación del pañuelo al rededor del brazo del vizconde, le alivió mucho, como lo había previsto Gilberto.

— Á fe mía que tenía razón; me siento mejor, dijo, hablemos.

Gilberto cerró los ojos y abrió los oídos, pero quedó chasqueado, porque Chon respondió á la invitación de su hermano en ese dialecto brillante y vivo, desesperación de los oídos parisienses que no distinguen en el patuá provenzal más que un sonido de consonantes tartajosas hiriendo vocales musicales.

Gilberto, á pesar de lo mucho que se dominaba, hizo un ademán de despecho que no se ocultó á la señorita Chon, la cual, para consolarle, le dirigió una sonrisa hechicera.

Esta sonrisa hizo comprender á Gilberto una cosa; el que tenían consideraciones con él, gusano de tierra. Había forzado la mano á un vizconde honrado con las bondades del rey.

¡ Si le viese Andrea en aquel hermoso carruaje ! Estaba henchido de orgullo. En cuanto á Nicole, ni siquiera pensaba en ella.

Los dos hermanos volvieron á su conversaci3n en patuá.

— ¡ Bueno, exclamó de súbito el vizconde inclinándose á la portezuela y mirando atrás.

— ¿ Qué es ? preguntó Chon.

— El caballo árabe que nos sigue.

— ¿ Qué caballo árabe ?

— El que yo quería comprar.

— ¡ Calla, lo monta una mujer ! ¡ Oh, qué magnífica criatura !

— ¿ De quién hablas... de la mujer ó del caballo ?

— De la mujer.

— Entonces llámala ; puede que tenga menos miedo de tí que de mí... daría mil pistolas por el caballo.

— ¿ Y por la mujer ? preguntó Chon.

— Me arruinaría por ella... ¡ Llámala, pues !

— ¡ Señora ! gritó Chon, señora !

Pero la joven, de grandes ojos negros, envuelta en una capa blanca, la frente semivelada por un fieltro gris con largas plumas, pasó como una flecha por la orilla del camino, gritando :

— ¡ Adelante, Djerid, adelante !

— Es una italiana, dijo el vizconde. ¡ Cáspita, qué linda mujer ! Si no me doliera tanto la herida, me apearía y correría tras ella.

— La conozco yo, dijo Gilberto.

— ¿ Cómo es eso ? Parece que este paisanito es el almanaque de la provincia ; conoce á todo el mundo.

— ¿ Cómo se llama ? preguntó Chon.

— Lorenza.

— ¿ Y quién es ?

— La mujer del mágico.

— ¿ De qué mágico ?

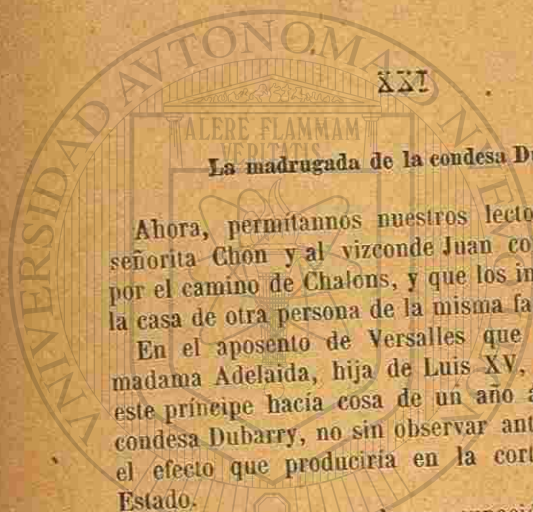
— Del barón José Bálamo.

Los dos hermanos se miraron.

La hermana parecía decir :

— ¿ He hecho bien en guardarle ?

— A fe mía que sí, parecía responder el hermano.



La madrugada de la condesa Dubarry

Ahora, permitánnos nuestros lectores dejar á la señorita Ghon y al vizconde Juan corriendo la posta por el camino de Chalons, y que los introduzcamos en la casa de otra persona de la misma familia.

En el aposento de Versalles que habia habitado madama Adelaida, hija de Luis XV, habia instalado este principe hacia cosa de un año á su manceba la condesa Dubarry, no sin observar antes largo tiempo el efecto que produciria en la corte ese golpe de Estado.

La favorita, con su despreocupación, sus modales libres, su carácter jovial, su inagotable atractivo, sus ruidosos caprichos, habia transformado el bullicioso palacio en un mundo turbulento en que cada habitante sólo era tolerado á condición de moverse mucho y con la mayor jovialidad.

En aquel aposento, sin duda reducido á medirlo por el poder de la que lo ocupaba, salia á cada instante la orden de una función ó la señal de una partida de placer.

Pero lo que más extraño parecia en las magnificas escaleras de aquella parte del palacio, era la increíble afluencia de visitantes, quienes desde la mañana, es decir, á eso de las nueve, subian muy ataviados y relumbrantes, para instalarse humildemente en una

antesala llena de curiosidades menos curiosas que el ídolo que los escogidos estaban llamados á adorar en su santuario.

El día siguiente al en que pasó en la casa de postas del pueblecillo de La Chaussée la escena que hemos referido, á eso de las nueve de la mañana, es decir, á la hora consagrada, Juana de Vaubernier, envuelta en un peinador de muselina bordada, que dejaba adivinar bajo el rico encaje sus contorneadas piernas y sus brazos de atabastro, Juana de Vaubernier, que después fué señorita Lange, y en fin condesa Dubarry, por la gracia del señor Juan Dubarry su antiguo protector, salia de la cama, no diremos semejante á una Venus, sino, de seguro, más bella que una Venus para todo hombre que prefiera la verdad á la ficción.

Cabello de un rubio castaño admirablemente rizado, una piel de raso blanco con vetas azules, ojos lánguidos y penetrantes á la vez, boca chiquita, granate, dibujada al pincel, con el más puro carmin, y que cuando se abria dejaba ver una doble hilera de perlas, hoyuelos por todas partes, en las mejillas, en la barba, en los dedos; una garganta modelada por la de la de Venus de Milo; una flexibilidad de culebra, con una gordura exactamente proporcionada, he ahí lo que madama Dubarry se preparaba á dejar ver á los elegidos de su madrugada; he ahí lo que S. M. Luis XV, el elegido de la noche, no dejaba por eso de ir á contemplar por la mañana, como los otros, aprovechando el proverbio que aconseja á los viejos el no desperdiciar las miasmas que caen de la mesa de la vida.

Hacia ya tiempo que no dormía la favorita. Á las ocho, habia tirado ya de la campanilla, para que permitiesen al día, su primer cortesano, el entrar en su retrete; poco á poco, á través de tupidas cortinas pri-

mero, y en seguida de las más ligeras, había sido introducido el sol, radiante aquel día, y, recordando sus dichas mitológicas, había venido á acariciar á aquella hermosa niña que, en lugar de huir como Dafnae del amor de los dioses, se humanizaba hasta el punto de salir al encuentro del amor de los mortales. Ya no había, pues, hinchazón ni pereza en sus ojos, brillantes como carbunclos, que interrogaban risueños un pequeño espejo de mano, con un marco de oro engastado de perlas; y aquel flexible cuerpo, de que hemos tratado de dar una idea, se había dejado deslizar del lecho en que había reposado, en que había sido mecido por los más dulces sueños, hasta el tapiz de armiño en que unos pies que hubieran hecho honor á Cendrillon, habían hallado dos manos con dos babuchas, de las cuales bastaría una sola para enriquecer á un leñador del bosque natal de Juana, si ese leñador la hubiese encontrado.

Mientras se levantaba la seductora estatua, adquiriendo de cada vez más vida, echábanle sobre los hombros un magnífico sobretodo de encaje de Malines; luego metían sus delicados pies, sacados un instante de sus babuchas, en unas medias de seda de color rosa y de un tejido tan delicado que no se distinguían de la piel que acababan de cubrir.

— ¿No hay ninguna noticia de Chon? preguntó desde luego á su camarista.

— No, señora, respondió ésta.

— ¿Ni del vizconde Juan?

— Tampoco.

— ¿Se sabe si Bischí las ha recibido?

— Han ido esta mañana á casa de la hermana de la señora condesa.

— ¿Y no hay cartas?

— No, señora.

— ¿Qué pesado es esperar así! dijo la condesa con un gesto hechicero. ¿No se inventará nunca el medio de recibir la correspondencia en un minuto á cien leguas de distancia! ¿Compadezco á los que esta mañana me caigan bajo la mano! ¿Tengo una antesala medianamente provista?

— ¿Y me pregunta eso la señora condesa!

— ¿Por qué no? Escuche usted, Dorea, dijo la condesa acercándose, no sería nada extraño que me dejasen por este sol. Yo no soy más que una pobre estrella. ¿Quiénes están? Veamos.

— El señor de Aiguillon, el señor príncipe de Soubise, el señor de Sartines, el señor presidente Maupeou.

— ¿Y el duque de Richelieu?

— Aun no se ha presentado.

— ¿Ni hoy ni ayer! ¿Cuando yo se lo decía á usted, Dorea! Teme comprometerse. Envíe usted mi correo al hotel de Hanover á saber si el duque está enfermo.

— Bien está, señora condesa. ¿La señora condesa quiere recibir á todas las personas á la vez, ó dar audiencia particular?

— Audiencia particular. Tengo que hablar al señor de Sartines; mande usted decirle que entre.

Apenas la camarista de la condesa había transmitido la orden á un gran paje que se paseaba por un corredor que daba de la antesala al aposento de la condesa, cuando se presentó el subdelegado de policía en traje negro, moderando la severidad de sus ojos pardos, y la dureza de sus delgados labios, con una sonrisa del más grato agüero.

— Buenos días, enemigo mío, dijo sin mirarle la condesa que le veía en su espejo.

— ¿Yo vuestro enemigo, señora?

— Sin duda. Para mí, el mundo se divide en dos clases de personas: amigos y enemigos. Yo no admito á los indiferentes, ó los coloco en la clase de mis enemigos.

— Y tenéis razón, señora. Pero decidme, ¿ cómo, á pesar de mi acendrada adhesión hacia vos, he merecido ser colocado en una de esas dos clases?

— Dejando imprimir, distribuir, vender, presentar al rey un mundo entero de versos, de folletos, de libelos contra mí. ¡ Eso es infame, odioso! ¡ es estúpido!

— Pero en fin, señora, yo no soy responsable.

— Si lo sois, caballero, puesto que sabéis quién es el miserable que ha hecho todo eso.

— Señora, si fuese uno solo el autor, no habría necesidad de hacerle reventar en la Bastilla, porque reventaría él mismo de fatiga bajo el peso de sus obras.

— ¿ Sabéis que es de lo más lisonjero lo que me estáis diciendo?

— Si fuese vuestro enemigo, señora, no os lo diría.

— Vamos, es verdad; no hablemos más de eso. Ahora quedamos amigos; convenido; esto me agrada. Pero con todo, hay aun una cosa que me impacienta.

— ¿Cuál es, señora?

— Que estáis también muy bien con los Choiseul.

— Señora, el señor de Choiseul es primer ministro; da órdenes, y yo debo ejecutarlas.

— ¿ Luego si el señor de Choiseul os diese la orden de dejar que me persiguieran, que me atosigaran, que me mataran de pesar, dejaríais obrar á los que me persiguieran, me atosigaran y mataran de pesar? Mil gracias.

— Razonemos, dijo el señor de Sartines, quien tomó la libertad de sentarse sin que se enfadase la favorita, porque se dispensaba todo al hombre que

pasaba en Francia por el más instruido en cuanto pasaba, ¿ qué es lo que hice por vos hace tres días?

— Me habéis advertido que salía un correo de Chanteloupe para acelerar la llegada de la Delfina.

— ¿ Y quien esos avisos da es un enemigo?

— Pero en ese negocio de la presentación en que, como sabéis, está empeñado todo mi amor propio, ¿ cómo os habéis conducido conmigo?

— Lo mejor que he podido.

— Señor de Sartines, no sois franco.

— ¡ Señora, me hacéis una injuria! ¿ Quién os ha hallado en lo recóndito de una taberna, y en menos de dos horas, al vizconde Juan, de quien teníais necesidad para enviarle no sé á dónde, ó más bien á donde yo sé?

— ¡ Bueno, hubiera sido mejor que me dejaseis perder á mi cuñado, dijo madama Dubarry riendo, á un hombre emparentado con la familia real de Francia!

— En fin, señora, todos esos no dejan de ser servicios.

— Sí, de hace ya tres días, de anteayer. ¿ Pero ayer habéis hecho algo en mi obsequio?

— ¿ Ayer, señora?

— ¡ Sí! no os canséis en recapacitar. Ayer era día de ser obsequioso con los demás.

— No os comprendo absolutamente, señora.

— Pero yo me comprendo muy bien: veamos, responded, ¿ qué habéis hecho ayer?

— ¿ Por la mañana ó por la tarde?

— Primero, por la mañana.

— Señora, por la mañana he trabajado como de costumbre.

— ¿ Hasta qué hora?

— Hasta las diez.

— ¿ Y después?

— Después envié á convidar á comer á un amigo mío de Lyon que había apostado á venir á París sin que yo lo supiese, y al que uno de mis lacayos aguardaba en la barrera.

— ¿Y después de la comida?

— Envié al subdelegado de policía de S. M. el emperador de Austria las señas del paradero de un famoso ladrón á quien él no podía hallar.

— ¿Y estaba?

— En Viena.

— ¡Así, no solamente hacéis la policía de París, sino también la de las cortes extranjeras!

— En mis ratos perdidos, sin duda que sí, señora.

— Bien, tomo nota de eso. ¿Y después de haber despachado el correo, qué habéis hecho?

— He ido á la ópera.

— ¿A ver á la pequeña Guimard? ¡Pobre Soubise!

— No, señora; á hacer prender á un famoso cortabolsas á quien había yo dejado en paz mientras sólo se dirigía á los asentistas, y que había tenido la audacia de dirigirse á dos ó tres grandes señores.

— Me parece que deberíais decir la torpeza, señor subdelegado. ¿Y después de la ópera?

— ¿Después de la ópera?

— Sí. Muy indiscreto es lo que pregunto, ¿no es verdad?

— No. Después de la ópera... Aguardad que recuerde.

— ¡Hola! parece que ahora os falta la memoria.

— No tal. Después de la ópera... ¡Ah, ya me acuerdo!

— Muy bien.

— Me he apeado, ó más bien he subido á casa de una señora que tiene juego, y á quien yo mismo he conducido á For l'Eveque

— ¿En su coche?

— No, en un fiacre.

— ¿Y después?

— ¿Cómo después? Eso es todo.

— No, eso no es todo.

— He vuelto á subir en el fiacre.

— ¿Y á quién habéis hallado en el fiacre?

El señor de Sartines se ruborizó.

— ¡Ah! exclamó la condesa batiendo sus manecitas. He tenido el honor de hacer sonrojarse al subdelegado de policía.

— ¡Señora! balbuceó el señor de Sartines.

— ¡Y bien! voy á deciros yo quién estaba en el fiacre, repuso la favorita; era la duquesa de Grammont.

— ¡La duquesa de Grammont! exclamó el subdelegado de policía.

— Sí, la duquesa de Grammont! que venía á suplicaros la hicieseis entrar en el aposento del rey.

— En verdad, señora, exclamó el señor de Sartines agitándose en su sillón, os entrego mi diploma, pues no soy yo quien hace la policía, sino vos.

— En efecto, señor de Sartines, yo tengo mi policía, como veis; así vivid alerta. ¡Sí, sí! La duquesa de Grammont en un fiacre á media noche con el subdelegado de policía, y en un fiacre que marchaba al paso!

— ¿Sabéis lo que hice yo en seguida?

— No, pero tengo un horrible miedo. Afortunadamente que era muy tarde.

— Eso nada hace, la noche es la hora de la venganza.

— ¿Y qué habéis hecho? Veamos.

— Así como tengo mi policía secreta, tengo también mi literatura ordinaria, compuesta de estudiantillos andrajosos, hambrientos como comadrejas.

— ¿Conque tan mal los alimentáis?

— No los alimento mal ni bien; si engordasen se

harían unos bestias como el señor de Soubise : la grasa absorbe la hiel, eso es cosa sabida.

— Continúad, me hacéis estremecer.

— He pensado, pues, en todas las maldades que dejáis cometer á los Choiseul contra mi. Eso me ha picado, y he dado á mis Apolos los programas siguientes :

1º. El Sr. de Sartines disfrazado de procurador, y visitando en la calle del Árbol Seco, cuarto piso, á una joven inocente, á quien no se avergüenza de entregar la miserable suma de 300 libras el 30 de cada mes.

— Señora, es una buena acción que queréis empañar.

— Son las únicas que se empañan. 2º. El señor de Sartines disfrazado de reverendo padre misionero, introduciéndose en el convento de las Carmelitas de la calle de San Antonio.

— Señora, llevaba á aquellas buenas monjas noticias de Oriente.

¿ Del pequeño ó del grande ? 3º. El señor de Sartines disfrazado de subdelegado de policía, y corriendo las calles á media noche en un fiacre, mano á mano con la duquesa de Grammont.

— ¡ Ah, señora ! dijo asustado el señor de Sartines.

¿ Querriais desacreditar hasta ese punto mi administración ?

— También vos dejais que desacrediten la mía, dijo riendo la condesa. Pero aguardad.

— Ya aguardo.

— Mis tunantuelos han puesto manos á la obra ; han compuesto, como se compone en el colegio, su narración, versión y amplificación, y esta mañana he recibido un epigrama, una canción y un vaudeville.

— ¡ Dios mío !

— Todos tres atroces. Esta mañana voy á regalarlos

al rey, así como el nuevo *Padre nuestro* que dejáis circular contra mí ; ya sabéis :

« Padre nuestro que estáis en Versalles, deshonrado sea tu nombre como debe serlo, el tu reino está conmovido, no se haga tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Dádnosle hoy el pan nuestro de cada día, que nuestros favoritos nos han quitado ; perdonad á vuestros Parlamentos que sostienen vuestros intereses, así como nosotros perdonamos á vuestros ministros que los han vendido. No os dejéis caer en las tentaciones de la Dubarry, mas libranos de tu diablo de canceller.

» Amén. »

— ¿ En dónde diablos habéis descubierto también eso ? preguntó el señor de Sartines juntando las manos y exhalando un suspiro.

— No tengo necesidad de descubrirlo ; me hacen el obsequio de enviarme todos los días lo mejor que sale á luz de este género, y aun yo os hacía el honor de estos envíos cotidianos.

— ¡ Oh, señora !

— Así, mañana, en cambio recibiréis el epigrama, la canción y el vaudeville en cuestión.

— ¿ Y por qué no en seguida ?

— Porque necesito tiempo para distribuirlos. Además ¿ no acostumbra la policía ser la última en saber lo que pasa ? ¡ Oh ! os han de divertir mucho, á no dudarlo. Á mí me han hecho reír esta mañana tres cuartos de hora. Por lo que toca al rey, está enfermo de una desopilación del bazo, y esa es la causa de su tardanza.

— ¡ Perdido soy ! exclamó el señor de Sartines, llevando ambas manos á su petuca.

— No, no estáis perdido, andáis en canciones, y nada más. ¿ Acaso estoy yo perdida por la Bella Bor-

bonesa? No. Me irritó, y se acabó, lo cual hace que á mi vez quiera irritar á los demás. ¡Qué lindos versos! Me han gustado tanto que mandé dar vino blanco á mis escorpiones literatos, y á estas horas deben estar borrachos perdidos.

- ¡ Ah, condesa, condesa!
- Primero voy á decirlos el epigrama.
- ¡ Por piedad!

¿ Está escrito en tu destino,
Misera nación francesa,
Verte siempre sometida
Á los caprichos de una hembra?

— ¡ Oh, no, me equivoco! Este es el que habéis dejado circular contra mí. Hay tantos que me confundo. Aguardad, aguardad; es este:

¿ Conocéis, amigos míos,
La muestra asaz peregrina
Que hace un pintor de San Lucas
Para algunos perfumistas?.....
En transparente redoma
Y en forma de pildorillas,
Mete los nombres de Boynes,
Maupéou v Tirrev. que liga
Con el famoso Sartines,
Y los rotula en seguida:
« Vinagre de los ladrones
Que roban en compañía. »

- ¡ Ah, cruel! me convertiréis en un tigre.
- Ahora pasemos á la canción; la señora de Grammont es la que habla:

Señor subdelegado
De la diestra policía,
¿ No es verdad que tengo el cutis
Más suave que seda fina?

Hacedme, pues, la merced,
Ya que el oficio os obliga,
De dar á Su Majestad
Esta agradable noticia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Vol. 1695 BONTERRER, BENTON

— ¡ Señora, señora! exclamó fuera de sí el señor de Sartines.

— ¡ Tranquilizaos! dijo la condesa. Aun no se han tirado más que diez mil ejemplares. Pero lo que hay que oír es el vaudeville.

— ¿ Luego tenéis una prensa?

— ¡ Linda pregunta! ¿ no la tiene también el señor de Choiseul?

— ¡ Cuidado con vuestro impresor!

— ¡ Ah! sí; perseguidle; la patente está expedida en mi nombre.

— ¡ Esto es odioso! ¿ Y se ríe el rey de todas esas infamias?

— ¿ Y por qué no? Él es quien da las rimas cuando mis arañas no las hallan.

— ¡ Oh! ¿ sabéis que os sirvo y me vendéis de ese modo?

— Sé que vos me vendéis. La duquesa es Choiseul, y quiere mi ruina.

— Señora, os juro que me ha cogido desprevenido.

— ¿ Luego confesáis?

— Preciso es.

— ¿ Y por qué no me habéis prevenido?

— Á eso venía.

— ¡ Bah! no lo creo.

— ¡ Palabra de honor!

— ¡ Apuesto el doble!

— Vamos, os pido perdón, dijo el subdelegado de policía poniéndose de rodillas.

— Bien hacéis.

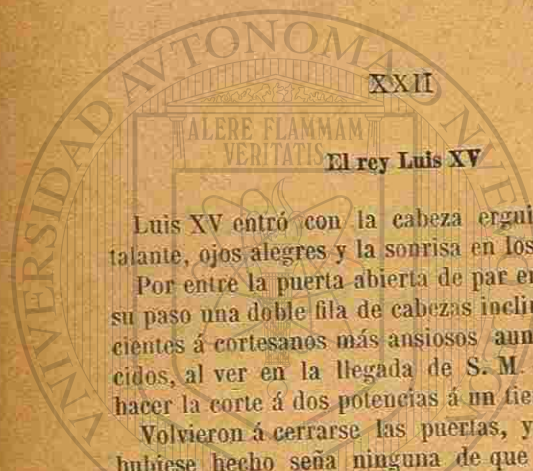
- ¡ La paz en nombre del cielo, condesa !
- ¡ Cómo ! ¿ vos que sois un hombre, un ministro, tenéis miedo de unos malos versos ?
- ¡ Ah ! si no tuviese miedo más que de esos versos !
- ¡ Y no reflexionáis los muchos malos ratos que una canción me puede hacer pasar, á mi que soy una mujer ?
- Nos sois una reina.
- Sí, una reina no presentada.
- Señora, os juro que jamás os hice mal.
- No, pero habéis dejado hacérmelo.
- El menos posible.
- Vamos, quiere creerlo.
- Creedlo.
- Ahora se trata de hacer todo lo contrario del mal : trátase de hacer el bien.
- Ayudadme, y seguro es mi éxito.
- ¿ Estáis en mi favor, si ó no ?
- Sí.
- ¿ Vuestra adhesión será tanta que apoyaréis mi presentación ?
- Vos misma seréis quien le fije los límites.
- Reflexionadlo bien. Mi imprenta está pronta ; funciona día y noche, en veinticuatro horas tendrán hambre mis estudiantillos, y cuando tienen hambre muerden.
- Seré prudente. ¿ Qué queréis de mí ?
- Que no se pongan obstáculos á nada de cuanto yo haga.
- ¡ Oh ! por lo que á mí toca, me obligo á ello.
- He ahí una promesa que no me agrada, dijo la condesa dando una patada en el suelo, y que huele á griego ó á cartaginés ; en fin, á la fe púnica.
- ¡ Condesa !....

- Así, no la acepto ; es una evasión. Se creerá que no hacéis nada, y el señor de Choiseul será quien lo haga. Eso no me agrada, ¿ lo oís ? Todo ó nada. Entregadme los Choiseul amarrados, impotentes, arruinados, ó de lo contrario os arruino y aniquilo. ¡ Y cuidado ! os prevengo que no será la canción mi única arma.
- No me amenacéis, señora, dijo el señor de Sarrines pensativo, porque esa presentación es más difícil de lo que podéis imaginar.
- Lo ha llegado á ser, porque le han puesto obstáculos
- ¡ Ay !
- ¿ Podéis removerlos ?
- Yo solo no puedo, se necesitan cien personas.
- Las tendremos.
- Un millón.
- Eso corre de cuenta de Terray.
- ¿ Y el consentimiento del rey ?
- Lo tendré.
- No lo dará.
- Lo tomaré.
- Y aun teniendo todo eso, necesitaréis una madrina.
- Se está buscando.
- Es inútil, hay una liga contra vos.
- ¿ En Versalles ?
- Sí, todas las damas se han negado, por hacer la corte al señor de Choiseul, á la señora de Grammont, á la Delina, en fin, al partido santurrón. ¡ Creedme, os obstináis en vano !
- Primeramente el partido santurrón tendrá que cambiar de nombre si se halla en él madama de Grammont. Eso es ya una derrota.
- ¡ Ah ! para eso habéis enviado á vuestra hermana á Verdún.

- Precisamente. ¡ Ah ! vos sabéis eso ! dijo la condesa descontenta.
- ¡ Diantre ! también yo tengo mi policía, dijo riendo el señor de Sartines.
- ¿ Y vuestros espías ?
- Y mis espías.
- ¿ En mi casa ?
- En vuestra casa.
- ¿ En mis caballerizas ó en mis cocinas ?
- En vuestras antecámaras, en vuestro salón, en vuestro retrete, en vuestra alcoba, debajo de vuestra cama.
- Pues bien, como primera prenda de alianza, dijo la condesa, nombradme esos espías.
- ¡ Oh ! no quiero indisponeros con vuestros amigos, condesa.
- Entonces, la guerra.
- ¡ La guerra ! ¿ Cómo decís eso ?
- Lo digo como lo pienso ; salid de aquí, no quiero veros más.
- ¡ Ah ! esta vez os pongo por testigo. ¿ Puedo revelaros un secreto... de Estado ?
- Un secreto de alcoba.....
- Eso quería decir : el Estado está hoy en la alcoba.
- Quiero conocer á mi espía.
- ¿ Qué queréis hacer de él ?
- Arrojarle de casa.
- Entonces dejad la casa como una patena.
- ¿ Sabéis que es espantoso lo que decís ?
- Y sobre todo cierto. ¡ Dios mío ! Sin eso sería imposible gobernar ; bien lo sabéis vos, que sois una política tan excelente.
- Madama Dubarry apoyó su codo sobre una mesa de laca.

- Tenéis razón, le dijo ; dejemos eso. ¿ Cuáles son las condiciones del tratado ?
- Las que gustéis, puesto que sois la vencedora.
- Soy magnánima como Semíramis. ¿ Qué queréis ?
- Que no habléis jamás al rey de las reclamaciones sobre las harinas, reclamaciones que habéis prometido apoyar, traidora.
- Convenido ; llevaos todos los memoriales que he recibido sobre ese negocio ; están en ese cofre.
- En cambio, recibid este trabajo de los pares del reino sobre la presentación y los taburetes.
- ¿ Trabajo que os habiais encargado de presentar á S. M. ?
- Sin duda.
- ¿ Como si lo hubierais mandado hacer ?
- Sí.
- Bien, pero ¿ qué diréis ?
- Que ya lo entregué. Así ganaremos tiempo, y tenéis una táctica demasiado hábil para no aprovecharlo.
- En este momento se abrieron las dos hojas de la puerta, y entró un ujier anunciando :
- ¡ El rey !

Los dos anados se apresuraron á ocultar sus respectivas prendas de alianza, y se volvieron para saludar á S. M. Luis XV, de nombre.



El rey Luis XV

Luis XV entró con la cabeza erguida, con gentil talante, ojos alegres y la sonrisa en los labios.

Por entre la puerta abierta de par en par, se veía á su paso una doble fila de cabezas inclinadas, pertenecientes á cortesanos más ansiosos aun de ser introducidos, al ver en la llegada de S. M. una ocasión de hacer la corte á dos potencias á un tiempo.

Volvieron á cerrarse las puertas, y como el rey no hubiese hecho seña ninguna de que le siguieran, se halló solo con la condesa y el señor de Sartines.

No contamos la camarera íntima ni un negrito, porque éste y aquélla era como si no estuviesen presentes.

— Buenos días, condesa, dijo el rey besando la mano de madama Dubarry; ¡ á Dios gracias, os veo rozagante esta mañana! Buenos días, Sartines. ¿ Se trabaja hoy aquí? ¡ Hola! ¡ cuántos papeles! ¡ Bueno, bueno! ¡ ocultádmelos! ¡ Qué linda fuente, condesa!

Y con su curiosidad versátil, y disgustado, los ojos de Luis XV se fijaron en un gran chino que desde la vispera adornaba uno de los ángulos de la alcoba de la condesa.

— Señor, respondió madama Dubarry, como V. M. ve, es una fuente de China. Soltando la llave que tiene detrás, las aguas hacen gorjear á pájaros de porcelena, y nadar á peces de cristal; y luego se

abren las puertas de la pagoda para dejar pasar una hilera de mandarines.

— Es muy lindo, condesa.

En aquel momento pasó el negrito vestido con el traje fantástico y caprichoso con que en aquella época se vestían los Orosmanes y los Otelos. Llevaba un pequeño turbante con plumas rectas caído sobre la oreja, una chaquetilla de brocado de oro que dejaba ver sus brazos de ébano, unos anchurosos calzones de raso blanco bordado que bajaban hasta las rodillas, y una faja de vivos colores que sujetaba estos calzones á un chaleco bordado; un puñal guarnecido de piedras preciosas brillaba en su faja.

— ¡ Caramba! ¡ qué magnífico está hoy Zamora! exclamó el rey.

El negro se detuvo muy placentero delante de un espejo.

— Señor, tiene que pedir un favor á V. M.

— Señora, respondió Luis XV sonriendo con el mayor afecto, muy ambicioso me parece Zamora.

— Por qué, señor?

— Porque ya le habéis dispensado el mayor favor que él puede apetecer.

— ¿Cuál?

— El mismo que á mí.

— No comprendo, señor.

— Le habéis hecho vuestro esclavo.

El señor de Sartines se inclinó riendo y mordiendo los labios á la vez.

— ¡ Sois encantador, señor! exclamó la condesa.

Luego inclinándose al oído del rey:

— La Francia, yo te adoro, le dijo en voz baja.

Luis se sonrió á su vez.

— Y bien, preguntó; ¿ qué pedis para Zamora?

- La recompensa de sus largos y numerosos servicios.
- Tiene doce años.
- De sus largos y numerosos servicios futuros.
- ¡Ah, ah!
- Sí, señor; me parece que hace bastante tiempo que se recompensan los servicios pasados, y que sería ya tiempo de recompensar los futuros; de ese modo tendría uno más seguridad de que no le pagasen con ingratitudes.
- En verdad que no es mala la idea. ¿Qué os parece de ella, señor de Sartines?
- Que todos los servidores leales estarán satisfechos, y por consiguiente la apoyo, señor.
- En fin, veamos, condesa, qué es lo que queréis para Zamora.
- Señor, conocéis mi pabellón de Luciennes.
- Sólo he oído hablar de él.
- Vos tenéis la culpa, puesto que os he invitado cien veces á que lo vierais.
- Bien conocéis la etiqueta, querida condesa; á no estar de viaje, el rey no puede dormir sino en un palacio real.
- He ahí precisamente la gracia que tengo que pedir. Erigiremos á Luciennes en palacio real, y nombraremos á Zamora su gobernador.
- Condesa, eso sería una parodia.
- Sabéis, señor, que me gustan mucho.
- Eso haría gritar á los otros gobernadores.
- ¡Gritar!
- Y esta vez con justicia.
- Tanto mejor; ¡han gritado tan á menudo sin justicia! Zamora, ponte de rodillas y da las gracias á S. M.
- ¿Y de qué? preguntó Luis XV.

- El negro se arrodilló.
- De la recompensa que os concede por haber llevado la cola de mi vestido y hecho así rabiarse á los cortesanos rutineros y santurrones.
- En verdad que es feo á contento, dijo el rey soltando una careajada.
- Levántate, Zamora, dijo la condesa; estás ya nombrado.
- Pero verdaderamente, señora.....
- Me encargo de hacer expedir el decreto, el diploma, las provisiones; esto es asunto que me toca á mí. El vuestro es poder venir á Luciennes, sin faltar á la etiqueta. Desde hoy, mi rey, tenéis un palacio real más.
- ¿Conocéis el medio de rehusarle alguna cosa, Sartines?
- Tal vez exista, pero aun no se ha hallado.
- Y si se halla, señor, puedo responderos de que será el señor de Sartines el que haga ese bello descurrimiento.
- ¿Qué decis, señora? preguntó el subdelegado de policía temblando.
- Imaginaos, señor, que hace tres meses que estoy pidiendo al señor de Sartines una cosa, y que se la pido inútilmente.
- ¿Y qué cosa le pedís? preguntó el rey.
- ¡Oh! demasiado lo sabe él.
- Yo, señora, os juro.....
- ¿Está en sus atribuciones? repuso el rey.
- En las suyas ó en las de su sucesor.
- Señora, exclamó el señor de Sartines, me causáis una verdadera inquietud.
- ¿Qué es lo que le pedís?
- Que me busque un adivino.
- El señor de Sartines respiró.

- Para mandar quemarlo, dijo el rey. ¡ Oh ! ahora hace mucho calor, aguardad al invierno.
- No, señor, para darle una varita de oro.
- ¡ Os ha predicho ese adivino una desgracia que no os ha sucedido, condesa ?
- Al contrario, señor, me ha predicho una ventura que me ha acaecido.
- ¡ Acaecido completamente ?
- Casi completamente.
- Contadme eso, condesa, dijo Luis XV arrellenándose en un sillón, y con el tono de un hombre que no está muy seguro de si va á divertirse ó á fastidiarse, pero que se aventura.
- Os lo contaré con mucho gusto, pero habéis de dar la mitad de la recompensa.
- Toda entera, si es preciso.
- Muy bien, he ahí una palabra real.
- Ya escucho.
- Doy principio. Había en cierta ocasión....
- Eso comienza como un cuento de hada.
- Lo es, señor.
- ¡ Ah ! tanto mejor ; me gustan mucho los encantadores.
- Vos sois platero, señor Josse. Había, pues, en cierta ocasión una pobre joven que á la sazón no tenía pajes, ni carruajes, ni negro, ni peluca, ni tití.
- Ni rey, dijo Luis XV.
- ¡ Oh, señor !
- ¡ Y qué hacia esa joven ?
- Correteaba.
- ¡ Cómo es eso de correteaba ?
- Sí, señor, por las calles de París á pie, como una simple mortal. Sólo que andaba más á prisa cuando le decían que era linda y tenía miedo de que su hermosura le ocasionase algún mal encuentro.

- ¡ Luego esa joven era una Lucrecia ? preguntó el rey.
- V. M. sabe bien que de un año acá... no sé desde cuándo, desde la fundación de Roma, no hay Lucrecias.
- ¡ Dios mío ! Condesa, condesa, ¿ os habréis hecho sabia por casualidad ?
- No, señor ; si me hubiese hecho sabia, habría citado una falsa fecha, pero al cabo la habría citado.
- Cierto es, dijo el rey : continuad.
- Andaba, andaba, andaba, atravesando las Tulle-rias, cuando de súbito notó que la seguían.
- ¡ Diantre ! dijo el rey ; entonces se paró.
- ¡ Dios mío ! ¡ qué mala opinión tenéis de las mujeres, señor ! Bien se conoce que nunca habéis conocido más que marquesas, duquesas y...
- Y princesas, ¿ no es verdad ?
- Soy demasiado cortés para contradecir á V. M. Pero lo que más le asustaba era que hacia una niebla cada vez más densa.
- Sartines, ¿ sabéis lo que forma la niebla ?
- El subdelegado de policía, preguntado de impro-viso, se estremeció.
- Á fe mía que no, señor.
- Y bien, tampoco yo, dijo Luis XV. Continúad, querida condesa.
- Apeló pues á sus piernas : había pasado la reja, y se hallaba en la plaza que tiene el honor de llevar el nombre de V. M., cuando de repente el desconocido que la seguía, y del que ya se creía desembarazada, se halló cara á cara con ella. La joven lanzó un grito.
- Conque tan feo era.
- Al contrario, señor, era un hermoso joven de veintiséis á veintiocho años, de tez morena, ojos ras-gados, y de sonora voz.

— Condesa, ¿y tenía miedo vuestra heroína?
¡Caramba, qué asustada estaba!

— Lo quedó algo menos cuando le vió, señor. Sin embargo, la situación no era lisonjera; pues, gracias á la niebla, si el desconocido abrigaba malas intenciones, no había que esperar socorro; así, juntando las manos:

— ¡Oh, señor! os suplico que no me hagáis ningún mal, le dijo.

El desconocido meneó la cabeza con una encantadora sonrisa.

— Dios es testigo de que no tengo semejante intención, le respondió.

— ¿Qué queréis, pues?

— Obtener de vos una promesa.

— ¿Qué puedo yo prometeros?

— El concederme el primer favor que yo os pida cuando...

— ¿Cuándo? repitió la joven con curiosidad.

— Cuando seáis reina.

— ¿Y qué hizo la joven?

— Señor, creía que no se obligaba á nada, y prometió..

— ¿Y el adivino?

— Desapareció.

— ¿Y el señor de Sartines se niega á buscar al adivino? No tiene razón.

— Señor, yo no me niego, sino que no puedo.

— ¡He ahí una palabra, señor subdelegado, que no debiera hallarse en el diccionario de la policía! dijo la condesa.

— Señora, se le siguen las huellas.

— ¡Ah, sí! la frase sacramental.

— No, señora; es la verdad. Pero ya conoceréis que las señas que dais son muy incompletas.

— ¡Cómo! joven, hermoso, tez morena, cabello negro, ojos magníficos, una voz sonora.

— ¡Caramba, condesa, de qué modo habláis! Sartines, os prohibo buscar á ese perillán.

— No tenéis razón, señor, porque sólo tengo que hacerle una pregunta.

— ¿Luego se trata de vos?

— Sin duda.

— Pues bien; ¿qué es lo que tenéis ya que preguntarle? La predicción se ha cumplido.

— ¿Vos lo creéis?

— Sin duda. Sois reina.

— Poco menos.

— Así, nada tiene que deciros.

— Si tal. Tiene que decirme cuándo será presentada esta reina. No basta reinar por la noche, señor; es preciso reinar también un poco por el día.

— Eso no depende del adivino, dijo Luis XV prolongando sus labios á fuer de hombre que ve pasar la conversación á un terreno resbaladizo.

— Entonces, ¿de quién depende?

— De vos.

— ¿De mí?

— Sí, ciertamente. Hallad una madrina.

— ¡Entre vuestras santurranas de la corte! Bien sabe V. M. que es imposible, porque todas están vendidas á los Choiseul, á los Praslin.

— Vamos; creía que habíamos quedado en no volver á hablar del uno ni del otro.

— Yo no he prometido eso, señor.

— Pues bien, os pido una cosa.

— ¿Qué cosa?

— Dejarlos quietos en su sitio, y que permanezcáis en el vuestro. Creedme, vos ocupáis el mejor puesto.

— ¡ Pobres negocios extranjeros ! ¡ Desventurada marina !

— Condesa, por Dios santo, no habléis de política conmigo.

— Sea así ; pero no podréis impedirme que hable de ella yo sola.

— ¡ Oh ! sola, cuanto queráis.

La condesa alargó la mano á un canastillo lleno de frutas, cogió dos naranjas, y las hizo saltar alternativamente en su mano, diciendo :

— ¡ Salta, Praslin ! ¡ salta, Choiseul ! ¡ salta, Praslin ! ¡ salta, Choiseul !

— Y bien, ¿ qué estáis haciendo ?

— Señor, estoy usando del permiso que me ha dado V. M. : estoy haciendo saltar al ministerio.

En aquel momento entró Dorea, y dijo una palabra al oído de su ama.

— ¡ Oh, ciertamente ! exclamó ésta.

— ¿ Qué hay ? preguntó el rey.

— Chon que llega de viaje, señor, y que solicita presentar sus homenajes á V. M.

— ¡ Que entre, que entre ! En efecto, hace cuatro ó cinco días que sentía que me faltaba algo, sin saber qué.

— ¡ Gracias, señor ! dijo Chon entrando.

Luego, acercándose al oído de la condesa :

— ¡ Está corriente ! le dijo.

La condesa no pudo contener un ligero grito de alegría.

— Y bien, ¿ qué hay ? preguntó Luis XV.

— Nada, señor ; estoy alegre de verla, eso es todo lo que hay.

— Y yo también. Buenos días, pequeña Chon, buenos días.

— ¿ Me permite V. M. decir dos palabras á mi hermana ? preguntó Chon.

— Díselas, díselas, hija mía. Entretanto voy á preguntar á Sartines de dónde vienes.

— Señor, dijo el señor de Sartines, que quería eludir la pregunta, ¿ se dignará V. M. concederme un instante ?

— ¿ Para qué ?

— Para hablaros de cosas de la mayor importancia, señor.

— Muy poco tiempo tengo, señor de Sartines, replicó el rey después de bostezar.

— Dos palabras solamente, señor.

— ¿ Sobre qué ?

— Sobre esos sonámbulos, esos iluminados, esos desenterradores de milagros.

— ¡ Bah ! unos charlatanes. Dadles patentes de juglares, y no serán temibles.

— Señor, insistiré en decir á V. M. que la situación es más grave de lo que se cree. Á cada instante se están abriendo nuevas logias, y ya no es, señor, una sociedad, sino una secta en que se afilian todos los enemigos de la monarquía : los ideólogos, los enciclopedistas, los filósofos. Van á recibir con gran pompa al señor de Voltaire.

— Está de muerte.

— ¿ Quién, él ? ¡ Oh, no, no, señor ! No es tan tonto.

— Se ha confesado.

— Es una astucia.

— En hábito de capuchino.

— Es una impiedad. Señor, todo se agita, se escribe, se habla, se cotiza, se corresponde, se intriga, se amenaza. Aun algunas palabras que se escaparon á socios indiscretos, indican que están aguardando algún jefe.

— Pues bien, Sartines, cuando llegue ese jefe, le atraparéis, le meteréis en la Bastilla, y punto concluido.

— Señor, esos hombres tienen muchos recursos.

— ¿Y tendríais vos menos que ellos, siendo como sois subdelegado de policía de un gran reino?

— Señor, han obtenido de V. M. la expulsión de los jesuitas; la que hubieran debido pedir era la de los filósofos.

— Vamos, volvéis ahora á vuestros plumistas.

— Señor, son plumas peligrosas las que se tajan con el cortaplumas de Damiens.

Luis XV palideció.

— Esos filósofos á quienes despreciáis, señor, continuó diciendo el señor de Sartines.

— ¿Qué?

— Os lo digo, van á perder vuestra monarquía.

— ¿Cuánto tiempo necesitan para eso?

El subdelegado de policía miró á Luis XV con ojos asombrados.

— ¿Acaso puedo saberlo yo, señor? Quince años, veinte, tal vez treinta.

— Pues bien, mi querido amigo, le dijo Luis XV, dentro de quince años estaré con los muertos; así id á hablar de eso á mi sucesor.

Y el rey se volvió hacia madama Dubarry, la cual parecía esperar aquel momento.

— ¡Dios mío! ¿qué es lo que me dice, Chon! exclamó la condesa dando un gran suspiro.

— Sí, ¿qué dice? preguntó el rey; porque ambas á dos tenéis un aire fúnebre.

— Ah, señor! respondió la condesa. ¡Hartos motivos hay para ello!

— Vamos, hablad, ¿qué ha sucedido?

— ¡Pobre hermano!

— ¡Pobre Juan!

— ¿Crees tú que será preciso amputárselo?

— Espero que no.

— ¿Amputarle qué? preguntó el rey.

— Un brazo, señor.

— ¡Amputar un brazo al vizconde! ¿Y por qué?

— Porque está herido gravemente.

— ¡Herido gravemente en un brazo!

— ¡Oh, Dios mío! sí, señor.

— En algún zipizape, en alguna casa de baños, en algún trinquete.

— No, señor, en el camino real.

— ¿Pero cómo ha sido?

— Le han querido asesinar, he ahí la causa.

— ¡Pobre vizconde! exclamó Luis XV que se compadecía muy poco del prójimo, pero que sabía fingirlo á las mil maravillas. ¡Asesinarlo! ¡Ah, eso es muy grave! ¿Qué decís, señor de Sartines?

El señor de Sartines, mucho menos inquieto de lo que el rey aparentaba estar, pero en realidad mucho más conmovido, se acercó á las dos hermanas.

— ¿Es posible que haya sucedido tal desgracia, señoras? preguntó con ansiedad.

— Sí, infelizmente, señor; es posible, respondió Chon lloramicando.

— ¡Asesinado! ¿Y cómo?

— En una emboscada.

— ¡En una emboscada!... ¡Conque esas tenemos! Sartines, dijo el rey, me parece que ese es negocio de vuestra incumbencia.

— Contadnos eso, señora, dijo el señor de Sartines. Pero os suplico que vuestro justo resentimiento no os haga exagerar las cosas. Siendo más justos, seremos más severos, y á veces los hecho vistos de cerca y á sangre fría pierden de su gravedad.

— ¡Oh! no me lo han dicho, exclamó Chon, lo he visto con mis propios ojos.

— Y bien, ¿qué es lo que has visto tú, gran Chon? preguntó el rey.

— He visto á un hombre que se ha arrojado á mi hermano, que le ha forzado á empuñar la espada, y le ha herido gravemente.

— ¿Estaba solo ese hombre? preguntó el señor de Sartines.

— Nada de eso; tenía consigo otros seis.

— ¡Pobre vizconde! dijo el rey sin separar la vista de la condesa para apreciar el grado exacto de su aflicción y arreglar por él la suya. ¡Pobre vizconde! ¡obligarle á batirse!

Vió en los ojos de la condesa que ésta no se cambiaba.

— ¡Y herido! añadió con voz muy lastimosa.

— Pero ¿cuál fué el origen de esa pendencia? preguntó el subdelegado de policía tratando siempre de descubrir la verdad por entre los rodeos en que estaba para escapársele.

— El más frívolo, señor; fué por unos caballos de posta que negaban al vizconde, el cual tenía prisa de volver al lado de mi hermana, á quien había yo prometido llegar esta mañana.

— ¡Ah! eso pide venganza, dijo el rey. ¿No es verdad, Sartines?

— Ya lo creo, señor, respondió el subdelegado de policía; y voy á tomar mis informes. ¿El nombre del agresor, señora, si tenéis á bien? ¿su calidad, su estado?

— ¿Su estado? es un militar, un oficial de los gendarmes, delfin, á lo que creo. En cuanto á su nombre, se llama Baverney, Faverney, Taverney; si eso es, Taverney.

— Señora, dijo el señor de Sartines, mañana dormirá en la Bastilla.

— ¡Oh, no! dijo la condesa, quien hasta entonces

había guardado el más diplomático silencio. ¡Oh, eso no!

— ¡Qué es eso de no! preguntó el rey. ¿Y por qué no ha de prenderse á un tunante? Bien sabéis que me son insoportables los militares.

— Y yo, señor, repitió la condesa con el mismo aplomo, os digo que no haré nada al que ha asesinado al señor de Dubarry.

— ¡Está bueno eso, condesa! replicó Luis XV. ¡Es muy particular! os ruego que me lo expliqueis.

— Es muy fácil. Alguno le defenderá.

— ¿Quién es ese alguno?

— Quien le ha instigado á obrar.

— ¡Y ese le defenderá contra nosotros? ¡Oh! mucho es eso, condesa.

— Señora, balbuceó el señor de Sartines, viendo acercarse la nube y tratando de conjurarla.

— Contra vos, sí, contra vos: y no hay ¡oh! ¡oh! que valga. ¿Acaso sois vos quien manda?

El rey sintió el golpe que el señor de Sartines había visto venir, y se escudó.

— ¡Ah, ya! dijo. Vamos á meternos en razones de Estado, y á fundar un pobre duelo en motivos del otro mundo.

— ¡Ah, ya lo estáis viendo! dijo la condesa. ¡Conque ya me abandonáis, y ese asesinato de hace un momento no es más que un duelo, porque ahora dudáis de dónde nos viene!

— ¡Bueno! acertamos, dijo Luis XV soltando la llave de la fuente con que se había puesto á jugar, haciendo cantar á los pájaros, nadar á los peces y salir á los mandarines.

— ¿Vos no sabéis de dónde nos viene el tiro? preguntó la condesa manoseando las orejas de Zamora, que estaba echado á sus pies.

- No, á fe mía, respondió Luis XV.
- ¿Y no lo sospecháis?
- Os juro que no. ¿Y vos, condesa?!
- Pues bien, yo lo sé y voy á deciroslo, aunque estoy segura de que no es nuevo para vos.
- ¡Condesa, condesa! dijo Luis XV tratando de recobrar su dignidad. ¿Sabéis que estáis desmintiendo al rey?
- Señor, acaso soy algo viva, verdad es; pero si creéis que he de dejar al señor de Choiseul matar á mi hermano.....
- ¡Bueno, ya tenemos en danza al señor de Choiseul! dijo el rey con un tono que aparentaba le sorprendía aquel nombre que hacía diez minutos temía verlo figurar en la conversacion.
- ¡Bueno está eso! Señor, si vos os obstináis en no ver que es mi más cruel enemigo, yo lo veo, y muy claramente, porque él no se toma el trabajo de ocultar el odio que me profesa.
- Hay mucha distancia entre aborrecer á las personas y asesinarlas, condesa.
- Para los Choiseul todas las cosas son iguales.
- ¡Ah, querida amiga! ¡Volvemos aun á las razones de Estado!
- ¡Dios mío, Dios mío! Decidme, señor de Sartines, si esto es soportable.
- Sin duda que no, si fuese lo que creéis.....
- Lo que creo es que no me defendéis, he ahí todo; y aun diré más, estoy segura de que me abandonáis, exclamó la condesa con violencia.
- ¡Oh, no os incomodéis, condesa! dijo Luis XV. No solamente no seréis abandonada, sino que os defenderán, y tan bien....
- ¡Tan bien!.....

— Tan bien que ha de costar caro al agresor de ese pobre Juan.

— Sí, eso es, se despedazará el instrumento y se apretará la mano.

— ¿No es justo castigar al que ha dado el golpe, á ese señor de Taverney?

— Sin duda que es justo, pero lo que hacéis por mí, lo hariais por un tendero de la calle de San Honorato, á quien un soldado diese de golpes en el teatro. Os advierto que no quiero ser tratada como cualquier otro. Si no hacéis más por aquellos á quienes amáis que por los indiferentes, prefiero el aislamiento y la oscuridad de estos últimos, puesto que, á lo menos, no tienen enemigos que los asesinen.

— ¡Ah, condesa, condesa! dijo tristemente Luis XV. ¡Yo que por casualidad me he levantado hoy tan alegre, tan feliz, tan contento, cuanto vos os empeñáis en echar á perder mi hermosa mañana!

— ¡Vaya una cosa adorable! ¡Pues á fe que tengo yo una mañana muy linda, yo á quien asesinan la familia!

El rey, á pesar del temor interior que le inspiraba la tempestad que en torno suyo zumbaba, no pudo menos de sonreír á esta palabra: asesinan.

La condesa se levantó furiosa.

— ¡Me gusta el modo que tenéis de quejaros! dijo.

— ¡Vamos, vamos, no os enfadéis!

— Me enfado, y quiero enfadarme.

— No tenéis razón, porque cuando os sonreís estáis hechicera, mientras la cólera os pone fea.

— ¿Qué me importa? ¿Acaso tengo yo necesidad de estar bella, cuando mi belleza no me impide de ser sacrificada á las intrigas?

— ¡Vamos, condesa!

— No, elegid entre mí y Choiseul.

— Querida hermosa, es imposible la elección, porque ambos me sois necesarios.

— Entonces yo me retiro.

— ¡ Vos ?

— Sí, dejo el campo libre á mis enemigos. ¡ Oh ! me moriré de pesar, pero el señor de Choiseul estará satisfecho, y eso os consolará.

— Pues bien; yo os juro, condesa, que él lejos de teneros el menor odio, os quiere entrañablemente. Al cabo es un hombre muy galante, añadió el rey cuidando de que el señor de Sartines oyera bien estas últimas palabras.

— ¡ Un hombre galante ! Vos me exasperáis, señor. Un hombre galante que manda asesinar á las gentes.

— ¡ Oh, eso aun no lo sabemos ! dijo el rey.

— ¡ Y además, se aventuró á decir el subdelegado de policía, es tan picante y natural una pendencia entre hombres de espada.

— ¡ Hola, hola ! replicó la condesa; también vos, señor de Sartines.

El subdelegado de policía comprendió el valor de ese *tu quoque*, y retrocedió ante la cólera de la condesa.

Sucedió un momento de sordo y amenazador silencio.

— Ahí tenéis, Chon, dijo el rey en medio de esta consideración general: ahí tenéis el resultado de vuestra obra.

Chon bajó los ojos con hipócrita tristeza.

— Perdóname, el rey, dijo, si el dolor de hermana ha subyugado la fuerza de alma de súbdita.

— ¡ Buena albaja ! murmuró el rey... Vamos, condesa, no seáis rencorosa.

— ¡ Oh, no, señor ! No tengo ningún rencor. Sólo que me voy á Luciennes, y de allí á Boloña.

— ¿ Al puerto de Boloña ? preguntó el rey.

— Si, señor; me voy de un país en que el rey tiene miedo al ministro.

— ¡ Madama ! dijo Luis XV ofendido.

— ¡ Y bien ! señor, permitid que me retire, para no fallar por más tiempo al respeto á V. M.

Levantóse la condesa, observando al soslayo el efecto que producía su movimiento.

Luis XV dió un suspiro de cansancio, suspiro que quería decir :

— Mucho me fastidio aquí.

Chon adivinó el sentido de aquel suspiro, y comprendió que sería peligroso para su hermana el llevar más adelante la querrela. Detuvo, pues, á su hermana por el vestido, y dirigiéndose al rey

— Señor, le dijo, el amor que mi hermana profesa al pobre vizeconde la ha arrastrado demasiado lejos... la falta ha sido mía, y yo soy quien debe repararla. Me coloco en la clase de la más humilde súbdita de V. M., y le pido justicia para mi hermano; á nadie acuso; la sabiduría del rey sabrá distinguir perfectamente.

— ¡ Dios mio ! todo lo que yo pido no es más que justicia; sí, pero que la justicia sea imparcial. Si un hombre no ha cometido un crimen, que no se le impute; y si lo ha cometido, que se le castigue.

Y al decir estas palabras, Luis XV miraba á la condesa tratando de reconquistar, si posible le era, los despojos de la alegre mañana que se había prometido, y que tan lúgubramente terminaba.

La condesa era tan buena, que se compadeció de la ociosidad del rey que le entristecía y fastidiaba en todas partes, menos al lado de ella.

Volvióse á medias, porque ya había principiado á marchar hacia la puerta.

— ¿ Acaso pido yo tampoco otra cosa ? dijo con

— Q
que an
— B
— ¿
— S
me no
satisf
— F
tenere
cabo e
dando
última
—
Un ho
—
—
de po
entre
—
señor
El
ese ta
Sue
cio.
—
consi
vuest
Cho
—
ha su
—
desa,
—
que n
—

adorable resignación; pero que no se rechacen mis sospechas cuando las manifiesto.

— Vuestras sospechas me son sagradas, condesa, exclamó el rey, y que se conviertan en una ligera certidumbre, y ya veréis. Pero ya caigo; hay un medio muy sencillo...

— ¿Qué medio, señor?

— Que venga aquí el señor de Choiseul.

— ¡Oh! V. M. sabe bien que jamás viene, porque se desdena de entrar en el aposento de la amiga del rey. Su hermana no es como él, no apetecería otra cosa.

El rey se echó á reír.

— El señor de Choiseul remeda al señor Delfín, continuó la condesa animada. No quieren comprometerse.

— El señor Delfín es un religioso, condesa.

— Y el señor de Choiseul un tartufo, señor.

— Os digo, querida amiga, que tendréis el placer de verle aquí, porque voy á mandar llamarle. Se trata del servicio de Estado, preciso será que venga, y entonces le haremos explicarse en presencia de Chon que lo ha visto todo. Confrontaremos, como se dice en Palacio, ¿no es verdad, Sartines? Que vayan á llamar al señor de Choiseul.

— Y á mí que me traigan mi tití, Dorea; ¿mi tití! ¿mi tití! gritó la condesa.

Á estas palabras dirigidas á la doncella que se hallaba en un gabinete de tocador y que pudieron ser oídas desde la antecámara, puesto que fueron pronunciadas precisamente en el momento de abrirse la puerta ante el ujier enviado á llamar al señor de Choiseul, respondió una voz cascada y estropajosa:

— El tití de la señora condesa debo ser yo; ¡me presento, corro, aquí estoy!

Y se vió entrar ligeramente á un gibosillo vestido con elegancia.

— ¡El duque de Tresmes! exclamó la condesa impaciente; no os he mandado llamar, duque.

— Vos habéis mandado venir vuestro tití, señora, dijo el duque saludando al rey, á la condesa y al señor de Sartines, y como entre todos los cortesanos no he visto un mono más feo que yo, por eso he corrido.

Y el duque se echó á reír enseñando unos dientes tan largos que la condesa no pudo menos de reírse también.

— ¿Me he de quedar? preguntó el duque como si hubiese sido el favor ambicionado en toda su vida.

— Preguntadlo al rey que es aquí el amo, señor duque.

El duque se volvió hacia el rey en ademán suplicatorio.

— Quedaos, duque, quedaos, dijo el rey encantado de acumular distracciones en torno suyo.

En aquel momento el ujier de servicio abrió la puerta.

— ¡Ah! dijo el rey con una ligera sombra de disgusto, ¿ha venido ya el señor de Choiseul?

— No, señor, respondió el ujier, es monseñor el Delfín que desea hablar á V. M.

La condesa dió un brinco de alegría, porque creía que el Delfín se aproximaba á ella; pero Chon, que estaba en todo, frunció las cejas.

— ¡Y bien! ¿en dónde está el Delfín? preguntó el rey impaciente.

— En el aposento de S. M. aguardando á que V. M. vuelva.

— Está destinado que no tendré un instante de sosiego, dijo incomodado el rey.

Luego, de súbito, comprendiendo que aquella audiencia pedida por el Delfín le ahorraba, á lo menos

momentáneamente, la escena con el señor de Choiseul, varió de modo de pensar.

— Allá voy, allá voy, dijo. Condesa, ya véis qué desgraciado soy, cómo me atormentan.

— ¿V. M. se va, exclamó la condesa, en el momento en que va á llegar el señor de Choiseul?

— ¿Qué queréis? El rey es el primer esclavo. ¡Ah! si supieran los señores filósofos lo que es ser rey, y especialmente de Francia!

— ¡Pero, señor, quedaos!

— ¡Oh! no puedo hacer aguardar al Delfin, pues ya dicen que no amo más que á mis hijas.

— Pero, en fin, ¿qué he de decir al señor de Choiseul?

— Y bien; diréisle que vaya á mi aposento, condesa. Y para obviar toda observación, el rey besó la mano de la condesa, que estaba trémula de cólera, y desapareció corriendo, como tenia de costumbre siempre que temia perder el fruto de una batalla ganada por sus contemporizaciones y su astucia.

— ¡Oh! se nos escapa otra vez! exclamó la condesa dándose una palmada con despecho.

Pero el rey no pudo ya oír aquesta exclamación; porque habían cerrado ya la pueria, y atravesaba la antecámara diciendo:

— Entrad, señores, entrad. La condesa consiente en recibirlos. Sólo que la hallaréis muy triste por el accidente ocurrido al pobre Juan.

Los cortesanos se miraban atónitos, porque ignoraban qué accidente podía haber sucedido al vizconde. Muchos de ellos creían que había muerto.

Arregláronse sus rostros de circunstancia; los más alegres tomaron el aire más triste, y entraron.

ÍNDICE

	Pág.
ИЗЪВЕЩЕНІЕ. — I. — El Mont-Tonnerre	7
II. — El que es	45
III. — L., P., D.	28
I. — La tempestad	43
II. — Althotas	56
III. — Gilberto	69
IV. — El barón de Taverney	85
V. — Andrea de Taverney	95
VI. — Eureka	108
VII. — Atracción	119
VIII. — Nicole Legay	133
IX. — Camarera y ama	134
X. — El amanecer	168
XI. — Felipe de Taverney	178
XII. — Maria Antonieta Josefa, archiduquesa de Austria	190
XIII. — Magia	201
XIV. — El barón de Taverney cree al fin percibir algún vislumbre en el porvenir	215
XV. — Los veinte luses de Nicole	227

momentáneamente, la escena con el señor de Choiseul, varió de modo de pensar.

— Allá voy, allá voy, dijo. Condesa, ya véis qué desgraciado soy, cómo me atormentan.

— ¿V. M. se va, exclamó la condesa, en el momento en que va á llegar el señor de Choiseul?

— ¿Qué queréis? El rey es el primer esclavo. ¡Ah! si supieran los señores filósofos lo que es ser rey, y especialmente de Francia!

— ¡Pero, señor, quedaos!

— ¡Oh! no puedo hacer aguardar al Delfin, pues ya dicen que no amo más que á mis hijas.

— Pero, en fin, ¿qué he de decir al señor de Choiseul?

— Y bien; diréisle que vaya á mi aposento, condesa. Y para obviar toda observación, el rey besó la mano de la condesa, que estaba trémula de cólera, y desapareció corriendo, como tenia de costumbre siempre que temia perder el fruto de una batalla ganada por sus contemporizaciones y su astucia.

— ¡Oh! se nos escapa otra vez! exclamó la condesa dándose una palmada con despecho.

Pero el rey no pudo ya oír aquesta exclamación; porque habían cerrado ya la pueria, y atravesaba la antecámara diciendo:

— Entrad, señores, entrad. La condesa consiente en recibirlos. Sólo que la hallaréis muy triste por el accidente ocurrido al pobre Juan.

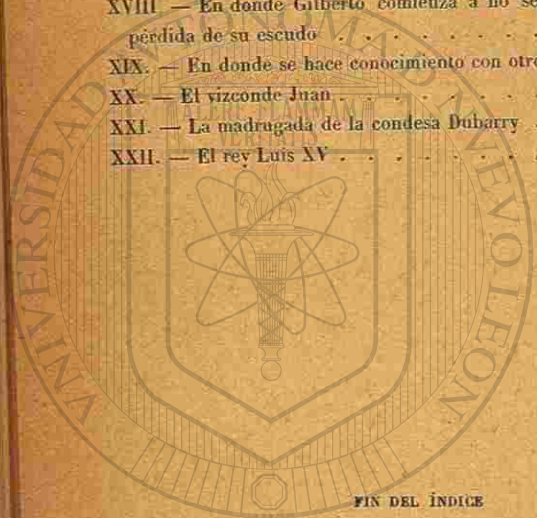
Los cortesanos se miraban atónitos, porque ignoraban qué accidente podía haber sucedido al vizconde. Muchos de ellos creían que había muerto.

Arregláronse sus rostros de circunstancia; los más alegres tomaron el aire más triste, y entraron.

ÍNDICE

	Pág.
ИСТОВОЩЕН. — I. — El Mont-Tonnerre	7
II. — El que es	45
III. — L., P., D.	28
I. — La tempestad	43
II. — Althotas	56
III. — Gilberto	69
IV. — El barón de Taverney	85
V. — Andrea de Taverney	95
VI. — Eureka	108
VII. — Atracción	119
VIII. — Nicole Legay	133
IX. — Camarera y ama	134
X. — El amanecer	168
XI. — Felipe de Taverney	178
XII. — Maria Antonieta Josefa, archiduquesa de Austria	190
XIII. — Magia	201
XIV. — El barón de Taverney cree al fin percibir algún vislumbre en el porvenir	215
XV. — Los veinte luses de Nicole	227

	Pág.
XVI. — Despedidas en Taverney	257
XVII. — El escudo de Gilberto	243
XVIII. — En donde Gilberto comienza á no sentir tanto la pérdida de su escudo	253
XIX. — En donde se hace conocimiento con otro personaje	267
XX. — El vizconde Juan	279
XXI. — La madrugada de la condesa Dubarry	290
XXII. — El rey Luis XV	306



FIN DEL INDICE

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

